


Todos creían conocer a Hattie Hoffman.
Cuando fue asesinada, descubrieron
lo equivocados que estaban

TODOS MIENTEN MINDY MEJIA



 Planeta

D.J.57

ÍNDICE

[PORTADA](#)
[SINOPSIS](#)
[DEDICATORIA](#)
[HATTIE](#)
[DEL](#)
[PETER](#)
[HATTIE](#)
[DEL](#)
[PETER](#)
[DEL](#)
[HATTIE](#)
[PETER](#)
[DEL](#)
[HATTIE](#)
[PETER](#)
[HATTIE](#)
[DEL](#)
[PETER](#)
[HATTIE](#)
[DEL](#)
[PETER](#)
[DEL](#)
[PETER](#)
[HATTIE](#)
[DEL](#)
[HATTIE](#)
[DEL](#)
[DEL](#)
[PETER](#)
[AGRADECIMIENTOS](#)
[NOTAS](#)
[CRÉDITOS](#)

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



SINOPSIS

Hattie Hoffman está en el último año de instituto y tiene un futuro prometedor por delante como actriz. Cuando aparece brutalmente asesinada tras el estreno de la obra de teatro de la que era protagonista, la tragedia golpea a quemarropa la pequeña ciudad en la que vive. Del Goodman, el sheriff local, muy amigo del padre de Hattie, promete dar con el asesino, pero la investigación acaba desvelando más secretos que respuestas: Hattie también era una gran actriz fuera del escenario.

*Para Myron, Blanche, Vic y Hilma,
que labraron las colinas del sur de Minnesota
y cultivaron un legado de duro trabajo,
paciencia, risas y amor.
Todas mis historias empiezan con vosotros.*

HATTIE

Sábado, 22 de marzo de 2008

Lo de huir de casa ha sido una decepción.

Ahí estaba yo, en el lugar que tanto anhelaba durante las clases de matemáticas: frente al panel de salidas del aeropuerto de Minneapolis, y hasta el último detalle era justo como había imaginado. Iba vestida como siempre que voy de viaje: *leggings* negros, bailarinas y un jersey de color crema enorme que se me tragaba las manos y conseguía que mi cuello pareciera más largo y delgado que de costumbre. Llevaba una preciosa maleta de cuero y el dinero suficiente para volar a cualquier lugar que pudiera imaginar. Podía viajar a donde me diera la gana. Podía hacer lo que me diera la gana. Entonces ¿por qué me sentía tan atrapada?

Me he escabullido de casa a las tres de la madrugada, y la nota que he dejado sobre la mesa de la cocina sólo decía: «Volveré más tarde. Os quiero. Hattie». Por supuesto, «más tarde» significaba en cualquier momento a partir del instante en el que leyeran la nota. Diez años más tarde, tal vez. No lo sabía. Quizá nunca deje de dolerme. Quizá nunca consiga alejarme lo suficiente. La parte de «Os quiero. Hattie» ha quedado un poco forzada. Mi familia no es de las que van dejando notas cariñosas por la casa, pero incluso si llegaban a sospechar algo, ni en un millón de años se les ocurriría pensar que estaría volando por todo el país.

Casi podía oír la voz de mi madre. «Eso no va con Hattie. ¡Por el amor de Dios, si quedan menos de dos meses para la graduación! Además, tiene el papel de Lady Macbeth en la obra del instituto y sé lo entusiasmada que está al respecto.»

He apartado esa voz imaginaria y he repasado los destinos del panel de salidas con la esperanza de notar la euforia que había previsto sentir cuando por fin consiguiera marcharme de Pine Valley. Sólo he viajado en avión una vez, cuando fuimos a Phoenix para visitar a unos parientes. Recordaba que había un montón de botones y luces en el asiento y que el baño parecía una nave espacial. Que yo quería pedir algo para comer pero mamá llevaba dulces de fruta seca en el bolso y no nos dejó comer nada más, sólo unos cacahuets que yo ni siquiera llegué a probar. Greg sabía que no me gustaban los frutos secos y se comió mi parte. Pero me pasé el resto del viaje enfadada, porque estaba bastante segura de que los cacahuets del avión sí me habrían gustado. Habían pasado ocho años desde entonces.

Ése iba a ser mi segundo vuelo, el que me llevaría a mi segunda vida.

Y no me habría quedado allí plantada, tan paralizada y abatida, si hubiera encontrado un asiento libre en alguno de los vuelos con destino a La Guardia o al JFK. Ése era el problema de haber tomado la decisión de huir de forma impulsiva el día anterior a las vacaciones de Pascua. El aeropuerto parecía unos grandes almacenes el primer día de rebajas, y las colas para pasar el control de pasajeros llenaban hasta el final los laberintos de cintas. El primer vuelo a Nueva York con plazas era el lunes a las seis de la madrugada, pero eso implicaba esperar demasiado tiempo. Tenía que salir de ese estado ese mismo día.

Podía volar a Chicago, pero me parecía demasiado cerca de casa y demasiado lejos de la costa Este. Dios, ¿por qué no había ningún asiento libre para ir a Nueva York? Sabía exactamente qué lanzaderas tenía que coger en los dos aeropuertos, los hostales en los que me alojaría, cuánto costaban y cómo se llegaba hasta la estación de metro más cercana. Me había pasado un montón de horas conectada a internet para memorizar la ciudad de Nueva York, hasta el punto de que vivía como si ya me hubiera mudado y tenía asumido que iba hacia allí cuando me he marchado de casa de madrugada. Sin embargo, en esos momentos estaba bloqueada frente al panel de salidas, intentando elegir un destino aceptable como segunda opción. Si no podía ir directamente a Nueva York, al menos necesitaba aproximarme un

poco. Había un vuelo a Boston a las dos y veinte del domingo. ¿Cuántos kilómetros habría entre Boston y Nueva York?

Sabía que era una tontería, pero de todos modos me he pasado el rato mirando hacia las puertas por las que no paraba de entrar gente cargada con montañas de maletas, con las llaves, las carteras y los billetes de avión en las manos. Nadie vendría para intentar detenerme. De hecho, nadie sabía que estaba allí. Y aunque lo hubieran sabido, ¿le habría importado a alguien? Aparte de mis padres, no había nadie más que me quisiera lo suficiente para molestarse en irrumpir por aquellas puertas gritando mi nombre, desesperado por verme antes de que me marchara.

He intentado no llorar mientras me acercaba al mostrador para comprar el vuelo para Boston. Una mujer bronceada y demasiado dicharachera me ha dicho que quedaba un asiento en la clase turista.

—Lo quiero.

Costaba setecientos sesenta dólares, más de lo que he gastado jamás en nada, aparte del ordenador. Le he dado el carné de conducir junto con ocho billetes nuevecitos de cien dólares, procedentes del terrible sobre con el que había empezado todo aquello. Sólo me quedaban dos más. Los he observado un rato y me han parecido pequeños y solitarios dentro de aquel gran espacio blanco. No me los podía meter en la cartera, hasta el último centavo que llevaba en ella me lo había ganado con mi propio esfuerzo y no quería que ese dinero estuviera en contacto con el contenido del sobre. Perdida en otra oleada de depresión, creo que no he oído lo que la mujer me ha dicho a continuación.

—¿Señorita? —Cuando me he dado cuenta, estaba inclinada hacia mí, era evidente que intentaba captar mi atención.

Un hombre se había acercado a ella y los dos me miraban como en esos sueños en los que el profesor te hace preguntas y tú ni siquiera sabías que habían puesto deberes.

—¿Para qué tiene que ir a Boston? —ha preguntado el tipo mientras se fijaba en mi pequeña maleta.

—Voy a una fiesta de pijamas. —Me ha parecido una respuesta bastante ingeniosa, pero ninguno de los dos se ha reído.

—¿Tiene algún otro documento con el que pueda identificarse?

He rebuscado por el bolso y he sacado el carné de estudiante. El tipo le ha echado un vistazo y luego ha vuelto la mirada hacia el ordenador.

—¿Sus padres saben dónde está?

He recibido la pregunta con cierto pánico, a pesar de ser consciente de que desde el punto de vista legal ya era adulta. Se me han ocurrido unas cuantas historias: podía decir que mis padres ya me estaban esperando en Boston, o tal vez sólo mi padre. Que se había separado de mi madre y me había mandado el dinero a última hora para que fuera a pasar las vacaciones de Pascua con él. O también podía optar por el camino más corto y explicar que era huérfana. Sin embargo, las lágrimas lo han evitado. La emoción me ha obstruido la garganta y no he sido capaz de aclarármela. Menos aún cuando me he dado cuenta de que ya sospechaban de mí. Puesto que no podía controlar mis sentimientos, he llegado a la conclusión de que lo mejor sería darles rienda suelta.

—¿Por qué no se ocupan de sus asuntos?

La clienta indignada. El aeropuerto me ha parecido un buen escenario para ese papel.

La gente que esperaba detrás de mí ha dejado de refunfuñar para atender al espectáculo que acababa de empezar.

—Mire, señorita Hoffman, hay ciertos protocolos que debemos seguir en el caso de las compras en efectivo de billetes para el mismo día, sobre todo si se trata de billetes sólo de ida. Me veo obligado a pedirle que me acompañe mientras lo resolvemos.

No estaba dispuesta a que me encerraran en algún despacho de la seguridad nacional para llamar a mis padres y empeorar mil veces más ese día. ¿Y si era posible descubrir quién había retirado el dinero del sobre? ¿Existía alguna manera de saber algo así? He alargado la mano y he recogido el dinero y el

carné que habían quedado sobre el mostrador.

—Entonces yo me veo obligada a pedirle que se meta ese billete de avión por el culo.

—¿Llamo a seguridad? —La mujer, que de repente había dejado de ser tan dicharachera, ha descolgado el teléfono y ha empezado a marcar un número sin esperar respuesta.

—No se moleste. Ya me marchó. ¿Lo ve?

He recogido el bolso y me he secado las lágrimas de los ojos con el dorso del puño en el que llevaba todo el dinero arrugado, convertido en una bola humedecida por el sudor.

—¿Por qué no se calma, señorita Hoffman? Nosotros...

—¿Por qué no se calma usted? —le he espetado, con una mirada furiosa—. No soy una terrorista. Siento mucho que no quiera aceptar mis ochocientos dólares por una mierda de asiento para volar a Boston.

Desde la cola, alguien ha soltado una exclamación de ánimo, pero el resto de la gente se ha limitado a observar cómo me alejaba tirando de la maleta, seguramente intentando adivinar qué clase de bomba pretendía meter en el avión. «Hay gente para todo, Velma. Fíjate. No lo habrías dicho nunca de una chica así, ¿verdad?»

He ido corriendo hacia el aparcamiento y ni siquiera sé cómo he llegado a la camioneta y he pagado para poder salir. Estaba muy ofuscada. El corazón me latía a toda prisa y no hacía más que mirar atrás, con la paranoia de que algún guardia de seguridad pudiera estar siguiéndome. Ya en la autopista, me he echado a llorar, y las manos me temblaban tanto que he estado a punto de chocar contra un monovolumen. Había pasado media hora cuando me he dado cuenta de que estaba regresando a Pine Valley. Había dejado atrás el área metropolitana de las ciudades gemelas y los campos sin cultivar se extendían hasta donde me alcanzaba la vista.

Cosas que pasan cuando te permites el lujo de necesitar a alguien.

Te enamoras y entonces te conviertes en un montón de mierda.

Al inicio del último curso de instituto, en otoño, me había sentido feliz, libre y despreocupada. Esa Hattie estaba preparada para comerse el mundo y era justamente eso lo que me había propuesto. ¡Joder, podría haber conseguido cualquier cosa! Cuando volvía en coche, en cambio, me sentía patética y no podía parar de sollozar. Me había convertido en la chica que siempre había odiado.

De repente, la radio ha dejado de sonar y las luces del salpicadero han comenzado a parpadear. Maldita sea. El pánico se ha apoderado de mí cuando han empezado a adelantarme coches y he tomado el primer desvío: un camino de grava que separaba dos campos. He levantado el pie del acelerador y he dejado que la camioneta llaneara hasta detenerse. Cuando he puesto el freno de mano, el motor ha tosido y ha escupido un último suspiro antes de morir. He intentado darle a la llave para arrancar el motor de nuevo. Nada. Me he quedado tirada en medio de ninguna parte.

Me he dejado caer en los asientos y he estado llorando sobre la tapicería arañada hasta que me han venido ganas de vomitar y me he obligado a salir de la camioneta enseguida para verter en la cuneta poco más que café y ácidos gástricos.

El viento fresco que azotaba los campos me ha secado el sudor que había aflorado en mi frente y ha contribuido a que se me pasara el mareo. Me he apartado del vómito y me he sentado en la cuneta sin preocuparme por la humedad del suelo que me empapaba los pantalones y las bragas.

He permanecido allí un buen rato; tanto, que ya ni siquiera notaba el frío. Tanto, que me he quedado sin lágrimas y éstas han dado paso a algo distinto.

Estaba completamente sola con la única excepción de los coches que circulaban por la autovía y, por primera vez en la vida, he tenido la sensación de que no quería estar en ningún otro lugar del mundo. No quería sentirme atrapada en un asiento de un avión abarrotado, volando hacia una ciudad desconocida en la que no tuviera adónde ir una vez aterrizase. No quería estar sobre un escenario, con los focos encendidos y el auditorio lleno de un público pendiente de todos y cada uno de mis movimientos. No

quería estar tendida en mi cama, sola, mientras mamá preparaba una comida que mi estómago no estaba listo para ingerir. Había algo consolador en los terrenos inhóspitos que me rodeaban, en los campos vacíos bordeados por árboles deshojados y las zonas en las que la nieve se obstinaba en resistir el deshielo.

Nadie sabía que estaba allí y, de repente, constatarlo me ha parecido maravilloso. Podría habérselo dicho durante toda mi vida a todas las personas que he conocido —«Nadie sabe que estoy aquí»—, y se habrían reído, habrían puesto los ojos en blanco y me habrían dado palmaditas en la espalda. «Ya empezamos», dirían. Pero era cierto: me había pasado la vida interpretando papeles, siendo lo que los demás querían que fuera, centrada en los que me rodeaban a pesar de que por dentro siempre me había sentido como si estuviera sentada en aquel lugar: acurrucada en medio de una pradera yerma, interminable, sin un alma que me hiciera compañía. En esos momentos el lugar coincidía por fin con mis propósitos y todo cobraba sentido. Todo encajaba, como en las películas en las que la heroína se da cuenta de que está enamorada de ese tipo tan estúpido, o de que puede conseguir ese sueño inalcanzable tan típicamente americano; entonces el volumen de la música sube y ella sale con paso firme de una habitación cualquiera. Ha sido algo así, aunque sin banda sonora. Seguía sentada en medio de ninguna parte, pero todo lo que sentía por dentro había cambiado de repente.

Me parecía oír la voz de mi madre de nuevo. He recordado lo que me dijo anoche mientras yo lloraba sobre su hombro y ya tenía bastante con lo mío como para escucharla o comprender lo que me indicaba.

«Baja del escenario, cariño —me dijo—. No puedes vivir como si estuvieras actuando para la gente, porque sólo conseguirás que se aprovechen de ti. Tienes que conocerte a ti misma y descubrir qué quieres. Yo no puedo hacerlo por ti. Nadie puede hacerlo por ti.»

Ahora sabía perfectamente quién era, tal vez por primera vez en la vida, y sabía perfectamente lo que quería y lo que tenía que hacer para conseguirlo. Ha sido un momento de lucidez. Como cuando te despiertas de un sueño en el que pensabas que todo era verdad y luego te das cuenta de que el mundo real aparece con más claridad a tu alrededor. Me he levantado, dispuesta a dejar atrás para siempre a esa patética niña llorosa. A tomar por culo.

Había embutido la vieja cámara de vídeo de Gerald en lo más alto de la maleta. La he sacado, la he colocado en la parte trasera de la camioneta y he pulsado el botón rojo para empezar a grabar en una cinta nueva después de situarme frente a la lente.

—Bueno, hola. —Me he secado los ojos y he respirado hondo con el diafragma, como Gerald me había enseñado—. Soy yo. Me llamo Henrietta Sue Hoffman.

Y cuando por fin me marchara de Pine Valley, nadie olvidaría jamás quién era yo.

DEL

Sábado, 12 de abril de 2008

El cadáver de la chica estaba tendido boca arriba en un rincón del almacén abandonado de los Erickson, con medio cuerpo flotando en el agua del lago que inundaba una parte del suelo, cada vez más hundido. Tenía las manos encima del torso, sobre una pieza de ropa ensangrentada con volantes que en algún momento debió de ser un vestido. Por debajo del dobladillo, sus piernas se extendían desnudas en el agua, tan hinchadas que cada una de ellas había adquirido el grosor de la cintura, flotando como manatíes en el agua sucia del lago. La mitad superior del cuerpo no encajaba con esas piernas. Ya había visto cadáveres abiertos en canal y también un buen número de ahogados, pero hasta el momento no había encontrado esas dos pesadillas unidas en un mismo fiambre. Aunque tenía el rostro demasiado mutilado para poder identificarla, se había denunciado la desaparición de una única chica en todo el condado.

—Debe de ser Hattie —dijo Jake, mi ayudante.

En el despacho habían recibido la llamada del hijo menor de los Sanders. Había acudido al almacén con una chica y se había encontrado el cadáver. Había una mancha reciente de vómito nada más cruzar la puerta; sin duda uno de los dos jóvenes había soltado lastre antes de salir corriendo. No sé si fue por eso o por el hedor a muerto, pero a Jake le sobrevino una pequeña náusea en cuanto entramos por primera vez. En condiciones normales habría aprovechado para burlarme de él, pero ese día no. Imposible ante aquel panorama.

Desenfundé la cámara que llevaba colgada del cinturón y empecé a tomar fotos desde diferentes ángulos para capturar todos los lados, intentando no resbalar para no caer al agua, junto a la chica.

—Todavía no sabemos si es Hattie.

Tenía que dejar a un lado el nudo que se me había formado de repente en el estómago y seguir el protocolo.

Nada más cruzar la puerta había llamado al laboratorio de las ciudades gemelas para que un equipo forense se encargara de embolsar y etiquetar hasta la más mínima prueba. Tendríamos que pasar al menos una hora solos con ella antes de que llegaran.

—¿Quién más podría ser? —Jake se acercó a la cabeza, pisando con mucho cuidado las tablas del suelo, que crujieron bajo el peso del antiguo defensa de fútbol americano. Se inclinó todavía más y entonces me di cuenta de cómo se activaba el policía que llevaba dentro.

—Con esta cara no podemos identificar a la víctima, sobre todo porque ya se está hinchando. No lleva anillos ni joyas de ningún tipo. Ni ningún tatuaje visible.

—¿Dónde tiene el bolso? Nunca he visto a una chica sin un bolso pegado a la cadera.

—Seguramente se lo han robado.

—Menudo lugar para perpetrar un robo con homicidio.

—No quieras ir demasiado rápido. Primero hay que identificarla. —Me agaché junto a la chica y, con el dedo enfundado en un guante, le separé los labios y vi que tenía los dientes intactos—. Parece que podremos hacer una identificación odontológica.

Jake buscó algún bolsillo en el vestido, pero no encontró ninguno.

—Lo más probable es que la causa de la muerte haya sido la puñalada. —Le levanté uno de los brazos y vi la herida de arma blanca en el corazón o justo por encima.

—¿Lo más probable? —resopló Jake.

No le hice caso y levanté un poco más el brazo para revelar el lugar en el que la piel, que por la parte superior era blanca, se volvía roja por la parte de abajo.

—¿Ves eso? —dije, señalando la línea que separaba los dos colores—. Es el *livor mortis*. Cuando

el corazón deja de bombear, la sangre se acumula en la parte de abajo del cuerpo por el efecto de la gravedad. Es la manera de saber si se ha movido un cadáver: cuando la parte roja no se encuentra debajo como debería.

Hicimos unas cuantas comprobaciones más en el cuerpo.

—Por lo que parece, estamos en el lugar del crimen.

Seguí con la línea didáctica e intenté tratar el cadáver como si no fuera más que un cuerpo inerte. Había visto cientos de fiambres, sobre todo en Vietnam, por supuesto. En esos momentos casi habría preferido volver a la guerra para no tener que pensar en la chica que había dado vida a aquel cuerpo tan demacrado.

Le enseñé a Jake cómo saber cuánto tiempo había pasado desde la muerte.

—Si presionas con el dedo la parte pálida de la piel y enrojece, es que ha pasado menos de medio día.

—O sea que la sangre tarda doce horas en asentarse.

—Ajá...

La piel que toqué con el dedo enguantado siguió blanca, no había ni rastro de sangre por debajo. Por lo tanto llevaba allí al menos desde primera hora de la madrugada.

El suelo del almacén crujió a modo de advertencia y decidimos que sería más prudente retroceder.

—Este sitio puede desplomarse sobre nuestras cabezas en cualquier momento.

—Lo dudo. Lleva así al menos diez años.

Durante el verano, veía el almacén casi cada fin de semana, desde el inicio de la temporada de pesca hasta que quedaba cubierto por completo de escarcha, inclinado sobre la orilla este del lago Crosby como si estuviera contemplando las carpas que nadan cerca de la superficie. Aunque quizá afirmar que lo veía era una exageración. En cualquier caso, sabía que estaba allí y que servía de punto de referencia para los pescadores, igual que la playa de la orilla opuesta; pero lo cierto era que hacía mucho que no me paraba a observar el almacén de los Erickson con detenimiento, como suele ocurrir con las cosas que tenemos más cerca. Lars Erickson había abandonado aquella construcción veinte años atrás, después de vender la mayor parte de la orilla del lago a la ciudad y de haber construido almacenes nuevos junto a la casa que tenía en la otra punta de la finca, a casi dos kilómetros de distancia. Los únicos que visitaban el cobertizo, aparte del lago que lamía sus cimientos durante los años de lluvias abundantes, eran adolescentes que, al igual que el chico de los Sanders, buscaban un lugar en el que poder iniciarse en el sexo y fumar porros.

Si algo ofrecía ese lugar era intimidad. Se trataba de un espacio sin particiones, de seis metros de ancho por nueve de largo, con las vigas a la vista excepto en uno de los extremos, donde los restos de un granero se hundían en el lago. Las amplias puertas dobles estaban abiertas en el otro lado y en una de las paredes había un gran hueco que en otros tiempos había sido una ventana.

Después de una temporada especialmente lluviosa y de la llegada prematura del deshielo, el agua había cubierto una cuarta parte del suelo, lleno de colillas y de paquetes vacíos de papel de fumar, además de un amasijo de plástico que tanto podía ser una bolsa vacía como un condón usado.

Jake siguió mi mirada con los ojos.

—¿Crees que el arma del crimen está aquí dentro?

—En ese caso, el equipo se encargará de encontrarla. Son muy meticulosos.

Algunos condados tenían laboratorios de investigación propios con departamentos llenos de analistas e investigadores, pero nosotros no. Era un territorio de delitos menores, sobre todo relacionados con drogas y violencia doméstica, nada que justificara esos gastos extraordinarios. Hacía más de un año que no tenía que recurrir a los compañeros de Minneapolis.

—Si no es Hattie, tiene que ser alguien que estaba de paso. No se ha denunciado ninguna otra desaparición en cinco condados.

—¿Incluyes Rochester en esa deducción?

—Mmm. —Tuvo que pensar en esa posibilidad.

—Mira a ver si encuentras algo frente a la entrada. —Le tendí la cámara y me acerqué de nuevo al borde del agua.

El suelo apenas crujió, ya sin el peso de Jake. Supongo que a su lado yo era minúsculo: me había quedado en poco más que piel y huesos tras treinta años en el oficio. Me puse en cuclillas junto a la chica, tapándome la boca con una mano para buscar algo que no hubiera visto hasta entonces. Estaba pálida como la cera y tenía la cara ligeramente vuelta hacia un lado. En las cuencas de los ojos, inundadas de sangre seca, habían quedado atrapados algunos de sus cabellos. Presentaba cortes, sobre todo en los ojos y en las mejillas, que no pasaban de ser pequeños pinchazos, a excepción de uno que trazaba una diagonal desde la sien hasta la mandíbula. Un signo de exclamación. Aparte de la cuchillada del pecho, el resto del cuerpo parecía intacto. Alguien se había propuesto dejarle la cara hecha un mapa.

Levanté la mirada en dirección a Jake para asegurarme de que no me oía antes de acercarme más.

—¿Henrietta?

Se ponía furiosa cuando yo la llamaba por el nombre con el que la habían bautizado, por eso había seguido haciéndolo durante dieciocho años. Todo el mundo la llamaba Hattie desde el día en el que regresó del hospital con una diadema de encaje en la cabecita, cuando aún ni siquiera tenía pelo. Ante ese recuerdo estuve a punto de desmoronarme, pero me aclaré la garganta y me aseguré de que Jake seguía ocupado antes de ceder y llamarla por el nombre que me había negado a utilizar mientras estuvo viva.

—¿Hattie?

No esperaba ninguna reacción, ni que Dios me mandara un palomo o algo por el estilo, pero a veces tienes que decir algo en voz alta para notar el peso de las palabras, para comprobar cómo te sienta oír las, y éstas me sentaron como si un montón de cuchillos me cercenara por dentro. Me quedé mirando fijamente su peinado y su pelo largo y castaño. Llevaba un vestido corto, demasiado para la época del año. No importaba lo que le hubiera dicho a Jake, esos detalles me habían revelado quién era nada más entrar en el almacén.

Cuando Bud entró en mi despacho esa mañana y me dijo que teníamos que investigar la desaparición de su hija, los dos dimos por sentado que se había marchado de casa. No había nada que esa chica deseara más que escapar del pueblo, pero la esposa de Bud no se había mostrado tan segura de ello. Hattie tenía que protagonizar la obra de teatro del instituto ese fin de semana y Mona no creyó ni por un instante que fuera capaz de marcharse antes de la función. Era alguna obra de Shakespeare. Mona también me había dicho que su hija no se habría marchado cuando apenas faltaban dos meses para la graduación. Todos sus argumentos tenían sentido, pero el infierno se congelaría antes de que yo comenzara a confiar en el sentido común de una adolescente. Había activado la alerta de personas desaparecidas con el convencimiento de que al cabo de una semana Bud y Mona recibirían un correo electrónico de Hattie para confesarles que estaba en Minneapolis o en Chicago.

Ahora, mientras observaba lo que probablemente eran los restos mortales de la única hija de mi compañero de pesca, se me ocurrió una pregunta todavía peor, una pregunta que destriparía la vida de Bud con la misma facilidad con la que nosotros destripábamos percas y carpas a menos de quinientos metros de ese lugar.

¿Quién podría haber asesinado a Hattie Hoffman?

Cuando por fin llegó el equipo del laboratorio forense y la ambulancia empezó a recorrer el sendero descuidado que conducía hasta el almacén para llevarse el cuerpo, ya había recibido más de veinte llamadas. Sólo contesté a la de Brian Haeffner, el alcalde de Pine Valley.

—¿Es cierto, Del?

Me aparté a un lado mientras los forenses peinaban el almacén como si fueran hormigas en un pícnic.

—Sí, es cierto.

—¿Ha sido un accidente? —preguntó Brian con la voz cargada de esperanza.

—No.

—¿Me estás diciendo que hay un asesino suelto?

Salí del almacén y escupí junto a una de las paredes para intentar librarme de ese sabor a muerte que se me había instalado en la boca. La hierba estaba intacta, nadie la había pisado desde hacía tiempo y se mecía con una suave brisa en dirección al lago.

—Te estoy diciendo que tenemos un caso abierto de homicidio y que todavía no se ha identificado el cuerpo de la víctima, eso es lo único que digo.

—Deberás hacer una declaración. Nos están llamando todas las cadenas de noticias del estado.

Brian tenía esa tendencia a exagerar. Era probable que hubiese recibido unas cuantas llamadas del periódico del condado, pero seguramente la verdad era que su esposa quería saber todos los detalles para poder contarlos en exclusiva en la cafetería de Sally mientras horneaba magdalenas, como cada mañana. Brian y yo nos conocíamos desde hacía mucho tiempo, puesto que los dos llevábamos un montón de años trabajando como funcionarios. Nos habíamos apoyado el uno al otro cada vez que había elecciones y era un buen alcalde, pero yo no podía tomarme más de una copa con él. Se ponía a vociferar acerca de cualquier cosa y siempre me preguntaba por casos en los que había trabajado y por «tendencias criminales». En ocasiones me recordaba a uno de esos perros nerviosos que no pueden parar de lamerte la mano.

—Ya tienes mi declaración, Brian. Informaremos sobre la identidad de la víctima cuando la hayamos confirmado.

—Necesito saber si existe algún riesgo en la ciudad, Del.

—Yo también.

Le colgué el teléfono y me guardé el móvil en el bolsillo al ver que se me acercaba una joven del personal médico.

—Sheriff, ya hemos terminado.

—De acuerdo, yo vendré más tarde. Primero tengo que comprobar unas cuantas cosas.

—¿Alguna pista? —La joven parecía esperanzada. Era la primera vez que la veía, no debía de ser del condado.

—No, ninguna —dije mientras volvía a entrar en el almacén—. O encontráis algo vosotros o no tendremos nada.

Los forenses embotellaron y embolsaron todo lo que no estaba clavado en el suelo o las paredes y cuanto consiguieron pescar en el agua del almacén. Al final sacaron una botella de vino vacía, una lámpara de queroseno, cinco paquetes de cigarrillos vacíos, unas cuantas cajas de cerillas corrientes y tres condones usados.

Los observé mientras precintaban la puerta y la ventana.

Jake se me acercó.

—No han encontrado el arma del crimen.

—No —respondí.

Esperamos a que el equipo terminara y se marchara. Habían hallado unos cuantos pelos y también analizarían los preservativos, para ver si localizaban rastros de ADN. Aparte de eso, guardarían el resto de cosas hasta que les dijéramos lo que necesitábamos o hasta que el caso se cerrara.

Una vez que las camionetas hubieron desaparecido por el horizonte, sólo quedó el sonido del viento

que reseca los campos y algún que otro gorjeo de gorrión procedente del lago. De ese modo resultaba más fácil pensar.

—Estaba en el rincón más alejado de la puerta.

—O sea que debieron de acorralarla, o bien alguien la sorprendió allí. —Jake y yo pensábamos de un modo parecido. Por algo lo había elegido como ayudante.

—No tiene marcas ni heridas visibles en las manos, por lo que no debió de haber mucho forcejeo.

Me acerqué a la puerta del almacén y me di la vuelta, como si acabara de salir de él. Las tierras de cultivo se extendían hasta el horizonte formando suaves colinas en todas direcciones, donde se estaban fundiendo los últimos restos de nieve. No se divisaba ni una sola casa o edificio desde el almacén.

—La mata y sale fuera. No se deja el cuchillo. Necesita alejarse y librarse del arma y de la ropa que lleva puesta.

Jake señaló el sendero que rodeaba el lago hacia la playa y el muelle.

—Ésa es la mejor opción. Aparcar allí y volver por donde ha venido.

—O eso, o cruzó campo a través hasta la carretera, o siguió hasta la casa de los Erickson y luego tomó la carretera número siete. En los dos casos estamos hablando de un kilómetro y medio.

—¿Por qué iba a aparcar tan lejos? No tiene sentido.

—No, tienes razón. Pero la mayoría de los asesinos son estúpidos y no suelen planear sus matanzas, por lo que no piensan en detalles como cuál será la mejor ruta para escapar.

Jake gruñó para hacerme saber que no estaba de acuerdo con la hipótesis de una fuga campo a través.

—Necesitaremos perros para rastrear los campos. Un kilómetro y medio a la redonda. Llama a Mick, el de Rochester. Y que la barca sondee el lago con un detector de metales. El asesino podría haber lanzado el cuchillo mientras regresaba al coche.

—En eso estamos de acuerdo. Les diré que comprueben hasta el último centímetro del lago y la orilla.

Nos marchamos de la escena del crimen y nos topamos con los coches patrulla cuando volvíamos por los campos rumbo a la casa de Winifred Erickson. Jake siguió conduciendo hacia la ciudad, pero yo preferí detenerme y llamar a la puerta. No respondió, aunque eso tampoco quería decir que no estuviera en casa. La mayoría de la gente de la zona abría la puerta de mosquitera al ver que se levantaba el más mínimo rastro de polvo en el horizonte, pero Winifred era distinta. A veces pasaban semanas enteras sin que nadie la viera por la ciudad, y a mí me habían mandado más de una vez para comprobar que no estuviera muerta en el suelo de la cocina. La anciana siempre esperaba para responder hasta que yo estaba a punto de echar la puerta abajo. Luego salía con las pocas canas que le quedaban envueltas en un amasijo de rulos y la vieja pipa de Lars en la boca, y me preguntaba si sabía cuánto costaba una maldita puerta y si estaba dispuesto a comprarle una nueva. Al cabo de unos días aparecía de nuevo por la calle principal y se mostraba de lo más cordial. Se había vuelto así de rara desde que había matado a su marido.

Le dejé una nota para explicarle que llevaríamos a cabo el rastreo con perros y regresé a la ciudad.

Cuando entré en el despacho, los teléfonos sonaban como si fueran alarmas de incendios, pero Nancy no estaba en su mesa. La encontré en la sala de descanso, tomándose una taza de café. Jake se estaba zampando un bocadillo con el teléfono pegado a la oreja.

—Rochester me tiene a la espera —masculló entre bocado y bocado. Me alegré de que el apetito del joven no se hubiera visto afectado por la visión de un cuerpo mutilado.

—Tráeme un café a mí también, Nance, ¿quieres?

—No pararán, Del. Veinte minutos después de recibir el aviso han empezado a llamar sin cesar.

—¿Quién? —preguntó Jake.

—Todo el mundo. De entrada, toda la gente que conozco. No dejo de decirles que se ocupen de sus

asuntos, pero los periódicos también han llamado. Y Shel, para saber si querías que se metiera en el ajo.

Shel era uno de nuestros cuatro agentes a tiempo completo. Con sólo doce personas en plantilla, nos faltaría ayuda para llevar a cabo la investigación de un asesinato.

—¿Cómo demonios se ha enterado tan rápido?

—Es primo de los Sanders. Lo han llamado nada más llegar a casa.

—No, dile que ya estamos bien así. Jake puede encargarse de las emergencias que surjan a partir de ahora.

—Pero si tengo que abrir el expediente del caso —protestó Jake.

—Lo abriré yo.

—Soy yo quien lleva la unidad de investigaciones, Del.

—Y yo soy el sheriff del condado.

No solía abusar de mi autoridad de ese modo y me pareció que no le gustó nada que lo hiciera en ese momento, pero tampoco me importaba. Ese caso era mío. Nancy me siguió hasta el despacho con el café.

—No quiero llamadas durante los próximos veinte minutos. Y este caso es confidencial. Ni una palabra a nadie antes de que yo lo diga. Podemos confirmar la muerte por arma blanca de una joven. Eso es todo.

—Ya me conoces, Del. Soy una tumba. —Hizo ademán de marcharse, pero se dio la vuelta de nuevo—. ¿Has pasado un mal rato?

Consulté el número en la pantalla del móvil y suspiré.

—Lo peor todavía está por llegar.

—Lo siento, Del. Prepararé una nota de prensa para cuando se haya confirmado la identidad de la víctima.

Nancy cerró la puerta tras ella. Solté otro suspiro mientras miraba la foto que tenía colgada en la pared: era yo en el lago Michigan, sosteniendo un lucio de trece kilos, el pez de agua dulce más grande que había pescado jamás. Bud dijo que era un verdadero monstruo, pero al día siguiente casi me iguala con un ejemplar de doce kilos. Dios mío. Pulsé el botón de llamada antes de seguir pensando en ello.

Contestó enseguida.

—¿Es ella?

Apreté los dientes y tomé aire antes de hablar.

—Te has enterado.

—Mona está tremendamente preocupada. ¿Qué sabes?

—Todavía no puedo decir quién es.

—¿No puedes decírmelo o no me lo dirás?

La voz de Bud me llegó sin altibajos ni entonaciones, aunque lo cierto es que no le había oído preguntarme algo semejante en los veinticinco años que llevábamos siendo amigos.

—No puedo, Bud. Tenía... la cara desfigurada... y no hemos sido capaces de determinar la identidad de la víctima.

No respondió nada a ese comentario, aunque me di cuenta de que estaba asumiendo la información, y que la imagen que se había formado de aquella chica muerta que podía ser su hija había empeorado todavía más.

La última vez que habían visto a Hattie, según Bud, había sido el viernes por la noche, tras la función del instituto. Bud y Mona habían ido a verla y después la habían abrazado y le habían pedido que no volviera demasiado tarde. Pero Hattie no había regresado a casa.

—¿Recuerdas cómo iba vestida Hattie ayer por la noche, Bud?

—El disfraz. Era un vestido.

—¿Un vestido veraniego?

—No, un vestido blanco lleno de sangre. Sangre de mentira. Y también llevaba puesta una corona.

—¿Se cambió de ropa antes de marcharse?

—Supongo que sí.

—¿Tiene un vestido veraniego de color amarillo con una especie de adorno rizado?

—No tengo ni puñetera idea.

Bud se lo preguntó a Mona. Pude oír cómo hablaban en voz baja, mucha tensión en el ambiente.

—No, Mona dice que no —dijo, dirigiéndose a mí de nuevo con la voz teñida de un alivio que yo no compartí en absoluto.

—Mmm... ¿Todavía no sabes quién la llevó en coche después de la función?

—Mona y yo seguimos pensando que debió de ser Portia. Ella también participaba en la obra, pero dice que apenas vio a Hattie después.

—De acuerdo. Bud, escúchame, necesito tu autorización para consultar el historial odontológico de Hattie. Le diré a Nancy que pase a verte con el formulario y serás el primero en saber algo sobre esa chica, sea cual sea el resultado. Te lo prometo.

Respondió con un agradecimiento casi inaudible y colgó el teléfono.

Antes de poder pensar demasiado en lo que le acababa de pedir a mi mejor amigo, llamé a Rochester y confirmé que la autopsia estaba programada para el día siguiente, a primera hora. No importaba que fuera domingo, los depósitos de cadáveres no siguen los horarios de oficina.

Mientras Nancy se encargaba del papeleo y de las fotos, abrí el expediente del caso con el programa nuevo de Jake, tan sofisticado que no fui capaz de hacer nada. Pero no era el momento de quejarse. Cuando por fin pude abrir aquella mierda, introduje la poca información que teníamos: apenas un esqueleto, prácticamente nada.

Hembra.

Caucásica.

Heridas de arma blanca y posible traumatismo craneal.

Cadáver encontrado por dos jóvenes locales en el viejo almacén de los Erickson el sábado, 12 de abril de 2008, a las 16.32 horas.

Tragué saliva y me froté la barbilla con la mirada fija en los campos en blanco de la pantalla. Era la primera vez que recordaba haberme preocupado mientras pensaba en lo que tenía que escribir allí. A las chicas no las asesinan sin motivo; en el condado de Wabash no, al menos. No había tiroteos desde coches en marcha, ni adolescentes furiosos descargando un arsenal en el instituto. Todas esas mierdas propias de las ciudades trastornadas nos quedaban muy lejos, y era precisamente eso lo que evitaba que mucha gente se marchara a otro lugar. De acuerdo, los escaparates de Pine Valley casi siempre estaban medio vacíos, a la gente le costaba pagar la mensualidad de la hipoteca cuando bajaban los precios de las cosechas, pero seguía siendo una comunidad, un lugar todavía apegado a la idea de que lo primordial eran las personas. Debíó de ser un motivo importante el que atrajo a esa chica hasta un lugar tan remoto como el almacén de los Erickson. Y fuera lo que fuese, también había resultado lo bastante importante para que otra persona la matara por ello.

Era tarde, por lo que decidí volver a casa, como si hubiera un buen motivo para hacerlo. La mayoría de las veces comía en la estación y ya casi ni siquiera conseguía pegar ojo. Antes sólo me ponía así cuando tenía que ocuparme de un caso importante, pero en los últimos tiempos me limitaba a dormir cuatro horas cada noche. Mi casa era la parte superior de un dúplex a una manzana de Main Street. En la parte de abajo vivían los Nguyen, los propietarios de la tienda de licores. Eran prácticamente los únicos asiáticos del condado y sus platos desprendían un olor acre que no se parecía en nada al de los restaurantes chinos. Sin embargo, no eran ruidosos ni golpeaban las cañerías para quejarse si lo era yo, que es lo que solía

hacer la antigua inquilina, una anciana que había pasado a mejor vida debido a un ataque al corazón. En cualquier caso, intentaba no subir mucho el volumen, sobre todo de noche, cuando no podía dormir. A veces ponía discos, pero ya ni siquiera veía la tele porque me hacía sentir como si ya estuviera muerto. Me enteraba de las noticias por los periódicos y escuchaba los partidos por la radio. Por eso no habría tenido ningún sentido conservar el aparato, si no fuera porque al gato de los Nguyen le encantaba entrar por la ventana y tenderse encima. Nunca me habían gustado los gatos, pero ése me caía bien. No andaba pavoneándose para reclamar comida ni se refregaba por todas partes. Se limitaba a sentarse encima de la tele, en un lado de la habitación, y yo me acomodaba en el sofá, en el lado opuesto, por lo que nos llevábamos bien.

Pasé la noche en vela pensando en el cadáver. Si llegué a quedarme dormido en algún momento, no me di cuenta. Estuve tomando notas y haciendo listas de personas con las que tenía que hablar, contemplando cómo las agujas del reloj avanzaban poco a poco hasta las siete de la mañana mientras el gato daba latigazos en el aire con el rabo.

—Vaya, sheriff Goodman, ¿a qué cadáver tengo que agradecer el honor de su visita?

La doctora Frances Okada no había cambiado. Tenía el pelo plateado y la espalda más encorvada, pero seguía paseando por el depósito de cadáveres como si fuera la reina de los muertos y todavía separaba mi apellido cuando lo pronunciaba: *Good man*, «buen hombre», como si se tratara de una broma brillante que no comprendía nadie más que ella.

—Me he pasado una hora esperando en el maldito vestíbulo para hacerte precisamente esa pregunta, Fran.

—Sí, has tenido la mala suerte de que a ese chico —dijo, ladeando la cabeza hacia un rincón, donde había un técnico trabajando en un cadáver— le diera por sufrir un aneurisma durante un entrenamiento de béisbol ayer por la noche. Al menos podría haber tenido la cortesía de consultar tu agenda para ver si te iba bien.

Me acerqué a la mesa sin mediar palabra. Mi madre siempre nos decía a mis hermanas y a mí que el silencio acaba con las discusiones más rápido que las palabras. También funcionaba bastante bien con las forenses bordes, y por mucho que le jodiera tener que hacerlo, Fran debía comunicarme la identidad de la víctima. Bud y Mona estaban esperando.

El cuerpo había seguido cambiando. La chica tenía un aspecto grisáceo bajo las luces del laboratorio y estaba todavía más hinchada que antes. Ya no se parecía a nadie, mucho menos a Hattie.

—Mandé a tu chica a radiología nada más llegar. Éstos son sus dientes —dijo, mientras pegaba las imágenes en el visor—. Y aquí está la radiografía que me ha llegado de la que sospechabas que podría ser la víctima, Henrietta.

—Hattie —la corregí, a la vez que daba un paso adelante para inspeccionar las imágenes.

—¿Ves esta cavidad de aquí? ¿Y ésta? —me preguntó, al tiempo que me señalaba las dos filas de dientes—. Los empastes coinciden y el perfil es idéntico en los dos lados. —El dedo de Fran se detuvo encima de un diente ligeramente torcido de la mandíbula inferior—. No es necesario un test de ADN, en este caso: es Henrietta.

—Es Hattie —la corregí de nuevo, y mi voz sonó más airada de lo que me habría gustado.

—Yo diría que llevaba entre doce y dieciocho horas muerta cuando la descubrieron, a juzgar por el estado de descomposición. —Fran se puso unos guantes nuevos y añadió un poco de suavidad a su voz—. ¿La conocías?

—¿Qué importa eso ahora? Necesito un informe exhaustivo centrado en el asesino. Sangre ajena, pelos de otra persona, cualquier cosa que puedas encontrar y que nos proporcione el más mínimo indicio. Y lo necesito enseguida, ¿de acuerdo? Llámame cuando esté listo.

Estaba a punto de salir por la puerta cuando me lanzó la pregunta.

—¿Por qué no te quedas y así puedes ver la autopsia?

Me volví para comprobar que por fin me estaba mirando fijamente a los ojos, plantada como un guarda frente a los restos desfigurados de lo que, hasta hacía dos días, había sido Hattie.

—Tengo cosas que hacer.

La camioneta de Bud estaba aparcada cuando me detuve en el sendero de entrada, y eso que todavía era temprano y la misa del domingo no debía de haber terminado. *Bear*, su labrador negro, se acercó jadeando a mi pierna para rascarse tras las orejas, como hacía siempre que me aproximaba a la casa. Ni siquiera lo miré. Antes de haber recorrido la mitad del sendero, Mona abrió la puerta de golpe.

Llevaba puesto un gran delantal floreado y tenía el pelo recogido con un pañuelo. No conocía a ninguna otra mujer de su edad que llevara el pelo largo, y ese detalle le daba cierto aire atemporal. Su rostro era firme y sereno, en circunstancias normales iba a juego con su carácter, pero ese día vislumbré temblores tras su mirada.

—¿Y bien? —masculló.

—Mona —dije, quitándome el sombrero—, ¿Bud está en casa?

—Dilo de una vez, Del. —Con los dedos se daba golpecitos descompasados en el lateral del muslo y tenía la espalda tiesa como una tabla. Era como si sus dedos no formaran parte del conjunto de su cuerpo, y me vino a la cabeza la imagen de Hattie, medio fuera y medio dentro del agua, de ese cadáver tan extraño, desconectado de sí mismo.

—¿Puedo entrar?

—Claro, Del. —Bud apareció detrás de Mona y abrió la puerta todavía más. Agarró a su esposa por los hombros y la apartó un poco para que yo pudiera pasar. Ella se zafó de su marido y me metió en el salón antes que nosotros.

Nada más entrar, noté un abrumador olor a mantequilla y chocolate. La cocina estaba llena de galletas de distintas formas, apiladas en platos dispuestos por toda la encimera.

Bud siguió mi mirada, que recorrió la estancia.

—Mona estaba horneando para el acto benéfico de ayer cuando recibimos la llamada sobre ese cadáver. —Se encogió de hombros con impotencia antes de continuar—. Y no ha podido parar. Ha decidido que no iría a la iglesia y ni siquiera sé si ha dormido esta noche.

Su voz sonaba lejana, como si yo no estuviera a su lado, y no supe distinguir si el motivo de esa sensación de distancia era él o yo.

Entré en el salón y me quedé junto a la chimenea. Encima de la repisa había dos fotos del último curso de Hattie y Greg, enmarcadas con molduras doradas. Hattie aparecía apoyada en un árbol, con los brazos cruzados, vistiendo una camiseta blanca con un broche en forma de flor y una sonrisa que apenas conseguía elevar las comisuras de sus labios. Parecía feliz. No, en realidad no. Parecía satisfecha. Parecía una chica que sabía lo que quería y cómo conseguirlo. Era la hija que prosperaría y se marcharía de Pine Valley para encontrar una nueva vida, que se casaría con un abogado prestigioso y volvería a casa durante las vacaciones con una carrera brillante y uno o dos hijos de los que podría fardar cuando saliera a pasear por la ciudad; no era la hija que iba a morir joven. Eché un vistazo a la foto de Greg, posando con *Bear* y un fusil. Ya llevaba el pelo rapado mucho antes de entrar en el ejército, nada más graduarse ya estaba ansioso por zarpar hacia Afganistán. Él sí que parecía destinado a morir. Era el hijo por el que Bud y Mona habían debido prepararse y endurecerse, por si tenían que encajar la noticia en algún momento.

Bud se sentó en el sofá junto a Mona y los dos esperaron agarrados de la mano. ¿Cuántas veces había estado en esa sala de estar? Cientos, y cada una de esas ocasiones Bud había conseguido que me sintiera como si estuviera en mi propia sala de estar, como si las fotos colgadas de las paredes fueran las de mi familia. Respiré hondo y lo miré. Cada vez tenía el pelo más plateado y la camisa le quedaba más

estrecha por la cintura. Me miró fijamente a los ojos y se lo dije.

—El dentista mandó los expedientes odontológicos a Rochester, donde tienen el cadáver de la chica, y compararon los dientes de Hattie con los de la víctima. Coincidieron. Es Hattie.

Mona se tambaleó hacia delante como si alguien la hubiera golpeado en la nuca, y Bud le soltó la mano, pero ninguno de los dos dijo nada en absoluto.

—Dios mío, lo siento mucho, Bud. —Mi garganta quería cerrarse, pero la obligué a dejar pasar las palabras—. Mona, no sabes lo mal que me siento. Te prometo que encontraré a ese hijo de puta.

Mona se quedó mirando la moqueta verde y descolorida.

—¿Dientes?

La mirada de Bud me atravesó como a un fantasma y se clavó en las fotos de la pared.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo...?

—La encontraron en el viejo almacén de los Erickson, junto al lago; al parecer sucedió allí. Alguien la atacó con un cuchillo y murió a causa de una herida en el pecho.

Bud se quedó sentado, absolutamente quieto mientras yo daba las explicaciones. Mona, por su parte, siguió temblando en silencio.

—Dijiste que no pudiste identificar su cara.

Maldita sea mi jodida boca. Había intentado simplificar las cosas al máximo, ahorrarles algo de sufrimiento.

—El atacante también se ensañó con la cara utilizando el cuchillo, aunque puede que eso fuera cuando ya estaba muerta. No lo sabremos hasta que tengamos los resultados finales de la autopsia.

Mona soltó una especie de aullido en voz baja. Bud se despertó de su trance e intentó abrazarla, pero ella lo rechazó.

—¡Apártate de mí!

Fue dando tumbos hasta la cocina, chocando contra las paredes, ahogándose en sus propios sollozos. Cuanto más se alejaba de nosotros, más rienda suelta daba al dolor. Mona no era una mujer dura, pero tampoco era nada dramática. Creo que no la había visto derramar más de una lágrima hasta ese instante. Escuchar esos lamentos de dolor procedentes de una mujer como Mona me pareció lo peor que había oído en mi vida.

Me incliné hacia Bud. Continuaba petrificado en el sofá.

—Bud, ¿qué pensaba hacer Hattie después de la función del viernes? Necesito saber todo lo que puedas contarme sobre esa noche.

Actuó como si ni siquiera me hubiera oído, pero al cabo de un minuto se pasó una mano por la cara y se aclaró la garganta con la mirada fija en el suelo.

—Dijo que iba a salir. Con unos compañeros, para celebrar el estreno.

—¿No mencionó a nadie en concreto?

—No. Supusimos que debía de ser con toda la compañía. El fin de semana anterior también se habían marchado todos juntos. Una vez terminada la escenografía.

—¿No estaba con nadie en concreto?

—Estaba con nosotros —dijo Bud con la voz quebrada. Tragó saliva antes de continuar—. Estaba allí, con nosotros.

Reaccionamos con un respingo al oír un estrépito. Atravesé la cocina en dirección al dormitorio del matrimonio. Mona se había tendido de lado sobre los restos de una mesita auxiliar. Parecía como si le hubieran fallado las piernas. Unos espasmos incontrolables recorrían su espalda entre el amasijo que formaban el mantel, unos libros y la madera. Cuando intenté ver si se había hecho daño, empezó a golpearme como una loca y sus gritos se volvieron más agudos. Regresé a la sala de estar y me di cuenta de que Bud ni siquiera se había movido. Tenía las palmas de las manos vueltas hacia arriba sobre el sofá, con los dedos doblados como los de un bebé.

—Bud.

No respondió. Su mirada estaba desenfocada y llevaba una mancha de harina en el pelo, donde Mona le había pegado un empujón.

—Bud.

Se levantó con un gesto acartonado y entró en el dormitorio. Se inclinó encima de Mona y cubrió el cuerpo de su esposa con el suyo. Yo me sequé las lágrimas de los ojos y los dejé solos.

El instituto de educación secundaria de Pine Valley era un edificio de ladrillo de una sola planta de la parte sur del centro de la ciudad. A partir de allí, los escaparates de Main Street quedaban atrás y sólo había casas y estaciones de servicio. El edificio no había cambiado nada desde la década de 1960, cuando lo ampliaron para añadir el gimnasio nuevo.

Dejé el coche en el aparcamiento medio lleno y me encontré con Jake frente a la puerta principal. A partir de ahí seguimos los rótulos que indicaban dónde estaba el gimnasio nuevo, el que ya se estaba representando la función. Hacía tres semanas y toda una vida que le había prometido a Hattie que acudiría al pase matinal del domingo. Y al final cumpliría mi promesa.

Jake le echó un vistazo al programa.

—Aquí comenta que Hattie interpretaba a Lady Macbeth.

Entramos y ocupamos unos asientos vacíos de la última fila. Había dos personas vestidas de blanco frente a un escenario que representaba un castillo. Reconocí a la chica asiática, Portia Nguyen, pero no sabía quién era el chico. Hablaban con aquella prosa florida tan típica de Shakespeare que nunca llegó a interesarme, aunque al final conseguí centrarme en lo que decían. Ella intentaba inducirlo a asesinar a alguien y él parecía estar de acuerdo con el plan. Al final de la escena, ella se acercaba a él y tramaba la reacción que tendrían una vez cometido el asesinato.

—¿Y quién se atreverá a pensar de otra manera si hacemos que nuestro clamor y nuestro llanto rujan sobre su muerte?

Él la agarraba de la mano antes de soltar la réplica.

—Concentraré toda la fuerza de mi cuerpo en este horrible acto. Adelante, y engañemos a todos fingiendo la inocencia.^[1]

Sacaba a la chica fuera de escena y seguía hablando en dirección a la oscuridad.

—Que esconda el rostro hipócrita lo que conoce el falso corazón.

Después de la función me llevé a un lado al profesor que estaba al cargo y le dije que necesitaba hablar con todos los que de un modo u otro habían participado en la obra. Palideció al oír mi petición, pero no me preguntó nada. Se llamaba Peter Lund, un joven con gafas y sin rastros de tierra bajo las uñas.

Lund les dijo a los chicos que quería hacer una «reunión rápida» y los convocó a todos en el salón de música. Una vez cerradas las puertas, se hizo un silencio sepulcral mientras los chicos esperaban.

—Muy bien el espectáculo. Mmm... todos, muy bien todos. Portia, lo... lo has hecho muy bien. Volveremos para recoger las cosas enseguida, pero antes el sheriff Goodman quiere hablar con nosotros un momento.

Dicho esto, se colocó en el fondo de la sala y nos dejó a Jake y a mí solos, al frente. Algunas de las chicas ya estaban llorando. Pine Valley no era más que un pueblo, en ese sentido. Sabía que todos habrían oído hablar del cadáver pocas horas después de que lo hubieran descubierto.

Decidí no andarme con rodeos. Fui directo al grano y reaccionaron más o menos como era de esperar, como reaccionaría cualquier grupo de adolescentes al saber que uno de ellos ha muerto apuñalado, al darse cuenta por primera vez de que son mortales. Hubo una gran conmoción, muchas

lágrimas y lamentos. La mayoría de los chicos se quedaron boquiabiertos y petrificados, incapaces de articular ni una palabra. Las chicas, en cambio, buscaban a una amiga a la que poder abrazarse. Lund permaneció en el fondo de la sala, encorvado y con la cabeza entre las manos.

Les concedí unos segundos para que pudieran asimilar la noticia, pero decidí no esperar mucho para contarles el motivo de mi presencia, antes de que el trauma se hiciera todavía mayor.

—La mataron el viernes por la noche, después de la función. Necesito que recordéis bien esa noche, hacedlo por Hattie. ¿Alguien sabe decirme con quién se marchó esa noche? ¿Alguno de vosotros la vio después de la función, en una fiesta o algo por el estilo?

—Unos cuantos fuimos al Dairy Queen, pero ella no vino —dijo el chico que interpretaba a Macbeth. Parecía más trastornado en esos momentos que cuando había estado actuando sobre el escenario.

—Tommy vino a ver la función, ¿verdad? ¿Sabes si se marchó con él, Portia? —preguntó uno de ellos.

Portia Nguyen apartó los brazos que la envolvían y levantó los ojos inundados de lágrimas. La corona que llevaba en el pelo le había quedado ladeada.

—Es posible, no lo sé —dijo—. Apenas hablé con ella. Ni siquiera pude felicitarla.

—Tommy debió de llevarla en su coche, si ella se lo pidió. Habría hecho cualquier cosa para complacerla.

—Tommy ¿qué más? —preguntó Jake.

—Tommy Kinakis —respondí.

Hattie llevaba casi todo el año saliendo con él, si mal no recordaba. Lo había visto jugar de defensa en el equipo universitario durante el otoño anterior. Era sólido, difícil de esquivar, nunca dejaba que el equipo contrario llegara a rozar al *quarterback*, en los partidos en los que lo había visto jugar. Si un chico como ése se proponía atravesar a alguien con un cuchillo, poco podría hacerse para detenerlo.

—Yo sé qué fue lo que la mató. —Portia se hallaba de pie delante de mí, mirándome como si estuviera a punto de recitar uno de esos largos discursos de la obra de un tirón—. La maldición.

—¿Perdona?

Algunos de los chicos contuvieron exclamaciones de asombro cubriéndose la boca.

—La maldición mató a Hattie. La maldición de *Macbeth*.

PETER

Viernes, 17 de agosto de 2007

Una insuficiencia cardíaca me estaba matando.

Tenía treinta y seis años y nunca había estado tan en forma en mi vida. Claro que teniendo en cuenta cómo había estado, lo único que podía hacer era mejorar. Había pasado de ser el pardillo más flacucho del instituto a un tío que corría al menos veinticinco kilómetros cada semana. Probablemente podría haber levantado pesas en el banco si me hubiera atrevido a entrar en esas salas de musculación llenas de gilipollas empapados en sudor. Seguía una dieta orgánica vegetariana y no fumaba. Y aun así, la insuficiencia cardíaca me estaba arruinando la vida.

—¿Qué te apetece de postre?

Observé a Mary al otro lado de la mesa. Apenas había dicho nada desde que nos habían servido los entrantes y no paraba de consultar el reloj como si llegáramos tarde a una cita importante.

—¿Mousse de chocolate? —pregunté con una sonrisa.

Después de siete años juntos, sabía que no podía resistirse a nada que estuviera elaborado con chocolate. Estoy seguro de que muchos tipos dicen lo mismo acerca de sus esposas, pero es que yo he llegado a ver a Mary comiendo bacon recubierto de chocolate en la feria de otoño. Grasa de cerdo frita mojada en chocolate. Y se había reído al ver mi cara de asco. Que no estaba nada mal, me indicó.

—Bueno, vale —dijo, encogiéndose de hombros.

Le hice una seña al camarero y pedí un café además del postre. Estábamos en uno de esos lugares en los que podías llamar a un camarero de forma discreta, pedir un café americano y éste se limitaba a asentir. Las lámparas de suspensión colgaban sobre las mesas envolviendo cada una de ellas con un haz de luz propio. Era un local moderno y romántico del que seguramente era asiduo el personal médico de la Clínica Mayo. Mary no había querido conducir hasta Rochester, pero en Pine Valley había poco más que el Dairy Queen y una cafetería que cerraba a las siete de la tarde. Además, tampoco había cines y ésa era nuestra tradicional cita de cena y cine, si bien, a diferencia de la mayoría de las parejas, nosotros solíamos invertir el orden. Primero la película y luego íbamos a cenar, para poder hablar de lo que habíamos visto. Era el mismo plan de nuestra primera cita, cuando vimos *American Beauty* y estuvimos comentando la superioridad moral de cada uno de los personajes hasta que la camarera nos pidió que nos largáramos de una vez para poder recoger la mesa. Esa noche, sin embargo, no mantendríamos ningún debate prolongado y lleno de flirteos que pudiera exasperar a los camareros.

Me trajeron el café y tomé el primer sorbo con precipitación, de manera que me quemé la lengua. No me importó. Seguí bebiendo café y observando a Mary, mientras intentaba averiguar en qué me había equivocado.

Llevaba el pelo suelto, la luz de la lámpara creaba un halo dorado a su alrededor y los mechones le caían sobre la cara cuando dirigía la mirada a la mesa, a los demás comensales o a los ventanales que daban a la bahía; a cualquier cosa que no fuera yo. Mary tenía la cara redonda, con unas mejillas anchas capaces de reunir alegría y repartirla con generosa democracia, pero no vislumbré en ella ni el más mínimo entusiasmo esa noche.

Llevaba el vestido azul tipo años cincuenta, con el corpiño abotonado. En casa, al verla bajar por la escalera, la había abrazado, le había dado un beso en la mejilla y le había susurrado «hola, preciosa». Ella me había evitado con una sonrisa. Yo había supuesto que había actuado así porque Elsa nos estaba mirando sentada en el sofá, pero Mary mantuvo la actitud esquiva el resto de la noche. Educada, distante. Como si la velada fuera más bien una rutina que una oportunidad de escabullirnos de la granja de pollos de Elsa. La película no ayudó precisamente, y la culpa fue mía. Había elegido *Lío embarazoso* porque a

Mary le gustaban las comedias románticas y había leído buenas críticas, pero a ninguno de los dos nos hizo demasiada gracia. No habíamos vuelto a utilizar métodos anticonceptivos desde la noche de bodas y después de tres años buscando un bebé se vio obligada a contemplar cómo una pareja idiota se quedaba embarazada después de pasar una única noche juntos.

—Siento lo de la película.

Al fin levantó los ojos para mirarme.

—No pasa nada.

—Debería haberlo tenido en cuenta.

—No, de verdad, Peter. —Mary enderezó todavía más la espalda cuando se nos acercó alguien sin hacer ruido para dejar el postre sobre la mesa, entre nosotros dos—. Hacía tiempo que no pensaba en lo del bebé.

—Qué lástima. Iba a proponer que aparcáramos el coche en alguna parte para poder pegarnos el lote. Y lo que surja —dije, con un guiño. Ella no reaccionó en absoluto, pero yo no perdí las esperanzas y continué con lo mío—. Es como estar de nuevo en la residencia de estudiantes. Esperando a que nuestros compañeros de clase se larguen, o buscando un lugar tranquilo en el parque. ¿Te acuerdas del segundo piso del aparcamiento de la calle Cuarta? ¿De aquel rincón en el que las luces no funcionaban?

Tomó una cucharada de chocolate y negó con la cabeza.

—Tenemos que volver ya. Hace demasiado rato que hemos salido de casa.

—Elsa se las ha arreglado bien durante setenta y tres años. Puede pasar una hora más sola sin que ocurra nada malo.

Mary tomó otra cucharada y me ignoró por completo. Luego dejó la cuchara de golpe y cruzó los brazos.

—¿Qué pasa?

—Diez dólares por un mousse de chocolate. Es una locura.

—Bueno, todavía es peor pedirlo y no disfrutarlo —dije, antes de atacar yo también el postre. Estaba rematadamente bueno. Ligerero, sabroso y sin llegar a resultar empalagoso—. Prueba otro bocado. Éste es el que vale diez dólares.

Le planté una cucharada frente a la boca y ella suspiró antes de aceptarla. Empezó a comer de nuevo, pero en silencio, dispuesta a no seguirme la corriente. Yo me tomé el resto del café e intenté que se soltara de una vez, pero no hubo manera.

Cuando trajeron la cuenta, Mary la cogió de inmediato. Pagó al camarero y recogió el bolso.

—¿Estás listo?

—Elsa estará bien —le dije mientras le frotaba el brazo camino del coche.

—Ya lo sé —respondió. En realidad, los dos sabíamos que no era cierto, que su madre no estaba bien.

—Entonces ¿cuál es el problema?

—Sesenta y ocho dólares por la cena, Peter. Y veinte más por la película. ¿Quién crees que pagará todo esto?

—Tengo trabajo. A partir de ahora tendremos dinero —aseguré, aunque su irritación comenzaba a hacer mella en mí.

—Ni siquiera has empezado a trabajar todavía y ya estás gastando.

—Sólo quería que saliéramos y pasáramos un buen rato juntos. —Se lo dije justo antes de que subiéramos al coche y diéramos dos portazos.

El camino hacia Pine Valley transcurría por una autovía de dos carriles llana, oscura y bordeada por campos de cultivo. Ninguno de los dos se molestó en poner la radio. Por desgracia, la velada ya parecía insalvable.

Para ser sincero (y con cada kilómetro que recorríamos junto a los altos tallos de maíz veía esa idea

cada vez más razonable), todavía no me explicaba cómo había llegado allí.

Yo era de Minneapolis. Crecí en una cafetería de la parte alta, debatiendo sobre la portada de la revista literaria de mi instituto frente a un plato de pasta en Figlio's y viendo CD en The Electric Fetus para pasar el rato los fines de semana. Había conocido a Mary en la universidad y nos habíamos casado justo después de graduarnos, en verano. Probablemente éramos demasiado jóvenes, pero los padres de Mary eran mayores; habían sido padres por sorpresa tras muchos años de infertilidad y de sueños frustrados. Le habían dado todas las oportunidades posibles a su hija, sin escatimar afecto ni apoyo, y a cambio ella había querido devolverles la satisfacción de verla casada y establecida. Yo había apurado al máximo el crédito de mi tarjeta para ponerle un diamante en el dedo a Mary y poco después estábamos frente al altar de la iglesia de su ciudad natal, mientras los padres de Mary sonreían radiantes desde la primera fila. Casarnos tan pronto había sido una buena idea, teniendo en cuenta que durante la primavera siguiente su padre sufrió un infarto fulminante y murió mientras plantaba soja en sus campos.

Después de la boda alquilamos un apartamento victoriano de un solo dormitorio cerca de una parada de autobús y yo comencé a cursar mi posgrado mientras Mary empezaba a trabajar en uno de los bancos del centro.

Fue entonces cuando llegó la insuficiencia cardíaca.

Elsa, la madre de Mary, empezó a sentirse cada vez más débil. Al principio Mary iba a verla una vez por semana, para comprobar que estuviera bien y echarle una mano con la granja. Siempre había algo que hacer, ya fuera enlatar conservas, reparar un cobertizo o acompañarla al médico. Yo intentaba bromear hablando de mi mujer granjera, pero Mary se reía cada vez menos. Luego empezó a visitar a su madre un par de veces por semana y, puesto que mis clases eran nocturnas, pasábamos varios días seguidos sin vernos. Cuando me gradué y conseguí la acreditación para impartir clases, Mary ya pasaba tres días por semana en Pine Valley y trabajaba diez horas diarias en la ciudad para compensarlo.

Siempre estaba agotada. Traté de convencerla de que lo mejor era que su madre vendiera la finca, pero en cuanto lo mencionaba ella apretaba los dientes, ponía los ojos en blanco y me decía:

—¿Acaso crees que no lo he intentado?

No encontramos a nadie que pudiera ayudar a Elsa. La única enfermera cualificada dispuesta a acudir a la granja pedía mil dólares semanales para ir a verla y administrarle la medicación.

Yo busqué un empleo como profesor para que Mary pudiera dejar el banco, o al menos limitarse a trabajar a media jornada. Procuraba ser un buen marido. ¿No es eso lo que hacen los buenos maridos? Lo que pasa es que yo no encontraba nada, las únicas plazas vacantes eran de escuelas primarias de educación especial y yo no tenía experiencia con trastornos de conducta. Querían que me comprometiera a volver a la universidad para especializarme, pero lo que yo deseaba era enseñar literatura, y no habilidades sociales.

El marzo pasado, Mary llegó a casa con un recorte de periódico, para mostrarme un anuncio: necesitaban un profesor de lengua y literatura inglesa en el instituto de secundaria de Pine Valley, justo el trabajo para el que me había formado. Además, Elsa conocía en persona al director y me había recomendado. Estaban aguardando mi llamada.

Dios, yo no quería mudarme a Pine Valley. Pero la vi tan esperanzada y tan fatigada que, sin saber bien cómo, dos meses más tarde ya nos habíamos mudado con su madre y yo había perdido la vida por la que había estado luchando hasta entonces. Me dijo que era una solución temporal, pero los dos sabíamos lo que quiso decir en realidad: que nos quedaríamos hasta que Elsa muriera, ya fueran meses o años. Y odio tener que admitirlo, pero últimamente esperaba que fueran meses.

Durante todo el verano no me habló más que de Elsa, Elsa y Elsa. «¿Cómo se encuentra Elsa hoy?» «¿Necesita otra bombona de oxígeno?» «¿Se ha podido duchar sola?» Era como tener un bebé, sólo que el nuestro en realidad era una anciana de carácter terco y cuerpo frágil.

Elsa se mostró agradecida, aunque sólo se lo demostraba a Mary. A mí me trataba como si fuera uno

de esos estudiantes de intercambio demasiado cargantes.

Empezó con mi dieta vegetariana: cuestionaba todo lo que yo comía, desde la *kale* hasta las hamburguesas de frijoles negros y el *tempeh*. Cuando salía a correr, Elsa negaba con la cabeza como si lo más rápido que pudiera ir un humano fuera andando a paso ligero tras un arado. Y si me tomaba una cerveza por la noche, resoplaba y desviaba la mirada impostando una expresión de rechazo exagerada.

De verdad, no me importaba lo que mi suegra pudiera pensar de mí, pero estaba interfiriendo en mi relación con Mary. Cada vez que Elsa me ninguneaba, la posición neutral de Mary se desplazaba un poco más hacia su madre y se alejaba cada vez más de mí. Un día, mientras arreglaba la verja que rodeaba el gallinero, Elsa se dedicó a revolotear a mi alrededor para vigilar lo que hacía e incluso mantuvimos una buena conversación sobre la infancia de Mary, aunque al cabo de una semana ya se había olvidado de ello. La falta de oxígeno en el cerebro le estaba robando los recuerdos, sobre todo los más recientes, por lo que cualquier intento que yo hacía para que nuestra relación mejorara era en vano.

Y luego estaban los graznidos. Aunque teníamos las gallinas al otro lado del establo principal, tanto los cacareos como el ruido que hacían cuando se alborotaban o escarbaban el suelo eran omnipresentes a cualquier hora del día. Aquello era capaz de volver loco a cualquiera. Sólo teníamos unas cincuenta gallinas, las que quedaban del averío del padre de Mary, pero parecían capaces de proveer huevos para medio condado. La gente venía a todas horas para recoger una huevera, y Mary de vez en cuando le llevaba algunos a nuestra vecina, Winifred Erickson. Luego ésta seguía a Mary hasta casa y se pasaba horas enteras charlando con Elsa. Mary recogía huevos dos veces al día, la primera a las seis de la madrugada: vaciaba los nidos, barría el suelo y les echaba comida; todo para no ganar más que unos dólares al día, que yo supiera. ¿Y encima se quejaba de que no teníamos dinero?

—¿Por qué no te deshaces de las gallinas? —le preguntaba yo siempre.

—No son ninguna molestia. Crecí ocupándome de estas cosas. Lo que no sé es cómo se las arreglaba mamá cuando estuvo sola.

—Pero ¿por qué tienes que encargarte tú de esto? Podemos comprar huevos en la tienda.

—Mamá no quiere ni oír hablar de la posibilidad de venderlas —dijo. Ésa fue la frase que más le oí repetir durante el verano. «Nuestro bebé de setenta y tres años quiere tal cosa.» «A nuestro bebé de setenta y tres años no le gustaría nada tal otra.»

Poco a poco fue colándose en todos los rincones de nuestra relación. Mary ya no hablaba de libros conmigo. Decía que no tenía tiempo para leer, pero en cambio veía programas horribles en televisión con Elsa cada noche. No quería conducir hasta la ciudad para ver una función o para salir con nuestros amigos. Cuando se lo proponía, negaba con la cabeza enseguida.

—Cae demasiado lejos, ya me canso sólo de pensarlo.

Gracias a Dios, contratamos internet en casa. Instalé mi ordenador en un pequeño dormitorio del piso de arriba en el que guardaban los adornos navideños y un montón de cajas de cartón polvorientas marcadas con títulos como FUNERAL DEL TÍO JOE o DEWITT, 1938. Era ahí donde leía, planificaba las clases que tendría que dar a partir de otoño y me conectaba a Facebook cada noche para ver cómo mis amigos salían a tomar una copa, participaban en lecturas dramatizadas, o acudían a fiestas y conferencias.

No podía negarlo, había depositado muchas esperanzas en esa velada. Aunque sólo fuera por unas horas, quería apartar nuestra relación de la granja y de Elsa por todos los medios. Quería resucitar durante un rato la diversión y los momentos espontáneos que habíamos vivido durante la época de la universidad, antes del posgrado y de que apareciera la enfermedad que nos había robado los viernes por la noche. A Mary le había gustado la idea. Se había mostrado entusiasmada cuando se lo había propuesto, durante la semana.

—Salgamos por ahí una noche —le había propuesto—, antes de que empiece el curso. Prohibido hacer nada productivo.

Ella había reaccionado riendo.

—¿Me lo prometes?

Ahora, mientras conducíamos de regreso a Pine Valley envueltos en un silencio que no hacía sino reforzar los muros que se habían erigido entre nosotros, volví a preguntarme en qué me había equivocado. ¿O tal vez era culpa suya? Cualquiera desconocido que nos hubiese observado esa noche se habría sentido violento al ver lo mucho que yo lo había intentado, y era evidente que no había acertado en nada. No había acertado la película. Ni el restaurante. ¿Habría sido mejor si nos hubiéramos quedado en el Dairy Queen y hubiéramos compartido un helado con un montón de adolescentes revoloteando a nuestro alrededor?

Las luces de Pine Valley aportaron algo de calidez al horizonte y, aunque odiaba las personificaciones, tuve la sensación de que la panorámica de la ciudad me obligaba a tragarme la respuesta: «Sí, estabas forzando demasiado la máquina. Querías una cita como las de Minneapolis, pero ya no tienes una esposa de Minneapolis».

Con esa idea tan incómoda en la cabeza nos adentramos en la ciudad, un pequeño entramado de calles orquestado alrededor de una avenida principal de carácter comercial, todo amparado bajo las enormes chimeneas de la fábrica de elaborados de soja que se alzaban en el horizonte. Unas cuantas estaciones de servicio, el Dairy Queen y una farmacia CVS eran los únicos lugares que seguían abiertos más allá de las nueve los viernes por la noche.

—¿Puedes parar un minuto en la farmacia? Tengo que recoger las medicinas de mamá y unas fotos.

Obediente, entré en el aparcamiento y apagué el motor para acompañarla. Ella fue a la farmacia y me mandó al mostrador de fotografía que estaba al otro lado de la tienda. La dependienta no se dio cuenta de que me acercaba y yo tampoco me molesté especialmente en llamar su atención.

Ya no tenía una esposa de Minneapolis.

Decir que no estaba preparado para que Mary cambiara de ese modo me parecía ridículo. Nunca se me había ocurrido que tuviera que prepararme para ello. El problema de los votos matrimoniales era que no concretaban una mierda. Había entrado en la iglesia que estaba a una manzana de la farmacia en la que me encontraba en esos momentos y había repetido «en las alegrías y en las penas», imaginando que las penas serían que Mary tuviera que guardar cama por alguna enfermedad parecida a la gripe mientras yo le llevaba tazones con caldo de pollo y cajas de klínex, que tal vez nos quedaríamos sin trabajo o que tendríamos que enfrentarnos a la infertilidad. Había proyectado cualquier escenario corriente en esos votos, todo lo que la gente me decía que podía esperar, pero el reverendo nunca dijo: «Tal vez os mudéis lejos de vuestros seres queridos y de vuestros lugares preferidos para vivir en una granja cutre en medio de una pradera desolada, donde no podréis tener relaciones sexuales ni mantener conversaciones que no guarden relación con el estado de salud de una moribunda que te odia». No, en lugar de eso se plantó con una sonrisa delante de nosotros y dijo: «En las alegrías y en las penas». ¿A qué penas se refería? Había consentido ante una pregunta demasiado genérica, le había cogido las manos a Mary y había pronunciado los votos como si nada, sin tener referencias más concretas. Para alguien que aspiraba a ser profesor de lengua y literatura, unir mi vida a la de otra persona mediante una frase que decía tan poco de repente me pareció como una especie de broma de mal gusto.

—¿Puedo ayudarlo?

Me limité a parpadear mientras la dependienta esperaba mi respuesta desde el otro lado del mostrador.

—Ah, sí. ¿Hay unas fotos a nombre de Mary Lund?

La chica fue a buscarlas enseguida.

—No, no hay nada para Mary Lund.

Normalmente pedía a los dependientes que lo miraran otra vez cuando la primera respuesta era «no». Solían ser jóvenes y torpes y encontraban lo que había pedido en el segundo o incluso en el tercer intento. Esa chica era joven, pero parecía cualquier cosa menos torpe. Volvía a estar plantada delante de

mí, muy segura de sí misma, como si tuviera que entregarme el sombrero o darme una segunda oportunidad. Si hubo alguien torpe en la escena, sin duda fui yo.

—Mmm, ¿y a nombre de Elsa Reeve?

—Tiene usted unos alias muy interesantes —dijo con una sonrisa antes de buscar de nuevo bajo el mostrador.

—Lo que se ha dado en llamar *rosa*, si le hubiesen puesto otro nombre...[\[2\]](#)

—... Seguiría teniendo fotos en CVS —dijo ella para acabar la frase a la vez que encontraba el sobre y me lo mostraba con un gesto florido.

—Eso parece.

—Muy bien —dijo, después de marcar las fotos en la caja registradora—, ¿necesita alguna cosa más, Elsa?

—Bueno...

Me volví hacia la farmacia, buscando a Mary con la mirada. ¿Me había pedido algo más? No lo recordaba, y teniendo en cuenta cómo había transcurrido la velada, seguramente sería mejor no gastar más dinero.

—No, eso es todo.

Le tendí mi tarjeta de crédito y me limité a contemplar cómo completaba la transacción. Tenía algo único, una especie de brillo, una presencia. Los adolescentes solían prestar un servicio precario en esa clase de trabajos; en cambio, esa chica se dedicaba en cuerpo y alma a atender a los clientes. Un sentimiento de odio se apoderó de mí mientras la observaba. Alta y esbelta, movía los brazos y las piernas con una gracia consciente. Tenía la piel del color de la miel; los labios, demasiado anchos, brillaban por el efecto de algún tipo de maquillaje, y en sus ojos relucía una especie de inteligencia traviesa que me indicaba que el comentario sobre *Romeo y Julieta* había sido una réplica fácil para ella. Esa chica todavía no había cometido errores, veía el mundo como un juguete a su disposición.

Se volvió para darme las fotos y cualquier rastro de picardía se evaporó de repente.

—¿Qué le pasa?

—¿Perdón?

Su preocupación repentina me sorprendió lo suficiente para sacarme de la abstracción en la que me había instalado.

—¿Le ocurre algo? Parecía enfadado.

¿Qué clase de ciudad era ésa, donde lo normal era que alguien a quien no conocías de nada se atreviera a comentar tu estado de ánimo?

—No, es decir... bueno —balbuceé, buscando las palabras para responder, y quedé como un idiota—. No estoy...

—Está muy enfadado. —Quedó claro que disfrutaba mucho con mi tartamudeo; sus labios se ensancharon todavía más—. Lo veo aquí y aquí —indicó mientras me señalaba las cejas y la mandíbula e imitaba mi pose de brazos cruzados.

Los dejé caer a ambos lados del cuerpo y me encogí de hombros.

—No es por las fotos —aseguré. ¿Por qué no admitirlo?

—¿Es por culpa de uno de esos alias?

—¿Cómo sabes que no es culpa tuya?

—Bueno... Porque ni siquiera nos conocemos. Ah, me llamo Hattie, por cierto. —Entonces extendió una mano y me la quedé mirando un segundo antes de estrechársela.

—Peter.

—Encantada, Peter. ¿Sabes qué hago yo cuando un alias deja de gustarme?

—¿Qué?

—Lo cambio por otro mejor.

—Sí, es fácil hacerlo cuando tienes dieciséis años.

Ella se rio.

—¿Cuántos tienes tú? ¿Ochenta?

—Ochenta y dos.

—Bueno, entonces quizá baste con tomar el fármaco adecuado: encontrarás los laxantes en el pasillo seis.

Estallé en una carcajada y ella asintió como si hubiera conseguido lo que se había propuesto. En ese momento apareció Mary con una bolsa llena de recetas.

—¿Listo? —preguntó Mary.

—Sí.

Saludé a Hattie con la cabeza y ella se despidió de nosotros.

—Buenas noches. Gracias por su visita.

Durante el trayecto de vuelta a la granja, estiré el brazo para cubrir con suavidad la mano de Mary con la mía, dispuesto a intentarlo de nuevo. Cuando llegamos al camino de grava que se desviaba hacia la granja, un destello apareció en el cielo.

—¡Mira! —Apagué las luces y pisé el freno. Contemplamos el recorrido de la estrella fugaz a través de las constelaciones hasta que desapareció por completo. Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada. Luego Mary volvió la palma de la mano hacia arriba para poder agarrar la mía.

—¿Has pedido un deseo? —me preguntó.

—Todavía no. —Le estreché la mano ligeramente y cerré los ojos para seguirle el juego—. Deseo...

—No. Tiene que ser un secreto o no se cumplirá.

—Sí, claro, eso ya se sabe. Sólo me estaba concentrando.

Ella sonrió y me dejó terminar. Aunque no hablamos durante el resto del trayecto, la tensión había desaparecido y la noche empezó a aproximarse a mis expectativas. Formulé mi deseo, en silencio, mientras reemprendíamos el camino hacia la granja.

Tras cinco minutos negociando curvas por el sendero de grava, detuve el coche en la arboleda que resguardaba la casa de Elsa de los vientos que azotaban las praderas. Apagué el motor y dejé que mis ojos vagaran por el entorno, sin prisa por entrar.

El padre de Mary había hecho un buen trabajo en ese lugar, pero tres años después de su muerte empezaban a aparecer signos de abandono. La pintura comenzaba a descascarillarse en las esquinas del granero principal. Las malas hierbas habían ocupado el huerto, donde las judías y los guisantes solían crecer en estricta formación militar. Durante el día se apreciaban varias tejas de madera retorcidas en los techos de los edificios, unos daños producidos por las tormentas que ninguno de los habitantes de la granja nos veíamos capaces de reparar. Elsa cedía los terrenos a un vecino, pero la finca, los edificios y las gallinas que vivían dentro de ese cortavientos formado por árboles seguían siendo su dominio. No tenía sentido que se empeñara en continuar residiendo allí. Mi madre se había mudado a un apartamento de Arizona pocos meses después de mi graduación. ¿Por qué Elsa quería envejecer en un lugar en el que cada verja rota, cada alféizar desconchado, le recordaban que sufría limitaciones físicas? Era el peor lugar del mundo para retirarse.

Uno de los gatos del granero atravesó el patio corriendo cuando Mary suspiró. Noté que el efecto de la granja también empezaba a afectarla a ella e intenté mantener el buen humor.

—Eh —exclamé, jugueteando con su mano—. Ven aquí.

Fui yo quien cubrió la distancia que nos separaba y la besé con cuidado. Ella al principio aceptó el beso, pero apartó la cara cuando yo aún no lo había dado por terminado. Durante unos instantes, nos quedamos quietos, sin decir nada.

—He deseado que las cosas fueran de otro modo —dijo, al fin—. A la estrella fugaz. He deseado que mamá gozara de buena salud.

—Se suponía que no tenías que decirlo, ¿recuerdas?

—No importa. Tampoco se cumplirá.

Se le quebró la voz y yo levanté el brazo enseguida para masajearle el hombro.

—Vamos, estás haciendo más de lo que se te puede exigir.

Ella negó con la cabeza sin dejar de observar los campos.

—Mis padres me lo dieron todo. Me amaron más de lo que cualquier hija podría esperar. Y lo único que yo puedo hacer es esto. Es la única manera que tengo de devolverles tanto cariño.

—Necesitamos ayuda. Hay otras maneras.

—Está bien. Estoy bien.

—Ni siquiera eres capaz de disfrutar saliendo a cenar fuera sin ella. Mira cómo llega a afectarnos todo esto.

En ese instante me miró, y lo hizo con una expresión que nunca antes le había visto: de frialdad. Mi Mary, mi dulce y generosa Mary, la amante de las antigüedades, con sus mejillas redondas, me miraba como si yo fuera un molesto animal extraviado que estuviera reclamando unos restos de comida.

—Lo siento, pero ahora no puedo ocuparme de ti, Peter.

—Es que no quiero que te ocupes de mí. Dios, lo único que quería era que los dos nos divirtiéramos esta noche.

—No uses la palabra *Dios* de ese modo.

—¿Estás de coña? —Seguramente podría haber encontrado una respuesta más adecuada a su intento de censurar mi forma de hablar.

—Mi madre —empezó a decir, negando con la cabeza al tiempo que contemplaba la casa— lleva toda la vida yendo a la iglesia cada domingo sin falta. Para ella, la fe es importante. ¿Podrías respetarla mientras estemos aquí con ella?

—Ahora mismo no veo que Elsa esté aquí —repliqué, aunque al decirlo me di cuenta de que en realidad sí estaba con nosotros. Estaba en todas partes, sentada en el cine entre Mary y yo, resoplando al ver los precios de la carta del restaurante y tensando el perfil de Mary hasta hacerlo irreconocible cuando el hedor a amoníaco que desprendía la mierda de gallina llegaba hasta su nariz desde el patio.

—Es un modo de hablar.

—Bien. —Salí del coche y di un portazo que despertó cacareos en el gallinero.

La casa estaba a oscuras, la luz de la estufa era la única encendida para recibirnos. Elsa debía de haberse acostado temprano, tal vez intentaba mostrar algo de consideración con el hecho de que hubiéramos salido. Normalmente Mary la acompañaba hasta la cama y le apartaba los mechones ralos de la cara mientras Elsa hojeaba álbumes de fotos y contaba historias sobre gente a la que yo no conocía y las dos se reían recordando anécdotas. Nunca había sitio para mí en ese ritual nocturno.

—Voy a echarle un vistazo —dijo Mary.

—De acuerdo.

Mary desapareció y yo subí al dormitorio, que estaba en el piso de arriba. A través del conducto de ventilación me llegaron unas voces susurradas e imaginé a Mary sentada sobre la colcha de la cama de matrimonio de Elsa, poniéndose al día de lo ocurrido durante las últimas tres horas, las dos evitando mirar el lugar vacío que quedaba al otro lado de la cama.

Mi deseo al ver la estrella fugaz había sido que Mary y yo fuéramos felices de nuevo. Tal vez las cosas jamás volverían a ser como antes, pero tenía que haber alguna forma de felicidad, alguna manera de salir adelante que yo aún no conseguía encontrar. Me desnudé y me tendí en la cama, mirando fijamente el techo manchado por las goteras mientras esperaba a que Mary subiera, y así fue como me quedé dormido. Esperando.

HATTIE

Lunes, 27 de agosto de 2007

La mayoría de la gente piensa que actuar es pura fantasía. Como un gran juego en el que las personas se disfrazan y simulan besos o puñaladas y luego fingen jadear y morir. Creen que sólo es un espectáculo. No comprenden que actuar es convertirse en otro, cambiar de manera de pensar y de necesidades hasta que ya no recuerdas las tuyas. Dejar que la otra persona invada todo lo que eres y luego darte la vuelta como un calcetín, verter esa identidad construida sobre el escenario como si se tratara de una sangría. En ocasiones me parece que actuar es una enfermedad, pero tampoco puedo afirmarlo con seguridad porque no sé lo que es estar sano en ese aspecto.

El primer personaje que recuerdo haber interpretado fue el de Hermana Pequeña Intrépida.

Cuando todavía éramos pequeños, mi hermano Greg ya tenía una malicia comparable a la de un adolescente armado con una caja de petardos, y uno de sus juegos preferidos consistía en intentar aterrorizarme. Me escondía bichos en la habitación: ranas, camaleones, arañas, serpientes... cualquier cosa que pueda contarse en el arsenal de un chico de granja. Lo hacía para oírme chillar, justo lo que más me apetecía cuando los encontraba. Sin embargo, en lugar de eso recogía el bicho asqueroso de turno y se lo devolvía con toda la calma junto a un montón de preguntas: «¿De dónde has sacado esta serpiente? ¿Has visto las franjas que tiene en el vientre? ¿Qué nombre le pondrías?».

Él trataba de asustarme diciéndome que por haberlo tocado se me volverían las manos verdes o se me caería el pelo, pero yo me reía y lo acusaba de mentiroso. Ni que decir tiene que conseguía asustarme y que llegué a odiar las cajas de zapatos, puesto que cada vez que aparecía una en mi habitación significaba que dentro había encerrado algo baboso o con escamas, pero aprendí a convertir el llanto en sonrisa y a hablar con un tono de voz más seguro cuando lo único que me apetecía era acurrucarme hecha una bolita y sollozar.

No me importó que Greg se alistara en el ejército justo después de graduarse y que lo mandaran a Afganistán. Sabía que regresaría a casa cambiado. La única incógnita era si cambiaría para bien o para mal.

Lo primero y más importante que hay que aprender para actuar es a leer el público que te observa, a saber qué quieren que seas y ofrecérselo. Mi profesora de catequesis siempre quería ver sonrisas dulces y voces suaves. Mi maestro de educación física durante la secundaria quería jugadores de béisbol agresivos, capaces de batear como profesionales aunque no lográramos darle ni a un coche aparcado. A mi padre le gustaba que la gente se esforzara, que las tareas quedaran bien rematadas y no se oyera ni una sola queja. Y aunque no me agradaran las faenas que me asignaban, me convertí en una Cenicienta y me apliqué con toda la paciencia y la gracia posibles: adaptaba el personaje a la obra.

Sabes que lo haces bien cuando el público queda contento. Te sonrían, te elogian y comentan lo maravillosa que eres. Puede que una parte de ti desee que vean algo más allá de la actuación, aunque sólo sea por una vez, que desee oír (al más puro estilo Bridget Jones) que les gustas tal como eres, pero eso no ocurre jamás. Nadie quiere acompañarte a ver películas independientes. Se ríen de los libros que lees y te consideran una esnob por tu forma de hablar. Entonces decides actuar con la esperanza de que tu verdadera vida empiece en cualquier momento. Y el aplauso te aporta una calidez que ni siquiera habrías imaginado que necesitaras. Tu auténtico yo podría ser mucho más frío. O sea, que sigues haciéndolo.

Llevaba toda la vida actuando y hasta el momento sólo me ha servido para llegar hasta aquí, hasta el primer día del último curso de secundaria en Pine Valley, el último que pasaré en ese edificio. El último año con fiestas de fin de curso de asistencia obligatoria, el último año de macarrones gomosos y olor a queso por los pasillos, el último año que tendré que hacer ejercicios de matemáticas con senos, cosenos y

todo eso.

Siempre he sido buena estudiante, y no porque me interese especialmente, sino porque soy capaz de recordar cualquier cosa que haya leído o escuchado. Y en eso consiste la escuela en la mayoría de los casos: en leer cosas y luego volver a repetir las. A los maestros les encanta que cumplas ese requisito. Lo que sí odio con ganas son los trabajos en grupo. A los que sacamos buenas notas, los profesores siempre nos emparejan con los más tontos o con los más vagos, y eso me parece de lo más injusto. En ocasiones nos permiten que seamos nosotros mismos los que formemos los grupos, pero incluso en esos casos terminaba emparejada con alguien que no comprendía nada de lo que hacíamos. En la clase de historia americana, durante la pasada primavera, Portia, Heather y yo hicimos un proyecto sobre el movimiento de defensa de los derechos civiles, y Heather no paraba de confundir a Martin Luther King con Malcolm X. De verdad. Un día, al acabar la clase, Portia dijo:

—Me parece normal que los mezcles. Más que nada porque los dos eran negros.

—Sí —se limitó a responder Heather, como si Portia lo hubiera dicho en serio.

Portia me miró con incredulidad. Es muy sensible a los temas étnicos porque es oriental. Aunque en realidad es sensible a un montón de cosas; supongo que es su manera de ser.

Al cabo de un rato, me pasó una nota que decía: «Jode bastante que tus amigas tontas sean más tontas de lo que creías, ¿verdad?». Casi me muero de la risa; tuve que esconder la nota antes de que la viera el señor Jacobs.

La familia de Portia se mudó aquí procedente de Chicago cuando estábamos en noveno. Antes de conocerla, estaba segura de tener algún problema que me impedía sentirme a gusto aquí, como les ocurre a todos los demás, que no necesitan fingir para aceptar ciertas cosas, como la formación profesional o programas de tele como *American Idol*. Entonces llegó Portia, contando historias sobre la Magnificent Mile, la gran arteria comercial de Chicago, y sobre las luces de la marquesina del Goodman Theatre, y me di cuenta de que había lugares en los que no era tan importante que tu vaca hubiera ganado una cinta azul en la feria de otoño. Desde entonces, se ha convertido en mi mejor amiga.

Llegué al instituto en la vieja camioneta de Greg y llamé a Portia, que justo entraba en ese momento y se detuvo para esperarme.

—Dios, me encanta —dijo Portia, al ver cómo iba vestida—. Date la vuelta.

—¿Te gusta? —pregunté, haciendo un giro de pasarela.

La ropa que había elegido para el primer día de clase era la mejor imitación del estilo neoyorquino que había conseguido encontrar en las galerías Apache de Rochester: una falda de tubo negra y un conjunto gris con los zapatos de tacón de ir a la iglesia, acabados en punta. Tenía el pelo largo y liso, de color castaño claro porque mamá no permitía que me tiñera, y normalmente lo llevaba como ese día, suelto sobre la frente y recogido en una coleta baja y bien arreglada.

—¡Pareces de la costa Este!

—Pues tú, de California —dije con una sonrisa al ver su vestido veraniego y sus enormes gafas de sol—. Supongo que tiene sentido que nos encontremos a medio camino.

Portia se rio, enlazó su brazo con el mío y entramos juntas en el instituto.

—Te has perdido lo de Becca Larson. Lleva tanto papel metido en el sujetador que medio equipo de fútbol no le quitaba el ojo de encima. He intentado llamar a Maggie tres veces o así para comparar los horarios, pero no responde ni a las llamadas ni a los mensajes, así que no sé cómo lo lleva.

Portia siguió charlando mientras deambulábamos por los pasillos. Yo añadía alguna palabra de vez en cuando, aunque en realidad Portia no necesitaba muchas respuestas. Por eso me imaginé que estaba en una reunión de reencuentro de antiguos alumnos. «¡Mira qué pequeño es todo! Ahí está mi vieja taquilla. Sí, he estado viviendo en Nueva York durante los últimos diez años. En Manhattan, querida, no podría vivir por encima de la calle Noventa y seis.» No es que supiera dónde estaba la calle Noventa y seis, pero lo acabaría sabiendo. En menos de un año viviría allí y mi nuevo vestuario suponía el inicio oficial

de la cuenta atrás.

Llegamos a nuestras taquillas y encontramos a Maggie tonteando con Corey Hansbrook, que todavía tenía el cuello lleno de acné. Qué asco.

—¿Qué? —preguntó Maggie, volviéndose hacia nosotras después de que Corey se marchara a clase—. ¿Habéis visto ya al nuevo profesor de lengua?

—¡No! Cuenta, cuenta. —Ante la promesa de un cotilleo nuevo, Portia ignoró el desaire de la interrupción. Al menos, de momento.

—Lo he visto cuando papá y yo entrábamos en el aparcamiento y le he preguntado quién era.

El padre de Maggie era el subdirector, pero al parecer eso nunca fue un obstáculo para sus escapadas sexuales. Mi padre habría perdido los estribos si me hubiera visto tirarle los tejos a cualquier cosa que tuviera pene.

—Tiene un pelo negro increíble y lleva unas gafas así, como cuadradas. Parece un universitario.

—Y el culo, ¿qué tal? —preguntó Portia.

—No te lo sabría decir. Lo he visto de frente, venía hacia nosotros. Es más bien delgado, pero está bueno, rollo bibliotecario sexy. Sudando entre las estanterías; ¿sabéis a qué me refiero?

Portia y yo nos reímos del comentario, pero en ese instante sonó el timbre que indicaba que faltaban dos minutos para que empezara la clase y no volví a pensar en el profesor nuevo hasta cuatro horas más tarde, cuando entramos en el aula de lengua. En ese momento, algo cambió. Durante toda la mañana me había sentido como un pulpo en un garaje, con mi atuendo neoyorquino; aunque para eso me lo había puesto, en realidad: eran los primeros pasos que daba de forma consciente para abandonar esos intentos de encajar en mi entorno. Sin embargo, cuando entré en la clase de lengua y vi al profesor nuevo, me sentí de maravilla. Él esperaba sentado a su mesa, enfundado en unos chinos, mirando la ventana y absolutamente ajeno al torrente de alumnos que iban ocupando los pupitres charlando y riendo. Yo tampoco les presté demasiada atención, lo justo para colarme en la primera fila y abrir un cuaderno. Portia y unas cuantas más se instalaron a mi alrededor.

—¿Lo veis? Está buenísimo —susurró Maggie, inclinada hacia nosotras.

Respondí con mi mejor sonrisa de Mona Lisa y empecé a hacer garabatos en la tapa del cuaderno.

Cuando por fin sonó el timbre, la clase guardó silencio, el profesor nuevo se levantó y se apoyó sobre la mesa para dirigirse a nosotros.

—Bueno, soy el señor Lund y ésta es la clase de literatura y discurso escrito. Si no coincide con la que aparece en vuestro horario es que os habéis equivocado de aula.

Fue entonces, al verlo de frente, cuando me di cuenta de que ya nos conocíamos. Me miró un momento, pero siguió repartiendo su atención por toda la clase. No le dio mucha importancia a su nombre ni a la presentación, como hacen algunos profesores, y tampoco pareció que le afectaran los susurros que seguían oyéndose, procedentes de los pupitres que estaban más alejados.

—Os paso unos papeles. Marcad vuestro nombre en la hoja de asistencia, coged una copia del programa de la asignatura y echadle un vistazo. Esto es todo lo que haremos durante el primer semestre, pero tendréis que apuntaros al segundo y pasar el examen final si queréis que la nota os cuente para la media. ¿Todo claro? ¿Alguna pregunta?

Al ver que nadie decía nada, siguió hablando y el atisbo de una sonrisa apareció en las comisuras de sus labios.

—Ésta es de lejos la mejor clase que tendré este año. Sois el último curso de bachillerato, o sea que sois de lo más listo que encontraré por aquí. No tendremos que rompernos la cabeza con redacciones de cinco párrafos ni con toda esa basura de ejercicios de evaluación. Gozamos de un poco de espacio para jugar y aprender de verdad. Voy a suponer que tenéis ideas propias, que expresáis vuestras opiniones y que estáis dispuestos a someterlas a debate para defenderlas o reconocer que quizá no eran tan buenas. Si no habláis, voy a tener problemas para aprobaros. Quiero que hagáis oír vuestra voz. No soy Robin

Williams en *El club de los poetas muertos*, ¿vale? Yo no voy a sacaros de vuestros diminutos cascarones cohibidos para mostraros el poeta que lleváis dentro.

La mayor parte de los alumnos empezaron a reír disimuladamente.

—Y ya que menciono el tema: tampoco escribiremos poesía. De hecho, los poemas están prohibidos en esta clase. No los trago. Si escribís un poema como respuesta a uno de nuestros textos, no esperéis que os apruebe. De lo que se trata es de leer y pensar de un modo crítico sobre lo que habéis leído, de saber explicar cómo os ha cambiado el texto. Todos los libros nos cambian, de un modo u otro, ya sea modificando nuestra manera de ver el mundo o de posicionarnos respecto a ese mundo. La literatura alimenta nuestra identidad, incluso la mala literatura. *Moby Dick*, por ejemplo, definió lo que siento respecto a la idea del vínculo. No sé cómo es posible que alguien pueda escribir páginas y páginas llenas de metáforas veladas sobre vínculos, pero si hay algún fan de Melville en la sala, debe saber que le costará aprobar mi asignatura.

Más risas y esa vez no pude evitar sumarme a ellas. Se apartó del escritorio y recogió la hoja de asistencia.

—Espero que esta clase sea la mejor del día. No me decepcionéis.

Cuando empezó a repasar el programa de la asignatura, noté una sensación agradable en el fondo del estómago, la misma sensación que ya había tenido unas semanas antes, cuando me llamaron del Rochester Civic Theatre para comunicarme que me habían seleccionado para el papel protagonista de *Jane Eyre*. El señor Lund era inteligente, divertido y urbanita. En el edificio de hormigón armado del instituto de Pine Valley parecía fuera de lugar, como me había sentido yo durante los últimos tres años. Y aunque podría haber sido un espejismo o algo parecido, fruto del aburrimiento mortal que me provocaba Pine Valley, lo cierto es que noté su calor desde mi asiento en la primera fila, el olor jabonoso de su desodorante. Era de verdad y nos estaba hablando como si fuéramos personas de verdad, una estrategia educativa que a ningún otro profesor se le había ocurrido intentar en nuestro instituto. Aquella sensación de calidez en el estómago fue en aumento durante la clase, y cuando sonó el timbre recogí los libros con una sonrisa en los labios.

Me dirigía hacia la puerta acompañada por Maggie y Portia cuando el señor Lund me llamó.

—Hattie, la cajera —dijo con una sonrisa mientras borraba lo que había escrito en la pizarra.

—Peter, el cliente.

—Dejémoslo en señor Lund, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Lo saludé con la mano y me marché a comer con mis amigas.

Tal vez fue la actitud del señor Lund, o simplemente la perspectiva de poder mantener verdaderos debates literarios pero, fuera cual fuese el motivo, lo cierto es que olvidé el entusiasmo que había sentido hasta entonces por el hecho de que fuese mi último año. En aquellos momentos estaba entusiasmada por lo que podía llegar a ocurrir durante ese año.

Trabajo en el puesto de revelado de fotografías de la cadena de tiendas CVS. No es tan duro como trabajar en la granja, y encima me pagan. Lo único que tengo que hacer es revelar fotos y encargarme de la caja registradora, y en ocasiones también ayudo a las señoras mayores a elegir tarjetas de felicitación para sus nietos. Siempre quieren las que valen noventa y nueve centavos y están decoradas con ositos de peluche corrientes. Yo las tomaba por tacañas, hasta que un farmacéutico me contó la de dinero que gastaban al mes en medicinas. Dios, tengo que acordarme de no envejecer. He de conservar la salud y no morirme.

La tienda suele estar bastante tranquila cuando llego al trabajo después del instituto. Tengo mucho más lío después del primer turno de la fábrica y después de las cinco, cuando la gente que trabaja fuera

de Rochester regresa a casa. Ese día me cubrí el conjunto neoyorquino con una bata y me puse a descargar archivos de fotos de la página web para mandarlas a la impresora. Casi todas eran de cumpleaños infantiles y de vacaciones, de vez en cuando alguna boda o unas vacaciones en Branson. Una vez había doscientas fotos de Hawái, y en otra ocasión alguien había estado en París. Debí de pasarme horas enteras contemplando las fotos de París, imaginándome a mí misma sentada en sus pequeñas cafeterías y paseando por sus puentes, conociendo a un fotógrafo de moda y moviéndome entre bastidores en un desfile. Había completado todo el viaje en mi imaginación, pero cuando la señora llegó para recogerlas, dijo que no había sido más que una parada en un viaje de negocios. Mi versión era mucho mejor.

Siempre eran mujeres las que recogían las fotos. Un noventa y nueve por ciento de las veces que venía un chico al mostrador, en realidad las fotos eran para otra persona, como había sucedido con el señor Lund el viernes pasado. Las señoras que se dedicaban a elaborar álbumes de recortes eran las que más revelados pedían, y siempre me indicaban el tipo de álbum en el que estaban trabajando y me enseñaban una o dos fotos, como si yo no las hubiera figoneado todas.

Cuando terminé las descargas del día, se me acercó Tommy Kinakis.

—Hola, Tommy.

Asintió y abrió la boca, pero no llegó a emitir ningún sonido.

—¿Tienes fotos por imprimir? —le pregunté con la intención de ayudarlo. Parecía nervioso, amedrentado.

—Sí, para mi madre. Le he dicho que las recogería después del entrenamiento.

—¿Por eso vas tan sudado?

Soltó una carcajada y se pasó una mano por el pelo, que se le quedó de punta.

—El entrenador nos ha hecho correr de lo lindo hoy. El primer partido será el viernes por la noche. ¿Vendrás?

Tommy y yo habíamos sido compañeros de clase desde preescolar, como solía suceder entre los chicos de Pine Valley. Él estaba lanzando piedras al patio cuando lo conocí. Le había visto presentar un trabajo sobre la Alemania rural en sexto, cuando todavía no sabía nada sobre la Segunda Guerra Mundial, y se había puesto como un tomate frente a toda la clase. En el instituto había crecido mucho; ya era más alto y más corpulento que mi padre y no hablaba demasiado desde que había empezado a cambiarle la voz. Tenía el pelo de color rubio oscuro y los ojos azules, ansiosos como los de un bebé por registrar todo a su alrededor.

Busqué las fotos de su madre y se las entregué.

—No creo que me sea posible. Tengo que trabajar el viernes.

—¿Aquí? —Miró a su alrededor como si no estuviera seguro de que ese lugar fuera real.

—Sí, alguien debe quedarse de guardia.

—No entiendo por qué. Todo el mundo estará en el partido. —Se sacó una cartera de piel gastada del bolsillo y me tendió un billete de veinte.

—Exacto, eso mismo digo yo.

A nadie. Jamás.

Tommy asintió con gesto serio mientras recibía el cambio. Al parecer soltaba más la lengua cuando hablaba de fútbol.

—Deberías venir. Vamos a destrozarnos a los de Greenville. Barreremos del campo a esos cabrones.

—Seguro que lo conseguiremos.

—No podrán ponerle ni un solo dedo encima a Derek —dijo, golpeando el mostrador con el puño—. Tenemos al mejor *quarterback* de la región este año.

Yo sabía qué responder a un comentario como ése, por lo que me limité a esbozar una sonrisa coqueta. Él suavizó el gesto de inmediato y bajó la cabeza mientras se guardaba la cartera de nuevo.

—Estoy convencido de que tu jefe podrá encontrar a otra persona para el viernes.

—Eso sería fantástico. —Ni en un millón de años pensaba pedirle algo semejante a mi encargado.

Al final, levantó la mirada y recogió el sobre de las fotos.

—Te buscaré por las gradas —dijo con media sonrisa. Acto seguido, dio media vuelta y se marchó a toda prisa.

Me quedé confundida durante la siguiente media hora. ¿Tommy Kinakis? ¿Qué había hecho yo para despertar el interés de Tommy Kinakis? Seguro que no le gustaría si le dijera que había sido yo quien había pedido el turno de los viernes por la noche. El fútbol era una más de las muchas cosas que me separaban del resto de la gente de la ciudad. Nunca había comprendido qué tenía de especial el hecho de chocar contra un montón de tipos corpulentos y lanzar una pelota puntiaguda, pero no había nadie más en Pine Valley que coincidiera conmigo. Todos los habitantes de entre diez y ciento diez años sabían recitar la alineación del equipo universitario, acudían a ver todos los partidos que se jugaban en la ciudad y gritaban y animaban con tanto énfasis que el rugido llegaba hasta mi mostrador. Me gustaba trabajar durante los partidos porque la tienda quedaba desierta, podía leer libros del expositor de éxitos de ventas o pintarme las uñas hasta que el partido terminaba. Después los espectadores recordaban que tenían que recoger sus fotos o comprar una postal y acudían en masa a las galerías comerciales. De este modo, el turno se me hacía muy corto, y encima todos mis compañeros estaban encantados de tener la noche libre gracias a mí.

Después del turno de ese día, fiché a la salida y regresé a casa por el camino de tierra serpenteante que conocía como la palma de mi mano. Nuestra granja estaba a unos diez kilómetros de la ciudad, rodeada sólo por campos y turbinas eólicas. Ganábamos algo de dinero con la electricidad que generaban los que estaban en nuestra finca. Dinero para la boda, solía bromear mi padre cuando le preguntaba al respecto. Aunque yo no creía que llegara a casarme jamás, siempre le preguntaba: «¿La celebraremos en un motel o en una sala de fiestas?»; luego él fingía golpearme en la cabeza y nos reíamos juntos. Desde que Greg se había marchado a la guerra, a papá le gustaba creer que yo llevaría una vida normal, segura; que estudiaría en la universidad, me graduaría, me casaría y le daría nietos que jugarían a pillapilla entre las balas de paja y lo llamarían *yayo*.

Cuando aparqué frente a la casa, me sorprendió ver que la luz de la cocina aún estaba encendida. Suelo encontrar a mis padres acostados cuando me toca el turno de noche. Papá estaba sentado en la cama, viendo la televisión, y mamá leía su última adquisición de la biblioteca, puesto que ya se había leído todos los libros de los estantes. Y sin embargo, nunca quiere hablar sobre libros. Se limita a tragarse todas aquellas páginas y a guardárselas para ella. Tal vez ése es el motivo por el que a veces cuesta tanto interpretar su lenguaje corporal, por todos esos libros que flotan dentro de su cabeza.

La mesa estaba puesta cuando entré y mamá sacó una bandeja de pollo caliente del horno y sirvió dos platos mientras yo me quitaba el abrigo y los zapatos.

—Cenas muy tarde, ¿no?

—Quería comer contigo, para saber cómo te había ido el primer día en el instituto. Papá no podía esperar.

—¡Las diez menos cuarto de la noche no son horas de cenar! ¡Produce ardor de estómago! —gritó él desde el dormitorio.

—¡Para eso están los Alka-Seltzer! —grité como respuesta. Le gustaba oír esos aullidos que llenaban la casa de vida.

—Siéntate y come. ¿Tu conjunto nuevo le ha gustado a todo el mundo? —preguntó mamá, mientras me miraba la ropa como si todavía tuviera diez años y hubiera estado jugando a vestir muñecas con mis primas.

—No lo sé —respondí, encogiéndome de hombros—. Tampoco me importa. A mí sí me gusta.

—Pareces... distinta. Supongo que eso es lo que querías.

—Sí, es justo lo que buscamos los adolescentes ingobernables. Rebelarnos contra el sistema con nuestras faldas de tubo y nuestros conjuntos.

—Cómete los guisantes.

Le hice caso y permanecimos calladas un buen rato, mientras intentaba pensar en algo que valiera la pena contarle. Había sido un día prácticamente normal en todo.

—Tenemos un profesor de lengua nuevo.

—Ya lo he oído.

—Pinta bien, ¿sabes? Es distinto a los demás profesores.

—Es el yerno de Elsa Reeve. Él y Mary vinieron a vivir con Elsa este verano.

Unos cuantos bocados más. El reloj de pared de papá, sincronizado por radiofrecuencia con el reloj internacional estándar de Denver, marcaba las 21.52. El reloj del microondas de mamá marcaba las 22.03. Dice que así tiene más margen.

«Pero el reloj de papá está justo al lado», le insisto yo siempre.

«Ni siquiera lo miro», contesta ella.

—Tommy Kinakis ha venido a buscar unas fotos —dije, para iniciar otra conversación.

Papá entró en camiseta interior y calzoncillos para rellenar su botella de agua. Solía beber zarzaparrilla mientras veía las noticias por la noche, hasta que el doctor lo informó de que estaba al borde de la diabetes. No estaba gordo, o al menos no era uno de esos barrigudos fofos. Simplemente era... fornido. Pero supongo que al médico no le gustaba que estuviera tan fornido y por eso le había recomendado que bebiera agua por las noches.

—¿Tommy Kinakis? Esta temporada se está revelando como un defensa tremendo. Se espera que haga un buen papel en la universidad.

—Creo que me ha propuesto que saliera con él.

Papá gruñó como si quisiera rectificar el comentario que había hecho sobre Tommy. Mamá raspó los restos de la cazuela y los tiró por la puerta trasera para que se los comieran los gatos del granero. Parecía que estuviera hablando con ellos cuando respondió.

—Tommy es un buen chico. Un Kinakis no es lo peor que te puede pasar.

—No lo sé, supongo.

—No tienes por qué salir con nadie, sea o no un Kinakis —dijo papá, estrechándome un hombro al pasar por detrás de mí, camino del dormitorio.

—¿Has recibido ya los folletos del convento que estabas esperando?! —le grité. Mi padre soltó una risita sin volverse hacia mí.

Ayudé a mamá a recoger la mesa y a cargar el lavavajillas. Nunca me da las gracias ni nada parecido, pero le gusta que le eche una mano. Al menos eso lo sabía, de ella.

—Gracias por esperarme para cenar conmigo.

Recogí mi cartera y me disponía a encerrarme en mi habitación cuando me detuvo.

—Hattie —dijo, mientras escurría el trapo en el lavamanos y lo colgaba sobre el grifo para que se secase.

—¿Sí?

—Quizá deberías salir con Tommy. Sería bueno que hicieras un poco de vida social, que encontraras amigos en el mundo real en lugar de encerrarte a navegar por el móvil como sueles hacer últimamente.

Debería haberle dado la razón, pero desde que me había comprado el Motorola, ese verano, ella actuaba como si yo llevara a Satanás en el bolso. Como si no asistiera a las clases, como si no trabajara ni ensayara. ¿Qué tenía de malo mandar mensajes a mis amigos y echar un vistazo a los foros en los que estaba registrada?

—Internet no está repleto de gente inventada, mamá. También son de verdad.

—Ya, pero es importante hablar con la gente cara a cara. No sabes cómo son en realidad algunas de esas personas.

—Claro que lo sé. Son gente igual que yo.

—Vamos, cielo... —Negó con la cabeza y me miró como si fuera transparente, hasta que me invadió la sensación de que no era más que una chica de diez años que jugaba a disfrazarse de neoyorquina a pesar de vivir en Rochester, Minnesota—. Todavía tienes que aprender muchas cosas sobre el mundo.

—¿Como qué? —respondí, enojada y preparándome para discutir. Ella se limitó a sonreír como si mi reacción hubiera demostrado su tesis.

—No te acuestes muy tarde, ¿vale?

Se me acercó y me besó en la mejilla. Llevaba un libro de la biblioteca en una mano y las pastillas contra el colesterol en la otra. Me fijé en cómo recorría el pasillo hasta su habitación y encendía la luz de la mesita. Ya tiene la mitad del pelo canoso. Por enésima vez en mi vida, me pregunté en quién esperaba mi madre que me convirtiera.

Domingo, 13 de abril de 2008

Jake y yo fuimos a ver a los Kinakis justo después de la función.

—¿Crees que Tommy tiene algo que ver? —me preguntó.

Jake seguía algo resentido porque le había ordenado que dejara el coche patrulla en comisaría y subiera al mío. A veces era incapaz de pensar con la más mínima anticipación. No quería asustar a Tommy aparcando dos coches patrulla frente a su casa. Por aquí, la intimidación nunca es el mejor método, da igual lo que digan los de la capital. En el campo, la gente sabe lo que hace y no titubearán sólo porque les muestres la placa. Además, algunos se vuelven todavía más tercos con eso de la placa. Debe de ser por la sangre noruega e irlandesa que corre por sus venas.

—No creo nada sobre Tommy, aparte de lo que ya sabemos: que Hattie podría haber salido del instituto con él.

—Y que salían juntos —añadió.

—Sí.

—Un chico grandote.

—Mmm.

Tuve la impresión de que Jake pensaba lo mismo que yo. El año anterior, un sesenta y cinco por ciento de las mujeres asesinadas en Minnesota fueron víctimas de violencia doméstica. La cifra nos pareció verosímil en comisaría, cuando leímos las estadísticas. Era un condado tranquilo, había pocos asesinatos, pero todavía teníamos demasiados en el ámbito doméstico. Demasiados.

—O sea que se llevó a Hattie para pasar un buen rato en el almacén de los Erickson después de la función. Viernes por la noche, primavera... al fin y al cabo son unos mocosos. Se pelearon por algún motivo y las cosas se salieron de madre.

—Tú sí que eres un mocoso —dije, resoplando—. Pareces uno de esos polis de la tele.

—Sólo estoy encajando las piezas de la historia.

—Eso tiene que hacerlo Tommy.

Entramos en la finca de los Kinakis y la madre de Tommy salió enseguida a ver qué pasaba. Creo que se llamaba Martha. Jake y yo no teníamos prisa por salir del coche. Si no vas a un sitio con la idea de arrestar a alguien, siempre es una buena idea darles un poco de margen para pensar qué puede haberte llevado hasta allí. Sacan sus propias conclusiones y a veces sólo tienes que empezar a hablar para que vayan rellenando espacios en blanco que ni siquiera sabías que existían.

—Señora Kinakis. —Me quité el sombrero mientras nos acercábamos—. ¿Tommy está en casa?

—Sí —respondió, con los ojos fijos en el vacío que había entre nosotros, todavía sin intención de apartarse y dejarnos entrar—, pero no se encuentra muy bien. Acabamos de enterarnos de lo ocurrido.

—Por eso estamos aquí.

—¿No pueden esperar a mañana? Pensaba decirle que no fuera al instituto y se quedara en casa.

—Me temo que no. Estamos investigando un asesinato y necesitamos hablar con todas las personas que vieron a Hattie el viernes por la noche. Podemos resolverlo aquí o podemos ir a comisaría. Como prefiera.

Tardó un minuto en decidirse, parecía entre asustada y confundida, pero al final nos invitó a entrar con un gesto de la mano. Mientras aguardábamos en la sala de estar a que la señora Kinakis fuera a buscar a su hijo, Jake se dedicó a pasear por la habitación dándose golpecitos con el sombrero en la pierna, y yo, a contemplar las fotografías que tenían encima de un piano de pared. Muchas fotos de fútbol, de Tommy conduciendo tractores y posando con venados y faisanes muertos. Cuando por fin entró en la

sala de estar, lo hizo flanqueado por sus padres. Parecía que tuviera cinco años: la cara redonda, sonrojada por la emoción; la camisa de franela por fuera de los pantalones y los brazos colgando como si no fuera consciente de su presencia. Parecía a punto de decir algo, pero al final se limitó a bajar la cabeza y a esperar.

—Tommy, tenemos que hacerte unas cuantas preguntas.

La señora Kinakis se apresuró a intervenir de nuevo.

—De verdad, ahora mismo no está para responder preguntas. Pensaba que caería enfermo ya antes de recibir la llamada. Lo acompañaré a comisaría mañana por la mañana a primera hora, si quieren.

—Estamos investigando un asesinato, señora. —Jake tenía ganas de soltarle un discurso—. No hay tiempo que perder si queremos encontrar al asesino de Hattie.

Tommy se encogió un poco al oír la palabra. Su madre lo sujetó con una mano.

—Es mejor hablar mientras todo sigue fresco en la memoria —dije yo.

—Bueno, siéntense. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos. —El señor Kinakis alargó una fornida mano para señalar el sofá y le lanzó a su esposa una mirada que la instó a guardar silencio.

Los Kinakis no eran precisamente unas sílfides, de manera que una vez sentados en el tresillo apenas quedaba sitio para Jake o para mí. En lugar de eso, me acerqué a la ventana y les di un minuto para que se situaran. El sol todavía estaba bastante alto sobre el horizonte, fundiendo los últimos restos de nieve que abrazaban los edificios por la cara norte.

—El viernes por la noche, después de la función, ¿Hattie se marchó contigo, Tommy?

Una bandada de gansos canadienses graznó desde el cielo y aterrizó en un campo que quedaba al otro lado de la calle. A mi espalda, no respondía nadie.

—¿Cuánto tiempo hacía que salíais juntos?

Hubo una pausa y un murmullo antes de que consiguiera hablar realmente.

—Desde el baile de Sadie Hawkins, supongo.

—Cinco, seis meses. —Era el baile en el que es la chica quien pide al chico que la acompañe, y se celebra en noviembre—. Debíais de estar muy unidos.

—No sé.

—¿Te gustó la obra del viernes? ¿Lo hizo bien, Hattie?

—Sí, supongo.

El chaval no estaba por la labor. Al final me di la vuelta, me planté justo delante de él y esperé hasta que alzó la mirada. Era alto y con toda probabilidad podía levantar mi peso en el banco, pero no en esos momentos. Parecía pequeño y asustado, acurrucado entre su papá y su mamá.

—¿Adónde fuisteis Hattie y tú después de la función, Tommy?

—A dar una vuelta en coche —admitió.

—¿En coche? ¿Hacia dónde?

—No sé.

En ese instante, Jake intervino dispuesto a interpretar el papel de poli malo.

—Podemos llevarte a comisaría, si lo prefieres. O a la escena del crimen. Igual el sitio te refresca la memoria.

—Jake Adkins, ¿estás acusando a mi hijo de algo? —preguntó la señora Kinakis mientras se ponía en pie.

—Nadie está acusando a nadie, señora Kinakis. Lo único que sabemos es que Hattie salió del instituto acompañada por Tommy el viernes por la noche y que nadie volvió a verla hasta que la encontraron muerta. Ahora necesitamos saber la versión de Tommy. Comprendo que resulte duro hablar sobre esto, pero lo será todavía más si se niega a hablar ahora. Tanto para nosotros como para él.

El señor Kinakis se aclaró la garganta y le indicó con un gesto a su esposa que se sentara. Ella prefirió situarse en el otro extremo de la sala, de manera que nos quedamos todos esperando a Tommy. Al

cabo de un minuto, respiró hondo y por fin empezó a hablar.

—Yo pensaba que iríamos al Dairy Queen, pero resulta que ella quería ir al Crosby.

La señora Kinakis soltó un grito ahogado y se tapó la boca.

—No nos habías contado que la habías acompañado hasta el lago.

Tommy evitó la mirada de su madre.

—¿A qué parte del Crosby? —pregunté.

—Fuimos al aparcamiento que hay junto a la playa. A veces íbamos para... —Miró fugazmente a su padre—. Bueno, sólo para pegarnos el lote, nada más. Hacía tiempo que ella no quería ir allí.

—¿Y luego qué?

—Bueno, yo pensaba que a ella le apetecía... ya saben. Pero el caso es que no. Me dijo que no quería que siguiéramos saliendo.

—¿Rompió contigo? —preguntó Jake.

Tommy asintió.

—Estaba muy rara. Le recordé que todavía quedaban un par de meses más antes de la graduación y el baile de graduación. Le pregunté si no tenía ganas de ir al baile conmigo.

Tommy hablaba sin dejar de mirarse las manos. Parecía como si hubiera olvidado nuestra presencia.

—Luego se quedó callada, parecía triste. Al cabo de un rato me dijo que siempre había alguna chica que se perdía el baile de graduación. Era como si ya lo supiera. Como si supiera que iba a morir.

Dicho esto, se desmoronó y rompió a llorar sujetándose la cabeza con las manos.

—¿Qué ocurrió a continuación, Tommy?

—Se marchó —respondió, con la voz ahogada. Ojalá hubiera podido verle los ojos—. Salió de la camioneta y me dijo que me buscara otra hija de granjera, una que se dejara follar. Lo siento, mamá. Me dijo: «Adiós, Tommy» y se marchó andando en medio de la oscuridad. Ella nunca decía tacos, yo no entendía por qué actuaba de ese modo. No sabía en qué me había equivocado.

—¿La seguiste?

—No.

—Debías de estar furioso por lo que te había dicho.

Levantó la cabeza de nuevo con los ojos llenos de lágrimas.

—Hacía frío, y en ese momento pensé: «Pues que se joda y vuelva andando», ¿sabe? Lo siento, mamá.

—¿Había alguien más en el aparcamiento?

—No.

—¿Te cruzaste con alguien durante el trayecto?

—Creo que no.

—¿Y te marchaste y la dejaste allí para que volviera a casa andando?

—Yo... sí, me marché. Pero estuve dando una vuelta en coche durante un rato antes de llegar a casa. Estaba furioso.

—¿Recogiste a alguien? ¿Llamaste a alguno de tus colegas para hablar sobre el tema?

Tommy negó con la cabeza.

—No quería contárselo a nadie. Incluso... incluso di media vuelta y estuve circulando por las carreteras de los alrededores durante un rato, pensando que tal vez la vería y querría disculparse. Es que ella no era así, ¿saben? Teníamos planes. Pensábamos alquilar una limusina para el baile de graduación, y pasar unos días en la cabaña de Derek en julio. Lo teníamos todo planeado desde hacía meses. Teníamos que ir todos, con las novias.

—¿Regresaste al aparcamiento? ¿Para ver si la encontrabas allí?

—Me limité a conducir sin detenerme en ningún momento. —Tragó saliva y la barbilla le tembló al respirar hondo de nuevo—. Hacía frío.

—Y luego ¿qué?

Miró hacia la puerta antes de responder.

—Volví a casa.

—¿A qué hora llegó a casa esa noche? —Jake dirigió la pregunta a los padres del chico.

—No lo oímos llegar —señaló el señor Kinakis—. Ya estábamos en la cama.

—Yo estoy segura de que oí cómo entraba —dijo la señora Kinakis—. No debían de ser ni las diez y media.

—¿Tommy? —pregunté, volviéndome hacia él.

—Sí, debía de ser más o menos esa hora —murmuró.

Le hicimos más preguntas y su versión no flaqueó en ningún momento.

Mantuvo la cabeza gacha mientras se secaba las lágrimas con los antebrazos. Una vez terminado el interrogatorio, la señora Kinakis enseguida nos acompañó hasta la puerta. Antes de salir, le hice una última pregunta a Tommy.

—¿Hattie te comentó alguna vez algo sobre una maldición?

—¿Una maldición? ¿Como una maldición vudú?

Levantó la mirada perplejo, al tiempo que la señora Kinakis prácticamente nos echaba a empujones.

Después de eso, Jake y yo nos dirigimos al lado este del Crosby para comprobar cómo le iba a Shel, el encargado de sondear el lago. Habían lanzado una moneda para decidir la asignación de las distintas tareas, y a los demás les había tocado peinar la orilla entera a primera hora de la mañana, aunque no habían hallado nada. Muchos de ellos estaban recorriendo los campos de Winifred con los perros, mientras Shel escaneaba el fondo del lago con la barca. No era un lago muy hondo, seis metros en el punto de máxima profundidad. Si había algo que encontrar, no tardaría en aparecer.

Aprovechando que Jake se ponía en contacto con él por radio, me dediqué a husmear por el aparcamiento, junto a la playa. La grava estaba seca y no había nieve, sería imposible descubrir marcas de neumáticos capaces de indicarnos quién más podría haber llegado hasta allí en coche. Seguí andando hasta el principio del sendero y me agaché. Era un camino de tierra que apenas se divisaba en verano por la proliferación de malas hierbas. Sin embargo, en esa época del año, justo después del deshielo, se percibía a simple vista. Era una pista lisa que había quedado apisonada por las pisadas acumuladas con los años de los que usaban esa ruta para pasear alrededor del lago. Había un par de huellas de medias suelas aquí y allí, pero ningún rastro prometedor. Costaba imaginar la de gente que podría haber pasado por ese sendero el viernes por la noche.

Seguí el sendero para dar la vuelta al almacén, que estaba a apenas ochocientos metros de distancia, y comprobé si el agua había arrastrado algo hasta allí durante las últimas horas. Nada.

Cuando regresé al aparcamiento, encontré a Jake jugueteando con su teléfono junto a la playa.

—Hasta el momento, Shel ha localizado una caja de botellas de cerveza vacías y con las etiquetas borradas por el agua. Debían de ser del verano anterior.

—¿Cuánto le queda por rastrear? —pregunté.

—Ha cubierto más de la mitad del lago. Eso dice, al menos.

Miré a Jake, que había adoptado una mueca burlona.

—Conduce la barca como una chiquilla de doce años.

—Mejor eso que quejarse como un chiquillo de doce años por quién abre el expediente de un caso.

Jake se limitó a refunfuñar como única respuesta.

—Así que Hattie sale de la camioneta y Tommy cree que volverá a casa andando, pero ella va hacia el almacén.

—La ventana del almacén está en el otro lado del edificio. No sería posible ver si hay luz dentro desde este lado.

—Exacto —dije, volviéndome hacia el almacén de nuevo.

Físicamente, era el mismo bulto decrepito en el horizonte que había visto cada temporada de pesca, pero de algún modo su esencia había mutado y a esas alturas albergaba algo horroroso: el recuerdo de una chica muerta que había estado rebosante de vida y de planes de futuro, que me pegaba puñetazos en el hombro cada vez que la llamaba *Henrietta* y que en una ocasión había esbozado una sonrisa insolente y me había dicho «Te arrestaré por difamación».

Yo me había reído y le había explicado que llamar a alguien por su verdadero nombre no se consideraba una difamación, lo que derivó en una larga charla sobre la libertad de expresión y lo que era y no era legal bajo la atenta mirada de Bud, que negaba con la cabeza como si estuviera sintiendo orgullo y confusión al mismo tiempo al pensar de dónde había salido aquella chica.

—O sea, que si Hattie llegó allí por voluntad propia, o bien el asesino la estaba esperando dentro, o bien sabía que ella estaba dentro y acudió más tarde.

Aparté la mirada del almacén y de aquellos recuerdos que habían aparecido en mi mente de forma tan inoportuna.

—Estoy de acuerdo. Lo menos probable es que el encuentro se produjera aquí fuera. Alguien sabía que ella iría al almacén el viernes por la noche.

—Tommy no te parece bien como sospechoso —dijo Jake, sin apartar la mirada del agua.

—Él es lo único que tenemos hasta el momento, y además ha admitido que se pelearon.

—No te parece bien como asesino —insistió.

—Mmm.

Oímos un alarido procedente del lago y vimos que Shel gesticulaba con vehemencia frente a los monitores. Me quedé inmóvil, con la esperanza de que hubiera encontrado el cuchillo, mientras él levantaba su hallazgo y regresaba con la lancha. Resultó ser un bolso: lo había hallado a casi veinte metros de la orilla y a un tercio del camino que salía del almacén. Una comprobación rápida reveló el carné de conducir de Hattie y también el del instituto, de modo que el asesino debió de haberlo tirado al marcharse por uno de los aparcamientos.

—¿Quieres que suspenda el rastreo? —preguntó Jake en el momento en que catalogábamos el contenido del bolso sobre la cubierta del bote.

—Mañana. Por ahora que sigan buscando por los senderos principales hasta la puesta del sol, a ver si aparece algo más.

No tenía ningún sentido desaprovechar la ayuda que me prestaba el condado de Olmsted.

Embolsamos y etiquetamos todo lo que había dentro del bolso de Hattie, desde el teléfono estropeado por el agua hasta los envoltorios vacíos de caramelos que había por todos los bolsillos. Tras diez minutos examinándolo todo con detenimiento, sólo hubo una cosa que me pareció interesante.

—Ese tal Jones.

Sostuve en alto la bolsita que contenía una tarjeta de visita que habíamos encontrado en la cartera de Hattie. Era negra por un lado y blanca por el otro, y llevaba escrito el nombre de Gerald Jones con unas letras adornadas y debajo, un sitio web. En la cara blanca, alguien había anotado un número de teléfono.

—Quiero saber quién es y por qué Hattie tenía esta tarjeta. Comprueba el número, quiero saber de dónde es.

Jake asintió mientras jugueteaba con otra bolsa de pruebas.

—Me parece que el teléfono ha quedado hecho una mierda. Qué lastima.

—Supongo que tendremos que hacer nuestro trabajo a la antigua usanza.

Jake insistió en la misma discusión de siempre cuando recogió las pruebas del bolso y volvimos al coche patrulla.

—Del, el método tradicional está anticuado. ¿Quieres saber quién es ese Gerald Jones? Si el móvil hubiera funcionado, sólo tendríamos que haber consultado la agenda de contactos para saber cuándo fue la última vez que habló con él.

—O sea, que necesitas una orden judicial para acceder a unos registros de llamadas. Qué pena me das, pobrecito.

Continuemos discutiendo hasta que regresamos a Pine Valley y luego Jake paró a comprar algo para cenar en el Dairy Queen mientras yo intentaba que Nancy terminara la nota de prensa. No me pareció que ninguno de los dos estuviera pensando en volver a casa a pesar de que era domingo por la noche. Teniendo en cuenta que Jake ya había terminado su turno, lo normal habría sido que hubiera empezado a quejarse, pero no lo oí decir ni una sola palabra. No mencionó ninguna cita de piernas larguísimas, ni las cervezas que sus amigos se estarían tomando sin él. Ese silencio revelaba lo involucrados que estábamos en un caso que todavía no sabíamos hasta dónde nos llevaría.

Hablé con los equipos de investigación durante la cena. Shel no había encontrado nada más en el lago y los perros tampoco habían dado con ningún rastro. Si no conseguíamos hallar el arma del crimen, las pruebas más importantes que tendríamos serían los resultados de la autopsia y las conclusiones de los forenses respecto a lo que habíamos localizado en el lago. Necesitábamos alguna huella, alguna muestra de ADN, y con urgencia.

—No te vas a creer esto, Del. Escucha lo que he encontrado —dijo Jake, que había entrado en mi despacho con su portátil antes de ponerse a leer en voz alta. Nancy se acercó a la puerta para prestar atención—: «La maldición es una de las supersticiones más arraigadas en el mundo del teatro desde hace siglos. Se rumorea que Shakespeare escribió maleficios de brujería reales en la obra, lo que provocó la ira de las verdaderas brujas que vivían en esos tiempos. Cada función de Macbeth, o de “la obra escocesa”, que es como se refieren a ella los actores asustados desde hace generaciones, se considera peligrosa por su capacidad de atraer accidentes y crímenes».

—¿Qué maldición es ésa? —preguntó Nancy.

—¿Qué hacías buscando esa clase de mierdas? —Hice una bola con el envoltorio de mi bocadillo y la tiré a la basura.

—Eres tú quien le has preguntado a Tommy al respecto.

—Entonces es que no me has escuchado.

Me levanté para ver si quedaba algo en la cafetera, olisqueé el líquido restante y metí el recipiente en el microondas. Cuando regresé al despacho, parecía que Jake ya había puesto al tanto a Nancy sobre la maldición. Me miraba con los ojos como platos, asustada.

—No le he preguntado a Tommy por la maldición. Le he preguntado a un sospechoso de asesinato si quería desviar las sospechas que pesaban sobre él hacia otra parte. Y ha optado por no hacerlo.

—¿Y qué significa eso?

—Que o bien la mató y no sabía nada sobre la maldición, o que no la mató él y lo hizo otra persona. Otra persona, pero no una puta historia de fantasmas.

—Una maldición de brujas —me corrigió Nancy.

—¡Una maldición de mierdas!

En ese momento sonó el timbre del microondas y me ausenté de nuevo para verter los restos de café recalentado en una taza.

—Escucha esto —me dijo Jake, nada más entrar de nuevo—: «Laurence Olivier estuvo a punto de morir varias veces mientras representaba Macbeth. Tres personas murieron en una función en Londres, en 1942. En Manchester, en 1947, el actor que interpretaba el papel de Macbeth dijo que no creía en la maldición. Sufrió una herida grave mientras ensayaban una lucha con espadas y murió».

—Es decir, que no le caía bien a alguien y ese alguien pensó que ésa era una buena oportunidad de librarse de él.

Jake no me estaba prestando ni la más mínima atención.

—«Cuando Charlton Heston interpretó a Macbeth, sufrió quemaduras graves.»

—Cosas que pasan cuando te acercas demasiado al fuego.

Aquella historia ya había conseguido hechizar también a Nancy, que estaba leyendo por encima del hombro de Jake mientras éste saltaba de una página web a otra.

—«Según la leyenda, Lady Macbeth murió en la primerísima función de la obra, que se remonta a 1606 y se representó en honor al rey Jaime. La actriz se desplomó y murió entre bambalinas de forma inexplicable.»

Negué con la cabeza al tiempo que terminaba de vaciar la taza.

—Estáis actuando igual que aquella chica, Portia.

—Son muchos casos para una sola obra. Y ahora, lo de Hattie. Da que pensar.

—Da que pensar, sí. Pensar si no necesito cambiar de ayudante para este caso.

—Vamos, Del.

Recogí el abrigo, los dejé allí con todas aquellas paparruchas y volví a casa de Bud. Necesitaba saber más cosas sobre la vida de Hattie, descubrir dónde pasaba el tiempo, y también quería ver a Bud y a Mona. Deseaba asegurarme de que habían conseguido rehacerse un poco.

Maldiciones. Dios mío, las había de toda clase. ¿Y qué es un maleficio sino palabras, como las bendiciones, las plegarias y demás? La gente utilizaba las palabras para intentar cambiar cosas que en realidad requerían arremangarse y actuar. Y cuando el problema era demasiado difícil de solucionar, no había palabras capaces de marcar la diferencia con sólo pronunciarlas. Pasé de largo el desvío que llevaba a casa de Bud y seguí conduciendo para asegurarme de que tenía los pies en el suelo y lo ponía todo en perspectiva antes de hablar con ellos.

Se decía que Montana era «el país del gran cielo», pero podía decirse lo mismo de ese lugar tan repleto de colinas suaves, donde los campos de maíz y de soja se extendían hasta las nubes que crecían por los cuatro vientos. Por todas partes había granjas resguardadas por arboledas, pero nada interrumpía la línea del horizonte. Allí mandaba el cielo, tanto si el sol asaba los cultivos como si el viento azotaba los caminos creando torbellinos. Había mañanas en las que el cielo ni siquiera permitía ver la tierra. Se formaba una niebla tan densa que no divisabas ni el capó de tu propio coche mientras conducías. Todo procedía del cielo y te ponía en tu lugar, te hacía sentir lo pequeño que eras. Años después de Vietnam, todavía aparcaba junto a la carretera para contemplar los nubarrones de tormenta. Era como un bálsamo constatar que todo cuanto había por debajo de ellas quedaba oscurecido y achicado; era como ver expuesta una parte de mi alma. Por eso había tantos buenos feligreses por ahí. En las grandes ciudades, los edificios, los puentes y demás construcciones tapaban el cielo. Las personas olvidaban hasta qué punto eran minúsculas, olvidaban que no mandaban ellas ni mucho menos. En cambio, aquí se veía muy claro. Sólo tenías que levantar la mirada para ver a Dios. Y no es que me gustaran esos sacerdotes que iban diciendo que Dios nos escuchaba a todos e intervenía en nuestra vida diaria como un jefe entrometido cualquiera. Supongo que cuando era pequeño me lo creía, pero ya había visto demasiado como para seguir confiando en ese tipo de cosas. Sólo había que fijarse en Hattie: ¿quién era capaz de afirmar que ese cuerpo había quedado mutilado y abotargado por voluntad divina? No, Dios no tenía nada que ver. Tenía asuntos más importantes de los que ocuparse, no le importaba en absoluto cómo la cágábamos con nuestras vidas y nuestras muertes.

Justo cuando daba la vuelta en dirección a la casa de Bud, recibí una llamada del depósito de cadáveres.

—Sheriff Goodman —dijo una voz. Fran no saludaba como el resto de la gente, y te quedabas con la sensación de que te estaba dando permiso para hablar con ella incluso cuando era ella quien llamaba.

—¿Qué tienes?

—No hemos encontrado ni fibras ni cabellos que no sean de la víctima. Ni tampoco señales de forcejeo.

—O sea, ¿que la atacaron por sorpresa?

—Yo diría que primero la apuñalaron en el pecho, por lo que no tuvo tiempo o capacidad de

reaccionar. Los cortes de la cara fueron *post mortem*.

—¿Cómo lo sabes?

—No hubo forcejeo. Las lesiones de la cara no fueron lo bastante profundas para dejarla inconsciente; habría reaccionado a la defensiva si se las hubiera hecho antes.

—Entonces fue rápido.

—Todo lo rápido que puede llegar la muerte.

«Bueno, algo es algo», pensé. Eso se lo podría contar a Bud.

—¿Algo más?

—Sí. Había rastros de semen en la ropa interior.

—Dios santo. —Viré hacia la cuneta y pisé el freno. Unos cuantos coches me esquivaron con precaución para que no los multara por exceso de velocidad. Me froté la frente mientras pensaba en ello con detenimiento—. ¿Alguien la violó antes de matarla?

—No parece una violación. Se observa una abrasión leve, pero nada serio.

—¿Qué demonios significa eso?

—Que la relación sexual fue agresiva, pero probablemente también fue consentida.

—¿Y el semen sobrevivió al agua? —pregunté.

—Al parecer sólo tenía las piernas sumergidas. El torso estaba seco, de lo contrario no habría podido detectar rastros de una actividad sexual.

—¿Y puedes saber cuándo ocurrió?

—Pudo ser en cualquier momento durante las horas previas a la defunción, teniendo en cuenta la abrasión.

Tuvo que ser después de la función, entonces. O bien Tommy no me había contado todo lo que había ocurrido en el aparcamiento de la playa, o bien ella había ido al encuentro de un amante, un amante agresivo que quizá había llegado al extremo de cargársela.

—Bueno, ahora tenemos un ADN.

—Eso sí.

—Bien. Hay al menos un sospechoso con el que poder contrastarlo.

—El laboratorio criminal del condado podrá encargarse de la comparación. Puede que tarde semanas, dependerá de la lista de espera. Hazlo venir a Mayo para obtener una muestra.

—Lo tendrás allí mañana por la mañana.

Pensaba asegurarme personalmente de que así fuera.

Después de la conversación con Fran, me quedé mirando el cielo durante un minuto, respiré hondo y luego reemprendí la marcha hacia la casa de Bud.

El camino de entrada estaba lleno de camionetas y coches de familiares que habían acudido a ayudar en la medida de lo posible. El reverendo también estaba allí, con todas las señoras de la iglesia. Encontré a Bud en el granero, con algunos de los hombres. Le ofrecían ayuda con la cosecha de maíz de ese año y no estaban dispuestos a aceptar un no por respuesta. Los saludé a todos mientras fueron saliendo, y Bud se quedó sentado en el reposabrazos de un tresillo, con la mirada fija en el suelo. No le pregunté cómo estaba. No quería añadir mi compasión al peso con el que ya tenía que cargar.

No podía hacer nada aparte de llevármelo, sentarme con él y con Mona en su dormitorio, lejos del gallinero que tenían montado en casa, y explicarles sin más todo lo que me había contado Fran. Que Hattie no sufrió nada. Que fue tan rápido como caer al suelo. Que no tuvo ni dos segundos para asustarse.

Luego les dije lo del sexo.

—¿Qué? —Bud levantó la mirada de golpe, parecía dispuesto a partirme la cara. Y eso que todavía no había mencionado la parte de la agresividad—. Me cago en ese cabrón de Kinakis. Hijo de puta.

Bud no estaba en condiciones de razonar, por lo que me centré en Mona.

—¿Algún chico más, aparte de Tommy Kinakis?

Ella negó con la cabeza una vez, fue una negación rotunda.

—Llevaba saliendo con él desde antes de las vacaciones.

Mientras Bud se paseaba por la habitación hecho una furia, probablemente planeando cómo mataría a Tommy, me senté en la cama al lado de Mona. Tenía una mano encima de la otra y la mirada perdida en los restos de la mesa sobre la que se había desplomado por la mañana.

—¿Sabías que tenía relaciones sexuales, Mona?

Bud se volvió enseguida, atento a la respuesta.

—No. —Las lágrimas empezaron a brotar por las patas de gallo que rodeaban sus ojos. Ni siquiera se molestó en secárselas—. No, no lo sabía. Creía que había algo que no me estaba contando, pero no pensé que tuviera nada que ver con el sexo. Hattie nunca se había prendado de ningún chico. A decir verdad, jamás creí que Tommy le gustara realmente. No acababa de comprender qué hacía saliendo con él.

—Ese chico tendrá que responder a unas cuantas preguntas.

—Espera, Bud. Volveremos a hablar con Tommy mañana por la mañana, y haré que mande una muestra de ADN para comprobar si coincide con el que le han encontrado a Hattie.

—¿Estás seguro de que no la violaron? —susurró Mona.

—No fue una violación. La forense estaba segura. No penséis en ello, ninguno de los dos.

El caso es que ninguno de los dos parecía capaz de seguir hablando.

—Voy a tener que registrar la habitación de Hattie. Si recordáis a alguien más con quien mantuviera un contacto próximo, llamadme enseguida. Da igual la hora que sea.

Mona se echó a llorar de nuevo, esta vez con más ganas, y Bud se le acercó para consolarla.

Los dejé solos y entré en la habitación de Hattie, en el piso de arriba, sin saludar siquiera a las señoras que rondaban frente a la puerta de la cocina.

Me sorprendió comprobar que no había mucho que ver. Una cama, un guardarropa y un escritorio. No tenía las paredes forradas de pósteres como la mayoría de los adolescentes, sólo una foto enmarcada de la silueta de Nueva York sobre el cabecero de la cama. Su armario estaba tan desordenado como era de esperar, pero todo era ropa, bolsos con brillo de labios, pasadores de pelo, entradas de cine recortadas y monedas sueltas. Ni el más mínimo indicio. El escritorio me pareció lo más personal de la habitación; tenía los cajones repletos de fotos de revistas: estaciones de metro, rótulos de neón y mujeres paseando por la ciudad con chuchos diminutos como ratas metidos dentro del bolso. No encontré ningún diario ni agenda, y eso me resultó de lo más extraño. Habría apostado a que Hattie era de esa clase de personas que llevan un diario. Sin embargo, en el portátil había muchas cosas y tal vez hallaríamos algo allí. Jake podía utilizar sus trucos de informático para husmear por esos archivos.

En el cajón inferior di con un programa de una obra que se representó en Rochester, en la que Hattie había interpretado el papel protagonista. Recordé que Bud me había contado algo al respecto en otoño, rascándose la nuca y encogiéndose de hombros, mientras preparábamos su barca para el invierno. «La chica tiene un talento natural. No me preguntes de dónde lo ha sacado.»

Mientras hojeaba el programa, me fijé en un nombre concreto.

Gerald Jones, director.

¿Por qué Hattie llevaba una tarjeta con su número de teléfono la noche de su muerte? ¿El nombre y el número de teléfono de un hombre al que llevaba sin ver más de seis meses? ¿Un hombre al que conocía sólo por el teatro?

Sonreí con tristeza, dispuesto a poner a Jake en su lugar en cuanto llegara a comisaría y demostrarle lo que era capaz de encontrar un poli pasado de moda.

PETER

Sábado, 8 de septiembre de 2007

Shakespeare era un cabronazo. Y más listo que el hambre, además. Jamás me atrajeron demasiado sus comedias, farsas repletas de pueblerinos estúpidos e identidades confusas. Siempre me tiraron más las tragedias, donde ni siquiera las brujas y los fantasmas eran capaces de distraer al público de la importancia del tema psicológico: que por nuestra propia naturaleza, todos estamos intrínsecamente condenados. Shakespeare no escribió nada nuevo. No inventó los celos, ni la infidelidad, ni la avaricia de los reyes. Reconocía la atemporalidad del mal y arrojó sobre él una luz directa, implacable, para enunciar: «Así somos y así seremos siempre».

Por supuesto, en esos momentos, yo no tenía ni idea de lo que era mi esposa.

—Así que Peter acaba de enterarse de que dirigirá la obra de primavera del instituto —comentó Mary con tono distendido al tiempo que cortaba la tierna carne de una pechuga de pollo.

Me sonrió para animarme a entrar en la conversación, pero yo no conseguía concentrarme en nada aparte del pollo. Pocas horas antes había estado vivo, pero en esos momentos desprendía aromas de romero y piel asada que me revolviaron el estómago mientras Elsa y nuestra vecina Winifred levantaban los platos para que Mary los llenara.

—Tenéis que hacer *The Music Man*. Me gustan las canciones de esa obra —ordenó Winifred. Solía cenar con nosotros los sábados, y yo solía esperar con ganas el portazo de la mosquitera que anunciaba su llegada. Era enjuta y obstinada, y tenía toda la fuerza y el ánimo que le faltaban a Elsa.

Negué con la cabeza levemente.

—El director del instituto ha dicho que tenía que ser una obra de Shakespeare.

Me había comentado que no le importaba cuál eligiera, siempre y cuando no fuese *Romeo y Julieta*. Nada relacionado con el suicidio, había recalcado.

Elsa sonrió con cariño mientras recogía unos guisantes con el tenedor.

—A Lyle siempre le gustó Shakespeare.

—¿Te acuerdas de cuando representaron *El sueño de una noche de verano* en los campos de Will Davis? —se burló Winifred. Levantó la mirada hacia mí para incluirme en la broma—. No se dieron cuenta de que habían puesto las sillas encima de un hormiguero gigante, de manera que antes de que terminara el primer acto el público ya estaba cubierto de picaduras de los insectos.

Elsa posó una mano temblorosa sobre la de Winifred y cambió de tema para insistir en que no le gustaba que Winifred siguiera viviendo sola. Desde que nos tenía a Mary y a mí tan cerca, se había dado cuenta de lo mucho que había mejorado su vida por el hecho de gozar de la ayuda de alguien. Winifred descartó la preocupación de su amiga con una habilidad que revelaba mucha práctica, y cambió de tercio hacia el horno nuevo que estaban instalando en la cafetería de la ciudad.

Todos disfrutábamos cenando con Winifred los sábados por la noche, la conversación se volvía mucho más entretenida. Elsa se animaba, su aspecto mejoraba a ojos vistas y Mary se relajaba bastante al verlo. Una vez estuvimos jugando a las cartas después de cenar, y Winifred incluso se tomó una cerveza conmigo, aunque era obvio que últimamente Elsa ya no podía jugar a según qué, y las cartas quedaron relegadas en favor del televisor para que no se aturullara demasiado.

Yo siempre era el tercero en discordia durante esas cenas. Intentaba participar en charlas que debatían sobre los méritos de diferentes marcas de hornos o analizaban las predicciones meteorológicas del almanaque agrario. Todas mis referencias literarias o de cultura popular caían en saco vacío, daba igual que Mary o yo mismo intentáramos explicar el contexto. No es que se hubieran propuesto excluirme, pero yo acababa quedando al margen de todos modos. Por si eso no fuera suficiente, esa noche ni

siquiera me sentía capaz de intentarlo. Tenía la atención dividida entre el pollo que ocupaba el centro de la mesa y el perfil de Mary mientras arbitraba la conversación.

—Eso no tiene buena pinta, que digamos —comentó Winifred con la mirada fija en mi plato, tocando mi hamburguesa vegetal con su tenedor.

—Pruébela, si quiere. —Me levanté para coger una Coca-Cola del frigorífico.

—En realidad saben muy bien —intervino Mary—. Sobre todo si las asas a la parrilla con queso y tomate por encima. Pueden ser un buen almuerzo.

—No, gracias —respondió Winifred—. Sólo como cosas que sé identificar.

A continuación, ella y Elsa se enzarzaron en un debate sobre la calidad de varios platos precocinados, y entretanto yo me tomaba el refresco.

Después de cenar, Mary y yo nos pusimos a lavar los platos. Mientras los limpiaba, ella iba colando comentarios en la conversación a través del pasaplato que separaba la cocina del comedor, como si todo fuera de lo más normal. Tenía las manos enrojecidas por el agua caliente y yo no podía parar de mirarlas. Mary se rio de algo, se fijó en mi expresión y se recompuso mientras me pasaba un plato para que lo secara.

En cuanto hubimos adecentado la cocina, me excusé y me dirigí al piso de arriba. Cada vez pasaba más tiempo en el cuarto de invitados; lo dejaban claro las pilas de libros y de trabajos de clase que había amontonado sobre las cajas polvorientas llenas de trastos viejos. El calor del horno había subido hasta allí y había convertido en sofocante el diminuto espacio de la habitación. Abrí una ventana que se quejó con un chirrido y elegí un libro al azar. Lo levanté, recorrí el dorado de la cubierta y luego cogí otro para comprobar una fecha de edición que ya conocía. Pasé unas cuantas hojas de forma arbitraria y leí unas líneas antes de escoger otro libro, y luego otro. No conseguía entrar en ninguno de ellos, no era capaz de olvidar lo que había ocurrido ese día.

Para empezar, lo peor de todo era que había sido idea mía.

«Enséñame lo que hay que hacer con las gallinas y así podré encargarme de ellas de vez en cuando. De esa forma podrás descansar un poco», le había dicho unos días antes. Había sido un gesto desesperado por mi parte. Se me ocurrían mil cosas que hubiera preferido antes que limpiar la mierda de las gallinas, pero todos mis esfuerzos con Elsa estaban fracasando. Ya fuera por orgullo o por vergüenza, sólo aceptaba la ayuda de Mary en la mayoría de las tareas, y siempre que le preguntaba cómo estaba recibía la misma respuesta: «Bien, bien». O sea que si quería ayudar, no me quedaba más remedio que limpiar la mierda de las gallinas. Aunque le sorprendió mi sugerencia, Mary accedió.

Desde el inicio del curso, los sábados por la mañana nunca madrugaba, pero ese día, a pesar de haberme acostado tarde corrigiendo trabajos, había tenido que levantarme a las cinco y media para arrastrar mis pies por el patio, donde la oscuridad nocturna ni siquiera había empezado a retroceder para dar paso al alba.

Me enseñó a recoger, a limpiar y a almacenar los huevos, a eliminar los excrementos y a reemplazar la paja en caso necesario. Les echábamos comida mientras daban bandazos a nuestro alrededor y nos picoteaban las botas, siguiéndonos con esas miradas vacías de ojos pequeños y brillantes. Me dio lecciones acerca de cómo detectar enfermedades y luego cogió una de las gallinas, se la llevó al fondo del granero principal y la mató.

Ni siquiera me di cuenta de lo que ocurría hasta que vi el cuchillo que Mary llevaba en la mano.

—¿Qué haces?

—¿Qué te parece que hago? —dijo como si nada. En la hoja del cuchillo se reflejaba el color rosado del amanecer mientras el ave luchaba por liberarse.

—¿Está enferma? ¿Qué le pasa?

Los ojos del ave se movían frenéticamente de un lado a otro y yo era incapaz de apartar los míos de la escena.

—No le pasa nada malo. Winifred viene a cenar esta noche, eso es todo.

Dicho esto, le separó la cabeza del cuerpo salpicando sangre por el suelo. El cuerpo aleteaba y se revolvía como si no fuera consciente de su propia muerte, intentando recuperar con desesperación la parte que había perdido. Yo me tambaleé hacia atrás hasta que me detuvo la pared del granero. De haber tenido algo en el estómago, lo habría vertido de inmediato sobre el charco de sangre que había quedado en el suelo. Mary se acercó a una manguera y lavó el cuchillo como si acabara de cortar un pastel de cumpleaños, inclinándolo primero hacia un lado y luego hacia el otro, hasta que pude ver el reflejo de su rostro en la hoja.

El ave pegó un salto hacia mí y yo me alejé corriendo. Mary puso los ojos en blanco al ver mi reacción.

—No es más que un pollo, Peter. No sales corriendo cuando los ves en el supermercado.

—¡Ellos tampoco vienen corriendo hacia mí, en el supermercado! —grité.

—Pensaba asarlo con patatas, pero a ti ya te prepararé otra cosa.

No respondí. Mary se quedó a un lado del pollo decapitado y yo me quedé en el otro, sin saber cómo responder a su educado ofrecimiento de prepararme una comida vegetariana.

El caso es que eso habría impresionado a la mayoría de mis amigos. Casi podía oírlos diciendo: «Esa pava tiene los huevos cuadrados». Pese a demostrar su superioridad en cualquier aspecto con su lógica esencial sobre cualquier tema debatido en el bar (como el aumento del sueldo mínimo o el efecto literario de Harry Potter sobre las generaciones que habían crecido leyendo los libros y viendo las películas), al final siempre era ella quien los invitaba a una cerveza y los hacía reír. Si les contara lo que acababa de presenciar, la habrían elevado al nivel de leyenda.

No entendí por qué me había perturbado tanto. Era probable que hubiera visto a Mary comiendo alitas de pollo cien veces, en los bares. ¿Me habría parecido bien que mi esposa comiera animales muertos si no fuera capaz de matarlos? Resultaba increíblemente hipócrita y lo sabía, pero no conseguía borrar de mi mente los ojos de aquel pollo. Me miraban desde aquella cabeza sin vida, bañada en el charco que contenía su propia sangre.

Alguien soltó una carcajada desde la sala de estar y luego oí pasos en la escalera. Mary apareció por la puerta y se apoyó en el marco, con los rasgos deformados por la risa.

—He encontrado una vieja baraja de cartas para jugar al culo sucio y he pensado que podría ser divertido. Pero Winifred ha dicho que ya había demasiados culos sucios en la habitación.

—Que sean viejas no significa que lleven el culo sucio.

—Ya. —Se encogió de hombros y entonces sonrió—. ¿Quieres jugar?

—No sé cómo se juega.

—Es fácil. Incluso mamá podrá jugar, creo.

—No, no me apetece.

—¿Qué te pasa? —Mary entró en la habitación, se sentó en el borde del escritorio, a mi lado, y me separó un mechón de pelo de los ojos.

—Nada —respondí, apartándome.

—¿Todavía te dura el susto del pollo?

—Al menos podrías habérmelo advertido de antemano.

—Oh, vamos, Peter.

Huí de su tono despectivo hasta el otro extremo de la habitación.

—A ti no te ha inquietado en absoluto, ¿verdad?

—¿Qué quieres que te diga? Me criaron así.

Todos los detalles de su conducta me indicaban que era yo quien tenía el problema, que era yo el anormal. Después de siete años juntos, ni siquiera comprendía mis principios morales. O tal vez no le importaban una mierda. Negué con la cabeza, recogí un libro de lo más alto de una pila que estaba junto a

la ventana y empecé a hojearlo como si contuviera algo importante que necesitara encontrar como fuera.

—¿No piensas bajar? —En el tono de la pregunta noté que estaba dolida, pero me daba igual.

—No, creo que paso de jugar a ese juego tan emocionante con dos señoras de setenta y tantos años.

—¿Es pedir demasiado que intentes formar parte de esta familia?

Avancé hacia ella, apuntando con el libro hacia los graneros que estaban al otro lado de la ventana.

—¿Qué te parece que intentaba hacer esta mañana? ¿O piensas que me he puesto a recoger huevos y a arrastrar balas de paja para divertirme?

—No, ya me he dado cuenta de que lo has pasado fatal. Aunque te lo hubieras propuesto, no podrías haberlo dejado más claro.

Reaccioné con una carcajada.

—Créeme: podría haberlo dejado mucho más claro.

—No creía que te lo tomarías así —respondió, parpadeando para contener las lágrimas—. Sabía que te costaría adaptarte a este lugar cuando nos mudamos, pero tengo la sensación de que ni siquiera lo intentas.

Negando con la cabeza, me volví hacia la ventana. Si para ella *adaptarme* significaba convertirme en un carnicero, no tenía nada más que decirle.

Esperó un momento y tomó aire, como si fuera a decir algo, pero luego oí el crujido de las tablas del suelo en el pasillo y sus pasos bajando poco a poco la escalera.

Permanecí de pie durante unos segundos, luego me dejé caer sobre una silla y hundí la cabeza en el libro que tenía en la mano, como si intentara transferir el grabado del lomo a mi frente. En realidad yo quería formar parte de aquella familia. ¿Qué no habría dado yo por poder relajarme y bromear durante el resto de la velada con Mary, o con la Mary que había conocido? ¿Qué no habría dado por borrar de mi memoria lo que sabía de ella?

Exasperado, me incorporé en mi asiento y tiré el libro sobre el escritorio. Entonces fue cuando reparé en el título por primera vez. *Las tragedias completas de Shakespeare*.

«Nada relacionado con el suicidio», me había dicho el director, sentado con una pose informal frente a su vitrina repleta de tractores en miniatura, pulidos con esmero para que el verde de la carrocería brillara con la luz. «No me gusta hablar del suicidio delante de los adolescentes. No quiero dar ideas por si alguno de ellos se siente desorientado.» El director no deseaba inquietar a unos adolescentes que estaban aprendiendo a decapitar pollos en las granjas de sus padres, a guiar a las vacas y a los cerdos hasta los remolques que los conducirían a la muerte.

Estuve hojeando el libro hasta que di con *Macbeth*.

Macbeth: probablemente la obra más sangrienta que llegó a escribir Shakespeare. Podría verter cubos y cubos de jugo de remolacha por el escenario, conseguir que se mataran y acabaran bañados en sangre ajena. No había ningún suicidio romántico en la obra. *Macbeth* era una verdadera carnicería alimentada por la avaricia, la demencia y la venganza. El Bardo siempre conseguía revelar nuestra naturaleza, y con esa obra venía a contarnos que en la situación adecuada, por los motivos adecuados, cualquiera de nosotros puede convertirse en un monstruo asesino.

Marqué la página y dejé el libro en la otra punta de mi escritorio, lejos del resto de las cosas, como si temiera lo que encerraba en su interior.

DEL

Lunes, 14 de abril de 2008

El lunes por la mañana, a eso de las siete, Jake ya estaba indagando en el portátil de Hattie mientras yo llamaba a la puerta de los Kinakis. A la madre no le hizo mucha ilusión verme de nuevo, no digamos ya cuando le expliqué que necesitaba que Tommy nos proporcionara unas muestras de ADN esa misma mañana. Tanto a ella como a su marido les cabreaba de lo lindo que Tommy estuviera en la lista de sospechosos, pero el chico no decía nada al respecto. Se mantuvo tan callado como el día anterior, sentado frente a la mesa de la cocina, removiendo un cuenco de avena que poco a poco estaba adquiriendo la consistencia del hormigón armado.

—Lo haré —dijo, al fin. Con esas palabras cortó en seco los argumentos que estaban esgrimiendo sus padres para eximirlo de la prueba. Se puso la chaqueta sin siquiera mirarlos y me acompañó a Rochester.

Tommy se pasó el trayecto mirando por la ventanilla del acompañante, secándose las lágrimas de los ojos de vez en cuando. Antes de entrar en el coche patrulla me había preguntado si tenía que sentarse detrás, y ni él ni yo volvimos a abrir la boca hasta que, cuando ya casi llegábamos a la ciudad, le dije que estaba haciendo lo correcto.

—No me habría costado mucho conseguir una orden judicial, ¿sabes? Pero me has ahorrado esa molestia.

Tommy se limitó a asentir.

—Si la sangre no coincide, ¿me salvo? —preguntó al cabo de un minuto.

—Semen.

—¿Semen?

—Es lo que encontraron en su cuerpo. ¿Es posible que sea tuyo?

No había querido preguntárselo antes, con sus padres delante y pendientes de oír la respuesta.

—No —respondió con una presteza sorprendente—. Ya se lo dije, no me dejó hacer nada.

Hizo otra pausa que debió de servirle para encajar alguna pieza.

—¿Alguien la... violó?

Al parecer tenía algún problema con aquella palabra.

—No te lo puedo decir.

—O sea que mi... muestra... no coincidirá y me salvaré, ¿no? ¿Me borrarán de la lista?

—Ya veremos. —No le conté que, aparte de Gerald Jones, «la lista» era él.

No dijo nada más durante el resto de la mañana, se limitó a obedecer a las enfermeras que lo llevaban de aquí para allá como si se tratara de un cachorro grandullón. Después de dejar al chico en su casa, fui a ver a Winifred Erickson. Tenía el Buick en el garaje, y frente a la puerta había también una camioneta Chevrolet. Golpeé la mosquitera durante lo que me parecieron diez minutos sin obtener respuesta, y luego decidí recorrer los edificios anexos. Winifred arrendaba la mayor parte de sus tierras a una de las grandes cooperativas de cultivo, y no le había visto poner los pies en los campos desde el día en el que le había pegado un tiro a Lars, pero tenía que estar en alguna parte de todos modos.

Estuve merodeando por los alrededores hasta que oí voces procedentes del cobertizo en el que se guardaba la maquinaria.

—... no sé qué hacer.

—No decir ni una palabra, eso es lo que tienes que hacer.

La primera voz la oí algo apagada, pero en la respuesta reconocí de inmediato y con toda claridad la voz anciana y estridente de Winifred.

—No podré mantenerlo en secreto para siempre.

—No digas nada hasta que hayas decidido lo que harás.

—Es que no hablaremos de esto.

—Tienes que hablar con alguien; sé perfectamente lo que sientes.

—Es un asesinato.

—Un asesinato puede tener mucho sentido en según qué circunstancias, como cualquier otra cosa.

Cuando yo tenía...

La voz de Winifred quedó interrumpida de repente. Guardó silencio unos instantes, y luego un disparo me ensordeció.

Me lancé contra el lateral del cobertizo, ya con la pistola en la mano.

—¡Joder, Winifred!

—¿Quién anda ahí? Más te vale salir de mi finca a toda leche, si no quieres que te pegue un tiro.

—Soy el sheriff Goodman. Voy a entrar, y si no oigo caer el arma al suelo en menos de cinco segundos, entraré disparando. ¿Me ha oído?

Silencio.

—¿Winifred? Estoy contando.

Se oyó un golpe seco y un gruñido.

—De acuerdo, ya está.

Entré agazapado en el cobertizo a media luz, apuntando a las dos mujeres que estaban junto a la pared derecha. Winifred llevaba puesta una bata a cuadros de andar por casa. Tenía el pelo ralo y rizado, llevaba una pipa en la boca y una expresión de profunda indignación instalada en el rostro. A sus pies había un rifle viejo. La mujer que la acompañaba, unos cuarenta años más joven que ella, se había acurrucado como un feto sobre el taburete en el que estaba sentada. Tenía el pelo rubio recogido en una cola de caballo y las mejillas empapadas de lágrimas. No suponían ninguna amenaza, pero no dejé de apuntarlas para que me tomaran en serio.

—¿Siempre recibe las visitas a tiros, Winifred?

La anciana cruzó los brazos y resopló con desdén.

—Sólo si se acercan con sigilo y sabiendo que hay un asesino suelto.

Suspiré y enfundé de nuevo el arma con la mirada fija en la mujer más joven. Aunque no la reconocí a primera vista, me sonaba de algo.

—Tengo que hacerle unas cuantas preguntas, señora Erickson.

Una de las más urgentes quizá era qué hacían hablando de asesinatos, pero tuve la sensación de que conseguiría sonsacarle más cosas a la joven si lograba hablar con ella a solas.

—Me pilla ocupada.

—No, no. Yo ya me iba —dijo la otra mujer, que ya no estaba agazapada e intentó marcharse hasta que yo me interpuse en su camino.

—No me he quedado con su nombre.

—Soy Mary Beth Lund, sheriff. —Extendió una mano hacia mí—. Aunque seguramente me recordará mejor como Mary Beth Reever.

—Ah, claro. —Le estreché la mano y me pareció más firme de lo que habrían dado a entender sus ojos enrojecidos—. Usted y su marido vinieron a vivir con su madre el año pasado, ¿verdad?

—Sí. La salud de mi madre ya no es lo que era, pero tampoco quiere marcharse de la granja.

—Hay gente muy testaruda —dije, y el comentario provocó otro resoplido de Winifred.

Mary Beth sonrió.

—El caso es que vivimos un poco más arriba y Winifred siempre me ha ayudado cuando he necesitado algo, aunque sólo fuera charlar un rato.

—Te acompañaré, cielo. —Winifred rodeó a la mujer con un brazo y usó la mano libre para pegarle

una calada a la pipa—. Del, puede ir tirando usted mismo hacia la casa.

Observé cómo se marchaban, caminando a paso lento y hablando en voz baja. No había ningún motivo por el que no pudieran ser amigas, pero su conversación no me había parecido trigo limpio. No vienes a hablar de asesinatos con Winifred Erickson porque sí.

Le eché un vistazo a la franja boscosa que quedaba en la parte norte de la finca, donde Winifred había disparado a Lars doce años antes. Lo recordaba como si hubiera sucedido esa misma mañana; es típico de las matanzas que te sigan acompañando hasta el final.

Lo encontré tendido de espaldas, con un disparo de calibre 308 Winchester en un costado. Ese año habían proliferado los coyotes y el gallinero de los Erickson estaba sufriendo las consecuencias. Lars volvía a casa después de haber estado en la de los Reeve justo cuando Winifred intentaba ahuyentar a un coyote del corral. Según le contó al jurado, trataba de disparar al coyote pero acertó a Lars por error. Pese a que cobró una indemnización de quinientos mil dólares y heredó la propiedad íntegra y sin deudas de la granja, al contrario de lo que suele ocurrir en esos casos, el jurado la absolvió por la cantidad de gallinas que pudo demostrar haber perdido, sumado al hecho de que Lars hubiera recibido el disparo en un costado y desde muy lejos. Al parecer, el jurado pensó que para querer matar a alguien es necesario hacerlo de frente y a poca distancia.

Lars era el típico cabrón que se pasaba el día pensando que le estaban engañando y montaba un follón por cualquier cosa. La mayoría de la gente lo atribuía al hecho de que había perdido a sus dos hijos cuando aún eran jóvenes: a uno se lo llevó una neumonía y el otro no regresó de Vietnam. Aunque yo apostarí a que Lars era así de nacimiento. Nada le parecía suficientemente bueno, jamás. Creía que todos estaban contra él. Winifred explicó al jurado, con la misma seriedad con la que me lo había contado a mí cuando la encontré junto al cadáver de su marido, que no había podido hacer nada para ayudarlo. Y creo que fue sincera, aunque dudo que se refiriera a esa mañana en concreto.

—No sé nada al respecto, puede ahorrarse la saliva.

Winifred subió los escalones del porche mientras la camioneta de Mary Beth levantaba una nube de polvo en el camino de acceso.

—¿Por qué lloraba? —pregunté, asintiendo en dirección al camino.

—Eso no es asunto suyo.

—Todo es asunto mío, si estoy investigando un asesinato.

—No fue una disputa conyugal lo que mató a la chica de los Hoffman. —Winifred abrió la puerta de casa y me hizo una seña para que la siguiera hacia dentro.

—Debe de saber muchas cosas al respecto, si es capaz de diferenciar entre lo que tuvo algo que ver y lo que no.

Se sirvió una taza de té que debía de haberse enfriado y encendió el hervidor de agua para preparar más.

—Sé lo mismo que todo el mundo sobre Hattie Hoffman.

—El almacén está en su finca.

—¿Cuándo cree que fue la última vez que me acerqué hasta allí? La artritis no me dejaría llegar ni a medio camino.

—Bueno, yo la veo capaz de hacer cuanto se proponga, Winifred.

Ella recibió mi comentario con una carcajada y plantó una segunda taza sobre la mesa.

—Es Earl Grey o nada.

—Earl Grey me parece bien. —Me senté y observé cómo preparaba el té. Cuando lo tuvo todo listo, sopló el vapor que salía de su taza y la lengua se le soltó un poco más.

—Claro que sabía que los chicos utilizaban el almacén, por eso puse el rótulo de PROHIBIDO EL PASO en el lado este: para que nadie pudiera denunciarme si el techo se desplomaba sobre la cabeza de alguien. Pero hace años que no me acerco por allí.

—¿No vio ni oyó nada extraño, el viernes por la noche?

—Nada de nada. Llegué a casa después de la función y me acosté enseguida.

Algo se encogió en mi interior cuando lo dijo, y no sólo porque sabía que me estaba diciendo la verdad. Yo también debería haber asistido a la función esa noche, para animar a Hattie y ver cómo brillaba sobre el escenario por última vez. Mientras me tomaba el té en silencio, vi cómo un cardenal se posaba en uno de los comederos para pájaros que había frente a la ventana. El té tenía un sabor amargo.

—Mona debe de estar hecha polvo —dijo ella al cabo de un rato.

—Sí.

—Sé muy bien qué se siente. Algo cambia en tu interior cuando se te muere un hijo. Es como si algo que antes era líquido de repente se volviera sólido y quebradizo.

Asintió en dirección a la ventana con gesto ausente, inmersa en una pena que el tiempo y la proximidad habían convertido en una parte de su ser, como los rizos de su pelo.

Me terminé el té y fui hacia la puerta.

—No se le ocurre nada que pueda contarme sobre Hattie, ¿verdad?

—Siempre me pareció un poco pedante, cuando hablaba de marcharse a Nueva York y actuar en Broadway, pero en cambio no me lo pareció tanto cuando regresé a casa después de la función. Esa chica era muy buena actriz. Había que verla.

—Bueno, no descarto volver a rastrear la finca, y el almacén será una zona vedada hasta que yo le comunique lo contrario personalmente.

—Claro, claro.

—Y no dispare a nadie más o tendré que confiscarle el rifle.

—Ajá...

Me acompañó hasta el coche patrulla y me llevé la impresión de que no le preocupaba lo más mínimo la posibilidad de perder el fusil. Era probable que tuviera cinco más en el lugar del que había sacado ése.

—¿Mona sigue en casa o se ha marchado con su madre? —preguntó.

—No lo sé. Ayer todavía estaba en casa.

—Será mejor que vaya a verla. —Winifred se ató un jersey viejo alrededor de la cintura a pesar del calor que hacía. Levantó la mirada hacia el cielo y luego la bajó de nuevo hasta el horizonte con un suspiro—. Entre los jóvenes que se marchan, los que no se marchan pero mueren asesinados, y los hombres que caen víctimas de un infarto, aquí sólo quedaremos las viejas.

—Casi prefiero que sea así —dije con una sonrisa burlona.

—Oh, vamos —respondió, a la vez que me daba una sonora palmada en el hombro al tiempo que me subía al coche patrulla.

Mientras pasaba junto a la granja de los Reeve me di cuenta de que tenía unas cuantas llamadas perdidas de Jake, y marqué enseguida el número de comisaría.

—Del, ¿dónde estás?

—Estaba haciendo unas comprobaciones. ¿Has encontrado a Gerald Jones?

—Estará en Denver hasta mañana. Dice que lleva allí desde el miércoles pasado. Tenemos que confirmarlo, pero parece una coartada bastante sólida.

Maldita sea. Mi lista de sospechosos se reducía a Tommy.

—Quiero hablar con él cuando regrese.

—¿Quieres que vayamos a buscarlo? —preguntó Jake.

—No, iré yo mismo. ¿Sabes algo de los forenses?

—No, todavía no, pero...

—¿Y el ordenador de Hattie?

—No te vas a creer lo que he encontrado.

—Bueno, me has estado llamando toda la mañana como una mujer despechada, supongo que sea lo que sea valdrá la pena.

—Dios mío, Del, tengo una pista que nos acerca al asesino. ¿Querías que esperara hasta que volvieras de almorzar en el Dairy Queen?

Entré en el camino de acceso de los Reeveer pasando por encima de las roderas de lodo para aparcar frente a la casa.

—¿Qué tienes?

—Al parecer, Hattie había estado hablando mucho con un tipo llamado F.L.

—¿Qué mierda de nombre es ése?

—Es un *nick*.

—¿Un qué?

—Un apodo. Te lo explicaré cuando vengas. Trae algo de comida del Dairy Queen, ¿quieres?

Me soltó esto y me colgó, el desgraciado.

Conocía a los Reeveer desde que se enteraron de que estaban embarazados de Mary Beth. Toda la ciudad lo veía venir desde hacía tiempo: de repente, John se afanaba por abrir puertas y cargar con bolsas del supermercado mientras Elsa ponía los ojos en blanco y se llevaba la mano a la barriga, los dos con cuarenta años bien cumplidos y sonriendo como bobos. Esa clase de felicidad no tenía término medio: sólo cabía la atracción o el rechazo, y en esos años posteriores a la guerra yo no sabía cómo conseguir que me atrajera lo más mínimo. Por aquel entonces era un simple agente que no servía para nada más que para poner multas y aplicar la ley, todo en blanco y negro. Debió de ser viendo cómo los Reeveer bajaban por Main Street cuando me di cuenta de que había algo que hacer en el otro lado. Unos años más tarde paré a John por exceso de velocidad y vi a Mary Beth zarandeándose y balbuceando en su asiento. John me miró avergonzado y confesó: «Es que esto la hace reír». Entonces sí que me eché a reír, y con el codo apoyado en su Pontiac, en la cuneta de la carretera número 12, por fin decidí participar en aquella felicidad.

—¿Qué pasa, Del? ¿Qué lo trae por aquí? —Fue Elsa quien respondió a la puerta, con una cánula de oxígeno en la nariz. Parecía como si la brisa más suave pudiera derribarla en cualquier momento. Había decaído mucho desde la muerte de John y estaba muy desmejorada.

—Estoy buscando a Mary Beth.

—Ah, debe de estar en casa de Winifred. —Apoyó un brazo en la jamba de la puerta y entrecerró los ojos en dirección a las arboledas que separaban las dos granjas.

—No lo creo. He pasado por allí y he visto cómo se marchaba.

—¿Ah, sí?

—Veo que tiene la camioneta en el camino de acceso.

La prueba era tan flagrante que se quedó confundida, por lo que decidí cambiar de tema.

—Ayer conocí a su yerno, en la función.

—La función. —Lo dijo como si intentara enfocar un recuerdo en su memoria—. Creo que teníamos que ir a ver una función este fin de semana.

—Le debe de venir de perlas que le echen una mano con la granja, ¿no?

—Con lo que él hace aquí no habría ni para empezar. Es Mary Beth quien se encarga de todo.

—¿De los campos y los animales? Es mucho para una sola persona.

—No, ella no se encarga de los campos. Los tenemos arrendados desde que falleció John. Me refería sólo a las gallinas y al huerto.

—Qué bien, eso de tener pollo casero en la mesa.

—Exacto —dijo Elsa, señalándome con una vehemencia inexplicable—. Eso es lo que se espera que diga cualquier hombre normal.

—¿Le importa si echo un vistazo a ver si la encuentro?

—Por supuesto que no, adelante. Pero será mejor que no lo acompañe. Me regaña si me ve arrastrando la bombona de oxígeno por el barro.

La saludé con un toque en el sombrero y crucé el camino de entrada para asomar la cabeza por algunas dependencias externas hasta que di con Mary Beth en el gallinero, recogiendo huevos. Un grupo de gallinas —algunas blancas, otras pardas y anaranjadas— picoteaban a sus pies rascando el suelo y cacareando. No vivían hacinadas como había visto en los gallineros de otras granjas, en los que apenas se divisaba el suelo entre la marea de animales. Ese averío parecía más bien una familia numerosa reunida alrededor de la matriarca.

—¿Señora Lund?

Soltó un alarido y pegó un respingo que ahuyentó a las gallinas en todas direcciones, aunque consiguió que no se le cayera la cesta. Sabiendo ya quién era, me di cuenta de que se parecía a su padre: era rubia y fornida, con una constitución ósea preparada para capear tormentas, y daba la impresión de que en esos momentos estuviera lidiando con una, de hecho. La cesta temblaba colgada de su brazo, y su respiración no terminaba de apaciguarse a pesar de haberme reconocido.

—Sheriff. Dios mío. —Se llevó una mano al corazón y comprobó si algo de lo que había recolectado se había roto.

—No era mi intención asustarla.

—No pasa nada —dijo, sin levantar la mirada.

—¿Cómo va todo por aquí?

—Bien.

Al parecer, no era especialmente locuaz. Mary Beth nunca había sido una persona problemática, por lo que apenas sabía nada sobre ella. Creo que había jugado a voleibol en el instituto y que había aparecido en el periódico local alguna que otra vez por sus méritos como estudiante.

—Acabo de estar en la casa, hablando con Elsa. Me ha dicho que ahora se encarga usted de casi todo el trabajo de la granja.

—Hago lo que puedo. No soy como mi padre, eso seguro.

—Él sería el primero en dar gracias a Dios por eso.

Mary Beth esbozó una leve sonrisa que duró apenas un instante y se afanó a comprobar los nidos que le quedaban.

—¿Qué lo trae por aquí?

—A decir verdad, quería huevos —mentí, observando cómo los pollos entraban y salían por una puertecita que daba a algún espacio exterior—. Cuando la he visto en casa de Winifred me he acordado por casualidad de que volvía a vender huevos. De vez en cuando se los compraba a John.

—Pues sí. —Repasó el último nido y me invitó a seguirla hasta el cobertizo principal, donde había un montón de frigoríficos viejos alineados en una pared—. ¿Cuántos necesita?

—Con una docena tendré bastante. ¿Cuánto es?

—Invita la casa. —Me tendió una huevera llena y rechazó el billete de cinco dólares que me había sacado de la cartera.

—Lo siento, pero no me los puedo llevar sin pagarlos. Ya me pillé los dedos una vez con eso. Un camarero me invitó a beber gratis durante más o menos un año, uno de esos años en los que te apetece no recordar nada. Todo iba bien hasta que descubrí que estaba vendiendo la marihuana que su primo cultivaba en medio de sus campos de maíz. Consideraba que yo estaba en deuda con él y nunca me perdonó que los metiera entre rejas.

—Yo no cultivo marihuana —dijo Mary Beth con una risa nerviosa.

—Da igual. —Seguí ofreciéndole el dinero hasta que por fin se decidió a aceptarlo.

—No llevo cambio encima, tendrá que llevarse otra docena.

—De acuerdo, volveré a buscarlos cuando se me acaben éstos. —Me puse la huevera bajo el brazo y cambié de tema—. Usted no conocía a Hattie Hoffman, ¿verdad?

—No —respondió enseguida, mientras empezaba a descargar los huevos que acababa de recoger.

—Para mí era casi como de la familia.

—Lo lamento.

A pesar de lo que pudiera estar sintiendo por su parte, me pareció que lo decía de verdad.

—¿Usted está bien, Mary Beth?

—Sí. Es sólo que se juntan muchas cosas.

—Claro. Su madre, la granja y todo lo demás.

Ella asintió y siguió trabajando.

—¿Por qué estaba hablando sobre un asesinato con Winifred?

—¿Qué?

Levantó la cabeza de golpe y por fin me miró a los ojos. Los suyos estaban sorprendidos y cargados de tensión, esa clase de tensión que se acumula a lo largo de los meses y los años, hasta que los músculos olvidan lo que significa relajarse. Winifred había mencionado algo sobre problemas conyugales.

—Las he oído hablando antes de que Winifred disparara. Ha dicho que un asesinato puede tener mucho sentido.

—No ha sido nada. No es lo que usted cree.

—¿Qué le parece si me cuenta de qué se trataba? Así podré decidir si coincide con lo que yo creo.

—Fue sólo... Peter, mi marido. —Tragó saliva, se quedó callada y bajó la mirada de inmediato hacia el suelo—. Es vegetariano. No le parece bien que mate animales. Winifred intentaba que me lo tomara con calma.

Aunque eso explicaba el comentario de Elsa, el resto de la conversación no acababa de cuadrar.

—¿Algo más? —pregunté.

—Es algo entre ella y yo. No...

Su boca se convirtió en una sola línea firme y me di cuenta de que no estaba dispuesta a contarme nada más.

—Necesito ver sus cuchillos.

—¿Por qué? —Sus ojos revelaron cierta sorpresa, aunque no vislumbré temor alguno en ellos.

—A Hattie la mataron de una puñalada.

Mary Beth asintió y obedeció en silencio. El informe de la autopsia había llegado la noche anterior y afirmaba que las heridas las había provocado una hoja de un solo filo, de entre nueve y doce centímetros. Medí todos los cuchillos y ninguno de ellos encajaba con aquellas características. El único que tenía la longitud correcta era curvado y ninguno coincidía con la anchura de la hoja. No pensaba encontrar el arma del crimen entre las herramientas de Mary Beth Lund, pero tuve la sensación de que aquella mujer me estaba ocultando algo.

Me acompañó hasta el coche patrulla y levantó una mano para saludar a Elsa, que nos observaba a través de las cortinas de encaje.

—Oiga, ¿le dice algo la palabra *nick*? —pregunté. Mary Beth sólo era unos años mayor que Jake.

—¿Se refiere al diminutivo de Nicholas?

—No, en plan «apodo».

—Ah, sí. Es el nombre que usa la gente por internet, para los foros, blogs y todo eso.

Le di las gracias y me puse a silbar mientras daba marcha atrás por el camino de acceso, preparado para bajarle los humos de nuevo a mi ayudante.

Aparqué cerca de Pine Valley y bajé paseando por Main Street, mientras saludaba con la cabeza a los hombres que estaban frente a la tienda de piensos, hablando del precio de las reses y de las semillas de maíz. Se me quedaron mirando al pasar, con los ojos ensombrecidos por las viseras de las gorras y una expresión seria en los labios. No tenía ninguna duda acerca de cuál debía de ser el tema de conversación ese día.

Cuando llegué a la comisaría, Jake estaba encorvado sobre el ordenador de Hattie como si estuviera viendo la novena entrada del séptimo juego del campeonato de béisbol. Dejé caer una bolsa llena de hamburguesas encima de la mesa.

—No vas a creer lo que he encontrado —me dijo, al tiempo que pescaba una de las hamburguesas y le pegaba un bocado sin fijarse siquiera en lo que estaba masticando.

—Bueno —respondí, sentándome en la mesa—, que Hattie conoció por internet a alguien llamado F.L.

—¿Cómo lo sabes? —Jake consiguió expresar su decepción incluso con la boca llena. Quedó claro que había estado esperando el momento de explicarle lo que era un *nick* a ese viejales que no sabía nada sobre internet. Me esforcé en reprimir una sonrisa.

—Me ha parecido lógico.

—Bueno, mira: aunque no creo que lo guardara todo, copiaba y pegaba los mensajes en un documento de texto. Parece que no todos están guardados en orden cronológico, y el único nombre que aparece es éste.

Volvió la pantalla para que pudiera verla mejor.

HollyG:

Tal vez debería utilizar tu nombre real, ahora que sé cuál es, pero me cuesta demasiado. Este último fragmento de dualidad me permitirá decirte algo que debes saber: nuestra amistad ha terminado. De entrada ya era una idea peligrosa, fueras quien fueses, pero ahora que Jane Eyre nos ha desenmascarado, es evidente que la situación era de lo más inadecuada. Quiero que sepas que te deseo todo lo mejor y que me atribuyo toda la culpa. No podremos hablar nunca de esto ni se lo contaremos a nadie. Adiós,

F.L.

—¿De cuándo es? —pregunté.

—Lo guardó el octubre pasado. Hay un montón de archivos repletos de mensajes como éste. Del, Hattie tenía una relación secreta.

—F.L. —mascullé.

Jake abrió el archivo siguiente y lo estuvimos leyendo. Nos terminamos las hamburguesas y seguimos revisando más archivos.

HATTIE

Martes, 11 de septiembre de 2007

—Si te paras a pensarlo, en realidad sólo tres chicos merecen que les pidan ir al baile de Sadie Hawkins.

—Ya son tres más de los que yo me pararía a mirar dos veces.

Revelé las fotos del pedido de la señora Gustafson (treinta imágenes de niños feos) mientras Portia esperaba apoyada en el mostrador, mirándose las uñas. Había reunido cuatro tonos nuevos de esmalte de la sección de perfumería y no acababa de decidir cuál de ellos combinaba mejor con el vestido tradicional de franela que pensaba ponerse para el baile de Sadie Hawkins. Como si hubiera una respuesta fácil para algo así. Ignorándome, levantó uno de los frascos hacia la luz. Era de un azul parecido al del Gatorade, ese tipo de color que tan mal me queda a mí y tanto la favorece a ella, con esa piel ligeramente morena.

Portia va a verme a menudo al trabajo, puesto que la tienda de licores de sus padres está a una manzana de distancia. No le gusta hacer los deberes rodeada de gente comprando cerveza y siempre le pide a su madre que repita todo lo que dice, porque tiene un problema con las erres. Aunque a mí también me cuesta entenderla, me encanta ir a su casa. La señora Nguyen suele soltarnos unos largos monólogos entrecortados mientras nos llena los cuencos de *pho* picante y su hija se muere de vergüenza, por supuesto. Pero es que tampoco comprende lo increíble que resulta su procedencia exótica.

—Uno sería Trenton —dijo, enumerando las posibles citas y combinando personas como hacía con los frascos de esmalte de uñas.

—Está saliendo con Molly.

—De momento —admitió—. Hace un mes salía con Sadie. Y otro sería Matt.

—Que debe de medir un metro y medio como máximo.

—Sí, bueno, yo igual. No todo el mundo tiene que parecer una jirafa como tú.

—Prefiero que me comparen con una gacela —expliqué mientras metía las fotos en un sobre al que pegué la etiqueta correspondiente—. O con una *top model* todavía por descubrir.

—Sigue soñando —dijo Portia con un resoplido.

—¿Quién es la tercera opción?

—Veamos... Ah, Tommy.

—¿Qué Tommy?

—Kinakis —dijo, desviando la mirada.

—¿Tommy Kinakis? ¿Qué me estás contando, Porsche?

—¿Qué? ¿No te parece mono?

En cierto modo, lo es. Tiene el pelo bonito y unos preciosos ojos, pero es un zoquete de tomo y lomo. Un verdadero tarugo.

—¿De qué ibais a hablar, vosotros dos?

—¿Qué te hace creer que perderíamos el tiempo hablando?

Me lo pensé un poco antes de confesárselo:

—Me pidió que fuera a verlo jugar un partido.

—¿De veras? —Portia dejó de manosear los frascos de esmalte de uñas enseguida—. ¿Y qué piensas hacer? ¿Irás?

—Sí, claro. ¡Ra, ra, ra! Ya me conoces... ¡Hola, señora Gustafson!

Portia se marchó con el esmalte de uñas mientras yo le entregaba las fotos a la señora Gustafson. Ésta se dedicó a hablarme de todos sus nietos, a cual más feo, y yo respondí asintiendo y riendo con cada

anécdota que me iba contando sobre ellos. Cuando hubimos terminado con las fotos, me agarró el brazo con una mano.

—Estás a punto de graduarte, ¿verdad, Hattie?

—Sí. En primavera.

—¿Y qué piensas hacer?

Sabía cuál era la respuesta correcta a esa pregunta. Se suponía que tenía que decir que iría a la Universidad de Minnesota, que estudiaría la carrera de enfermería o cualquier otra cosa productiva, y además acompañaría la respuesta con una sonrisa optimista que pondría fin a la conversación. En lugar de eso, opté por decir la verdad.

—Me mudaré a Nueva York.

—¿Y a qué piensas dedicarte una vez allí, cielo? —preguntó asombrada.

—Seré actriz de Broadway —respondí.

—Bueno, esperemos que te vaya bien. ¡Vaya por Dios!

Le di unas palmaditas en la mano, le cobré las fotos y le dije que buscara mi nombre en los periódicos cuando hubiera pasado un tiempo. Una vez que se hubo marchado, sonriendo y negando con la cabeza como si le acabara de contar un sueño, llegó la descarga de adrenalina que siento siempre que lo digo en voz alta. Me marcharé a Nueva York, y por primera vez en la vida dejaré de importarme lo que los demás piensen de mí. Quiero una vida mejor que la que podría conseguir en Pine Valley, una vida que lo cambie todo.

No soy tonta, sé que seguramente tendré que pedir el traslado a otra filial CVS de la ciudad y trabajar allí durante un tiempo. Eso será sencillo, y así dispondré de unos ingresos que me permitirán pagar el alquiler mientras busco algo mejor. Y, de acuerdo, quizá jamás llegaré a trabajar como actriz, pero me quedará el resto de la vida para descubrir a qué me dedicaré. Por no hablar de que las cosas ya no son como antes, cuando alguien comenzaba a trabajar en una empresa y prosperaba hasta el momento de empezar a cobrar la pensión. En el siglo xxi lo importante es el reciclaje, la reinención y la fusión. Podría convertirme en una actriz y fotógrafa que pasea perros, o bien trabajar en una galería antes de entrar en el turno de noche como camarera y ganar un sobresueldo como modelo. Dios mío, si sólo hay que fijarse en mi vida. Soy un millón de cosas distintas según la persona con la que hablo o cómo me siento. Todas las señoras Gustafson del mundo tendrían que darse cuenta de que la pregunta del millón («¿A qué piensas dedicarte?») había quedado obsoleta.

Al final, Portia se compró un esmalte de uñas rosa y un ejemplar de la revista *People*, y regresó a la tienda de sus padres. Me mandó un mensaje justo cuando cerraba, para animarme a que le pidiera a Tommy que me acompañara al baile de Sadie Hawkins. «Pq no tu?», decía el mensaje que le devolví, pero no me contestó.

Me marché a casa y me zampé un bocadillo antes de subir a mi cuarto.

—¡Primero los deberes! —gritó mi madre mientras subía los escalones.

—¡Ya lo sé! —respondí.

Cerré la puerta, saqué el libro de texto de historia y un cuaderno, y abrí un sitio web sobre la Edad Media, por si a mi madre se le ocurría controlarme, aunque también entré en el sitio web por el que tenía previsto navegar un rato: *Pulse*.

Pulse es un foro de neoyorquinos que empecé a visitar en enero sabiendo que se colgaban un montón de convocatorias para *castings*. Comprobé todos los avisos al respecto y me dediqué a buscar en Google la obra, el teatro e incluso el director, porque desde que se habían iniciado los ensayos para el Teatro Cívico de Rochester unas semanas atrás me había enterado de que a nuestro director, Gerald, le encantaba chismorrear acerca de otros directores. Por eso busqué directores sobre los que pudiera hacerle preguntas, porque nada le gusta más que poder dar su opinión cargada con una buena dosis de mala leche, aunque de todos modos resulta divertido oírlo hablar de la escena teatral de Nueva York.

Me conecté con mi *nick*, HollyG, y mi avatar apareció en la pantalla: un primerísimo plano de dos cerdos del padre de Heather que no revela más que los hocicos. Tienes que ser la hija de un granjero para distinguir lo que estás mirando. Parece poco más que un lienzo rosa bastante demacrado y con unos cortes negros. En el foro siempre encuentro comentarios sobre la foto. A algunos les parece muy artística. Uno de ellos incluso me pidió el enlace de mi porfolio cuando se enteró de que había tomado la foto yo misma. Por eso llegué a la conclusión de que no me costaría seguir engañando a la gente cuando viviera en Nueva York.

Aunque yo no participaba en todos los hilos, lo leía absolutamente todo. La gente opinaba sobre estrenos de obras, últimas funciones, un nuevo edificio que les parecía horrible, el último restaurante que cumplía con las expectativas creadas, las eternas obras de construcción en las carreteras y la estación de metro más cercana a una galería de moda. Nunca se comentaba si hacía buen tiempo ni se hablaba de televisión, los dos temas de conversación principales en CVS. A veces me gustaría poner los ojos en blanco frente a los clientes y soltar algo como «¿A quién le importa si por la tele han anunciado heladas?», pero al mismo tiempo sé que a mi padre esos temas le importan, porque sus cosechas dependen de ello, por lo que sigo las conversaciones como si se tratara de la cosa más interesante del mundo. Incluso tengo un almanaque agrario tras el mostrador. Aun así, creo que ése es el motivo por el que me gusta tanto Pulse, porque me permite actuar tal como soy. Puedo decir lo que pienso y preguntar lo que me apetece saber. Mamá dice que internet es peligroso porque todo el mundo es anónimo y nunca sabes con quién estás hablando en realidad, pero yo creo que eso fue lo que me dio el coraje necesario para probarlo. En los foros me encontré a mí misma. Cada día en la escuela me convertía en lo que mis profesores y compañeros de clase querían ver, luego me iba a trabajar o a ensayar la obra y me convertía en lo que ellos deseaban; volvía a casa y tenía que enfrascarme en los deberes e intentar descubrir qué pretendían mis padres de mí. Aunque para ser sinceros, lo que querían de verdad era que Greg regresara a casa y que yo volviera a tener diez años. («Lo siento, mamá y papá: eso no va a pasar.») A esas alturas ya eran sobre las diez de la noche y, cuando me conectaba a Pulse tenía la sensación de que podía respirar por primera vez en todo el día. Podía relajarme y mirar a mi alrededor. Fue en esas circunstancias cuando vi el mensaje de un novato que necesitaba que le echaran una mano.

FrikiLit: Hola a todos. Soy nuevo en el foro. He visto el hilo sobre la firma de libros de Thomas Pynchon la semana que viene y NO ME LO PUEDO CREER. No estaré en Nueva York esos días, pero si alguien tiene previsto asistir, ¿puedo mandarle un libro para que me lo firme a cambio de cincuenta dólares por las molestias?

HollyG: ¿Cincuenta dólares por las molestias? Debes de ser del Medio Oeste.

FrikiLit: Me has pillado. ¿Cómo lo sabías?

HollyG: Porque nadie haría algo así por menos de doscientos dólares. Y ni así. Lo de Thomas Pynchon es una leyenda urbana.

FrikiLit: Vaya. Pues yo he leído sus libros y su biografía y me parece de lo más sólido.

HollyG: No me refería a él. Es eso de la firma de libros lo que es una leyenda urbana. Se nota que eres novato porque todavía no sabes que lo de la firma de libros de Thomas Pynchon es como lo de Giuliani camino de la presidencia, el final de las obras en la ciudad o el aterrizaje del avión de Amelia Earhart en JFK.

FrikiLit: Vale, ya veo. Lástima, me había entusiasmado. Entonces ¿por qué hay post sobre este evento como si fuera a ocurrir realmente?

El siguiente mensaje lo mandé en modo privado.

HollyG: A algunos les parece gracioso, pero a la mayoría les interesan sólo tus doscientos dólares. He denunciado el hilo para que los moderadores bloqueen al usuario. Pero suelen tardar lo suyo.

FrikiLit (en respuesta al MP): Supongo que debería darte las gracias por ahorrarme ese dinero y la decepción.

HollyG: No puedo dejar que los estafadores embauquen a un paisano del Medio Oeste.

FrikiLit: ¿Naciste en el Medio Oeste o sólo estás viviendo allí?

HollyG: Ahora vivo aquí, pero es temporal. El año que viene, a estas alturas, estaré en Nueva York.

FrikiLit: ¿Dónde estás ahora?

HollyG: En el sur de Minnesota.

FrikiLit: Yo también (!), por desgracia. ¿En qué ciudad?

HollyG: Me da vergüenza confesarlo. Además, seguramente eres un pederasta y paso de encontrarme contigo en el Perkins local.

FrikiLit: Entonces no somos del mismo pueblo, si puedes ir fardando de que tenéis un Perkins. Y dejemos las cosas claras: ¿por qué crees que yo podría ser un pederasta? ¿Es que tienes seis años y estás jugando con el ordenador de papá?

HollyG: Claro.

FrikiLit: Entonces te daré un consejo: no busques nada entre los archivos temporales de papi.

HollyG: LOL

FrikiLit: Vaaale... ahora lo pillo.

HollyG: ??

FrikiLit: «HollyG». Aunque de momento todavía eres Lula Mae, ¿no?

HollyG: Pues para ser un *friki* literario te ha costado bastante, ¿eh?

FrikiLit: ¿Qué quieres que te diga? Soy tan lento como esta conexión a internet. Es una suerte no tener con quién hablar.

HollyG: Pobrecito FrikiLiit, no tiene amiiiigos... [violines]

FrikiLit: Vale, vale... Es que hace poco que me he mudado al quinto pino y los amigos me quedan demasiado lejos.

HollyG: ¿¿¿ Viniste aquí por voluntad propia???

FrikiLit: Eso es discutible. Vine por mi esposa.

HollyG: Entonces ¿por qué no hablas con ella?

FrikiLit: Bueno... ya lo hablamos antes de venir.

HollyG: No. Antes has dicho que no tenías a nadie con quien hablar, ¿recuerdas? Y tu esposa ¿qué?

FrikiLit: Ah, claro. Es evidente que no estás casada.

HollyG: Tengo seis años. No me permiten trabajar ni en una fábrica de ropa china.

FrikiLit: LOL

HollyG: A ver, FrikiLit: ¿qué autores te gustan aparte del escurridizo señor Pynchon? Ya he visto que Capote no está entre tus preferidos...

Y esto siguió así durante semanas. Septiembre dio paso a octubre y todo lo demás parecía normal. El instituto entero se volvió loco cuando el equipo de fútbol llegó a las rondas finales del campeonato regional. A mí me ajustaron el vestuario de la función y ya me había aprendido el papel para los ensayos. Empezaron los exámenes de final de semestre y el padre de Portia se puso como un loco al ver que su hija había sacado un muy deficiente en trigonometría.

Yo apenas prestaba atención a todas esas cosas, prefería consultar el foro a todas horas desde el móvil. Cada vez que miraba si tenía mensajes privados, encontraba uno nuevo. A veces comenzábamos conversaciones privadas nuevas para temas nuevos, y muchas noches nos conectábamos a la vez y charlábamos en tiempo real durante horas. Me hablaba de Don DeLillo y de David Foster Wallace y debatíamos sobre las mejores obras de Tom Stoppard y Edward Albee. Coincidimos en lo fabuloso que era el nuevo Guthrie Theater y no nos pusimos de acuerdo en lo terrible que era la escena teatral en Rochester. No le conté nada sobre mi papel en *Jane Eyre*. Los dos tuvimos la cautela de no revelar demasiado sobre nuestras vidas. En una ocasión él definió su casa como un campo de exterminio, pero nunca hablaba de su trabajo o de su esposa. Me preguntaba cosas como «Si pudieras vivir la vida del personaje de algún libro, ¿cuál elegirías?». Yo no sabía qué responder, no tenía ni idea. Me convertía en la protagonista de cualquier libro que leía, me metía en su pellejo, pero eso no significaba que me gustaran o que deseara ser ellos. Me contó que de joven a él le habría gustado ser Charlie Bucket, y que a los veinte años leyó *El amor en los tiempos del cólera* y le sorprendió sentirse celoso de Florentino Ariza, supongo que por el hecho de amar a una mujer a la que no había podido conseguir en cincuenta años. Le dije que si quería sentirse frustrado y triste durante toda la vida, que por qué no se hacía asesor académico. Se rio antes de responder: «Florentino sabía lo que quería, y Charlie también. Supongo que sólo desearía saber cuál es mi fábrica de chocolate preferida».

Estaba casado y seguramente era calvo, gordo y se tiraba pedos, pero nada de todo eso me importaba lo más mínimo, porque no estábamos en el mundo real. Le expliqué cómo me sentía respecto a mi vida, lo mucho que deseaba mudarme a Nueva York, más que ninguna otra cosa; que a veces la idea me asustaba porque no tenía nada planeado ni conocía a nadie allí, y que era incapaz de contárselo a nadie. Él respondió que todo lo que vale la pena vivir asusta un poco, y que algunas de las mejores historias comenzaban con un viaje. Luego empecé a colgar letras de un grupo llamado Journey (*viaje* en inglés) y no tardamos en escuchar *Don't Stop Believing* (No dejes de creer) una y otra vez. Empecé a imaginar a FrikiLit cuando me metía en la cama por la noche y notaba el contacto de las sábanas sobre mi

piel y cómo me latía el corazón cuando pensaba en todo lo que quería ver y hacer, y fantaseaba con que mis manos eran las suyas cuando me acariciaba los muslos, que era él quien me exploraba. Y que me deseaba, también.

FrikiLit: ¿Sabes que hoy es nuestro aniversario mensual? Hace un mes que empezamos con los mensajes privados.

HollyG: ¿Te toca a ti ser la chica esta noche?

FrikiLit: Supongo que eso te convierte en el hombre de nuestra relación.

HollyG: No sé si se les puede llamar relación a unos cuantos mensajes. ¿Un mes? Dios, no creo que pueda hablarse de aniversario antes del año.

FrikiLit: Claro que es una relación. Todo lo es. ¡Por el amor de Dios, si hasta se puede tener una relación con un cerdo!

HollyG: Sólo una chica de campo podría leer eso sin malinterpretarlo.

FrikiLit: O sea, que al final lo admites, Lula Mae.

HollyG: Yo no admito nada. No era más que una afirmación genérica. Y además, que sepas que lo había malinterpretado.

FrikiLit: ¿De verdad? :P

HollyG: ¡Vamos, cochinas! FrikiLit no os hará daño... no mucho.

FrikiLit: JUAS

HollyG: 😊

FrikiLit: Qué poco me conoces. Yo no las atraería de ese modo, soy mucho más sutil.

HollyG: ¿Cómo lo harías, pues?

FrikiLit: Mmm... Nunca se me había ocurrido pensar en cómo seduciría a una cerda.

Contuve el aliento mientras esa última respuesta ocupaba la última línea del monitor. Escribí despacio, a propósito, sintiendo cómo la expectación bullía en mi pecho.

HollyG: Pues imagínate que soy una cerda y lánzate.

Tardó un minuto en responder.

FrikiLit: ¿Estás segura?

Y entonces fue cuando me di cuenta, cuando supe que estaba enamorada de ese hombre incorpóreo. No intentó bromear, ni desviar el tema. Su respuesta revelaba su tentación, pero también que no pensaba hacerlo a menos que yo estuviera del todo segura. El corazón me latía a toda prisa mientras tecleaba.

HollyG: Sí.

FrikiLit: Bueno...

Me quedé con los ojos clavados en la pantalla.

FrikiLit: Primero...

Nunca tardaba tanto en responder. Casi podía oír cómo pensaba y ver cómo sus ojos recorrían mi cuerpo mientras decidía dónde comenzarían las caricias.

FrikiLit: Te recorrería la espalda con la punta de los dedos, empezando por las caderas y subiendo hasta el cuello, hasta llegar a los hoyos que tienes detrás de las orejas, donde me dijiste que sentías tantas cosquillas. Pero este roce no te haría cosquillas...

Ésa fue nuestra primera noche de sexo.

Un día de mediados de octubre estaba sentada en clase de lengua, intentando concentrarme en la lección, porque el señor Lund había anunciado que podía preguntar algo en cualquier momento. Sin embargo, no podía dejar de pensar en la charla que había compartido la noche anterior con FrikiLit. Me partí de risa cuando él mencionó *Jane Eyre* al azar y yo le respondí que el libro habría sido mucho mejor si la esposa hubiera calcinado al señor Rochester en la cama y le hubiera echado las culpas a Jane y luego hubiera

triunfado en Londres. Según él, eso habría destrozado la moralidad del relato por completo; yo comenté que la única que no recibía su merecido era Jane, y que ya debería haberse dado cuenta, a esas alturas. Mucha gente terminaba en la horca tras haber demostrado una estupidez supina; ¿por qué Jane tenía que ser una excepción? Entonces fue cuando me dijo que se había perdido un gran dictador conmigo, y los dos nos reímos.

Me desperté de mis ensoñaciones de un respingo en cuanto empezó a circular el nuevo libro que tendríamos que leer para la clase.

Jane Eyre.

—Sé que a los chicos no os parecerá la lectura más apasionante del mundo, pero confiad en mí: cualquier libro de Brontë es mejor que los de Jane Austen.

—¿Por qué no podemos leer algo de este siglo? —preguntó alguien.

—Porque sólo llevamos pocos años en este siglo. Tendríamos menos libros para elegir y todos van por la primera edición, por lo que salen más caros. Además, el distrito electoral no estaría dispuesto a pagarlos; aunque si os lo preguntan, esto no lo he dicho yo.

—¿Éste no es el de la esposa majara que está encerrada en el desván? —preguntó Jenny Adkins mientras leía la contraportada. Era una verdadera anglófila que devoraba todas las películas británicas que encontraba y estaba locamente enamorada de Hugh Grant. En una ocasión intenté contarle que era un actor pésimo, pero ella suspiró y me contestó: «No es un actor, es una estrella».

—Nada de *spoilers*, Jenny. ¿Entendido?

La clase entera estalló en una carcajada y el señor Lund se inclinó sobre el borde del escritorio, como solía hacer siempre que se enfrascaba en un sermón.

—De hecho, el otro día una persona me dijo que este libro sería mucho mejor si la esposa calcinara a su marido en la cama, acusara a la protagonista y luego se marchara a Londres para fundirse todo el dinero de la herencia.

Apenas me di cuenta de las carcajadas que el comentario arrancó entre el resto de los alumnos. Dios mío. ¡Dios mío! De repente me costó que mis ojos enfocaran su rostro. Su rostro, el rostro de FrikiLit, el rostro que había copado mis sueños durante semanas. El rostro que había estado temiendo ver y que al mismo tiempo me moría de ganas de tocar estaba delante de mí, en la misma estancia que yo.

Me quedé petrificada y el corazón empezó a palpitarme con tanta fuerza que di por supuesto que Portia podría oírlo. Dios mío.

—¿Hattie?

Di un respingo y me espabilé enseguida.

—¿Qué?

—Me alegro de que vuelvas a estar con nosotros —dijo con una sonrisa mientras yo tragaba saliva—. Decía que supongo que tú ya lo has leído.

—Sí, sí.

Aquello se había convertido en una especie de broma recurrente entre el profesor y su ojito derecho, que era yo. Porque había leído todos los libros que estaban programados para el curso excepto uno sobre Vietnam que no nos asignaron hasta el día de Acción de Gracias.

—¿Quieres compartir alguna impresión personal sobre el libro antes de que nos metamos de lleno en la historia?

Podría haberlo hecho en aquel mismo instante. Podría haber soltado un comentario envenenado, como que el libro era un relato de moralidad, citando palabra por palabra lo que él mismo me había dicho la noche anterior para que él también cayera en la cuenta. Se le pondrían los ojos como platos y palidecería de repente. Me imaginé la escena a la perfección, cómo se vería sobrepasado al encajar las piezas y se quedaría mudo, impactado y avergonzado. Cortaría de raíz todo contacto conmigo y jamás volveríamos a hablar fuera de clase.

Por eso no dije nada.

—Me gustó cómo Jane tomaba las riendas de su vida. Y cómo decide forjar su propio destino.

Dejé la mirada perdida en la ventana mientras lo decía, incapaz de establecer contacto visual con él. Temía que mis ojos pudieran revelar la verdad y él pudiera adivinar lo que ocurría y diera por terminada nuestra aventura cibernética.

Era sorprendente lo fácil que resultaba estar enamorada de Peter: porque pasé a pensar en él como Peter, pese a que seguía llamándolo *FrikiLit* cuando hablábamos en el foro y *señor Lund* en el instituto. Era como si, igual que yo, interpretara varios personajes. Lo observaba durante los discursos de motivación y memorizaba tanto la ropa que llevaba puesta como su horario de clases. Incluso sabía qué coche conducía: un Mitsubishi destartado del que todos se burlaban por el simple hecho de ser una marca extranjera, y es que a los que conducían cualquier cosa que no fuera un General Motors o un Ford se los trataba como a sospechosos. El único profesor con el que lo vi charlar en algún momento era el señor Jacobs, un tipo de lo más aburrido que sólo quería hablar de guerras en la clase de historia. Siempre nos calentaba la cabeza contándonos que este país había atacado a este otro y dibujaba diagramas interminables de campos de batalla en la pizarra. En cuanto a amigos, lo cierto es que tenía pocas opciones, y no tardé en darme cuenta de que Peter no tenía a nadie más aparte de mí.

Pero bueno, a mí me tenía, ¡y cómo!

Un día estaba reponiendo artículos en CVS cuando llegó Mary Lund para recoger las recetas de su madre. No la reconocí. Había crecido en Pine Valley, pero tenía ocho años más que yo, por lo que nunca habría sido capaz de reconocerla. Fue al oírla hablar con la farmacéutica sobre Elsa Reeve, la suegra de Peter, cuando me di cuenta de quién era. Me quedé petrificada durante un minuto, sonrojada y hasta con cierto sentimiento de culpa, aun sabiendo que no tenía ni idea de que su marido hablaba casi cada noche conmigo. Cogí una caja de antihistamínicos y la llevé a la sección de gripes y catarros para poder verla mejor.

No me pareció ni demasiado baja ni demasiado alta, ni demasiado gorda ni demasiado delgada. No me pareció demasiado nada. El pelo de un color rubio oscuro y recogido en una cola de caballo. La piel bronceada y vestida con vaqueros viejos y una de esas sudaderas con capucha que venden en las grandes superficies por diez pavos. No noté que tuviera nada especial, ningún motivo que justificara que Peter la hubiera elegido. Su único rasgo distintivo eran dos grandes lunares junto a la oreja derecha. Desde lejos, daba la impresión de que un vampiro hubiera fallado el mordisco y le hubiera hincado los colmillos en la cara.

Me puse cerca de ella para poder escuchar toda la conversación mientras rellenaba los estantes, y adopté una expresión aburrida para que nadie se diera cuenta de que estaba aguzando el oído.

—¿Cómo le va con el oxígeno? —preguntó la farmacéutica.

Mary se encogió de hombros.

—No sé, a mí me parece que le falta energía igualmente, pero ella dice que así se encuentra mejor.

—A veces, eso es lo más importante.

—Supongo que sí. Sigue sin poder andar más que de una habitación a otra, y luego necesita sentarse y descansar.

—Elsa tiene suerte de que estés aquí con ella. En estos casos, la mayoría de la gente ya la habría dejado en un asilo.

Pude oír su suspiro a tres metros de distancia.

—Tal vez sería mejor que estuviera en un centro adaptado. Me preocupa separarme de ella, incluso

cuando salgo sólo un momento, como ahora.

—Pero tu marido se queda con ella.

—Sí. —Hubo una pausa—. Tienes razón.

Estuvieron hablando durante un rato sobre los medicamentos, sobre la dosis indicada, los efectos secundarios y ese tipo de cosas, y luego se marchó.

Mamá ya me había dicho que Peter vivía con su esposa en la vieja granja de los Reeve y la historia empezó a encajar dentro de mi cabeza. Intenté recordar la última vez que había visto a la señora Reeve. Iba a la misma iglesia que nosotros, pero hacía tiempo que no la veía en la congregación. Quizá estaba demasiado débil para participar en nada; pensé que debía de quedarle poco tiempo de vida o que terminarían ingresándola en una residencia, como acababa de mencionar su hija. En cualquier caso, eso significaba que Peter se marcharía del pueblo. Esa idea tan horrible hizo crecer una burbuja de pánico en mi interior y no pude desprenderme de ella durante el resto de la semana.

El domingo siguiente, la señora Reeve vino a la iglesia. Peter y su esposa la ayudaron a subir la escalera. Cada uno la agarraba por un brazo, era como si se movieran a cámara lenta. Al final consiguieron instalarla en la última fila aferrada al tubo de oxígeno, respirando débiles bocanadas que agitaban de un modo patético las flores de poliéster que llevaba cosidas en el vestido. Peter dejó en el suelo la bombona de oxígeno y su esposa pareció agradecerlo, aunque no llegué a verla. Después de eso, se pasó el resto de la misa pendiente de su madre. Él trató de hablar con ella en una ocasión, pero o bien no lo oía o simplemente decidió ignorarlo. Cuando llegó el momento de los cánticos, ella fue la única que se levantó. La señora Reeve seguía la letra, al parecer se la sabía de memoria, puesto que no tenía himnario y Peter ni siquiera se molestó en buscarle uno; se limitó a permanecer con la mirada fija en el banco que tenía delante, levantando los ojos hacia el púlpito de vez en cuando o volviéndose para echar un vistazo general a la iglesia. Fue en una de esas ocasiones cuando me sorprendió contemplándolo.

El corazón me dio un vuelco, y aunque tuve la sensación de que empezaba a sonrojarme, no volví la mirada hacia el frente. Se me habría visto el plumero enseguida. Mientras intentaba decidir qué hacer, él me sonrió. No fue la típica sonrisa que un profesor le dedica a una alumna cuando se encuentran fuera de clase, sino una sonrisa sincera, de las que aparecen cuando nos alegramos de ver a alguien. Entrecerró los ojos y mostró los dientes durante un segundo brevísimo, y su aspecto fue exactamente el que yo soñaba cuando fantaseaba sobre la posibilidad de contarle la verdad. Yo no podía respirar, y de cantar himnos, ni hablemos. Correspondí a su sonrisa y levanté una mano para saludarlo antes de volver la vista al frente, despacio, con la esperanza de que seguiría observándome, de que sus ojos se detendrían en mi silueta y de que le gustaría lo que vería.

Y entonces fue cuando tomé la decisión. Con el corazón acelerado, al tiempo que notaba cómo me ardían en la garganta las palabras secretas que rezaba cada semana, me sobrevino la necesidad más poderosa que había sentido jamás. Al darme cuenta de ello, estuve a punto de caer de rodillas en plena misa. Quería que Peter me sonriera de ese modo cada día, que me cogiera de la mano y me contara todo lo que le pasaba por la cabeza. Quería envolver mis piernas a su alrededor y notar cómo se hundía dentro de mí. Quería quedarme dormida en verano embriagada por el sudor de su cuerpo mientras cantaban las cigarras.

Había llegado el momento de que HollyG conociera a FrikiLit.

PETER

Octubre de 2007

El mejor momento del día era cuando salía a correr, porque el ejercicio me ayudaba a olvidar. Ese equilibrio entre la tierra quieta y la cadencia regular de las pisadas era capaz de borrar las preocupaciones que me rondaban por la cabeza. En Minneapolis solía recorrer los senderos del lago, y cuando nos mudamos a Pine Valley empecé a correr por los caminos que había cerca de la granja hasta que encontré una ruta mejor. Me uní al equipo de *cross* del instituto.

Aunque no de un modo oficial, por supuesto. Uno de los profesores de matemáticas se encargaba de entrenar al equipo e intentó endosarme el cargo de segundo entrenador, pero no tenía ni la más mínima intención de renunciar a todos los sábados por la mañana hasta el día de Acción de Gracias para asistir a las reuniones. Me limitaba a seguir a los chicos, que conocían todos los atajos y senderos en un radio de cuarenta y cinco kilómetros, y cada martes y cada jueves salían a trotar por el campo después de clase: una reducida manada de humanos corriendo por los pastos ante la atenta mirada de las vacas. La mayoría de los chicos tenían el mismo aspecto que yo a su edad. Eran desgarrados y estaban bronceados y delgaduchos, pero sabían cómo lidiar con los obstáculos de un terreno irregular. Entrenábamos las cuestas entre hileras de maíz y dábamos vueltas alrededor de campos recién cosechados, donde la tierra quedaba más suelta. Hacíamos series de *sprints* en el campo de fútbol americano para practicar las salidas fuertes y recorríamos el sendero que rodeaba el lago Crosby un montón de veces para ejercitar la capacidad de manejarnos por una ruta delimitada. Casi todos intentaban adelantar en la zona donde el sendero se ensanchaba junto al almacén abandonado, lo que se convirtió en una broma recurrente porque se iba acumulando tensión a medida que nos acercábamos al lugar en cuestión, y los chicos no podían evitar sonreír mientras se preparaban para la carrera lanzada que tenían por delante. Yo me quedaba en la parte de atrás para animar a los rezagados con comentarios como «Ritmo, ritmo», «No es una cuestión de tiempo, sino de esfuerzo» o «Sigue así, no los pierdas de vista».

Y me olvidaba de todo.

Había corrido un montón de kilómetros controlando la respiración, notando cómo las pantorrillas pasaban de dolerme a quedarme insensibles, contemplando el horizonte amplio y vacío con una sensación de felicidad absoluta. Las palabras de ella se filtraban como gotas de lluvia, desconectadas de cualquier cosa, y aplacaban algo en mi interior: una aridez arraigada que me resistía a reconocer.

Y me olvidaba de lo cabrón que era.

Estaba engañando a mi esposa.

La mayor parte del tiempo, intentaba verlo de un modo racional. Me decía que ni siquiera había llegado a conocer a HollyG en persona. No era más que un nombre en la pantalla del ordenador, una sirena que había encontrado navegando por internet.

¿El hecho de que estuviera cada vez más obsesionado con ella era muy distinto a comprarme un *Penthouse*?

La conocía a la perfección y al mismo tiempo no la conocía de nada. Sabía exactamente lo que le parecía un libro o una obra de teatro en concreto, cuál era su bebida favorita, por qué odiaba los *reality* de la tele y qué clase de gente la ponía nerviosa. En cambio, no sabía nada sobre su cara, sobre su edad, su peso o su vida. Tal vez estaba divorciada y tenía seis hijos. O estaba esperando un traslado en su empleo para poder abandonar a su marido. ¿Cómo podía estar engañando a mi mujer con alguien a quien no habría sido capaz de reconocer en una rueda de identificación?

Sí, habíamos tenido relaciones sexuales: tres veces. Pero había sido cibersexo. ¿Qué diferencia había entre eso y las novelas románticas de Elsa? No había nadie con quien pudiera hablar de ello aparte

de HollyG, y cuando un día me derrumbé y se lo pregunté, me respondió que en el fondo todo el mundo engaña a los demás en cuestión de sentimientos, y que estaba encantada de decirme que yo no era mejor que el resto de la gente. Yo me reí, por supuesto, pero le contesté que en realidad lo que me preocupaba era ser peor que el resto de la gente. Entonces ella dijo algo que no olvidaré jamás. Esperó un buen rato antes de escribir de nuevo: «No eres peor que yo. Y eso es lo que importa».

Dios, me puse eufórico al leer aquellas palabras. Absolutamente eufórico, como sólo podría estarlo un verdadero cabrón. Leí su respuesta un montón de veces, me encantó la manera en que había conseguido emparejarnos con unas palabras tan simples, unas palabras que nos habían convertido en la única regla capaz de medir al otro. «No eres peor que yo», me había dicho. O sea, que ella también estaba casada. En cierto modo eso mejoraba las cosas, por el hecho de saber que ella era tan culpable como yo, que incluso nuestros pecados eran compatibles.

Me encerraba en la habitación de invitados del piso de arriba con la excusa de corregir trabajos y preparar clases.

—Tienes que preparar muchas clases para esos chicos, ¿no? —me preguntó Elsa una noche mientras yo recogía la mesa y organizaba mi huida.

—El primer año es el que da más trabajo. Empiezo de cero y tengo seis cursos de edades y capacidades diferentes, por no hablar de la preparación de los exámenes oficiales. He de llegar con una estrategia nueva cada día.

—Pero hoy es viernes... ¿o no? —Elsa miró a Mary buscando una confirmación, y ésta asintió en silencio y guardó las patatas que habían sobrado en una vieja bandeja metálica que de noche siempre dejaba fuera de casa, para los gatos del granero. Desde el día del pollo, cada vez me dirigía menos la palabra, aunque tampoco me importaba.

—Razón de más para trabajar en ello.

Cogí una Coca-Cola del frigorífico y salí de la cocina antes de que pudiera preguntarme nada más. Debería haberle ofrecido ayuda a Mary con los platos, o preguntarle o si quería que hiciéramos algo durante el fin de semana, cualquier cosa para procurar aplacar un poco el sentimiento de culpa que me torturaba desde hacía un mes. Sin embargo, tuve la impresión de que no quería saber nada de mí, como si mi absoluta incompetencia como granjero me hubiera excluido de todas las áreas de su vida, y ni siquiera lo intenté. Había desistido de la posibilidad de acercarme a ella y, de hecho, cuando cerré la puerta de la habitación de invitados y encendí el ordenador sentí que hasta cierto punto mi actitud estaba justificada (menudo cabrón), porque había sido Mary quien se había alejado primero. Había sido ella la que había sacrificado nuestro matrimonio por otra persona, y cuando HollyG me conoció en ese foro, yo era un hombre desesperado. Me pasaba las noches buscando primeras ediciones, ejemplares firmados o libros singulares o descatalogados. Ésa había sido mi reacción visceral ante cualquier pérdida desde el divorcio de mis padres, cuando yo tenía diez años. No era sólo la posibilidad de evadirme lo que me atraía; también estaba la previsibilidad. Los libros eran finitos: un mundo delimitado entre dos cubiertas que podía repetirse tantas veces como yo decidiera abrirlo por la primera página. No importaba la miseria que fuera capaz de desatar Tolstoi, o la frecuencia con la que los personajes de Chuck Palahniuk se jodían la vida: sus historias quedaban delineadas de un modo inevitable. Podía contar con ellas. Solitario y ansioso por establecer algún tipo de conexión, me había lanzado a buscar libros y lo que encontré fue algo completamente distinto.

HollyG: Te estaba esperando.

Sus palabras, siempre tan vitales y directas, tan capaces de ayudarme a olvidar toda la mierda que me rodeaba, aparecieron en la pantalla e hicieron que dejara de pensar en Mary o en la infidelidad de inmediato. Centré toda la atención en ella, pero me sorprendí. Por lo general no se conectaba tan

temprano.

HollyG: Vaya panorama, esta noche. Me aburro y tengo ganas de verte.

FrikiLit: Me lo tomaré como una metáfora.

No hacía ni dos meses que daba clases y ya me había acostumbrado a dar el coñazo corrigiendo lo que decía la gente.

HollyG: No, de hecho lo decía literalmente.

FrikiLit: ??

HollyG: ¿Quieres conocerme en persona?

Enderecé la espalda de un respingo que le arrancó un crujido a la silla de la habitación de invitados, y repasé las palabras de nuevo para asegurarme de que no lo había entendido mal. Tecleé unas palabras, las borré y empecé de nuevo.

FrikiLit: Sí, pero no es una buena idea. Ya sabes cuál es mi situación.

HollyG: Sí, ya lo sé. ¿Y si nos vemos sin llegar a vernos en persona?

FrikiLit: Perdona que me repita: ?? ¿A qué te refieres?

HollyG: Hay una producción teatral municipal de *Jane Eyre* en Rochester la semana que viene.

FrikiLit: ¿Y la esposa se sale con la suya, en esa versión? 😊

HollyG: Tendrás que venir a verla para descubrirlo.

FrikiLit: No te entiendo. ¿Tú estarás allí?

HollyG: Estaré en la matiné del jueves. Llevaré puesto un vestido gris con los puños blancos. No hablaremos ni nos sentaremos cerca, sólo podremos mirarnos desde lejos en una sala repleta de gente. Nos veremos, pero tampoco podremos considerarlo una cita.

FrikiLit: No puedo. La situación ya es bastante peliaguda así y no quiero pillarme los dedos.

HollyG: No te preocupes, saldrás con los dedos intactos. Piénsatelo. Yo iré de todos modos.

Dios, no fui capaz de quitarme la idea de la cabeza, me estuvo atormentando durante dos días. La tentación de ir a verla, de ponerle cara y darle forma a la única persona en ciento cincuenta kilómetros a la redonda a la que le importaba algo era irresistible. Para el domingo por la noche ya había sucumbido. ¿Qué podía ser menos ilícito que dos desconocidos viendo una obra de teatro desde dos puntos alejados de un auditorio? Además, tenía la esperanza de que al verla en carne y hueso desaparecería esa obsesión demente que se había apoderado de mí. Tal vez tenía sesenta años o estaba cubierta de eccemas. Vete a saber.

No podía fingir una enfermedad para evitar ir al instituto. Mary se enteraría antes incluso de que llegara el entreacto de la obra, porque Elsa charlaba a menudo con el director y había mucha confianza entre ellos. Tampoco tenía derecho a tomarme un día de vacaciones, pero el lunes por la mañana entré en el instituto con un plan. Estábamos leyendo *Jane Eyre* en la clase de último curso, ¿por qué no organizar una salida para ver la obra? Tenía a dieciocho chicos que se mostrarían encantados de pasar un día alejados del instituto gracias al profesor nuevo. Era la excusa perfecta. El director aprobó mi propuesta, reservó un autobús y me imprimió las autorizaciones antes incluso de que entraran mis alumnos en la primera de las clases del día.

Sin embargo, cuando Mary y yo nos acostamos la noche anterior a la función, mi propia hipocresía me pareció repugnante.

—¿Qué te pasa? —preguntó Mary.

Le conté lo de la salida de la clase.

—Supongo que sólo son nervios por lo que podría ocurrir —añadí.

—Todo irá bien —me dijo, bostezando.

Me di la vuelta para mirarla, aferrado a una idea.

—¿Por qué no vienes? Podríamos encontrarnos en el instituto y vendrías con nosotros en el autobús. Sería como en Minneapolis, sólo que ahora cobro un sueldo de profesor.

La esperanza latía en mi pecho, pero ella agitó una mano para rechazar la idea y se ahuecó la almohada antes de darme la espalda.

—Debo llevar a mamá al cardiólogo mañana, ¿recuerdas?

—Puedes cambiar la cita.

—No, Peter. Llevamos tres meses esperando para que la vea ese médico. No tendrás ningún problema.

—¿Por qué nunca encuentras tiempo para mí?

Ella se volvió hacia mí de nuevo y tiró de la colcha hacia su lado de la cama.

—¿Lo dices en serio? ¿Me lo pides la noche anterior y esperas que lo deje todo para acompañarte?

—He pensado que sería divertido. Perdóname por querer divertirme con mi esposa.

Ella negó con la cabeza y me golpeó el pecho con un dedo.

—No, me acabas de decir que estás nervioso porque irás tú solo. Ahora no intentes fingir que estabas pensando en nosotros. Si lo que quieres es que salgamos juntos por ahí, pídemelo un día que no te acompañen veinte adolescentes.

Se apartó de mí tanto como pudo en la cama y se quedó dormida pocos minutos más tarde. Yo permanecí despierto, mirándola fijamente a oscuras.

Al día siguiente no me podía concentrar en nada. Encargué a todas las clases de la mañana que trabajaran en grupos reducidos. No tenía hambre a la hora de comer, y cuando Carl me preguntó qué me pasaba le murmuré algo sobre un resfriado o sobre una sinusitis. En el autobús, uno de los chicos tuvo que recordarme que pasara lista y sólo entonces me acordé de que Hattie Hoffman, mi alumna favorita de la clase, había presentado un justificante para no asistir. El trayecto hasta Rochester no era muy largo, y antes de que pudiese darme cuenta ya estábamos instalados en un pequeño teatro de doscientas localidades en forma de sillas tapizadas de un terciopelo rojo descolorido. Más de la mitad de la sala estaba llena y busqué por la multitud con la mayor sutileza posible, pero no encontré a nadie con un vestido de color gris. Cuando se apagaron las luces de la platea y empezó la función, yo mantuve la mirada fija en aquella maldita puerta. HollyG aparecería por allí, estaba seguro de ello. Incluso era posible que llegara tarde a propósito. No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo sobre el escenario hasta que la alumna que se hallaba sentada a mi izquierda soltó una exclamación ahogada y me pegó un codazo en las costillas.

—¡Es Hattie!

—¿Qué? —susurré, y luego me señaló el escenario.

Me centré en la obra y vi a Hattie Hoffman en medio del escenario, intercambiando frases con una mujer mayor que llevaba el pelo recogido en un moño austero. Hojeé el programa y vi su nombre en la parte superior de la página de personajes. ¡Menuda mosquita muerta! No me había dicho ni una palabra al respecto cuando repartí las hojas de autorización. Había supuesto que diría algo sobre la salida, porque Hattie siempre tenía una opinión acerca de todo, pero en esa ocasión se había quedado en silencio, con la cabeza gacha sobre su cuaderno. ¿Le habría dado vergüenza el hecho de participar en la función?

Presté atención durante unas cuantas líneas, las suficientes para darme cuenta de que Hattie era realmente buena como actriz. No intentaba impostar el acento inglés, lo cual fue un acierto, y articulaba sus réplicas con cautela, con la misma inquietud que habría demostrado Jane en el momento de anunciar su decisión de abandonar la escuela de Lowood y buscar su destino en Thornfield Hall. Cuanto más la miraba, más me inquietaba. Hattie acostumbraba a moverse con una gracia deliberada que yo había apreciado desde el principio porque la hacía destacar entre sus compañeros. Sobre el escenario, aquella seguridad en sí misma había desaparecido: se había convertido por completo en Jane. Conforme proseguía la escena, sentí un hormigueo en la nuca. Contenía el aliento cuando Hattie contenía el suyo, dirigía mi mirada hacia los lugares a los que ella dirigía la suya. Me quedé cautivado hasta un punto incomprensible. Tal vez porque era alumna mía, pero en cualquier caso me sentí orgulloso de tenerla en

clase. Aunque no era orgullo lo que sentía, o no sólo eso. Era algo más intenso y perturbador, como si estuviera pasando por alto algo que debería saber. Los demás chicos y yo intercambiamos sonrisas ligadas al entusiasmo contenido de haber descubierto un secreto acerca de uno de los nuestros.

Entonces fue cuando la señora Fairfax le dijo que se pusiera su mejor vestido para conocer al señor Rochester y Hattie se levantó con solemnidad, se atusó los pliegues del vestido gris que llevaba puesto y se alisó los puños blancos con un gesto nervioso.

—Éste es el mejor vestido que tengo, señora Fairfax.

El vestido. Oh. Joder. Joder. Joder.

El hormigueo que había estado sintiendo en el cogote estalló y de repente todo se volvió borroso. Me eché hacia delante y, cuando pude enfocar la vista de nuevo, las dos mujeres cruzaban el escenario hacia el decorado siguiente. La parte posterior de las caderas de Hattie retrocedió con calma, cubierta de una tela de color gris. De color gris. Gris.

Dios mío.

No. Me di la vuelta y busqué entre el público, desesperado por encontrar otro cuerpo vestido del mismo color. Cualquiera. No podía tener una aventura con una de mis alumnas, por el amor de Dios. Pero no había nadie, nadie más en todo el teatro que pudiera ser HollyG. Y me di cuenta de que no encontraría a nadie más. De un modo subconsciente, lo había sabido en el mismo instante en el que me había fijado en Hattie sobre el escenario.

Pasé el resto de la función envuelto en una neblina. Me hundí en mi asiento hasta que una de las chicas me preguntó si me encontraba bien y aproveché la excusa para ir al baño. Lo único que quería era largarme de allí como fuera; salir corriendo por la puerta y no detenerme aunque me mataran.

Ya en el baño, me eché unos dos litros de agua por la cara y me senté en el inodoro durante diez minutos, intentando decidir qué iba a hacer. No fue hasta el segundo acto cuando advertí que todavía me quedaba una salida. HollyG no sabía quién era FrikiLit: no le había dado pistas para que pudiera identificarme entre la multitud. ¿Por qué tendría que sospechar de mí? Al fin y al cabo había organizado una salida de clase y era de esperar que yo también acudiera como acompañante.

Me aferré a ello y regresé a mi asiento, aunque durante un buen rato nada consiguió mitigar el vendaval que causaba estragos dentro de mi cabeza. Fue en el momento en que el señor Rochester le propuso matrimonio a Jane cuando volví a la realidad.

—¿Dudas de mí, Jane? —El actor agarró a Hattie por los brazos y la atrajo hacia él.

—Absolutamente.

Cuando él la abrazó, se me aceleró el pulso. Era mayor que yo, debía de tener casi cuarenta años, y se suponía que el señor Rochester tenía que serlo todavía más, aunque no mucho. Y Hattie tenía casi la misma edad que Jane, la joven inocente que le robó el corazón a un Rochester cansado del mundo. Cuando Jane se dio cuenta de que el señor Rochester lo decía en serio y aceptó su oferta de matrimonio, en mi cabeza sucedieron varias cosas a la vez. Como académico distante, pensé que habían elegido un elenco de lo más adecuado, excepto por el hecho de que Hattie era demasiado bonita para interpretar a Jane. Como profesor, observé el abrazo en el que se fundieron: las mejillas delicadamente sonrosadas de ella en contacto con la barba canosa incipiente que lucía él, y me sentí incómodo y protector. Por lo demás, me limité a tragar saliva al contemplar cómo la grácil silueta de Hattie desaparecía entre los brazos de un hombre que le doblaba la edad.

Pero esa reacción tenía que terminar en ese mismo instante. Dios, ¿cuántos titulares había leído acerca de una profesora que había tenido una aventura con un alumno? Solían ser profesoras, todas desesperadas, inseguras, mujeres inmaduras que se engañaban a sí mismas creyendo que amaban a esos idiotas. Nunca culpaba a los chicos, adolescentes que habrían tenido relaciones sexuales hasta con una piel de plátano; sin embargo, las maestras no tenían excusa y deberían reaccionar como pensaba hacerlo yo: cortando el tema de raíz antes incluso de que empezara, o al menos antes de que empezara de forma

consciente. No había tenido la posibilidad de saber que HollyG era Hattie. Que HollyG era Hattie, y también Jane. Sus identidades cambiaban ante mis ojos y ninguna de ellas era capaz de abarcar a la chica que, sobre el escenario, en esos momentos huía de los brazos del señor Rochester vestida de novia. Las definiciones ya no conseguían describirla, del mismo modo que el actor no podía conseguir que Jane se casara con él. Al menos huía de un hombre casado. Fue el único atisbo de consuelo mientras esperaba que terminara aquella tortura: como mínimo una de sus versiones estaba actuando correctamente.

Cuando por fin terminó la función, el reparto se colocó en fila frente al telón y todos nos pusimos de pie para aplaudir. El actor que interpretaba al señor Rochester empujó a Hattie para que diera un paso adelante y el aplauso se multiplicó cuando saludó con una reverencia. En ese instante, en medio de la ovación, fijó la vista en mí, poco a poco, a conciencia. Deslizó una mano por la manga del otro brazo hasta llegar al puño blanco, levantó un poco las comisuras de los labios y los ojos se le iluminaron con un centenar de connotaciones. Me sentí incapaz de trazar la sonrisa de respuesta que habría sido de rigor y mis manos se detuvieron a medio aplauso.

Ella lo sabía.

Después de la función me acorraló cuando el elenco se mezclaba con el público en el vestíbulo del teatro. Sabía que yo no podría huir mientras estuviera rodeado y que nuestros papeles estaban tan claros como los de los actores que habían ocupado el escenario hasta hacía unos minutos.

—Hola, señor Lund.

—Hattie. —Me aferré a su nombre, el nombre de una chiquilla, e intenté obligarme a hablar sólo con esa persona—. Ha sido una actuación maravillosa. No sabía que eras actriz.

—Ésta ha sido mi primera producción de verdad.

Si en algún momento me vio incómodo, no lo demostró. Lo único que hizo fue sonreír todavía más.

—Tienes un talento natural. Es como si llevaras actuando toda la vida.

Ella se rio ante ese comentario, pero otra alumna la abordó y la obligó a volverse hacia ella antes de que pudiera seguir atormentándome.

Antes de cancelar mi cuenta en Pulse esa noche, releí todos y cada uno de los mensajes que nos habíamos mandado. Los había guardado todos y me atormenté pensando que era evidente y debería haberme dado cuenta desde el principio. Se marcharía a Nueva York antes de que transcurriera un año. Por supuesto, porque antes tenía que graduarse en el instituto. Había quedado impresionado por la cantidad de libros que esa chica había llegado a leer, pero en realidad se los había estado recomendando sin saberlo. Me habría parecido gracioso de no haberme ocurrido a mí. Después de pasarme la mitad de la noche dándole vueltas, decidí mandarle un último mensaje. Era mejor dejar absolutamente claro lo que tenía que ocurrir. Supuso una verdadera agonía encontrar el estilo más correcto para contarle lo mucho que significaba para mí, pero sabía que no podía utilizar ni una sola palabra de aliento a ese respecto.

A lo largo de la semana siguiente, noté que Hattie buscaba una ocasión para hablar conmigo a solas e hice cuanto pude por evitar esa circunstancia. Tan pronto como sonaba el timbre del final de la clase, salía disparado por la puerta y me ponía a vigilar el pasillo o me metía en la sala de profesores. Me volví un paranoico, evitaba quedarme solo en el instituto e inventaba excusas para ver a Carl durante mis ratos libres. Le pedí a Mary que saliéramos ese viernes, pero el cardiólogo había confirmado que al corazón de Elsa no le quedaba más de un año de vida y Mary estaba demasiado deprimida para hacer nada. Cuando le pregunté si quería hablar sobre el tema, se limitó a encogerse de hombros y a darse la vuelta.

Una semana más tarde, Hattie me acorraló en plena clase. Los alumnos estaban trabajando en parejas y de repente dejó a su compañera con la palabra en la boca, se acercó a la parte delantera de la clase como si nada y se inclinó sobre la pila de trabajos que yo acababa de recoger.

—¿Quieres algo, Hattie?

Ni siquiera levanté la mirada del ordenador, pero de algún modo pude percibir la curva de su

cadera y la cabeza ladeada. Sabía que llevaba el jersey azul de cuello ancho que le quedaba demasiado holgado y en ocasiones dejaba uno de sus hombros al descubierto. Tamborileó el escritorio con aquellos dedos que siempre movía de forma nerviosa. No dijo nada durante un minuto, pero yo notaba que esperaba que mi mirada se encontrara con la suya. Me negué en redondo a ceder.

—Tenía algunas preguntas sobre la redacción.

—Tú dirás —respondí, sin dejar de escribir.

—No estaba segura de cómo quiere que la estructuremos.

Mentía, y ni siquiera se molestó en hacerlo bien. La redacción era un simple trabajo de comparación entre el libro de *Jane Eyre* y la obra de teatro. Hattie nunca preguntaba nada sobre los deberes y no acertó con el tono de voz, le quedó demasiado apagado. Al final, la miré e intenté mantener el rostro y la voz impasibles. Estaba lo bastante cerca para poder oler su aroma y me miraba con los ojos muy abiertos y muy serios. Sus dedos dejaron de moverse en cuanto nuestras miradas se encontraron.

—Estoy seguro de que lo estás haciendo bien.

Las palabras salieron de mi boca con dificultad.

—Me preocupa especialmente el tercer párrafo. Espero que le parezca bien.

Dios mío, ¿por qué tenía que ser tan joven? ¿Por qué tenía que ser alumna mía? ¿Por qué seguía sintiendo aquella atracción cuando cualquier ser humano que mereciera la pena sólo habría visto en ella un delito potencial?

—Le echaré un vistazo. Sigue trabajando con tu compañera. —Consulté el reloj y me volví de nuevo hacia la pantalla del ordenador—. Sólo quedan unos minutos.

Esa noche, después de cenar, dejé la pila de trabajos en medio de la mesa de la cocina y me sumergí en ellos armado con un bolígrafo rojo. Murmuraba comentarios de vez en cuando, hablando solo, y escribía de forma enérgica y sonora, asegurándome de que Elsa y Mary me oían, aunque no les importara lo más mínimo lo que estuviera haciendo. Desde que el cardiólogo había emitido el diagnóstico, Mary intentaba pasar hasta el último minuto posible con su madre, por lo que me pareció inútil volver a preguntarle si le apetecía salir. Tenía la sensación de que el que estaba a punto de desaparecer de la casa era yo.

Cuando llegué al trabajo de Hattie, tuve la tentación de meterlo debajo del todo en la pila. O algo incluso mejor: ponerle un excelente y pasar al siguiente, pero el perverso Humbert Humbert que llevaba dentro no pudo resistir la tentación de leerla. Resultó ser un análisis bastante estándar que no llegaba a ser incisivo en ningún momento. Opinaba que el libro resolvía mejor el trasfondo de los personajes, aunque la obra de teatro les aportaba credibilidad y vitalidad. Eran sus palabras, no las mías. Pasé la primera página y leí en diagonal hasta el tercer párrafo.

«... en el caso de la esposa del señor Rochester. Debido a las limitaciones de tiempo, la obra no podía abordar ni la ambigüedad moral ni el pasado de la protagonista. Peter, si estás leyendo esto, te espero en el viejo almacén de los Erickson, junto al lago, a las ocho y media. Tengo que hablar contigo. Por otro lado, la obra convierte a la señora Rochester en un personaje tridimensional...»

Lo leí de nuevo, y luego dos veces más para asegurarme antes de consultar el reloj. Las 20.39. Empecé a notar los latidos del corazón con mucha intensidad. Miré a través de la puerta hacia el salón, donde Elsa y Mary estaban viendo *American Idol* desde las mecedoras, criticando animadamente a los concursantes como cualquier otro jueves por la noche. Tuve la sensación de que la hoja de papel que estaba en mi mano se había convertido de repente en una pancarta publicitaria, aunque ninguna de las dos se molestó siquiera en mirar en mi dirección. Lo doblé por la mitad dos veces y fijé la vista en el rectángulo blanco resultante. El sudor empezaba a empaparme las axilas y la espalda.

No pensé. Subí al piso de arriba, me puse la ropa de deporte, volví a bajar y me calcé las zapatillas de correr, todo sin soltar aquel rectángulo de papel que me ardía en la mano.

—¿Adónde vas? —preguntó Mary.

—La cena me ha sentado mal y tengo un poco de ardor de estómago. Voy a ver si se me pasa corriendo un rato.

—¿Tan tarde? Ya es de noche.

—Me llevaré una linterna.

Cogí una del porche, bajé corriendo por el camino de acceso y seguí por la cuesta que llevaba hasta la granja de Winifred Erickson. Cuando hube perdido de vista la casa, apagué la linterna y aceleré el paso, corriendo a ciegas sobre la grava hacia la tenue línea del horizonte, con la esperanza de que pisaría un bache o metería un pie en un hoyo y me torcería un tobillo. Intenté correr todavía más rápido y arrugué el papel hasta formar una bola mientras mi respiración se aceleraba y los músculos que había puesto a trabajar en frío se me tensaban. Me aparté del camino y me adentré en el bosque, rezando para que una raíz me hiciera tropezar y al caer me rompiera los dientes, o que al menos sufriera una conmoción cerebral tras chocar de cabeza contra un tocón de árbol. Pero no ocurrió nada de eso. Era un corredor espectral, estaba intacto y me dirigía a toda prisa hacia el claro, tentando la suerte, jugándome las piernas, cuando de repente divisé el almacén. Me detuve en seco y me quedé allí, jadeando. La luz de la luna no llegaba a iluminar el almacén porque el roble gigantesco que tenía al lado lo ensombrecía. No me quedaba más remedio que enfrentarme a ella.

La puerta cedió con un sonoro gemido. El interior estaba a oscuras, con la única excepción del resplandor que emitía una pequeña linterna de campamento apoyada sobre un taburete, en un rincón. Al principio no la vi, pero a medida que mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad encontré su silueta apoyada en la ventana que quedaba bajo el roble. Debía de haber visto cómo me acercaba. Llevaba el pelo recogido y una chaqueta de tartán rojo. Me metí las manos en los bolsillos. Probablemente debería haber pensado lo que diría antes de llegar.

—Hola, FrikiLit —dijo ella en voz baja.

Tragué saliva.

—Hola, Hattie.

—¿Por qué no me llamas HollyG?

—Porque no te llamas así.

—Tampoco me llamo Hattie. Hattie es un apodo.

—Pero en la vida real eres Hattie. Hattie Hoffman. Una adolescente, alumna de secundaria. Y yo soy tu profesor de lengua y estoy casado.

No dijo nada. Tampoco se apartó de la ventana.

—Tienes que comprender que esto ha terminado. Fuera lo que fuese ha terminado y jamás... yo no debería haber... Dios mío...

Me di la vuelta hacia la puerta con una sensación de frustración indescriptible. Las tablas del suelo crujieron.

—No, no deberías haberlo hecho, pero lo hiciste —señaló Hattie. La voz le temblaba ligeramente con cada vocal.

—Estoy casado, Hattie —dije, con la esperanza de que repetirlo me ayudara a transmitir la idea—. Tengo esposa.

El almacén crujió de nuevo y en esa ocasión su voz me llegó más cercana, más clara.

—También estabas casado hace una semana, pero eso no evitó que quisieras verme. No evitó que te convirtieras en el hombre que susurraba a las cochinas.

Me reí antes de poder evitarlo. Es el apodo que me puso después de esa primera noche de cibersexo, cuando todo circuló alrededor del ridículo pretexto de seducir a una hembra de cerdo. La risa

se terminó en cuanto regresaron las palabras, con imágenes en color de las cosas que habíamos hecho, lugares que le había indicado que debía acariciarse imaginando que mis labios ocupaban el lugar de sus dedos. Las tablas del suelo crujieron bajo nuestro peso y me volví antes de que pudiera seguir acercándose a mí. Se había ido aproximando poco a poco y ya había recorrido la mitad del almacén. Estaba tan cerca que pude apreciar el deseo y la duda en sus ojos. Abiertos como platos, con la boca entreabierta. Joder, era muy joven, una niña con cuerpo de mujer. Ni siquiera era consciente de lo joven que era. Seguramente ya se consideraba adulta y preparada para la vida, con esa prometedora carrera como actriz, con esa fuente interminable de ocurrencias y réplicas ingeniosas y ese cerebro que absorbía todo cuanto la rodeaba. Seguramente consideraba que apenas nos separaban unos años, pero en realidad era toda una vida: cavernas oscuras e ignotas de decepción y compromisos. Ella era una adulta idealizada. Yo era un adulto de verdad.

—Soy tu profesor, Hattie. ¿No comprendes lo inadecuado que es esto?

Una comisura de sus labios se levantó un poco.

—¿Profesor? ¿Y qué me has enseñado?

Dio un paso más adelante y yo levanté las manos de forma instintiva, para retenerla por los hombros e intentar conservar ese medio metro de cordura que todavía nos separaba.

—Puedo enseñarte unas cuantas cosas sobre la legislación del delito de estupro.

Ella bajó la mirada hacia mis manos.

—O sea, que se te ha pasado por la cabeza.

Dios, ni siquiera me escuchaba. Estaba en un planeta absolutamente distinto, manteniendo una conversación absolutamente distinta.

—No. Bueno, sí, pero sólo en cuanto a cuál sería la pena de prisión que tendría que cumplir. Eres una niña, Hattie.

Eso le dolió. Retrocedió y cruzó los brazos.

—Tengo diecisiete años.

—Exacto.

Guardamos un minuto de silencio. Su pecho subía y bajaba de forma visible debido a la agitación y, con el movimiento, sus senos quedaban presionados contra los brazos. El hecho de fijarme en eso todavía me puso más furioso.

—Mira, Hattie, sólo he venido para decirte en persona que he cometido un error terrible, pero ya está, esto ha terminado. Eres una buena alumna y...

—¿Buena? —preguntó, levantando una ceja.

—Magnífica, ¿de acuerdo? Eras mi alumna favorita en clase, antes de todo esto.

—Y ahora ¿qué soy? ¿Tu qué favorita?

Apreté los dientes.

—Sigues siendo mi alumna favorita, o al menos lo serás si decides dejar todo esto ahora mismo.

Su rostro mutó y se volvió vulnerable de repente. Los brazos cruzados sobre el pecho parecía que estuvieran abrazándose el cuerpo para consolarse. Bajó la mirada hacia el suelo y sus palabras fueron poco más que un susurro.

—Creo que no puedo, Peter.

—No me llames así.

—Es tu nombre.

—No, para ti no. Escucha de una vez. Tú eres la niña. Y yo soy el... —solté una carcajada sarcástica — adulto responsable y esto —añadí, blandiendo un dedo entre nosotros—; joder, no puede llegar a suceder jamás. Ahora debería estar en casa corrigiendo trabajos mientras mi esposa y su madre ven programas de mierda en la tele, en lugar de salir a correr para encontrarme con una niña en un almacén abandonado en plena noche.

—No haces más que llamarme *niña*.

—Porque eso es lo que eres.

Levantó la mirada y su rostro había mutado de nuevo. Parecía como si fuera de mercurio, por la rapidez con la que procesaba la información y las emociones y reaccionaba a todo ello. En esos momentos adoptó una mirada arriesgada y engreída, como si se le hubiera ocurrido algo. Mi cuerpo se tensó al verla, agotado por aquellos cambios tan súbitos.

—Creo que si insistes tanto en llamarme *niña*, es porque intentas convencerte a ti mismo de que lo soy.

—No, simplemente es la verdad.

—Te diré otras verdades, Peter. Primera verdad: eres infeliz en tu matrimonio. Ya no amas a tu esposa y te has dado cuenta de que te equivocaste casándote con ella.

—No sabes lo que...

—Segunda verdad: nos conocimos por internet y encontraste a alguien que comparte tus intereses, que te excita y que te hace pensar y reír. Y ahora que sabes quién soy, tienes miedo, miedo a perderlo todo por mi culpa.

Se me quedó mirando con una intensidad que me atravesó y bajó la voz de nuevo al nivel de un susurro.

—Pero yo nunca haría algo así, Peter. Soy la mujer adecuada para ti.

La tenía muy cerca. Podría alargar una mano y tocarla de nuevo, pero esta vez para atraerla hacia mí y besarla. Podría ladear su cabeza y recorrer su cuello con la boca, mordiéndola, saboreando aquella piel tan dulce y que tanto contrastaba con el olor a madera podrida del almacén. Y ella me lo permitiría. Me permitiría más que eso.

Retrocedí dos pasos rápidamente hasta que mis talones dieron con la puerta, la abrí y salí fuera, respirando hondo. El viento había arreciado y el aroma a lodo de los campos y del lago me aclararon la cabeza.

Hattie salió también y se quedó a mi lado, mirando hacia el mismo horizonte que yo.

—Podría pedir un cambio de clase, si ése es el problema. Y ya no serías mi profesor.

—También me encargo de las clases de lengua básicas para el último curso. Seguirías siendo alumna mía, sólo que estarías rodeada de idiotas.

—Entonces no —rio—, gracias.

—¿Cómo puedo conseguir que lo entiendas?

Esperó y noté un silencio cargado de satisfacción, como si prefiriera estar allí discutiendo conmigo que en cualquier otro lugar haciendo cualquier otra cosa.

—Eres demasiado joven —dije—, demasiado inocente.

Ella se rio de nuevo, pero fue una risa distinta, más atrevida.

—No soy virgen.

—No me refería a eso.

En realidad sí me refería a eso, pero no podía hacer ni la más mínima concesión. Mi determinación flaqueaba un poco más con cada segundo que pasaba en ese almacén, donde incluso la sombra del roble parecía cómplice. Repasé en silencio todos los motivos por los que no podía besarla, por los que no podía siquiera plantearme la posibilidad de besarla.

—Se me da bien ser todo lo que la gente quiere que sea. Fíjate, Peter, ya lo verás. Me convertiré en la última chica del mundo que tendría una aventura con su profesor de lengua.

Tragué saliva y, cuando por fin conseguí hablar, mi voz sonó ronca.

—Porque no tendrás ninguna aventura con tu profesor de lengua.

Se apartó de las sombras hasta que quedó bañada por la luz de la luna, al límite del claro. Sus esbeltas caderas se mecían suavemente de un lado a otro, y se detuvo en el camino que bordeaba el lago.

Era el mismo punto en el que los chicos rompían filas para echarse a correr a la desesperada para alcanzar la primera posición, donde el orden y el paso regular se convertían en un caos de cuerpos que lidiaban por adelantarse. Se volvió para mirarme y en sus ojos brillaba una seguridad descarada.

—Tercera verdad, Peter: cumpliré dieciocho años el 4 de enero. Hasta entonces, pues.

Dicho esto, desapareció en medio de la oscuridad. Yo me quedé allí durante lo que me pareció una hora, sabiendo que había perdido una batalla crucial. Me había lanzado a por el liderazgo sin urdir ninguna estrategia y había tropezado, me había caído y había perdido cualquier posibilidad de vencer. Las tripas me sonaron revelando el miedo y el asco que me daba a mí mismo. Aquello tenía que terminar. Si todavía me quedaba la más mínima decencia, esa aventura tenía que terminar de una vez por todas.

A partir de ese momento, Hattie Hoffman había muerto para mí. No había más remedio.

Martes, 15 de abril de 2008

UNA ADOLESCENTE APUÑALADA EN PINE VALLEY.
SUS AMISTADES ATRIBUYEN LA MUERTE A UNA MALDICIÓN

Pocas semanas antes de graduarse en el instituto, una joven de dieciocho años ha sido asesinada en las afueras de Pine Valley. La oficina del sheriff del condado de Wabash ha confirmado la identidad de la víctima, Henrietta Sue Hoffman, conocida como Hattie por su familia y amigos. El cuerpo presentaba varias heridas de arma blanca y fue descubierto en un almacén en desuso cerca del lago Crosby el sábado por la tarde. El departamento del sheriff no ha detenido a ningún sospechoso por el momento, pero ha confirmado que están «siguiendo todas las pistas posibles». Una de ellas podría proceder de una fuente poco habitual: una maldición de cuatrocientos años. Según Portia Nguyen, íntima amiga de la víctima...

—Joder.

Dejé caer el periódico de nuevo sobre la mesa sin seguir leyendo el resto de la historia. Era noticia de portada en el periódico de Minneapolis, y la gaceta del condado había publicado la fotografía de Hattie debajo del titular, además de una doble página con otras imágenes sacadas de sus anuarios del instituto. El asesinato de Hattie ya se había convertido en una bomba informativa local (todo el mundo quería saber más detalles cuando moría una joven atractiva), pero en cuanto empezó a circular aquella tontería sobre *Macbeth* no pudimos quitarnos de encima a todos los periodistas y chiflados del estado. Ese tipo de presión podría poner nervioso al asesino, y ¿quién sabía lo que sería capaz de hacer a continuación un asesino asustado?

Eran las cinco y media de la madrugada, demasiado temprano para bajar y llamar a la puerta de los Nguyen, por lo que revisé mi lista de pruebas y sospechosos, me comí una naranja e intenté olvidarme de los periodistas.

Las naranjas habían sido un regalo de cumpleaños de mi hermana, que vive en Florida. Cada año me mandaba una caja enorme que me malacostumbraba ante las naranjas sosas y pálidas que encontraba en la frutería. Me comía una cada mañana, pelándola sobre el cubo de la basura, mientras contemplaba las gotas de zumo que surgían cada vez que arrancaba un trozo de cáscara. En las manos me quedaba impregnado el aroma de la fruta, que me duraba el resto del día por mucho que me lavara las manos. Era un olor agradable, fresco y potente, y esa semana lo necesitaría de forma especial. Cuanto más hurgaba en la vida de Hattie, con la imagen de su cuerpo ensangrentado y las piernas hinchadas esperándome cada vez que cerraba los ojos, cada bocado de naranja me parecía más dulce, más intenso.

Me la comí y repasé mis listas. Contábamos con dos sospechosos: Tommy y el tipo que había firmado aquella carta con las iniciales «F.L.», al que Jake estaba intentando identificar con la ayuda de los registros informáticos de Hattie.

A partir de los mensajes que Hattie había guardado llegamos a la conclusión de que tenían dos cosas en común: a los dos les gustaba el arte (el teatro, la lectura y esas cosas) y a ninguno de los dos les gustaba la vida en el campo. Nunca mencionaban nombres, ni los suyos ni los de otra gente, como tampoco hablaban de lugares o acontecimientos concretos, por lo que costaría identificarlo. Era un tipo con estudios. Tendía a soltar palabras grandilocuentes y casi siempre adoptaba un tono asquerosamente pretencioso, pero por lo visto eso a Hattie le encantaba. Supongo que es normal que a una chica como ella le atrayeran ese tipo de cosas. Seguramente le parecía un tipo refinado. Sabíamos que habían estado intercambiando mensajes durante más o menos un mes (hablando sobre libros y luego también sobre guarradas), hasta que descubrieron quién era la otra persona a partir de algo que tenía que ver con *Jane Eyre*. Y al parecer, ahí terminó la relación. En cualquier caso, Hattie dejó de guardar mensajes. No se podía demostrar ninguna relación más allá de octubre del año anterior, pero el asunto me daba mala

espina. Hasta el momento era la única persona que había declarado el deseo de que Hattie desapareciera, y eso bastaba para que lo incluyéramos en la lista de sospechosos.

La lista de pruebas era un poco más prometedora. Tenía el semen que habíamos encontrado en la ropa interior de Hattie, y los forenses me habían enviado otro informe por correo electrónico la noche anterior, para explicarme que había más semen en uno de los condones usados que habían descubierto en el fondo del agua encharcada del almacén. Les dije que lo hicieran llegar al laboratorio, para que pudieran analizarlo junto a los restos hallados en la ropa interior y la muestra de Tommy. No aparecieron huellas ocultas en ninguno de los objetos que encontraron en el lugar de los hechos, lo que significaba que llevaban allí al menos unos días y no habían tenido relación con el asesinato. Incluí el bolso de Hattie en la lista de pruebas, y la tarjeta de Gerald Jones que localizamos dentro. La coartada de Denver se había confirmado, pero como director de teatro era de lo más artístico. No es que fuera un mal candidato a ser F.L. Había tomado un vuelo nocturno a Rochester esa mañana y yo tenía previsto ir a verlo a primera hora.

Lo que de verdad me tenía intrigado era la maldita arma del crimen. Habían transcurrido ya cuatro días desde el asesinato, un centenar de horas que el asesino podía haber utilizado para esconder, enterrar o limpiar el arma. Shel había terminado de sondear el lago el día anterior y el cuchillo no había aparecido. Cuanto más se alejara en el pasado el viernes por la noche, menos probabilidades tendríamos de encontrarla.

Oí movimiento en casa de los Nguyen hacia las seis de la madrugada y les concedí media hora más antes de bajar a hablar con ellos. Me abrió la puerta la señora Nguyen, me invitó a pasar con un gesto y avisó a su marido. El señor Nguyen apareció sonriente y hospitalario hasta que le pregunté si podía ver a Portia. Entonces se le arrugó la frente e hizo una pausa antes de asentir y llamarla. Mientras esperaba, reparé en el gato que merodeaba por el sofá, ignorándome como si no me hubiera visto en su vida. Yo también decidí ignorarlo.

Portia era tan alta como su padre y tenía las mejillas tan redondas como su madre, pero no había aprendido los modales de ninguno de los dos. Entró en la sala a toda prisa, enfundada en un vestido rosa, sin zapatos y con el pelo suelto.

—¿Ya lo han descubierto?

Su padre la reprendió en su idioma y ella se contuvo un poco.

—Hemos descubierto muchas cosas, Portia. ¿A cuál te referías tú?

—¿Quién la mató? ¿Quién mató a Hattie?

—Si lo supiera, tendría algo mejor que hacer esta mañana. Pero tal como están las cosas... — Desenrollé el periódico y lo dejé caer sobre la mesita de centro de forma contundente—. Qué ganas tenías de soltarlo, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Me estaban esperando frente al instituto ayer a la hora de comer. No iba a mentirles. Lo de la maldición es cierto.

—No te importaba llamar la atención, ¿verdad? Y tampoco parece que te haya importado mucho interpretar a Lady Macbeth en lugar de Hattie.

—¿Qué me está contando?

—Que esos buitres vendrán en tropel para conseguir entrevistas a partir de ahora, y como vuelvas a soltar otra tontería nada más ver un micrófono, quizá consigas que tu cara aparezca en todos los periódicos y televisiones del país. Muy bonito por tu parte.

—¡Basta! —chilló antes de echarse a llorar. El señor y la señora Nguyen se quedaron quietos detrás de ella—. Yo era su mejor amiga. Todavía no puedo creer que haya muerto.

—Si eras su mejor amiga, debes de saber cosas sobre ella. Cosas privadas. Cosas que no le habría contado a nadie más. —Esperé hasta que se hubo calmado un poco—. Necesito saber ese tipo de cosas,

Portia.

—¿Como qué?

—¿Con quién estuvo saliendo antes de salir con Tommy?

—Con nadie.

—¿No estaba enamorada de nadie?

—No. Solía burlarse de Maggie y de las que no sabían vivir sin novio. Decía que eran «chicólicas». Se rio un poco y yo no pude evitar imitarla. Sonaba como una de las típicas ocurrencias de Hattie.

—De acuerdo, no tenía novio en el instituto. ¿Qué me dices de alguien a quien hubiera conocido en alguna otra parte, como en la obra de teatro en la que participó en Rochester en otoño?

Portia negó con la cabeza.

—¿Sabes algo más sobre Hattie? ¿Alguna confidencia? ¿Algo que tal vez pueda parecer incorrecto?

Se encogió de hombros y levantó la mirada, secándose las lágrimas con una manga del vestido.

—No lo sé. Quiero decir que creía que nos lo contábamos todo, pero...

Pero era evidente que a pesar de ser su mejor amiga, Hattie no había confiado tanto en ella como para contarle lo de F.L.

—Hace unas semanas —dijo, jadeando entre sollozos— la camioneta de Hattie se averió en alguna carretera de por ahí, al sur de Zumbrota. Tuve que dejarlo todo para ir a recogerla, y eso que acababa de llegar a casa después del viaje que habíamos hecho con el coro el día anterior. Pero no quiso contarme dónde había estado ni por qué llevaba una maleta. Me pidió que la acompañara al centro comercial Apache de Rochester; me dijo que tenía que hacer un recado. No me contó de qué se trataba y no quiso que fuera con ella. Eso me cabreó. Me pasé una hora en una tienda de ropa, esperando a que me mandara un mensaje. Cuando por fin apareció, ya no tenía la maleta y parecía... no sé, un poco sudorosa, pero contenta.

—¿Y qué hizo con la maleta?

—No lo sé. Cuando se lo pregunté, lo único que me respondió fue: «Está bien guardada».

—¿Cómo era?

—Pequeña, tipo equipaje de mano. Negra y con ruedas.

—¿Y no sabes adónde iba cuando la recogiste o adónde fue mientras esperabas en la tienda?

—No; al volver tenía las mejillas sonrojadas y le faltaba el aliento, pero cambiaba de tema enseguida cuando le preguntaba algo al respecto. Se había comprado un vestido sin mangas y me regaló una camiseta sin venir a cuento, como si se le hubiera ocurrido de repente, y luego como máximo me dijo un par de cosas durante el trayecto de vuelta a casa. Ni siquiera se interesó por cómo me había ido el viaje.

La ira y el dolor se mezclaban en su voz y no paraba de secarse las lágrimas.

—Después de ese día, parecía la de siempre, aunque algo más ausente. Seguimos hablando y saliendo juntas, pero actuaba de un modo extraño.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Como cuando el viernes por la noche, después de la función, le dije que había estado genial y ella se rio y me contestó que no pensaba actuar nunca más. Yo me puse en plan: «Ah, ¿piensas retirarte a los dieciocho? ¿No te pasas de dramática?». Pero tenía razón. Se acabó. Se acabó para siempre.

Portia se puso a sollozar con ganas. Junto a la puerta, su madre estaba agarrada a un trapo de cocina y su padre mantenía la cabeza gacha.

—Bien. —Señalé hacia el techo y esperé a que repararan en el gesto—. Si se te ocurre algo más, ya sabes adónde tienes que ir, ¿de acuerdo?

La chica asintió y se retiró para fundirse tras el muro que formaban los cuerpos de sus padres. Los saludé asintiendo con la cabeza y me marché. Quizá no tenía nada que ver, pero quería saber qué había

hecho Hattie con aquella maleta y por qué motivo se la había llevado. Llamé a Jake durante el trayecto hacia Rochester y lo puse al día. Estaba ocupado solicitando una orden judicial para poder investigar unos cuantos sitios web que creía que Hattie había visitado con frecuencia, pero le ordené que preguntara a la policía de Rochester por las denuncias presentadas por equipajes abandonados.

Estuve pensando en el interrogatorio durante el resto del trayecto. Hattie no le había contado a su mejor amiga nada sobre F.L., ni sobre dónde había estado el día en el que se le había averiado la camioneta, como tampoco le había permitido ver lo que había hecho con la maleta. Por lo general, cuando alguien preparaba una maleta en secreto era con la intención de huir, pero ¿de qué necesitaba huir? La lista de secretos de Hattie cada vez era más extensa. ¿Cómo reaccionaría Bud si le contaba todas aquellas cosas, si le arrebatava de nuevo a su hija?

Por una parte, no podía evitar albergar esperanzas de que el ADN coincidiría con el de Tommy. Sería una historia simple como tantas otras que había oído a lo largo de los años, si bien con variaciones. Pero siempre conservaban ciertas partes cruciales: una pareja se pelea, las cosas se van de las manos y él la mata. No es que comprendiera el crimen, sino que me había acostumbrado a ese tipo de asuntos. El resto (una maldición, un posible intento de fuga) surgía de algo bien distinto. Su cadáver apareció fugazmente en mi cabeza de nuevo, apuñalado y ensangrentado por la parte de arriba, hinchado y con la mitad inferior flotando en el agua, y me vi a mí mismo arrodillado a su lado, intentando encajar aquellas dos partes inconexas.

En la autopista me desvié hacia Rochester para ver si encontraba la pieza que me faltaba para completar el rompecabezas.

—Por supuesto, era una aficionada. Eso quedó patente el primer día de ensayos.

Gerald Jones era larguirucho como una estaca e iba completamente vestido de negro. No un negro como el de Johnny Cash, sino más bien como una especie de Fred Astaire fingiendo ser un ladrón de viviendas. Estábamos delante del despacho del Rochester Civic Theater, y llevaba diez minutos frotándose los ojos y mostrándome «tomas» de la función *Jane Eyre* que había dirigido el otoño anterior, en la que Hattie había tenido el papel protagonista. A mí esas «tomas» me parecieron fotos normales y corrientes.

—Ni siquiera conocía las indicaciones escénicas, al principio. Tuve que instruirla un poco, pero al cabo de una semana ya cogió el ritmo de trabajo y, dejando a un lado la parte técnica del oficio, la verdad es que era el sueño de cualquier director.

—¿A qué se refiere?

—Era la actriz perfecta. Arcilla para modelar. Lo único que tenía que decir era «más vulnerable» o «más apremio», y ella ajustaba su interpretación. El talento fluía en todo lo que hacía: los gestos, la expresión, la postura, el tono, el volumen... La había elegido en el *casting* porque había hecho una buena lectura y su aspecto era justo el que estaba buscando. Mire, ¿lo ve?

Me mostró una foto de Hattie agarrada a un chal y mirando a un hombre con abrigo y sombrero.

—Era delgada, lo que le permitía conseguir ese aspecto demacrado. Pero al mismo tiempo dentro de ella ardía una especie de fuego, algo indescriptible, que la dotaba de una gran presencia escénica. Cada noche, el público se enamoraba de ella tanto como el señor Rochester.

—¿El señor Rochester es éste? —pregunté, señalando la foto.

—Sí.

—¿Hubo algo entre ellos? Entre bastidores, quiero decir.

Al director le sorprendió mucho mi pregunta.

—No. Dios mío, no. Mack está felizmente casado y tiene dos hijos.

—Pero acaba de decir que se enamoraba de ella cada noche.

—El *personaje* de Mack era quien se enamoraba del *personaje* de Hattie. —Lo puntualizó como si estuviera hablando con un niño pequeño.

Me saqué el último resto de naranja que se me había quedado pegado entre los dientes y eché un vistazo a las fotografías que tenía esparcidas por encima de la mesa.

—¿Y usted? ¿Sentía algo por Holly?

—Jane. —Se esmeró en articular cada una de las letras de la palabra, poco a poco, como si me hubiera degradado de niño a perro idiota—. El *personaje* de Hattie se llamaba Jane. Y no, no sentía nada por ella. ¿Qué ha querido insinuar con eso?

—Que quizá estaba a gusto con su nueva estrella y esperaba poder malear esa arcilla de la que hablaba.

Soltó una carcajada súbita al oírlo.

—No creo que a Michael, mi pareja, le gustara esa insinuación.

La manera de decir «mi pareja» aclaró las cosas enseguida.

—Mmm.. —Desvié la mirada y me aclaré la garganta—. De acuerdo.

Estaba claro que Jones no era F.L. Incluso si en realidad no hubiese sido de la acera de enfrente, no había demostrado la más mínima reacción al oír el apodo que Hattie tenía en internet. Suspiré.

—¿Qué le ha hecho pensar que tenía una relación con Hattie?

—Encontramos su bolso en el fondo del lago. El asesino lo debió de tirar al agua después de atacarla. ¿Sabría decirme por qué motivo su tarjeta de visita era una de las pocas cosas que llevaba dentro del bolso?

—Oh.

La superioridad petulante que había demostrado hasta entonces desapareció del todo y me pareció que por fin asumía que Hattie había muerto. Se sentó frente a las fotos y dejó que su mirada se perdiera vagamente en esa dirección.

—Hacía meses que no hablaba con ella. Le di mi tarjeta cuando terminamos las funciones, quería echarle una mano. Estaba decidida a marcharse a Nueva York, ¿sabe? Y a mí todavía me quedan algunos contactos allí. Le dije que me llamara cuando pensara mudarse.

—¿Le contó cuándo tenía previsto hacerlo?

—Yo pensé que sería después de la graduación.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con ella?

—En Navidad. Le mandé una de mis cámaras de vídeo viejas y me llamó para agradecérmelo.

—¿Una cámara de vídeo? —No habíamos encontrado nada parecido en la habitación de Hattie—. ¿Para qué?

—Hay intérpretes que ensayan mejor con la ayuda de una cámara que les permita grabarse y depurar el papel. Hattie tenía talento y yo quise ayudarla a refinarlo —me explicó; acto seguido esbozó una sonrisa arrepentida—. Además, me había comprado un equipo nuevo y Michael me había prohibido que llegara a casa con otra cámara si antes no me había desprendido de alguna de las anteriores.

—Ya veo. ¿Se le ocurre alguien a quien Hattie pudiera haberse sentido muy unida durante las funciones? ¿Alguien a quien probablemente conoció durante los ensayos?

—Si había alguien, yo no me di cuenta. Siempre estaba muy ocupada, entre las clases y el trabajo. Llegaba a los ensayos y volvía a marcharse sin hablar mucho con la gente. Incluso aprovechaba las escenas en las que no participaba para hacer deberes del instituto.

—¿Guardó algún registro de la gente que compró entradas para la obra?

Resultó que sí, y mediante una artimaña conseguí que me mostrara los comprobantes de venta sin tener que pedir una orden judicial. Fue muy pesado, una de esas tareas que se suelen dejar para los becarios. Podría habérselo encargado a Shel, pero necesitaba estar al frente de aquello. Apalancarme en el despacho firmando nóminas o dando conferencias de prensa mientras otra persona se encargaba de

buscar al asesino de Hattie me habría vuelto loco. Me senté en el lado de las visitas al escritorio de Jones y me quedé con los recibos de clientes masculinos para que Jake les echara un vistazo. Había un montón. ¿Quién me iba a decir que tanta gente fuera al teatro?

Jones consiguió café para los dos y se quedó a ver cómo trabajaba.

—No fue ésta la obra que mató a Hattie —dijo al cabo de un rato en voz baja.

—Ahórreselo —le espeté, sin dejar de revisar recibos.

—No cree usted en la maldición, ¿verdad?

—No. No me parece que una historia de fantasmas sea capaz de asesinar a alguien.

—Entonces no debe de haber oído hablar sobre los disturbios que tuvieron lugar en Astor Place.

Se acercó a un archivador y revolvió un poco el interior antes de sacar dos hojas de papel.

—William Macready era uno de los mejores actores británicos de principios del siglo XIX. Aquí está.

Levanté la mirada hacia un dibujo que representaba a un tipo con peluca, echando la cabeza atrás y sonriendo en dirección a algo que quedaba fuera de plano. Tenía pinta de evadir impuestos.

—Muy bien —dije, a la vez que reanudaba mi trabajo.

—Al mismo tiempo, en Estados Unidos, Edwin Forrest se estaba haciendo famoso por los teatros de Nueva York.

Me enseñó la otra foto. Ésa mostraba a un tipo de baja estatura, fornido y rubicundo, con el pelo peinado hacia atrás. Un verdadero matón.

—Fueron amigos durante mucho tiempo, hasta que Forrest interpretó a Macbeth en Londres. El público lo abucheó y a Forrest se le metió en la cabeza que Macready había orquestado la reacción llevado por los celos. Unas semanas más tarde, mientras Macready participaba en una representación de *Hamlet*, Forrest se levantó entre el público para molestarlo. Fue expulsado de inmediato de la sociedad londinense y tuvo que regresar a Nueva York.

—¿Todo esto va a alguna parte, Jones? —Le eché un vistazo a mi teléfono móvil y vi que tenía dos llamadas perdidas. Y las dos eran de Jake.

—En el mes de mayo de 1849, Forrest y Macready actuaron en dos representaciones rivales de *Macbeth* en Nueva York, la misma noche. Un ejército de admiradores de Forrest asaltó el Astor Opera House, decidido a frenar la producción de Macready. Los alborotadores apedrearon el teatro e intentaron incendiarlo, lo que provocó la intervención de la milicia, que empezó a disparar contra la multitud.

—¿Todo eso por unos actores de teatro?

—Esos hombres eran las estrellas del cine de su tiempo. El caso es que en una noche murieron más de veinte personas y otro centenar sufrió heridas. Fue la peor tragedia de la historia del teatro. Y sucedió por culpa de *Macbeth*.

—Ocurrió por culpa de una pandilla de idiotas, y porque la policía no supo hacer su trabajo.

—Pero ¿cuál fue el detonante? *Macbeth*. La terrible actuación de Forrest en Londres que había marcado el inicio de esa rivalidad. ¿Qué obra representaban esa noche? *Macbeth*. Es la historia de un hombre que se abre paso hasta alcanzar la corona cometiendo asesinatos. No estamos hablando de un loco, ni de un hombre manipulado, sino de un hombre normal y corriente que acaba siendo increíblemente malvado. Así es *Macbeth*, y durante cuatrocientos años esa obra ha atraído la violencia como la llama a las polillas.

Recogió las fotos y contempló una de ellas, en la que aparecía Hattie encima de la mesa. Su voz se apagó de repente, como si la historia lo hubiera dejado agotado.

—Encontrará al asesino, sheriff. Encontrará un arma y un móvil y todo lo que necesita para el día del juicio. La maldición es lo que no estará buscando, lo que nunca serán capaces de demostrar los forenses. Es el catalizador, lo que pone las cosas en marcha.

Me había quedado callado, con las manos perdidas entre los papeles. Hubo algo en sus palabras que

despertó recuerdos en mí. Algo que había desaparecido durante años, que creía haber superado y haber apartado de mi mente, pero de forma inesperada el humo del fusil volvía a metérseme en los ojos, la humedad de la jungla invadía mi nariz y me vi obligado a enterrar esos recuerdos una vez más. Podías salir vivo de una guerra, pero ella no acababa de salir jamás de tu cabeza.

—Siempre hay personas ordinarias que cometen maldades extraordinarias. Créame.

Sonrió levemente y asintió como gesto de deferencia.

—Usted sabrá.

Me puse manos a la obra de nuevo y negué con la cabeza.

—¿Sabe qué es en realidad esa obra? La manera que tiene el cielo de justificar la locura.

Jones se rio y justo en ese momento Jake me llamó de nuevo. Esa vez decidí coger el teléfono.

—¿Qué tienes?

—¿Por qué no respondías a mis llamadas?

—Dios santo, Jake. Cuando te cases, más te vale que sea con una chica dispuesta a llevar los pantalones en casa.

—¿Y si hubiéramos encontrado el arma del crimen? ¿O si hubiera explotado la fábrica de elaborados de soja?

—En esos casos habrían llamado desde la central.

—Sólo digo que no podías saberlo. No puedes saber si era algo importante.

—Bueno, pero ¿lo es o no?

—Joder si lo es. Ya he descubierto quién es F.L.

Por fin una buena noticia. Y además llegaba en un buen momento: me moría de ganas de torturar a ese perverso.

—¿Ha llegado la orden judicial, pues?

—Sí; gracias a eso he podido acceder a la información de su cuenta y a cuatrocientos mensajes de un tipo llamado FrikiLit.

—F.L. —mascullé.

—Exacto. O sea, que he accedido a la información de su cuenta, he encontrado una dirección de correo electrónico, la he rastreado...

No puse mucha atención a esa cháchara tecnológica, porque en ese momento le di la vuelta a una hoja de papel y todas las piezas encajaron de repente. Dejé caer el resto de los papeles sobre la mesa y me quedé mirando los caracteres negros escritos en el registro de entradas mientras pensaba en los últimos días.

—... y cuando he conseguido el registro de Gmail he visto que el tipo en cuestión se llama...

—Peter Lund —lo interrumpí.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó, cabreado y sorprendido a partes iguales.

Gerald Jones no era tan buen actor como para fingir que no estaba escuchando la conversación, y lo último que necesitaba era otra filtración jugosa a la prensa. Si Hattie tuvo una aventura con su profesor de instituto, no habría espacio suficiente en Pine Valley para tantos periodistas.

—No importa. Voy hacia allí. Lo tendremos en comisaría dentro de media hora.

—Voy contigo.

—Tú te quedas donde estás. Imprime todos los correos electrónicos que hayas sacado del ordenador de Hattie. Y saca esa mierda de fax de la sala de interrogatorios. Y asegúrate de que habrá café recién hecho.

—¿Eso significa que lo intentarás por las buenas?

—No, eso significa que tengo sed. —Colgué y tiré a la papelera el vaso de café medio lleno que Jones me había dado. Él sonrió.

—En cierto modo, resulta reconfortante saber que el viejo cliché del sheriff irascible sigue vigente.

Me levanté y le estreché la mano.

—Encantado, Jones.

Me metí en la autopista de nuevo para volver a Pine Valley y pisé a fondo con las luces de la sirena encendidas. La velocidad me sentó bien: me reactivó la sangre y me ayudó a aclarar las ideas. Entré en el instituto de Pine Valley cuando no habían pasado ni quince minutos desde la llamada, y el director salió a mi encuentro nada más cruzar la puerta.

—Sheriff. ¿Viene por lo de Hattie?

—No sacaría a uno de sus profesores del aula por ningún otro motivo.

—¿A quién necesita?

—A Lund.

Puso cara de sorpresa antes de gritarle a su secretaria que llamara a un sustituto.

—Por aquí.

Volvimos a las aulas y me condujo hasta el fondo de un pasillo.

—¿Hay algo que deba saber sobre Peter? —preguntó en cuanto llegamos al aula donde estaba dando clase.

Di unos golpecitos en la ventana. Lund apartó la mirada del ordenador y se quedó algo paralizado al verme. Lo señalé y luego me señalé los pies. «Trae tu culo aquí.»

—Seguramente hay muchas cosas que usted debería saber sobre él. —Los dos nos quedamos mirando cómo titubeaba un poco mientras les decía algo a sus alumnos—. A mí sólo me interesa saber una.

Peter salió con la mirada en algún lugar indeterminado entre el director y yo.

—Hola, sheriff. ¿Tiene más información sobre Hattie?

—Pues sí. Necesito que venga conmigo a comisaría.

—¿No puede esperar hasta la tarde? Tengo clases. —Señaló el aula mirando al director. Éste lo observaba como si intentara imaginar el cuchillo en la mano de Lund.

—Nos encargaremos de los chicos —dijo el director—. Vaya a recoger sus cosas.

Lund obedeció y luego nos metimos en el coche patrulla. Dejé que se sentara delante.

—¿Qué le parece a usted esa tontería de la maldición? —le pregunté mientras salíamos del aparcamiento. Me di cuenta de que se relajaba al oír la pregunta.

—Una gilipollez —dijo. Yo solté una carcajada y se distendió un poco más—. La parte de la leyenda, en cualquier caso, es un montón de paranoias supersticiosas. La verdadera maldición consiste en tratar con actores (en mi caso, chicos) que se creen esa gilipollez y convierten la vida del director en un verdadero infierno. ¿Vio cómo Portia Nguyen asustó a todo el mundo el domingo?

Asentí.

—Pues lleva así desde que empezamos con la obra. Le ha contado esa chorrada de la maldición a todo aquel que la ha querido escuchar.

—¿Hattie, por ejemplo? Portia y ella estaban bastante unidas.

—No. —Bajó el tono de voz—. Hattie fue una de las pocas que no se tragaban esa patraña. Era distinta a la mayoría de los chicos de su edad. Sabía distinguir entre realidad y ficción.

Me pareció que iba a decir algo más pero que lo reconsideraba y decidía quedarse callado.

Cuando llegamos a comisaría, le dije a Jake que acompañara a Lund hasta la sala de interrogatorios mientras yo iba a buscar una taza de café y esperaba a que se enfriara un poco. Dos camionetas de medios de comunicación pasaron por delante de la ventana y oí a Brian en la acera, comiéndole la oreja a Nancy para que organizara otra conferencia de prensa. Tomé un trago y me dirigí a la sala de interrogatorios.

Jake, que parecía un guardaespaldas junto a la puerta, me pasó una carpeta antes de que entrara en la sala. A Lund se lo veía mucho más incómodo que unos minutos antes. Me senté y abrí la carpeta para leer los correos electrónicos mientras me tomaba el café. Al cabo de un momento, Lund se inclinó hacia

delante y vio lo suficiente para hundir la cabeza entre las manos.

—Así que FrikiLit, ¿eh? —Señalé el nombre en una de las páginas.

—Dios mío, yo... no sabía quién era. Todo era anónimo.

—¿Anónimo? ¿Como desconocidos?

—Sí. —Levantó la cabeza mientras yo seguía dando sorbos y pasando hojas—. Sí, eso es.

Cogí una hoja de papel y me eché hacia atrás hasta que pude leer el texto con claridad.

—«... estoy acariciando el interior de tu muslo y sigo hasta el pliegue de tu pierna. Mis dedos son un susurro sobre tu piel, una sugerencia que no puedes ignorar...»

Jake soltó una risita. Leí aquella basura como quien repasa la carta de desayunos del bar y alcé la mirada hacia Lund. Se había puesto colorado como un tomate.

—¿Tiene usted por costumbre hacer... sugerencias de ese tipo a... desconocidos?

—No, ya nos conocíamos. Quiero decir que no conocía su identidad, pero creía saber quién era. Llevábamos semanas chateando. Habíamos intimado mucho.

—Ajá. Eso me ha parecido, sí.

—¿Qué imprimió ella? Dios, no me diga que sólo imprimió las partes de sexo. En cuanto me enteré de quién era, puse fin a la historia. Y de inmediato, además. ¿No tenía esa parte, también?

Estaba sudando la gota gorda mientras intentaba divisar lo que yo estaba leyendo. Le lancé una mirada a Jake, que se estaba esmerando en parecer un tipo duro e indiferente después de haber soltado la risita.

—Efectivamente, esa parte también.

Soltó un suspiro, parecía un globo deshinchándose.

—Así que ya ha visto lo que pasó. Se acabó. No fue nada.

—Yo diría que su esposa no compartiría su opinión. Ni Hattie. Parecía bastante colada por usted, aquí —comenté, negando con la cabeza—. Vaya a saber por qué.

—Hattie trató de hablar conmigo cuando nos dimos cuenta de... de la situación. Incluso nos vimos un día para poder hablar de ello cara a cara, porque ella quería... continuar con la relación.

—¿Y usted no sintió ni la más mínima tentación? ¿Con una chica joven y guapa como ella? Una chica lista, igual que usted. A la que le gustaban todos esos libros y esas grandes ciudades.

—No, no —respondió, negando también con la cabeza y con la mirada fija entre Jake y yo—. Era una alumna, una... una niña. Por el amor de Dios, podría haberme costado la cárcel. Por no hablar de perder el empleo y arruinar mi matrimonio.

—Todavía puede perderlo todo, Lund. Si nos lo proponemos, todavía puede.

—Pero ¡si no ocurrió nada! Le expliqué que teníamos que dejarlo, que yo nunca correspondería a sus sentimientos, y ella lo aceptó y pasó página. Empezó a salir con Tommy Kinakis. Vi que aquella pesadilla había pasado a la historia cuando comencé a verlos uno al lado del otro por los pasillos. Parecían dispuestos a salir juntos el resto del año, aunque tampoco entiendo por qué. Tommy no es más que un tarugo. ¿Ha intentado hablar con él? Actuaba como si Hattie le perteneciera, siempre rodeándola con un brazo y exhibiéndola por los pasillos como si ella no fuera capaz de andar sola.

—Veo que la vigilaba de cerca, porque se fijó en muchas cosas.

—El resto de los alumnos no podrían importarme menos. Pero sí... a Hattie la vigilaba. —Tuvo un leve bajón al admitirlo. Tal vez se avergonzaba de ello, o quizá se sintió aliviado de poder contárselo a alguien—. ¿Cómo no iba a hacerlo? Temía que me delatara. Me perseguía esa paranoia.

—Bueno, entonces podemos decir que el desenlace lo ha favorecido a usted, ¿no? Ahora ya no podrá hacerle daño, ¿no?

—¡No! ¿Cómo puede decir algo así? —Volvió a reaccionar, absolutamente indignado—. La cagué, ¿vale? Ya lo sé. Soy un gilipollas y un marido pésimo.

—Eso no se lo discutiré.

—Pero eso no tiene nada que ver con el hecho de que Hattie fuera la alumna más brillante y prometedora de todo el instituto. Ella... comprendía a la gente, calaba a todo el mundo con un simple vistazo. A veces incluso resultaba inquietante, era como si pudiera ver lo que tenías dentro de la cabeza. Pensaba marcharse a Nueva York en otoño y sabía que encajaría a la perfección con la mentalidad vertiginosa de la costa Este. Estaba seguro de que llegaría a hacer algo asombroso con su vida. Y también sentí alivio, claro, lo admito. Cuando me di cuenta de que se marcharía y yo podría seguir con mi vida.

—Tal vez le pareció que esperar hasta el otoño era demasiado. O quizá Hattie necesitaba dinero para su viaje a Nueva York, o una ayuda para subir la nota media.

Me dolió tener que hablar sobre Hattie de ese modo, echándole mierda encima, pero pensé que era necesario. Tenía que enterarme de todos sus secretos. Lo único que esperaba era no tener que revelárselos todos a Bud y a Mona.

—Durante los últimos meses sólo hablé con Hattie en clase o durante los ensayos de la función. No me hizo chantaje, ella no habría hecho algo así. Debe hablar con Tommy. Hattie tenía un futuro brillante, pero Tommy no. Si ella intentó dejarlo... esos últimos días... es lo único que se me ocurre.

Asentí y volví a guardar los correos electrónicos en la carpeta antes de cerrarla. Se lo había currado para tratar de poner el cuchillo en las manos de Tommy.

—¿Dónde estuvo usted el viernes por la noche después de la función, Lund?

—Tuve que esperar hasta que se hubo marchado todo el mundo y luego cerré el instituto. Carl me ayudó. Luego fuimos a su casa a tomar algo.

—¿Carl Jacobs?

Asintió.

—Muy bien, vamos. —Me puse de pie y le di la carpeta a Jake.

—¿A casa de Carl? Todavía está en el instituto.

Lo invité a salir por la puerta, prácticamente agarrándolo por el cuello de la camisa.

—Vamos a Mayo. Le daré la oportunidad de limpiar su nombre, Lund. Hasta cierto punto, al menos.

Lo dejé de nuevo en el asiento delantero por si alguna de aquellas camionetas llenas de periodistas nos estaban observando, y acompañé a Jake hasta la puerta de la comisaría, hablando en voz baja.

—¿Crees que el sexo fue con él? —preguntó Jake.

—El laboratorio nos sacará de dudas. Lo que está más claro que el agua es que a él le habría gustado que así fuera, eso sí. Todo se reduce a si pudo más el miedo o el calentón, supongo.

—Apuesto por lo primero. Ese tío huele a mierda de gallina. ¿Quieres que traiga a Carl?

—Interrógalo por teléfono. Cuanta menos gente entre en comisaría, mejor. Comprueba la coartada. Quiero saber a qué hora se marcharon del instituto, qué bebieron, de qué hablaron y a qué hora se marchó Lund de su casa. Yo le preguntaré lo mismo a Lund camino de Rochester. Llámame en cuanto sepas todo eso.

—¿Esta vez me cogerás el teléfono? —preguntó, tan entusiasmado que le costó añadir el sarcasmo habitual a la pregunta.

—Puede. Y otra cosa, Jake.

—¿Sí?

—Ni una palabra de todo esto a nadie, ¿de acuerdo? Ni en la central, ni a Nancy, ni a ninguno de los chicos. Ni siquiera a tu madre. Es un caramelo para la prensa. —Me pasé una mano por la cara—. Y luego tendría que arrestar a Bud por asesinar a ese pobre desgraciado.

—¿Y qué digo si alguien me pregunta por Lund?

—Les dices que no metan la nariz en una investigación en curso.

Me pareció que a Jake le agradó la idea, por lo que no añadí nada más y volví al coche patrulla. Lund estaba hundido en el asiento, con la cabeza vuelta hacia la ventanilla, como si el pueblo entero

todavía no supiera que estaba allí. A FrikiLit le gustaba esconderse. Ahora la cuestión era, ¿cuánto más escondía?

HATTIE

Miércoles, 7 de noviembre de 2007

—Vamos, Hattie. Sabes que lo harás. —Portia tomó un bocado de su hamburguesa, hizo una mueca y la volvió a dejar en el plato—. Le he dicho sin pepinillo, ¿verdad?

Maggie se inclinó sobre la mesa del Dairy Queen y se dedicó a quitarle los pepinillos de la hamburguesa, zampándose los a medida que los iba pescando.

—No lo sé. Has de tener en cuenta que ahora es una estrella del teatro. Seguramente se cree demasiado buena para nuestra función de primavera.

—A ver si os calláis las dos. He dicho que no lo he decidido —respondí, rociando mi hamburguesa con ketchup.

—Sigue sabiendo a pepinillo —se quejó Portia.

—Entonces dámela a mí —dijo Maggie mientras le arrebatava la hamburguesa.

—Sólo estamos en noviembre —señalé al tiempo que le ofrecía a Portia algunos de mis aros de cebolla—. Lo decidiré cuando se sepa qué obra será. No pienso presentarme a la prueba si se trata de un musical. No sé cantar.

—He oído que este año la dirigirá el señor Lund. Está clarísimo que no elegirá un musical.

El estómago se me encogió de repente al oír su nombre y los aros de cebolla se convirtieron en cemento armado dentro de mi boca. Por suerte, en ese mismo momento entraron unos cuantos chicos del equipo de fútbol americano y empezaron a armar jaleo junto a la caja registradora.

—Maggie, ¿le has pedido a Derek que te acompañe al baile? —pregunté para cambiar de tema.

Ella lanzó una mirada tímida por encima del hombro hacia aquella concentración de testosterona.

—Sí. Iremos dos parejas, con Molly y Trenton.

Derek tenía atrapado a alguien con una llave de cabeza junto a la barra, pero hizo una pausa para dedicarle a Maggie una sonrisa con lengüetazo incluido. Encantador.

—¿Y tú, Porsche? ¿Se lo has pedido a Matt o a Tommy?

—Matt irá con Stephanie.

—Bueno, pues ahí tienes a Tommy. Ve y pídeselo —dije, gesticulando con un aro de cebolla entre los dedos. Sin embargo, Tommy se sobresaltó como si me hubiera estado mirando a mí y se acercó a nuestra mesa con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta.

—Eh, Hattie.

—Hola. Creo que Portia quería...

Recibí un violento puntapié por debajo de la mesa.

—... cederte mi sitio —indicó, terminando la frase mientras le dedicaba una sonrisa a Tommy—. Tengo cosas que hacer. Puedes sentarte aquí.

—Yo también me marchó —señaló Maggie—, de repente me apetece un batido.

Intercambiaron una mirada y enseguida me dejaron allí sola. Me quedé con la incómoda sensación de haberme perdido una charla.

—Esto... ¿te importa?

Tommy abrió la chaqueta para señalar la mesa sin sacarse las manos de los bolsillos y yo me encogí de hombros. Se sentó, se aclaró la garganta y empezó a jugar con el servilletero. Gerald siempre decía que las manos eran un atajo para llegar al personaje. «Ignorad las palabras —decía—. Prestad atención a lo que estáis haciendo con las manos.» Tommy las tenía gruesas, con las uñas siempre sucias, y se iba pasando el servilletero de una mano a otra como si fuera un jugador de hockey hiperactivo. Estaba hecho un flan.

—Bueno, ¿qué tal? —pregunté al fin.

—Nada, bien. Acababa de llegar a casa, he ido a cazar con mi padre. He acertado a un astado de veinte puntas desde sesenta metros.

—Eres un asesino letal —dije sin emoción, asintiendo.

Tenía la impresión de que casi todo el restaurante nos estaba mirando, y que todos los amigos de Tommy ocupaban la primera fila, pegándose codazos y zampano patatas fritas.

—¿Y tú qué? ¿Qué tal? —preguntó.

—He venido a comer algo antes de ir a trabajar.

—Ah, guay. —Se rascó el pelo, que más que rizado, lo tenía como si se acabara de levantar de la cama.

Tomé un trago y la pajita hizo el típico sonido que revela que has llegado al fondo. Tommy se quedó mirando el vaso esperanzado.

—¿Quieres... quieres que te lo rellene?

—Claro —afirmé mientras se lo pasaba por encima de la mesa—. La mitad de naranja y la otra mitad de Sprite, con tres cubitos.

Me fijé en cómo acudía al dispensador de bebidas y llenaba el vaso siguiendo aquel orden tan ridículo que le acababa de dictar. Incluso vertió un poco de naranja para asegurarse de que el líquido no ocupaba más de la mitad del recipiente. Cuando Derek se le acercó y le pegó un puñetazo en el brazo, Tommy lo empujó sin piedad hacia el mostrador de condimentos y regresó a la mesa sin verter ni una gota. Era asombroso, digno de un experimento sociológico. Tomé un sorbo y decidí seguir experimentando.

—Bueno, ¿y qué te parece Portia?

—¿Portia Nguyen? —preguntó.

Me esforcé en no poner los ojos en blanco. No había nadie más que se llamara Portia en todo el pueblo.

—Sí.

—No sé. Es simpática, supongo.

—¿Qué le dirías si te pidiera que la acompañaras al baile de Sadie Hawkins?

—Ah. —Se puso colorado como un tomate y empezó a jugar de nuevo con el servilletero—. Yo... bueno, esto... no pensaba... que fuera a pedírmelo. —Luego tragó saliva y me miró a los ojos. Es extraño, pero jamás me había fijado en que los tenía de un azul perfecto, como esos cielos que te hacen olvidar que hay algo detrás—. Pensaba que tal vez me lo pedirías tú —desembuchó, al fin.

Le ofrecí un aro de cebolla mientras me lo pensaba. De repente tenía muchas cosas en las que pensar.

—¿Por qué quieres que te lo pida yo, y no Portia?

—No lo sé. Es como... muy habladora. Siempre está charlando sobre la gente. Ya sé que es amiga tuya y tal, pero... —Dejó la frase incompleta, parecía de lo más incómodo. Se metió el aro de cebolla en la boca.

—Es muy habladora —convine con una sonrisa. Él también sonrió, a medias, lo que le dio una expresión pícaro a su cara de bebé. O sea, que quería una chica callada.

—¿Me lo pedirás tú, pues?

—No lo sé. —Me incliné hacia delante y dejé que el pelo me cayera sobre la cara—. Creo que necesito verte bailar, antes de decidirme.

—¿Qué? ¿Aquí? —preguntó confundido.

De acuerdo: una chica callada y sencilla. Le ofrecí otro aro de cebolla y observé cómo se le iluminaba el rostro. Le gustó que lo alimentara. La lista de características iba creciendo. Fue así como empezó a tomar forma la novia de Tommy Kinakis.

En nuestra primera cita, fuimos a ver *No es país para viejos*. Pasó a recogerme con una camioneta gigantesca que sin lugar a dudas era la niña de sus ojos: me habló de las nuevas fundas de los asientos, del equipo de sonido e incluso me enseñó cómo había construido un compartimento secreto en la puerta del conductor para esconder una botella de whisky que me ofreció más tarde, en el aparcamiento del cine, aunque yo decliné la oferta. Compartimos unas palomitas gigantes durante la película, aunque desaparecieron enseguida, cuando yo apenas había comido un puñado; me quedé demasiado absorta con la interpretación del reparto.

—Me encantan los hermanos Cohen —suspiré durante el camino de vuelta a casa.

—¿Uno de ellos era el sicario? —preguntó Tommy—. Era brutal.

No volvimos a hablar hasta que aparcó en el camino de entrada de mi casa y se puso a trastear la radio mientras murmuraba que esperara un momento.

—¿Para qué? —pregunté.

En un santiamén, salió de la camioneta y dio la vuelta hasta plantarse a mi lado.

Cuando abrió la puerta, extendió una mano con un gesto extraño. La acepté para bajar y la habría soltado enseguida de no haber sido porque él cerró los dedos alrededor de los míos y me apoyó la otra mano en el hombro.

—Querías... Dijiste que querías verme bailar.

Entonces me di cuenta y comprendí por qué había puesto música country, había subido el volumen y su actitud se había vuelto más apocada.

—Ah —exclamé, sonrojada y con la mirada baja, desconcertada por el gesto.

Colocó mi mano sobre su pecho y me hizo girar unas cuantas veces hasta que se terminó la canción y retrocedí un poco.

—¿Te sirve?

Sonreí.

—Creo que sí.

El fin de semana siguiente fuimos al baile de Sadie Hawkins y luego a un partido de fútbol americano en el que Tommy me besó junto a la nevera de cervezas del padre de Derek. La gente comenzó a gritar a nuestro alrededor y todo el mundo empezó a hablar de nosotros como si fuéramos pareja. Incluso me pareció que sonaba bien. «Tommy y Hattie, novietes de instituto.»

Cuando llegó el día de Acción de Gracias ya teníamos una rutina establecida. Salíamos los sábados por la noche y, puesto que no compartíamos ninguna clase (yo estaba en todos los cursos avanzados y él seguía casi todos los de refuerzo), en el instituto sólo coincidíamos a la hora de comer. Me sentaba con él a la mesa del equipo de fútbol y dejaba que se zampara casi todo mi almuerzo mientras yo jugaba con el móvil. En cambio, los días que había galletas de chocolate siempre me ofrecía la suya.

Era evidente que yo le gustaba. Conseguía que se le iluminara el rostro con una simple sonrisa, pero no sé si le gustaba más yo o el hecho de tener novia. Me abrazaba como un oso cuando veía que sus amigos se acercaban a sus respectivas novias, y los sábados por la noche salíamos con una o dos parejas más. Creo que con una media naranja le parecía que encajaba más en el grupo, y aunque era más corto que las mangas de un chaleco, seguía comportándose de un modo encantador. Me alegré de que gracias a mí encajara aún más en la pandilla.

Mamá y papá también estaban contentos. Creo que pensaban que el hecho de tener novio contribuiría a que echase raíces en el pueblo, a que cambiase de planes y abandonara la idea de marcharme a Nueva York. Invitaron a Tommy a cenar el domingo y luego papá estuvo viendo el partido de fútbol americano con él, como solía hacer cuando Greg todavía estaba en casa.

Yo me lo tomaba todo como una oportunidad de aprender. Era la primera vez que salía con alguien y

no tenía ni idea de lo que suponía ser la novia de un chico, aunque al final resultó ser muy fácil: básicamente se trataba de algo físico, no requería mucho esfuerzo intelectual. Consistía más bien en inclinarse para escuchar en lugar de escuchar realmente, o ponerle una mano en el brazo para indicarle que parara en lugar de expresarlo con palabras. Yo me fijaba en las otras chicas siempre que salíamos con otras parejas, y de ese modo aprendí a bromear y a reírme en el momento adecuado. Parecían tan felices que me preguntaba si, en caso de parecerlo yo también, conseguiría vivir esa farsa con un grado de satisfacción equivalente.

Un día, después de comer, lo acompañé a la clase de lengua. Íbamos por el pasillo, Tommy con un brazo sobre mi hombro y la mochila de libros golpeándole el muslo. En principio no teníamos prisa, pero por dentro empecé a inquietarme. Los jugadores de fútbol americano se saludaron a gritos como de costumbre al oír el timbre y llegamos a la puerta de la clase de Peter. Levanté la mirada y le dediqué a Tommy una sonrisa pícaro mientras me inclinaba hacia su enorme cara de pan. Él mordió el anzuelo; pegó su boca a la mía y me estrujó todavía más con el brazo que me había pasado por encima del hombro.

—Que te diviertas en la clase de lengua —bromeé cuando me hubo soltado, recorriendo su bíceps con una uña.

—Sí, claro —dijo él con una expresión resignada en el rostro mientras entraba en el aula.

Desde la mesa del profesor, Peter me estaba mirando sin parpadear, absolutamente petrificado. Sus ojos se fijaron en Tommy y luego en mí otra vez, y me di cuenta de que se había quedado estupefacto. De vez en cuando le echaba una mano al señor Jacobs en la cantina, por lo que suponía que ya nos había visto varias semanas atrás, pero sin duda evitaba mirarme desde la noche que nos encontramos en el almacén. Lo ignoré y le lancé un beso a Tommy antes de volver sobre mis pasos por el pasillo con parsimonia. Fue fantástico.

A partir de entonces sabía que Peter me estaría observando. En la clase avanzada de lengua me aseguré de levantar la mano más a menudo que nunca. Digamos que me aplicaba más en los trabajos para tener siempre un comentario a punto acerca del tema del libro que estuviéramos leyendo, o algún aspecto del subtexto que pudiera impresionarlo. Durante un tiempo había intentado no prestarme mucha atención, pero después de ver cómo Tommy y yo nos besábamos, se relajó un poco. Empezó a admitir que aportaba puntos de vista interesantes, y luego pasó a proponer debates en clase a partir de mis contribuciones, intentando que alguien contradijera mis argumentos. Unas semanas después de Acción de Gracias, abrió el debate diciendo:

—Aparte de Hattie, ¿alguien quiere hacer algún comentario sobre el final?

La clase entera se echó a reír, incluida yo, pero alcé la mano enseguida de todos modos.

—¿Nadie? —Peter miró a su alrededor, esperanzado.

Al cabo de un minuto, suspiró dramáticamente y me señaló.

—Creo que es un final terrible. No queda nada resuelto.

—¿Alguien más está de acuerdo? Levantad las manos, por favor.

Se sentó en el borde de la mesa, la posición en la que más me gustaba verlo. Significaba que estaba a punto de soltar un sermón para tratar de conseguir que pensáramos en algunos aspectos del libro en cuestión. Llevaba la camisa arremangada hasta los codos y mi mirada se centró en el vello de sus antebrazos, aunque luego reaccioné y me obligué a escuchar lo que estaba diciendo.

—Es un libro sobre la guerra. Las guerras siempre obligan a la sociedad a afrontar cuestiones complicadas que en ocasiones no es posible resolver. ¿El papel de O'Brien es el de responder a esas preguntas que afloran o sólo le corresponde señalarlas para que sea el lector quien tenga que afrontarlas?

Ésa la respondió Becca Price.

—Creo que todo el mundo tendría una respuesta distinta sobre si la guerra era justa o no. Es decir, sólo hay que ver lo que pasa ahora en Irak y Afganistán. Nadie se pone de acuerdo sobre lo que sería más correcto, o si deberíamos estar allí o no. Pero todo el mundo dice que es el Vietnam de nuestra

generación.

—Sí, qué suerte tenéis —dijo Peter. Algunos se rieron. Otros se quedaron mirando fijamente los cuadernos. Yo no era la única que tenía familiares por esas tierras.

—O sea, que volviendo a la queja de Hattie de que nada quedaba resuelto...

—Un momento: es que tampoco he dicho que esperara leer respuestas a las grandes cuestiones filosóficas sobre la guerra. A lo que me refería es a que no se cierra ninguna de las tramas de los personajes.

—Quizá O'Brien quería que sus personajes simbolizaran esas cuestiones mayores. Si las tramas quedaran bien cerradas, ¿seguirías pensando en las implicaciones de la guerra en los hombres y las mujeres corrientes?

Suspiré y apreté los labios al ver que me había pillado. Pero luego se me ocurrió una idea.

Peter continuó el debate pasando de una cosa a otra durante unos minutos más y nos encargó un trabajo, justo cuando sonaba el timbre.

Me levanté de un salto y lo seguí hasta su mesa mientras los demás recogían sus cosas.

—Señor Lund, me quedan algunas dudas sobre el libro. ¿Podría pasar a verlo después de las clases para hablar acerca de ello?

Adopté una expresión absolutamente inocente, mordiéndome el labio y ladeando la cabeza para añadir más énfasis. Peter tragó saliva y echó un vistazo al aula. Todo el mundo estaba hablando y riendo mientras se abrían paso hacia la puerta.

—¿Por qué no utilizas esas dudas como tema para el trabajo?

—Porque no puedo escribir la sinopsis si no estoy segura de haber comprendido bien el libro. Sólo serán unos minutos.

Me marché antes de que pudiera decirme que no de nuevo y pasé el resto del día en ascuas. ¿Se quedaría? Sabía que tenía la última hora libre ese día (sí, había memorizado sus horarios), y por tanto podía marcharse del instituto antes de que yo saliera de la clase de química. Cuando sonó el último timbre salí corriendo y adelanté a toda la gente al llegar al primer piso. Unas cuantas personas intentaron que me detuviera a hablar con ellos al pasar por las taquillas, pero me limité a saludarlos con la mano y continué andando con el libro de ciencia pegado al pecho.

Cuando llegué a su aula, me detuve para recobrar el aliento y eché un vistazo por la ventana. Peter estaba sentado a su mesa, leyendo. El corazón me dio un vuelco y empujé la puerta, ansiosa por ver cómo levantaba la mirada y comprobar la expresión con la que me recibía. No obstante, al entrar vi que había dos alumnos más trabajando en los pupitres del fondo. Uno de ellos era Tommy, que sonrió al verme. Sin embargo, desvié la mirada y dejé que el pelo me cayera como una cortina sobre la mejilla mientras me acercaba con sigilo a la mesa de Peter.

—Ah, Hattie —exclamó cuando por fin apartó la mirada del ordenador—. Había olvidado que querías pasar a verme. Tengo un par de alumnos haciendo revisiones de recuperación.

Detrás de mí, Tommy dio un leve resoplido. Peter lo ignoró y me dedicó una sonrisa más bien neutra.

—¿Todavía quieres hablar sobre O'Brien?

—Sí —conseguí responder al cabo de una eternidad.

—¿Y bien?

Qué ganas tenía de borrarle de un guantazo aquella indiferencia fingida. En lugar de eso, revolví mi mochila para encontrar el libro y ganar algo de tiempo, y decidí que a ese juego también podían jugar dos.

—Aquí. —Dejé el libro sobre su mesa, cogí una silla vacía que estaba junto a la pizarra y la coloqué al lado de la suya—. Ahora mismo no recuerdo exactamente qué pasajes eran, pero los tengo marcados.

Enderezó la espalda un poco más mientras yo seguía con mi espectáculo, hojeando el libro y murmurando como si estuviera pensando. Tommy no paraba de lanzarme miradas, hasta que le dediqué una pequeña sonrisa y le guiñé un ojo para darle a entender que estaba allí por él. Funcionó. Se cubrió la boca con la mano para ocultar una sonrisa y se puso a trabajar de nuevo, seguramente convirtiendo todas sus comas en puntos, o añadiendo mayúsculas a palabras elegidas al azar.

—Aquí está. —Encontré una página con los márgenes llenos de anotaciones que había hecho para desahogarme, porque el libro me estaba pareciendo de lo más deprimente. Es algo que suelo hacer a menudo. Me gusta añadir mis propias palabras a los libros, como si estuviera hablando con el autor y mantuviéramos una conversación que dotaba a la historia de una vida que no tenía antes de que yo empezara a leerlo.

—Ya sabes que el libro es de la escuela, Hattie. No puedes pintarrajarlo de ese modo.

—Pues póngame una multa. —Tommy y el otro alumno se rieron, pero enseguida intentaron disimular convirtiendo la carcajada en tos.

»Mire: aquí, por ejemplo. No entiendo la motivación de este personaje. ¿Se ahorca cuando regresa a casa? ¿Sobrevive a una guerra y luego decide suicidarse? Ya puestos, podría haber avanzado hacia el Vietcong ondeando una gran bandera blanca por encima de la cabeza.

—Piensa en todos los recuerdos que lo asaltan en todo momento, en el sentimiento de culpa que lo acecha por la muerte de su amigo. Si realmente hubiera sobrevivido a la guerra, habría sido capaz de seguir adelante. La verdad que O'Brien quiere que veamos en esta historia es que una parte del personaje murió en Vietnam, aunque él todavía no se ha dado cuenta.

—Pero mire lo larga que es esa historia —insistí.

Me moví para pasar unas páginas y sin querer le rocé la mano con los dedos. El tacto fue electrizante. Me subió por todo el brazo y me lo paralizó durante un segundo; me había cogido por sorpresa. Le lancé una mirada a Tommy, pero el ordenador de Peter ocultaba nuestras manos y el libro. Estábamos juntos en público, en el instituto, a seis metros de mi novio, pero nadie podía vernos.

El corazón se me aceleró y empecé a respirar con agitación. Peter no había movido ni un músculo. Me pareció que él también se había quedado pasmado.

Con cuidado, con sumo cuidado, volví varias páginas hasta el principio del relato, mirándole la mano. Era una mano bonita, con los dedos largos, las uñas redondeadas y un poco de vello espolvoreado por los nudillos y las muñecas.

—Al menos tiene veinte páginas —dije en voz baja, casi sin aliento. Creo que Tommy no podía oírme—. Y sin embargo, no ocurre nada.

—El personaje no consigue avanzar. Por eso sigue dando vueltas alrededor del lago. Si hubiera dado sólo una, no podrías comprender la impotencia que siente.

Él también bajó la voz, aunque no me miró, ni yo a él.

Los dos fijábamos las miradas en la mesa y en el libro que teníamos delante.

—Si no puede avanzar —empecé a decir, tragando saliva y alargando la mano, esta vez de forma deliberada, hasta que quedó junto a la suya, apenas rozándola—, ¿qué sentido tiene?

Su piel era dura, no era como la piel de bebé de Tommy, y noté que su meñique irradiaba una calidez que llegaba hasta el mío y luego me recorría todo el cuerpo. Quería acariciarle la palma de la mano y entrelazar los dedos con los suyos, pero no me atreví. Tommy podía levantarse y vernos en cualquier momento. Alguien podía pasar por el pasillo y mirar por la ventana de la puerta. Pasó un segundo, luego dos, y Peter no apartaba la mano. Me entusiasmó ese contacto prohibido, por minúsculo que fuera.

Peter respiró hondo y eligió muy bien las palabras antes de hablar.

—El personaje ya ha tomado una decisión. Ése es el sentido de la historia. Tiene que enfrentarse a las consecuencias de sus decisiones. Vuelve a leer este fragmento.

Cogió el libro y al ver que rompía el contacto físico se me cayó el alma a los pies. Encontró el párrafo que buscaba, me lo pasó a mí y se apartó hasta que quedó a una distancia prudencial.

Las palabras flotaban por la página. No tenía ni idea de lo que decían. Recordé mi primera cita con Tommy, cómo me había cogido de la mano y me había hecho girar con suavidad y yo no había sentido nada, ni un atisbo de la reacción que acababa de experimentar ante el más mínimo contacto con la piel de Peter. De haber sido una chica normal con sueños normales, habría quedado embelesada con el tacto dubitativo de Tommy Kinakis. Me habría reído al contárselo a mis amigas y lo habría atraído hacia mí en lugar de bajar la cabeza y darme la vuelta. Habría sido mucho más simple, y me tomé un momento para lamentar lo que nunca podría ser. Por muy bien que supiera interpretar el papel, jamás llegaría a convertirme en uno de mis personajes.

Así que había llegado la hora de bajar el telón y saludar con una reverencia.

—De acuerdo, creo que ya lo entiendo. —Cerré el libro y lo aparté.

—Espero que al menos pensarás en lo que te he dicho antes de escribir el trabajo.

—Claro —dije—, como siempre —añadí en voz más baja. Antes de que pudiera replicar nada, saqué una hoja de papel y escribí algo; luego me levanté, me puse el abrigo y recogí la mochila.

Me coloqué entre los chicos y Peter para que ellos no pudieran verlo y le entregué la hoja de papel con la nota escrita en el centro.

«¿Qué te parece el nuevo novio de Hattie? —HollyG»

Peter levantó la cabeza de un respingo y me miró fijamente, con una expresión de evidente confusión en el rostro. Esperé a que se me apaciguara el pulso y esboqué una sonrisa poco a poco, como las que intercambian los conspiradores, una sonrisa que lo revelaba todo sin contar nada, de las que son capaces de iluminar un escenario y de las que les dicen a todas y cada una de las personas del público: «Soy tuya y sólo tuya». Concentré en una sonrisa todo lo que llevaba enterrado en mi interior, lo que tanto ansiaba por liberarse desde hacía tiempo.

Cuando su mirada empezó a mostrar que había comprendido el mensaje, me di la vuelta, salí a paso lento del aula y le guiñé un ojo a Tommy al pasar.

PETER

Jueves, 6 de diciembre de 2007

¿Que qué me parecía el novio de Hattie? ¿Que qué pensaba de Tommy Kinakis? Pensaba que ese chico estaba saliendo con una sociópata, eso es lo que pensaba de él.

Mis pisadas caían con dureza y determinación, castigando los cartílagos de las rodillas con una satisfacción aciaga. Necesitaba destruir algo y mi cuerpo era la única opción disponible.

La temporada de *cross* había terminado, por lo que volví a correr por las noches, que durante las vacaciones me parecían interminables. La nieve que había caído el día de Acción de Gracias se había fundido y había dado paso a un diciembre seco y oscuro. El sol se escondió tras el horizonte nada más llegar a casa de Elsa después del trabajo, y proyectó un leve fulgor final contra el silo de metal antes de que la oscuridad lo engullera todo y empezara el silencio. Los sonidos que los insectos hacían en verano habían quedado silenciados. Ni siquiera se oía el alboroto habitual de las gallinas, no había nada capaz de interrumpir esos remordimientos que sentía a todas horas, más allá de la extenuación.

Me había comprado un frontal luminoso para ver el camino y el haz de luz rebotaba desordenadamente sobre las rocas. Corría por el centro del camino de grava, pasando junto a granjas que refulgían como diminutos barcos en un mar ondulado y congelado. Los árboles se erigían a ambos lados del camino y sus ramas desnudas adquirían un aire espectral bajo la luz de la luna, aunque apenas me fijé en ellas.

Estaba saliendo con Tommy para disimular.

Durante las tres horas que habían pasado desde que se había ido de mi aula con una parsimonia insultante, había sido incapaz de pensar en nada más. En el almacén me había dicho que se convertiría en la última chica del mundo que tendría una aventura con su profesor de lengua, y al parecer esa gran farsa se había transformado en su plan. Tommy era un mero objeto de atrezo para ella. Había aguantado como había podido el resto de la tarde hasta la cena, intentando digerir la magnitud de lo que había hecho Hattie. Tenía una personalidad múltiple, era la única explicación posible. Era peligrosa, calculadora, diabólica y... brillante. ¡Joder si era brillante!

Después de aquella noche en el almacén, corté cualquier conexión y me negué a entablar conversación con ella en clase, pero también es cierto que me negué a ignorarla. Porque eso habría equivalido a señalarla, a darle un trato especial, de algún modo, y no podía permitirme ningún tipo de distinciones. Aunque en una ocasión metí la pata, sucedió a la hora de comer: Carl me había sorprendido vigilándola en la cantina.

—¿Algún problema? —me había preguntado él. Nada más. Carl solía expresarse con brevedad. Echó un vistazo en dirección a Hattie. Se suponía que supervisábamos a los alumnos para evitar peleas y otras conductas inadecuadas, pero lo cierto es que Carl y yo nos limitábamos a comer sin hablar con nadie.

—No. —Desvié la mirada y me metí un bocado en la boca enseguida.

—Debería ser ilegal que lleven jerséis como éstos antes de los dieciocho.

De repente tuve dificultades para tragar la comida.

—Algunas ni siquiera parecen niñas. Los chicos sí, claro, los chicos de hoy en día tardan más en convertirse en hombres. En cambio esas chicas...

—Ya.

Me resistí a mirar a Hattie de nuevo, pero me quedó la sensación de que lo llevaba escrito en la frente. Bajé los ojos hacia mi bocadillo e intenté concentrarme en la medida de lo posible en la ensalada de huevo.

—Por esta zona todavía hay algunas que se casan nada más salir del instituto —prosiguió Carl, que por algún motivo aquel día estaba especialmente locuaz. Cuando hablaba conmigo, de vez en cuando añadía ese «por esta zona», como si le hubieran asignado la tarea de ser mi guía turístico por el sur de Minnesota—. Ten cuidado.

No respondí a su advertencia, ni siquiera levanté la mirada. Nos quedamos en silencio durante el resto de la comida, absortos en nuestros pensamientos. Si llegó a sospechar algo sobre mí y Hattie, no lo demostró en ningún momento, por lo que decidí no cometer el error de volver a mirarla en todo el día.

La única interacción que habíamos mantenido durante el último mes había sido a través de sus deberes. Yo corregía en el piso de arriba, en la habitación donde tenía el ordenador, avergonzado por mis propias reacciones al leer lo que escribía. Dejando de lado lo que había ocurrido, seguía siendo una de las alumnas más brillantes y con la mente más ágil que había conocido jamás. Presentaba un argumento tras otro, rechazando sus propias tesis y cambiando con brusquedad de dirección para acogerse a una teoría nueva que más tarde volvía a cuestionar y dejaba medio colgada al final del trabajo, como si se tratara de un premio y una advertencia al mismo tiempo. Quedaba claro que no hacía ni un solo borrador para redactar los trabajos, y me encantaba que así fuera. Era como oírle pensar en voz alta, como si la página estuviera viva y respirara. Nunca le ponía nada que no fuera un sobresaliente, aunque era obvio que podría mejorar la estructura narrativa. Pero quería evitar que me cuestionara la nota, no quería arriesgarme a tener que hablar con ella a solas.

Y después de mantener esa distancia prudencial durante tanto tiempo, caí en su emboscada de todos modos, justo cuando empezaba a relajarme y a pensar que ya había pasado página. Cuando me tendió aquella hoja de papel me puso de nuevo en el punto de mira.

Al entrar en el aparcamiento del lago Crosby, pasé junto a una camioneta vacía, aunque no vi a nadie por los alrededores. Parecía como si hubieran abandonado la camioneta averiada desde hacía semanas. Bajé el ritmo de mis pasos y llegué al terreno irregular que circundaba el lago. «Más suave —solía aconsejar a los chicos—. La barriga bien tensa.»

En esos momentos no necesitaba recordármelo. El estómago se me encogió solo mientras corría por el lado opuesto del almacén vacío, sobre todo cuando vi un leve resplandor en la ventana, bajo el roble.

No. No podía ser.

Me detuve y no estaba muy cansado, a pesar de haberme propuesto machacarme de lo lindo. Aquellas salidas nocturnas, que deberían haber sido una forma de castigo y de evasión, sólo habían servido para ponerme más en forma. Me detuve de todos modos.

«Deben de ser unos chavales, nada más —intenté razonar, pero aun así apagué el frontal—. Unos chicos que deben de haber venido a beber cerveza o a fumar hierba.» Me acerqué con sigilo, sosegando mi respiración mientras me decía a mí mismo que era un capullo, que debería dar media vuelta y salir corriendo hacia los bosques.

Me acerqué lo suficiente para ver el interior y entonces la vi.

Había extendido una manta en el suelo y tenía una linterna de campamento al lado. Estaba sentada con las piernas cruzadas, con un libro en el regazo y una botella de agua al alcance de la mano. Llevaba el pelo mal recogido en la capucha y la luz de la linterna reflejaba un tono anaranjado en sus mejillas. A pesar de que el tiempo había sido cálido los últimos días, el vaho que desprendía al respirar era claramente visible. Había algo en su postura erguida o en la manera de ladear la cabeza que me recordó a *Alicia en el país de las maravillas*. De repente me sobrevino una especie de vértigo, como si fuera yo el que se precipitaba por la madriguera del conejo.

Me di la vuelta y caminé en silencio para retomar el sendero. Sólo conseguía divisar la línea de árboles que marcaba el límite de la finca de Elsa. Lo único que tenía que hacer era encender el frontal y echar a correr de nuevo. Se me estaban enfriando las pantorrillas y empezaba a anquilosarme. Sin duda alguna, lo mejor sería ponerme en marcha una vez más, pero no podía.

Volví a mirar hacia el almacén y el horizonte vacío que había detrás. Estaba sola, desprotegida, y de pronto toda mi ira se volvió contra ella con una satisfacción asombrosa. Crucé el claro con cinco zancadas y abrí la puerta, que cedió con un crujido. Ella levantó la mirada, sobresaltada por la intrusión.

—¿Qué coño haces aquí?

Una sonrisa apareció en su rostro al ver que era yo.

—Estudiar.

—Una mierda.

—No, historia. Y el Renacimiento fue cualquier cosa menos una mierda. —Su sonrisa se hizo más amplia, hasta que vio la cinta que yo llevaba en la cabeza—. ¿Qué es eso?

—Es un frontal. —Me lo quité y me lo guardé en el bolsillo.

—Ajá.

Al parecer le divirtió verme tan sudado y furioso.

—Responde a lo que te he preguntado, Hattie. ¿Qué haces aquí?

—Ya te lo he dicho. Estoy haciendo los deberes.

—No, deberías estar haciéndolos en casa. O en el instituto. O en la biblioteca.

—La biblioteca está cerrada.

—En una habitación cálida y bien iluminada. —Mastiqué cada palabra, ignorando todos sus intentos de responder de forma ingeniosa—. Y no en una construcción hecha una ruina y sin calefacción en pleno invierno.

Hattie dejó el libro a un lado, se puso en pie y me miró fijamente a los ojos. Se quitó la capucha de la chaqueta acolchada de color azul que llevaba puesta, con la que parecía una niña de cinco años.

—Vamos, si tenemos cuatro grados; podríamos celebrar una fiesta en la piscina. —Se rio antes de continuar—: Te estaba esperando.

—¿Cómo sabías que saldría a correr por aquí?

—No lo sabía, pero pensé que tal vez vendrías. Después de lo que te he dicho.

—¿Y si no hubiera venido? ¿Te habrías quedado aquí congelándote toda la noche, esperando a que alguien diera contigo? —Me acerqué a ella.

—¿Quién quieres que venga por aquí?

—¡Cualquiera! Por Dios, Hattie. ¿Es que no piensas?

—Creo que estás exagerando.

Empezaba a demostrar cierta irritación. Bien.

—Podrían violarte, o atracarte.

—Qué macabro, ¿no?

—Nadie te oiría gritar.

A esas alturas ya estaba junto a su ridículo campamento improvisado, cerca de ella.

—Esto no es Minneapolis, Peter. Te lo digo por si no te has dado cuenta. Esto es Pine Valley, aquí lo único malo que puede ocurrir es una sequía. Y ya lo ves, incluso he traído una botella de agua.

Estaba intentando distender el ambiente de nuevo. Ni de coña.

—¿Por qué estás saliendo con él?

—¿Con Tommy? —De repente se le iluminó el rostro, como si le hubiera hecho justo la pregunta que había estado esperando—. ¿Tú qué crees? ¿Te parece que lo he elegido bien?

—Dime que te gusta ese tarugo. Dime que no lo estás utilizando para acercarte a mí.

—Lo considero más bien un servicio público. Y todos contentos. No tienes ni idea. —Parecía infinitamente complacida consigo misma, y eso me hizo perder los nervios.

—¿Por qué?! —grité. La agarré por los brazos y la zarandeeé por encima de la linterna, proyectando su sombra de forma violenta contra las paredes y el techo.

Tanta intensidad borró cualquier rastro de placer de su rostro. Comprendió que no estaba dispuesto

a participar en su juego.

La sacudí de nuevo, aferrándole los brazos con más fuerza todavía.

—¿Por qué estás haciendo todo esto?

—Porque te quiero.

Tenía los ojos muy abiertos y oscurecidos por las sombras que proyectaba la linterna. La voz se le quebró un poco y me di cuenta de lo cerca que estábamos el uno del otro, respirando el mismo aire, cargado de dolor y de furia.

La solté al instante y me di la vuelta, luchando por recuperar el control.

—Es un capricho. Una obsesión. —Me sequé el sudor frío de la frente e intenté poner algo de distancia entre nosotros.

—Nadie lo sospechará, Peter.

Estaba justo detrás de mí.

—Basta.

—Nadie sabrá que soy tuya.

—No eres mía.

Me di la vuelta y ella también se detuvo. Vi que le faltaba la confianza necesaria para salvar ese último paso que nos distanciaba. Todavía era una niña. Y decidí aprovechar su vacilación, ese último atisbo de inocencia.

—¿No ves lo inadecuado que es esto?

—No sabía que eras tú. No lo supe hasta que fue demasiado tarde. Ya me había enamorado. —Lo dijo en voz baja, suplicando, y empezaron a romperse cosas en mi interior, muros que había tardado semanas en erigir—. Sólo quiero que me mires como si lo sintieras también. Porque sé que lo sientes. No son imaginaciones mías.

—¿Qué pensabas hacer, Hattie? ¿Acostarte con los dos?

—No. —Tragó saliva—. Sólo contigo.

Se me secó la boca y mi pulso alcanzó un ritmo peligroso.

—Pero le permites que te bese.

—¿Estás celoso? —Una leve sonrisa apareció en su rostro apenas un instante antes de desaparecer de nuevo—. Sólo estoy actuando, Peter. Ser la novia de Tommy es lo más sencillo del mundo, podría haberlo sido cuando tenía doce años.

Me acerqué un paso más, atraído de un modo irracional por aquella chica que no paraba de quitarse caretas como una muñeca rusa, y cada máscara era más atrevida que la anterior, un *striptease* psicológico que alimentaba la necesidad de despedazarla hasta descubrir por fin quién o qué había en su interior.

—¿Llevas actuando toda la vida?

Ella bajó la cabeza y algo parecido a la vergüenza apareció por fin en su rostro.

—Sí —susurró.

—¿Y qué papel se supone que tengo que interpretar yo?

—¡Ninguno! —exclamó, a la vez que levantaba la cabeza de nuevo con un respingo.

—Has planificado toda esta escena.

—¡No! Eso no es cierto.

—¿Y quién soy yo, Hattie? ¿El profesor de la gran ciudad que tira su vida por la borda por ti? ¿Que te hace perder la cabeza con máscara incluida? ¿Así?

En un abrir y cerrar de ojos salvé la poca distancia que nos separaba y la agarré de nuevo.

—¿Ahora viene la parte en la que te declaro mi amor? ¿Cuando te confieso que no logro eliminarte de mi puta cabeza?

—Sí —dijo con un hilo de voz.

—¿Cómo es tu fantasía, Hattie? ¿Qué viene ahora?

En sus ojos se reunieron el miedo, la ira y la excitación, todo lo que me había estado torturando desde la representación de *Jane Eyre*, y entonces supe lo que venía a continuación, lo que no podía seguir reprimiendo.

Nos movimos al mismo tiempo. Me apoderé de su boca en una batalla de labios, lengua y dientes, la tendí en el suelo conmigo y nos dejamos llevar por ese impulso infernal.

HATTIE

Enero de 2008

Perdí la virginidad cuando tenía quince años, aunque *perder* es un verbo extraño para describirlo. No es que no supiera dónde la había dejado, como puede suceder con un trabajo del instituto o con un teléfono móvil. No cabe la posibilidad de encontrarla y meterla de nuevo en su sitio. Me libré de ella en el sótano de Mike Crestview, en un viejo sofá con una tapicería estampada con hojas de col, mientras veíamos *El señor de los anillos*. Supongo que fue la típica primera vez excepto por el hecho de que yo no estaba colada por Mike. Más que nada, quería saber cómo era. No puedes ver muchas temporadas de *Sexo en Nueva York* sin que te invada la curiosidad, aunque sólo sea un poco. Y Mike era un tío bastante majo, un estudiante de último curso entusiasmado por la perspectiva de empezar la universidad. Imagino que lo que más me gustaba de él era ese entusiasmo.

Estábamos viendo la parte en la que Gandalf lucha contra el monstruo de fuego y cae en el infierno, o donde sea que cae, cuando le pregunté a Mike si le apetecía hacerlo.

Creo que se sorprendió bastante. De hecho, era más amigo de Greg que mío, pero mi hermano se había marchado de fin de semana y yo había ido a verlo a su casa sola.

—¿Tienes un condón? —le pregunté—. Si no, podemos olvidarnos.

Fue para troncharse la velocidad con la que encontró un condón y se aseguró de que sus padres todavía estaban en el colmado.

El sexo en sí estuvo lleno de altibajos, fue raro, y yo no contribuí precisamente a mejorar esa sensación. Mike me dijo que él ya lo había hecho, por lo que me limité a tenderme boca arriba y a dejar que tomara las riendas. Supongo que me dediqué más a observar que a participar. Lo que más recuerdo aparte de la tapicería del sofá (que me pareció muy áspera en contacto con el culo, por cierto), fue la vena que le sobresalía en la frente a Mike. Parecía un sinuoso río de sangre.

Imagino que esa experiencia me sirvió para comprender lo que era el sexo, porque no volví a sentir la necesidad de probarlo de nuevo.

El otoño anterior, cuando empezó el penúltimo año del instituto y Mike ya disfrutaba de la vida en Minneapolis, mi abuelo falleció justo en plena temporada de cosecha y mis padres tuvieron que ir a Iowa para encargarse de todo. Había vivido cuatro años en una residencia geriátrica tras sufrir un derrame cerebral, poco después de la muerte de mi abuela. Antes del derrame había sido igual que mi padre: un tipo duro y directo. Aunque papá tenía algo de sentido del humor, mientras que el abuelo siempre parecía tenso, como si estuviera esperando a que en cualquier momento llegara lo peor, si bien, de haber llegado el momento, seguramente no estaría dispuesto a decir ni una sola palabra al respecto. Después del derrame, era como si se hubiera vuelto del revés. Se pasaba el día llorando. Lloraba cuando íbamos a visitarlo, cuando la enfermera lo acostaba por la noche, incluso lloraba por cosas de las que tendría que haberse alegrado, como cuando los Minnesota Twins iban ganando un partido. Era como si ochenta años de sentimientos encerrados hubieran empezado a filtrarse por sus lagrimales.

La residencia geriátrica era un triste edificio de hormigón a las afueras de Des Moines, donde todas las ancianas se sentaban en un patio demacrado y gesticulaban para que nos acercáramos a sus sillas de ruedas. Nosotros las ignorábamos y manteníamos la mirada fija en la parte trasera de los zapatos de mamá hasta que entrábamos en el edificio. El abuelo siempre nos daba unas chocolatinas pasadas, capaces de destrozarte la mandíbula, y teníamos que sentarnos allí, masticando, mientras mamá charlaba con las paredes y se paseaba por la habitación quejándose de todo. Entretanto, él nos miraba y lloraba en silencio.

Cuando murió, me planteé la posibilidad de que a papá le hubiera sentado todavía peor perder la

cosecha que perder a su padre. En casa no solían expresar lo que sentían. Absorbían el dolor y las pérdidas y se limitaban a asentir si alguien decía algo al respecto. Estaba permitido ser divertido o soltar una broma de vez en cuando, como hacía papá, pero cualquier otro sentimiento se recibía con una expresión digna del *Gótico estadounidense* de Grant Wood. Todo se ocultaba, hasta el punto de que en ocasiones me preguntaba si eran capaces de sentir algo. Aun así, supongo que en el fondo papá quería a su padre, porque dejó la cosecha a medias y contrató a alguien para que se encargara de los campos durante su ausencia.

Yo me quedé para no perder clases en el instituto, y luego se suponía que debía asistir al funeral el sábado. Una tarde, estaba leyendo en el columpio de madera que teníamos junto a la casa, recorriendo el contorno de uno de mis pechos con aire distraído mientras pasaba las páginas, cuando levanté la mirada y vi a Marco a unos seis metros de distancia, mirándome fijamente. Era alto y robusto, con esa forma de obesidad tan típica de la gente que desempeña un trabajo muy físico y se harta de comida basura, con varias capas de músculo y grasa, músculo y grasa. Papá me había dicho que era guatemalteco, tenía la piel morena y el pelo negro, y le brillaban mucho los ojos cuando se quedó mirando fijamente la mano que yo apoyaba en el pecho.

Di un respingo y murmuré una disculpa antes de salir corriendo hacia la casa. Incluso cerré la puerta con llave, creo que por primera vez en la vida, y estuve observando sus movimientos a través de las cortinas de mi dormitorio durante el resto de la tarde. A lo mejor fue el libro, o el aspecto incendiado de sus ojos, pero esa noche fue la primera vez que tuve un orgasmo. Había intentado masturbarme antes, pero parece ser que la motivación era un factor importante.

Desde que me había enamorado de Peter, la motivación dejó de ser un problema.

Aun así, nada de lo que podría haber imaginado en mi cama por la noche podría haberme preparado para lo que ocurrió en el almacén de los Erickson. Empezaba a temer su ira y casi había perdido toda esperanza, cuando de repente me agarró y me obligó a arrodillarme con él. Lo recuerdo todo, cómo me acarició la piel hasta donde pudo abarcar mi cuerpo, cómo me ardían los lugares en los que me besaba. Estaba sudado y se comportaba de un modo rudo y desafiante, aunque se detuvo con la misma brusquedad con la que había comenzado.

—No podemos hacerlo —me dijo, apartándose.

Salté sobre él de nuevo, le besé el cuello y le pasé las manos por el pelo. Olía muy bien. Me pregunté cuándo dejarían de oler como chicos y adquirirían esa curiosa mezcla de almizcle, jabón y calor. O tal vez Peter siempre había olido de ese modo. ¿Qué habría hecho yo si nos hubiéramos cruzado en un centro comercial cuando él tenía dieciséis años? Con ocho años, ¿mi nariz habría notado esa combinación? ¿Lo habría seguido por la zona de restaurantes? Sonreí frente a su clavícula y murmuré:

—Tengo condones.

Él soltó un gruñido y me acarició la sien con la nariz antes de agarrarme la cara entre las manos.

—Estás intentando matarme, ¿verdad?

—No, Peter. —Negué con la cabeza tanto como me lo permitían sus manos—. Estoy intentando ayudarte a vivir.

—Deja de actuar, Hattie. Dime lo que quieres de verdad.

—Te quiero a ti, sólo a ti.

Lo dije una y otra vez, cerrando los ojos y frotando mi mejilla contra sus manos. Me recorrió la boca con un pulgar y la dejé abierta, con la esperanza de que me besara, pero no lo hizo.

Se puso de pie y se apartó arrastrándose.

—No tienes ni dieciocho años.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Qué son unas cuantas semanas?

—Desde el punto de vista legal, supone la diferencia entre que me despidan, o bien que me

despidan, me arresten y me metan en la cárcel.

Me di cuenta de que no mencionó la posibilidad de divorciarse, pero tampoco quise sacar el tema y perder hasta la más mínima oportunidad.

—Bueno ¿qué piensas hacer cuando llegue mi cumpleaños? ¿Una fiesta? ¿Un regalo?

—Un buen azote en el trasero, es lo que te mereces —dijo, casi para sí mismo. Acto seguido sacudió la cabeza y empezó a reír, aunque la carcajada no sonó alegre.

—Eh, que pronto tendré dieciocho años. —Me puse en pie y crucé los brazos—. Ya no podrás hablarme como si fuera una niña.

Él se limitó a cubrirse la cara con una mano. Me acerqué a él y se la aparté para obligarlo a mirarme.

—Si alguien se merece un buen azote, ése eres tú. Tú eres el perverso, el que tiene ideas lujuriosas con una alumna menor de edad.

Chasquéé la lengua para demostrar desaprobación con mi mejor voz de profesora sexy, pero él no estaba de humor para juegos. Sus ojos recorrieron mi rostro como si buscara desesperadamente algo que no conseguía encontrar. Yo no sabía cómo transmitirle confianza, no creía nada de lo que le decía. Al final soltó otro gemido, un gemido de derrota, me envolvió en un abrazo y apoyó su frente en la mía. Fue el gesto más dulce que me había dedicado hasta el momento, y el corazón empezó a latirme con fuerza en el pecho. La esperanza estaba a punto de asfixiarme.

—No hay castigo suficiente en el mundo para ninguno de los dos, pero ése no es el motivo por el que estamos aquí, ¿verdad?

No quería decir nada inapropiado, por lo que opté por quedarme callada. Me limité a cerrar los ojos y a apoyarme en él.

—¿Cuándo cumplirás los dieciocho?

—El 4 de enero —susurré.

Peter se quedó en silencio un minuto y luego dijo algo que me provocó una felicidad de nivel cardíaco.

—Iremos a Minneapolis.

Fijamos la fecha para el primer fin de semana después de mi cumpleaños. Le explicó a su esposa que iba a visitar a unos amigos, y yo a mis padres que quería ver la Universidad de Minneapolis. Papá insistía en que solicitara plaza igualmente, por si al final decidía matricularme en una facultad que quedara más cerca de casa. Por eso papá y mamá se emocionaron (dentro de su capacidad para emocionarse, claro) cuando les comenté que participaría en una visita al campus. Cuando mamá me propuso acompañarme en coche le contesté que ya lo había arreglado para dormir en casa de una chica de primer año a la que había conocido y cuya familia se había mudado a una zona residencial.

—Quiere llevarme al casino para celebrar mi cumpleaños —les dije una noche, mientras cenábamos ternera stroganoff.

Papá se había reído y mamá había fruncido el ceño, y los dos me dijeron que no querían que me gastara más de veinte dólares. No hizo falta nada más para que la historia sonara sólida como una roca. Ésa solía ser la clave con mis padres: si admitía algo malo, algo muy leve, podía ocultar los demás comportamientos inmorales que tendría a mi disposición. Y si en algún momento llegaron a sospechar algo, probablemente debió de ser el mismo tipo de cosas que podría hacer una vez cumplidos los dieciocho, como tatuarme alguna cosa o comprar cigarrillos. Dormir con mi profesor de lengua casado quedaba tan alejado de su radar que hasta sonaba ridículo.

El resto del mes de diciembre pasó con una lentitud propia de un iceberg. Los días se me hicieron muy largos. En mis turnos en CVS siempre había una cola interminable de clientes. Tommy me llevó al

autocine para intentar meterme mano por debajo del jersey. Portia se resfrió y luego me lo pasó a mí y tuve dolor de garganta, tos y todas esas cosas. Lo único bueno fueron las clases de Peter: me sentaba en primera fila como de costumbre y disimulaba de algún modo para que no se notara que me lo comía con los ojos. Charlaba con Portia y con Maggie y discutía la mayoría de las teorías que Peter nos explicaba sobre las lecturas, como siempre. El único contacto físico que manteníamos era en el momento de recoger los deberes. Nos hacía ir pasando los trabajos de atrás hacia delante y luego iba a la primera fila para reunir las pilas. Cuando yo le tendía la de mi fila, nuestros dedos se rozaban. Nada más.

Un día, no obstante, la semana anterior a Navidad, estaba acabando de escribir un mensaje desde mi teléfono cuando sonó el timbre y, de inmediato, Peter me llamó.

—¡Hattie!

Gritó bastante, y todos pararon de hablar para ver qué sucedía.

—¿Sí? —Pulsé el botón de «Enviar» antes de levantar la mirada.

—El teléfono encima de mi mesa. Ahora. Podrás recogerlo al final de las clases.

Me levanté y dejé el móvil sobre su escritorio, eufórica por haber violado la norma que impedía el uso de teléfonos en clase. Creí que había sido una treta genial, que había encontrado la excusa para verlo a solas, pero después de las clases un grupo entero de alumnos de segundo habían invadido su aula para preparar las pruebas de evaluación estatales.

En cuanto me vio entrar, levantó la mirada por encima de la multitud que lo rodeaba.

—Ah, Hattie. Tu teléfono está ahí encima. Déjalo en casa la próxima vez, ¿de acuerdo?

Asentí y lo cogí, desmoralizada por completo después de haber perdido la mitad del día soñando despierta con un simple roce de su piel, una promesa susurrada o incluso un beso robado tras una puerta.

Cuando por fin hube terminado de recoger mis libros de la taquilla vi los mensajes. Había recibido tres nuevos y me los había mandado yo misma, media hora antes.

«Desde su pelo, las cabezas de cinco crucificados también miraban, sin expresar más que ella.»

¿Eres tú? Sigo mirándote, no puedo evitarlo. Mirarte es lo único que me alimenta.

Mira el neumático delantero de la derecha.

Prácticamente salí corriendo del edificio, atravesé el aparcamiento y encontré un paquete rectangular encima del neumático, oculto por el guardabarros y envuelto en papel dorado.

Entré en la camioneta y lo abrí, en cuanto me hube asegurado de que no me veía nadie. Era un libro, una edición de tapa dura de V. de Thomas Pynchon, el libro para el que había querido la dedicatoria la primera vez que hablamos en el chat. Parecía que hubiera pasado una eternidad desde entonces. No había escrito nada en el interior. Se había esmerado en que no hubiera el más mínimo vínculo entre nosotros, pero aquello no podía importarme menos en esos momentos. Me había hecho un regalo por Navidad.

Olí el papel que lo envolvía, susurré «lo único que me alimenta» y me quedé más embelesada que nunca.

También recibí otro regalo inesperado. Gerald me mandó una cámara de vídeo con una nota escrita con esa letra suya, tan arremolinada. Me puso algo sobre el esfuerzo y la dedicación que tendría que demostrar antes de alcanzar la perfección. Portia y yo pasamos las últimas noches antes de las vacaciones de invierno interpretando nuestras escenas de cine preferidas frente a la cámara, lo que contribuyó a que el tiempo transcurriera más rápido.

Las Navidades han sido tan raras, este año. Aunque no se podía decir que echara de menos a Greg, lo cierto es que me pareció extraño que no estuviera aquí, abriendo sus regalos y gritando sorprendido o entusiasmado. No había nadie que pudiera diluir un poco la atención que me prestaban papá y mamá. Se sentaron en el sofá, soplando el vapor que emanaba de sus tazas de café, observándome con aquella

curiosa forma de felicidad impostada a la que recurres cuando quieres fingir que todo va bien, que todo es normal, mientras yo abría una caja grande que había encontrado junto al árbol.

El regalo resultó ser una maleta, una maleta preciosa. Era compacta y sencilla, con bolsillos y compartimentos muy prácticos y ruedas que parecían de titanio. El ruido que hicieron al rodar no pasó de un zumbido elegante en contacto con el suelo laminado cuando me puse a dar vueltas alrededor de la mesa de la cocina.

—Me encanta —les dije con toda sinceridad, antes de abrazarlos.

—Si te marchas a ver mundo el año que viene, tendrás que ir bien equipada —señaló papá, revolviéndome el pelo que ya tenía enmarañado por las horas de sueño.

Mamá me enseñó a quitarle las manchas y el polvo para que el color negro se mantuviera más tiempo en buen estado, y luego me preparó una tortilla tan enorme que ni siquiera me la pude terminar.

Recogí la maleta enseguida y la dejé en un rincón de mi cuarto hasta que diciembre dio paso a enero y el día 5, que era sábado, la metí en el asiento del acompañante de mi camioneta (donde, por cierto, daba el cante) y me dirigí al Crowne Plaza, en el centro de Minneapolis.

Llamé a la puerta de la habitación casi sin aliento, y cuando por fin la abrió nos quedamos plantados, mirándonos.

—Hola.

Yo me limité a sonreír en lugar de responder, no confiaba en mi voz.

—Entra —dijo, dando un paso a un lado y gesticulando con torpeza.

Había lirios en un jarrón, sobre la mesa. Fui hacia ellos directamente y toqué uno de aquellos pétalos blancos de bordes irregulares.

—Bonito hotel, ¿no?

—No. Quiero decir que sí, pero que las flores las he traído yo. Una vez me dijiste que eran tus favoritas.

Cuando se me acercó, parecía un poco nervioso. Yo solté el asa de la maleta, cogí una de las flores del ramo y la olí con los ojos cerrados.

—Gracias.

—Feliz cumpleaños.

Me invadió una sensación de calidez al oír su voz, tan tenue, tan cerca de mi oreja. Me parecía imposible sentir más felicidad que en ese momento de calma a su lado, con toda la noche por delante, sin que nadie pudiera molestarnos. Me di la vuelta hacia él y le dediqué una sonrisa coqueta.

—¿Éste es el único regalo que me harás?

Levantó un dedo y me rozó la barbilla.

—Todavía no lo sé.

Me acerqué un poco más, alzando la cabeza.

—¿Hay algo que pueda hacer para que te decidas?

No me decepcionó. Poco a poco, se inclinó hacia mí y me besó. Fue un beso incomparable, más lleno de aire y de promesas que de carne. Noté debilidad, humedad. Busqué los botones de su camisa, pero me detuvo.

—No.

—¿No? —dije, como si fuera la primera vez que oía aquella palabra.

Se rio y me envolvió el cuello de nuevo con la bufanda.

—Vamos a salir.

Hacia un frío de mil demonios, por lo que tomamos la ruta aérea: fuimos andando de un rascacielos a otro por el laberinto de galerías comerciales y oficinas que transcurría por encima del nivel del suelo. La mayoría de los comercios estaban cerrados durante el fin de semana, y sólo pudimos contemplar los escaparates y deambular por los pocos que continuaban abiertos. Peter me llevó por una ruta serpenteante

hasta el Nicollet Mall, y luego estuvimos paseando por las calles más concurridas del barrio de los teatros. Reconocí la vieja marquesina iluminada con bombillas de un teatro en el que había visto *El cascanueces* cuando tenía diez años.

—¿Eso fue el año pasado? —bromeó.

—No lo sé, viejo. ¿Por qué no lo grabas en una tableta de piedra, para que pueda darme cuenta de lo joven que soy?

—Lo siento, me he dejado el cincel en casa.

Me envolvió el guante con el suyo y seguimos andando como si lo hiciéramos cada día. Ninguna de las personas con las que nos cruzamos se molestó siquiera en mirarnos.

Y seguimos jugando, picándonos, fingiendo estar borrachos a pesar de estar completamente sobrios, hasta que llegamos a un restaurante de tres pisos con iluminación azulada.

—¿Tienes hambre? —preguntó, mientras abría una colorida puerta teselada.

Puesto que todavía era temprano, no había mucha gente cenando y pudimos sentarnos enseguida. Resultó ser un restaurante de tapas, uno de los favoritos de Peter, y me dijo que podía pedir lo que me apeteciera. Poco después, la mesa quedó llena de platillos exóticos y me dediqué a probarlos todos, uno por uno. Aunque algunas cosas tenían un sabor extraño, la mayoría me parecieron deliciosos. Mi favorito fue una lengua de buey envuelta en hoja de col con una salsa para mojar. Cuando se lo ofrecí a Peter, lo rechazó.

—Soy vegetariano.

—¡¿Qué?!—exclamé.

Eso me dejó hecha polvo. Examiné la mesa para ver si encontraba alguna prueba de que hubiera comido algo de carne y me di cuenta de que todos los platos que tenía en su lado eran quesos, verduras y panes. Era un detalle mundano, pero por algún motivo consiguió que la seguridad que había sentido se tambaleara y nos distanció un poco más.

—¿Hay algo más que no sepa sobre ti?

Peter sonrió y pensó durante un segundo antes de responder.

—Que odio el tofu —confesó; incluso frunció los labios cuando lo dijo—. Supongo que es un pecado para los veganos, pero es que esa cosa siempre me recuerda al soylent verde de *Cuando el destino nos alcance*.

—Nunca he probado el tofu.

—Qué suerte la tuya.

Me reí.

—¿Por qué te hiciste vegetariano?

—Mi madre lo era. Simplemente me crio así.

—A mí me encantan el pollo y las galletas que prepara mi madre.

—A mí me chiflan los *portobellos* asados de la mía.

—A mí, los champiñones me parecen asquerosos —declaré—. ¿Quién tuvo la genial idea de comer hongos?

—Setas.

—Gracias, simpático. También odio que me corrijan al hablar.

Peter cerró los ojos y negó con la cabeza a modo de disculpa.

—Créeme, yo también lo odio. Pero sale de mi boca antes de que pueda darme cuenta.

—Ya sé qué quieres decir, a mí también me pasa. Me encuentro a media conversación y de repente me doy cuenta de que no me creo nada de lo que estoy diciendo.

Me sentía radiante, atrapada en ese juego de confesiones, pero Peter se quedó callado justo cuando el camarero se nos acercó para comprobar que todo iba bien. Cuando nos quedamos solos de nuevo, se inclinó hacia mí y me cogió de la mano, con los ojos clavados en los míos, y en ese momento dejó de

existir cualquier otro lugar del mundo que no fuera esa mesa envuelta por un haz de luz.

—Cuéntame algo que sea verdad —me dijo.

—Lo acabo de hacer. El pollo y las galletas. Los champiñones. —Mi sonrisa burlona fue perdiendo fuerza poco a poco.

—Eso es distinto. Son detalles, mera información sin peso, sin importancia. Hay información por todas partes. Cuéntame algo visceral, algo que forme parte de ti tanto como tu aliento o tus dientes, algo sobre lo que ni siquiera seas capaz de mentir. Cuéntame algo que te retenga aquí conmigo.

Por un segundo me quedé mirando los platos que cubrían la superficie de la mesa y entonces surgió el recuerdo, como si hubiera estado flotando por los límites de mi mente, esperando para ser revelado. Deslicé mis dedos sobre los suyos y me pregunté por dónde debía empezar y qué pensaría de mí cuando hubiera terminado. Respiré hondo y elegí las palabras con cuidado.

—Cuando era pequeña, andaba siempre pegada como una lapa a mi hermano, Greg, y a los gemelos Beason, que vivían en una granja cercana. Eran unos chicos mayores y atléticos, me costaba mucho seguirlos con la bici y no me trataban precisamente bien. Si hubiera tenido a alguien más con quien jugar, no los habría seguido siempre a todas partes. Pero en el campo, juegas con quien vive cerca de ti.

»A veces perseguíamos a los gatos del granero o íbamos a nadar al lago. O me pedían que robara cosas de la farmacia, porque a mí nunca me paraban más que para preguntarme por mi madre. En otras ocasiones, se limitaban a mandarme de vuelta a casa.

»Un día bajaron en bici hasta la cantera y yo los seguí, como de costumbre. El lugar estaba rodeado por una vieja cerca de alambre, pero había unos cuantos agujeros y nadie trabajaba allí desde hacía muchos años. Era muy fácil entrar. Dejamos las bicis en lo más alto y bajamos por la pared de roca. Parecía una escalera gigantesca excavada en el suelo, como si nos adentráramos en otro mundo. Yo estaba entusiasmada y empecé a explorar nada más llegar al fondo. Los chicos dispusieron en el suelo unas latas de conserva y comenzaron a lanzarles piedras. Yo no prestaba atención a lo que hacían y seguí a lo mío mientras ellos ponían a prueba su puntería. La piedra me dio justo aquí.

Me pasé un dedo por encima de la cicatriz que tenía justo debajo de la ceja derecha. La piel tenía un tacto más suave en ese punto, era más brillante y ligeramente rugosa.

—Me caí y lo dejé todo perdido de sangre. Se me metía en el ojo y no veía nada. Los chicos empezaron a gritarse entre ellos, y también me gritaron a mí. Supongo que debían de habernos prohibido que fuéramos a la cantera. Cuando los acusé de haberme herido a propósito, uno de ellos (no sé quién) se me acercó a la oreja y me dijo que, si los delataba, pagaría las consecuencias. Nunca más me permitirían jugar con ellos y, si lo intentaba, me lanzarían más piedras.

»“Y entonces sí será a propósito”, me aseguró.

»Trataron de hacerme escalar la pared de roca de nuevo, pero no veía nada y la cabeza me dolía mucho. Me caí unas cuantas veces hasta que al final Greg me pidió que esperara allí mientras iban a buscar ayuda.

»Me quedé tendida en el fondo de la cantera durante lo que me pareció una eternidad. No encontré ninguna sombra en la que cobijarme y el sol comenzó a provocarme náuseas. Sabía que mi padre llegaría de un momento a otro y que tendría que mentirle, y estaba convencida de que Dios me mataría por ello. “Honrarás a tu padre y a tu madre”, decían en la escuela dominical. Me imaginé a Dios en persona, bajando esos escalones gigantes, señalándome con un dedo y condenándome a permanecer allí, sin que pudiera volver a subir jamás al mundo normal.

»Cuando llegó mi padre, le dije que había bajado sola a la cantera a pesar de que los chicos me habían advertido que no lo hiciera, y que me había caído. Estaba llorando y temblando, esperando el juicio que tanto temía, pero papá me agarró entre sus grandes brazos y me llevó a cuestas hasta la camioneta antes de volver a casa.

»No castigaron a nadie. Ni siquiera a mí.

Me froté la cicatriz con gesto distraído mientras el camarero retiraba los platos.

—Greg y los gemelos Beason me agradecieron que mintiera. Incluso robaron unos cuantos paquetes de mis caramelos preferidos para regalármelos, pero yo me pasé el resto de la semana muerta de miedo. Continuaba esperando que llegara el castigo y me resultaba insoportable. Sabía que me sucedería algo terrible por lo que había hecho.

»Ese domingo, en la iglesia, pronuncié la primera y única oración que he rezado por voluntad propia. “Amado Dios”, dije, “si estás enfadado conmigo, fulmíname aquí y ahora”.

»Pero no ocurrió nada. El organista siguió tocando. Mis padres siguieron cantando el himno. Una oleada de alivio se apoderó de mí cuando me di cuenta de que podía sentirme segura. A Dios no le importaba lo más mínimo. Empecé a fingir más, a sentirme más aceptada, y recé exactamente lo mismo a la semana siguiente, y la otra. Lo he estado rezando cada domingo desde que tenía ocho años. “Amado Dios, si estás enfadado conmigo, fulmíname aquí y ahora.”

»Y cada semana, cuando veo que no lo hace, salgo de la iglesia sintiéndome... absuelta. Como si aún estuviera cubierta de polvo, pero de un polvo limpio. Sé que no soy una buena chica, Peter. No creo que pueda llegar a serlo jamás. Y eso es algo sobre lo que no sé mentir. No puedo entrar en la iglesia y decir “Bendíceme, Señor, porque he pecado”. Sé que no merezco la bendición. Entro y digo: “Fulmíname”. Y aunque sé que Dios me hará pagar por ello algún día, no puedo cambiar. Porque por mucho que quiera ser buena y recibir su bendición —dije, levantando la mano de Peter, besándole la palma y apoyando mi mejilla en ella—, te quiero más a ti.

Froté mi cara en su mano para absorber al máximo la textura de su piel y memorizarla para poder recordarla durante los días venideros. Su pulgar me rozó la mejilla y estudió mi rostro, como si también lo estuviera memorizando.

—¿Qué piensas? —pregunté temblorosa—. ¿Te ha parecido suficientemente sincero?

—Creo... —Respiró hondo y dejó salir el aire poco a poco. Luego bajó nuestras manos hasta que nos quedaron sobre la mesa y besó la mía en el dorso—. Creo que ahora tendrá que fulminarnos a los dos.

Volvimos al hotel y nos desnudamos poco a poco, saboreando la revelación de nuestros cuerpos. Cuando nuestra ropa quedó apilada en el suelo, me tendió en la cama y me recorrió con caricias mientras me susurraba lo bonitos que eran mis pechos y el sabor tan dulce que tenían. Exploró mi barriga, mis caderas y el interior de mis muslos, y sus palabras crearon algo en mi interior, una especie de animal salvaje que corcoveaba y se tensaba, forjando mil emociones invisibles que estaban atrapadas bajo mi piel. Cuando alineamos nuestros cuerpos y se metió dentro de mí, la felicidad que sentí fue tan extraordinaria que empezó a desbordarme por los ojos y a mojarme las sienes.

De forma inesperada, recordé el silencio de mi abuelo, su rostro humedecido por las lágrimas en esa residencia geriátrica tan deprimente. Seguramente aquél era el momento menos adecuado para pensar en mi difunto abuelo, parecía la prueba definitiva de lo rara que llego a ser, pero en esos instantes comprendí, por fin, que el amor podía llegar a niveles que nuestros cuerpos eran incapaces de contener.

Cuando Peter vio mis lágrimas, dejó de moverse y me miró con una expresión de lo más extraña.

—¿Qué ocurre? —susurré.

—Iba a pronunciar tu nombre, pero ni siquiera sé cómo llamarte.

Tiré de su cabeza para acercármela al cuello, dejando que me envolviera por completo con su cuerpo.

—Llámame tuya.

DEL

Miércoles, 16 de abril de 2008

El problema del ADN era que te podías pudrir esperando los resultados. No era como en las películas en las que metían algo en un tubo de ensayo, lo agitaban un poco y encontraban el nombre del asesino. Había que mandar las muestras al laboratorio forense de Minneapolis y te ponían a la cola de todas las pruebas pendientes, de manera que no empezaban a trabajar en ellas hasta que habían terminado todas las anteriores, y eso podía significar hasta un año según cuál fuera la naturaleza de la muestra. El personal del laboratorio trabajaba de nueve a cinco y su trabajo consistía en observar células de chicas muertas. No sentían ningún interés especial en tu chica muerta, para ellos no era distinta de las demás. Al menos eso es lo que parecía desde Pine Valley, donde sólo había muerto una, pero el crimen había abierto una brecha grande y desagradable en el pueblo.

La muerte de Hattie acaparaba todas las conversaciones, era lo único que pesaba en las miradas que me lanzaba la gente que se cruzaba conmigo por la calle. Empezó a correr el rumor de que le habíamos tomado muestras de ADN a Tommy Kinakis; seguramente fue el propio Tommy quien se fue de la lengua, el muy imbécil. También se decía que nos habíamos llevado al señor Lund del instituto para interrogarlo. El teléfono no paraba de sonar en el despacho y Nancy se encargaba de calmar los ánimos entre quienes llamaban, pero sintió la obligación de ponerme al día acerca de los chismorreos que circulaban mientras se comía un bocadillo y se tomaba una taza de café recién hecho en los pocos espacios libres que quedaban en mi mesa. Brian Haeffner seguía ejerciendo de político e intentó organizar ruedas de prensa a diario. Todos los padres de la ciudad querían saber si sus hijos podían sentirse seguros en el instituto. Gracias a Portia, la historia de la maldición había corrido como la pólvora y dos camionetas de las cadenas de noticias de las ciudades se habían instalado en Main Street la noche anterior. Yo ya ni cogía el teléfono a menos que fueran Jake o Bud los que me llamaban. Este último lo hizo más o menos a las seis de la madrugada.

—Del.

—Bud. —Me pilló sentado a la mesa de la cocina, mirando la foto de portada del periódico: una «toma» de la función del viernes por la noche en la que aparecía Hattie con el vestido ensangrentado y la corona, un gesto torturado y un brazo extendido hacia la oscuridad. Me puso la piel de gallina. Imaginé a Bud contemplando la misma imagen. Después de saludarnos, ninguno de los dos dijo nada más durante un minuto.

—¿Tienes los resultados de las pruebas de ADN? —preguntó con la voz ronca.

—No. No, tardarán bastante. Estoy comprobando otras cosas mientras tanto, para ir adelantando trabajo.

—Ayer te llevaste a Peter Lund a comisaría.

No fue una pregunta, pero tampoco hacía falta para comprender lo que quería saber. Veinticinco años de amistad se notan en esa clase de cosas.

—Estamos hablando con mucha gente.

—¿Crees que Lund tiene algo que ver?

—Dirigió la obra, conocía a todos los chicos. Ya has oído la mierda esa sobre la maldición. Si alguno de ellos pensaba hacer algo malo, creí que tal vez Lund podría tener algún indicio al respecto.

Me irritó mentirle sin tapujos, utilizar aquella estúpida maldición como un motivo que pudiera explicar algo.

—Entonces ¿no crees que fuese Tommy?

—Yo no creo nada, Bud. Cuando empiezo a pensar las cosas son de una manera, pero luego van

surgiendo muchas otras alternativas igual de probables. Simplemente estoy intentando reunir el máximo de información posible mientras espero los resultados del ADN, para tratar de descifrar qué ocurrió y quién está envuelto.

Se produjo otro largo silencio, un suspiro al otro lado de la línea y la voz que salió con dificultad de la garganta de Bud. Sonaba como si aquella llamada le estuviera resultando casi insoportable.

—Del, por el amor de Dios. No puedo dejar de pensar en su cuerpo tendido sobre la mesa de autopsias. Mona y yo fuimos ayer a verla y parecía un pedazo de carne, tan hinchada y tan... demacrada. Mi niña. Mi hija, y no era más que un trozo de carne en una mesa de operaciones.

Empezó a intercalar sollozos entre las palabras. Me costaba mucho entender lo que decía.

—Pienso destripar al hijo de puta que lo hizo. Acabará deseando no haberla mirado siquiera.

—Bud, escúchame. ¿Bud?

Un sonido de rozaduras y una respiración intensa fueron la única respuesta.

—Encontraré a ese tipo, Bud. Hattie me tiene a mí, no hace falta que su padre acabe entre rejas. Mona también te necesita, ya lo sabes. Y Greg te necesitará cuando regrese a casa. Piensa en ellos.

No supe si me había oído hasta que su respiración se calmó un poco. El sol comenzaba a salir y envolvió la cocina en un manto anaranjado.

—¿Me estás diciendo que me arrestarás?

—Bud...

—Mi niña está muerta. Parece que fue ayer cuando la cogí en brazos, sosteniéndole la cabecita, aquella cabecita pelona, y la vi llorar por primera vez. Le enseñé a conducir un tractor llevándola sentada en mi regazo, aguantando los rebotes de sus coletas en mi cara. La vi interpretando a una reina... una reina con todo el poder y toda la maldad que puedas imaginar. Y el escenario era suyo. Lo iluminó ella. La abracé y le dije que lo había hecho muy bien, y permití que se marchara. Permití que saliera de ese instituto y que muriera. Y estaré condenado si me quedo aquí sentado eligiendo el vestido del funeral mientras su asesino anda suelto.

—Pues es justo lo que harás.

—Mierda, Del. ¿Por qué no me lo cuentas?

—Te estoy diciendo que la investigación está en curso. Sabrás quién mató a Hattie en cuanto le ponga las esposas al culpable.

Hubo una pausa y luego oí el tono de la línea. Dejé caer la frente sobre el dorso de la mano.

Al cabo de un minuto, me levanté para acercarme a la ventana, donde el cielo ya se aclaraba tras las casas. En condiciones normales disfrutaba contemplando un amanecer como ése, un verdadero infierno ardiendo entre las nubes; era uno de esos cielos que conseguían que Bud y yo ignoráramos los tirones de la caña, porque preferíamos quedarnos sentados en la barca y observar el horizonte. Llevábamos más de dos décadas pescando juntos. Cada año me invitaba a cenar en su casa por Pascua, y ese año nos habíamos sentado todos a su mesa para comer jamón glaseado con miel. Hattie había estado insistiendo para que le contara cuánto podía exceder el límite de velocidad sin que la multaran, y eso a Bud, a Mona y a mí nos hizo mucha gracia. Pero jamás volvería a rebasar el límite de velocidad. Bud, que me había animado a multarla ahí mismo por «conspirar contra los límites de velocidad», acababa de amenazarme con tomarse la justicia por su mano. Si no me las arreglaba para encontrar al asesino de Hattie de la manera más rápida y discreta posible, tal vez acabaría perdiendo también a Bud.

Esa mañana noté que la placa me pesaba especialmente. Apuré la taza y salí de casa con la necesidad imperiosa de hacer algo, lo que fuese que me permitiera avanzar con el caso.

Fui a ver a Carl Jacobs a su casa. Jake había hablado con Carl el día anterior y había corroborado la historia de Lund, y la mayoría de sus respuestas coincidieron al detalle. Los dos alegaron haber ido a

casa de Carl después de cerrar el instituto, que cada uno había ido en su coche y que Lund había conducido por detrás de Carl, para seguirlo. Se habían sentado en el sótano de Carl para tomar una cerveza (Budweiser, los dos coincidieron también en la marca) y habían pasado un rato charlando hasta que Lund se marchó a casa. Carl calculaba que debían de ser las diez y veinticinco, porque justo después se puso a ver el último boletín de noticias.

Lo que no quedó muy claro fue el tema de conversación. Lund dijo que hablaron sobre la obra y sobre el trabajo. Carl no se acordaba muy bien, según me contó Jake. Luego añadió que hablaron de deporte, de cómo estaban los Twins esa temporada, y que no creía que hubieran hablado de gran cosa más.

Llegué a casa de Carl temprano, a las siete menos cuarto, lo suficiente para poder hablar un rato con él antes de que saliera para ir a trabajar. Cuando llamé, abrió la puerta como si me hubiera estado esperando: ya vestido y afeitado, listo para empezar el día.

—¡Sheriff! Un poco pronto, ¿no? —preguntó, fisgoneando por detrás de mí, en dirección al coche patrulla.

—Necesitaba que me dedicaras unos minutos —respondí.

Le señalé el interior con un movimiento de cabeza y me invitó a pasar. Su hijo estaba en el pasillo, todavía en pijama, pero ya completamente desvelado e incluso asustado, a juzgar por su expresión.

—Buenos días —lo saludé, con un toque en el sombrero, algo que gustaba mucho a los chicos, aunque con él no surtió efecto. Se limitó a bajar la mirada hacia el suelo, sin moverse—. ¿Crees que Lanie podrá ocuparse de él un minuto mientras hablamos?

—¡Lanie! —gritó Carl.

Su esposa apareció enseguida, también en pijama. No parecía ni muy despierta ni muy complacida por mi presencia.

—¿Qué? —preguntó sin siquiera saludarme.

—Tengo que hablar con el sheriff.

—¿Otra vez?

—Ocúpate de Josh, que se prepare para salir, ¿de acuerdo?

Ella negó con la cabeza, se llevó al niño al pasar y dio un portazo desde el fondo del pasillo.

Carl hizo un gesto para invitarme a entrar en la cocina.

—Veo que no le sienta bien madrugar —comenté en un tono cordial.

—¿Qué ocurre, sheriff? Ya respondí a todo lo que me preguntó su ayudante, y me hizo perder una clase entera. ¿Sabe usted cómo me mira la gente por su culpa?

—¿Cómo?

—Como si fuera... —empezó a decir, pero negó con la cabeza en lugar de terminar—. Como si tuviera algo que ver con toda esta mierda.

—¿Y están en lo cierto?

—¿Qué me está preguntando?

—¿Qué sabes, Carl?

Dejé el sombrero encima de la mesa y lo observé con atención.

—Sé que Hattie Hoffman ha muerto, eso es todo. Que la he tenido en clase de historia durante dos años. En historia americana el año pasado y en historia europea este curso. Y que prefería la europea.

—No me refería a eso. ¿Por qué mentiste a Jake?

—¿Que mentí?

—Quiero saber de qué hablasteis el viernes en el sótano, y será mejor que no me digas que estuvisteis comentando la temporada de los Twins.

Se quedó con la mirada fija en mí, petrificado, hasta que se acercó a la puerta para echar un vistazo al pasillo, y luego se dejó caer en una de las sillas de la cocina.

—Lanie —dijo en voz baja.

—¿Qué le pasa?

Suspiró antes de responder.

—Estuvimos hablando sobre ella. Cuando Peter vino conmigo el viernes, Lanie se enfadó. Empezamos a pelearnos. Últimamente nos peleamos a todas horas. Y cuando terminamos y subió al piso de arriba, Peter y yo estuvimos hablando sobre el tema.

—¿Qué tema?

—Sobre casarse demasiado pronto. Sin saber en qué demonios te estás metiendo. Él también se casó nada más salir de la universidad.

—¿Tiene problemas conyugales? ¿Hablasteis sobre eso?

Se quedó callado un instante.

—No. No exactamente. Pero me preguntó algo y no estoy orgulloso de lo que le respondí. Por eso no se lo conté a su ayudante.

Esperé hasta que por fin lo soltó todo.

—Me preguntó si me habría quedado con Lanie de no haber nacido Josh. Si seguiría casado con ella de no haber niños de por medio.

El tono de voz bajo se convirtió casi en un susurro.

—Le dije que no. Le dije que a veces tenía la sensación de que incluso Josh quería que nos divorciáramos. Nos peleamos por cosas tan tontas...

—¿Qué clase de cosas?

La casa olía a destilación de cerveza casera.

—Cualquiera. ¿Ha estado usted casado, sheriff?

—Sí.

—Ajá. No lo sabía. ¿Y qué ocurrió?

—Vietnam.

—¿Le dejó cuando estaba en la guerra?

—No. Dos minutos después de volver. Resultó que le gustaba más cuando estaba en la otra punta del mundo.

Yo nunca hablaba de Angie. No porque me siguiera afectando, había llovido mucho desde entonces. Hubo una época muy lejana en la que había estado amargado por el tema, por la manera en que se había marchado, pero todo aquello había quedado atrás. Ni ella ni yo habíamos sabido lidiar con el veterano furioso en el que me había convertido. Y ella quería una vida normal, feliz. Antes de que me alistara, me había rogado que nos marcháramos juntos a Canadá. Sin embargo, yo hice lo que me pareció más honorable y puse el país por delante de mi chica. Sus cartas me ayudaron a superar ese mal trago, y ése es el recuerdo que me queda de ella. Cuando me enteré de que había muerto en un accidente de coche a las afueras de Dubuque hace unos años, recuperé todas aquellas cartas. Fue una sensación muy extraña volver a leer cómo me advertía que tuviera cuidado, que intentara salir ileso. Todas aquellas preocupaciones las había escrito Angie con una mano que, mientras las releía, ya estaba muerta. Las guardaba en la caja en la que tenía las medallas y la carta del presidente, y no había vuelto a leerlas. No era necesario desenterrar el pasado, pero me supo mal lo de Carl. Angie y yo también éramos unos chavales, sin propiedades ni hijos que pudieran ensuciar el divorcio. Consistió en un simple «Hasta luego» y en firmar unos papeles. Pero Carl y Lanie compartían una vida, una casa y un hijo.

—Es horrible, sheriff —dijo en un tono enojado—. Abandonar a un héroe de guerra nada más volver a casa.

—A lo hecho, pecho. —Recogí mi sombrero y empecé a caminar hacia la puerta—. ¿Lund se quejó de su esposa?

—En realidad, no. Más bien de su suegra. Al parecer no le hace ni caso.

—¿Y hablasteis de Hattie, esa noche?

—No. —Abrió la puerta y me acompañó hasta el coche patrulla—. No, de eso me acordaría, sin duda.

—De acuerdo. Gracias por atenderme tan temprano por la mañana.

Asintió y Lanie apareció frente a la mosquitera, a su espalda, con la cara contraída en una mueca enojada. Tanto si había oído lo que Carl había confesado en la cocina como si no, parecía que se avecinaba un temporal.

Casi sin proponérmelo, me dirigí a casa de Bud sin saber qué contarle. No podía explicarle lo que quería saber, es decir, hacia dónde debía apuntar el arma. La investigación estaba abierta, por no mencionar la pesadilla que suponía tener a la prensa pendiente de ello, por lo que cuanto menos supiera Bud, mejor.

Pasé de largo frente al desvío que llevaba a casa de Bud y me dirigí hacia el lago. Por el camino, llamé al laboratorio forense para comprobar qué sabían sobre las muestras recogidas. Me informaron de que el expediente todavía estaba pendiente y que no podían decirme cuándo lo habrían procesado. Estaban trabajando en «una cantidad inusualmente grande de expedientes», según el pringado que respondió a mi llamada.

Dejé el coche en el aparcamiento en el que se habían detenido Hattie y Tommy el viernes por la noche, mirando hacia el otro lado del lago, hacia el almacén de los Erickson, cuyo viejo tejado se encorbaba en dirección al agua. Unos cuantos árboles bordeaban la orilla junto al almacén, los suficientes para ocultarlo incluso en los lugares en los que la hierba todavía no había alcanzado la altura que tendría al cabo de unos meses. Según lo que había contado Tommy, Hattie había salido de la camioneta y se había marchado sola hacia el almacén. Para encontrarse con alguien. ¿Por qué tendría que haber acudido allí si no era para encontrarse con alguien? Es probable que fuera hacia las diez de la noche. Lund podría haber acudido fácilmente después de haber estado hablando con Carl. Alguien podría haberla seguido hasta allí, también, ya se tratara de Tommy u otra persona, pero quienquiera que fuese debía de tener un motivo para rondar por allí en plena noche. Me froté la cara y pensé en lo reducida que era la lista de sospechosos. Tanto Lund como Tommy tenían un móvil para hacerlo, los dos contaban con motivos suficientes para desear la muerte de Hattie.

Salí del coche patrulla y caminé sobre los últimos pasos de Hattie: atravesé el aparcamiento y luego bordeé las aguas del lago, que lamían la orilla con una suave y cálida brisa. Había refrescado y el cielo estaba más nublado que el viernes. Estábamos a poco más de diez grados y quedaríamos algo por debajo cuando se hubiera puesto el sol. Debió de tener frío, probablemente caminó a buen ritmo, tanto para combatir el frío como para alejarse de Tommy. No se veían casas ni graneros en el horizonte, en ninguna dirección. La luz de seguridad del aparcamiento debía de estar encendida, pero no tenía suficiente potencia para iluminar más allá de un radio de treinta metros, por lo que una luna parcial fue la única luz que le permitió ver el camino. ¿Pasaría miedo? No lo sabía. Si estaba sola, no. Caminar sola entre el frío y la oscuridad no bastaba para amedrentar a una chica de campo. Hattie tal vez quería marcharse a la ciudad, pero formaba parte de esta tierra tanto como cualquier otro joven de Pine Valley, y la tierra era un consuelo para la gente del lugar. Su amplitud y su inmensidad eran un bálsamo. No, si caminó hacia su muerte sola, lo hizo sin miedo. Recorrí el sendero y observé los alrededores de nuevo. No había nada revuelto, ni la hierba ni el lodo, ni rastro de forcejeo. Ya lo habíamos comprobado, tanto yo mismo como el equipo forense; incluso Jake había buscado pistas por allí, pero no estaba de más volver a pisar el terreno, sobre todo teniendo en cuenta que no podía dejar de pensar en el caso mientras esperaba a que un laboratorio a ciento sesenta kilómetros de distancia se dignara a meter algo dentro de un vial.

A medio camino hacia el almacén, me detuve y volví la vista atrás. El aparcamiento había desaparecido tras un leve cambio de rasante. Ya no veía el coche patrulla. ¿Había mirado Hattie atrás?

Hacia Tommy, que no tenía coartada, ni la más mínima idea de por qué su novia había cortado con él. Hacia Tommy, un joven despechado, furioso y revolucionado por las hormonas; ¿la habría seguido?

Yo no había seguido a Angie. Cuando se marchó, hace más de treinta años, dejé que se largara. Me había enfadado; durante algunas de aquellas noches de ofuscación había llegado a estar lo suficientemente enfadado y borracho para matar a alguien, pero nunca la perseguí. Ella tomó una decisión del mismo modo que yo había tomado la mía. Yo elegí la guerra. Ella eligió Iowa. Me mandó los papeles del divorcio por correo y se casó con un representante farmacéutico el año siguiente, en primavera. Yo retomé los estudios cursando el programa educativo para veteranos, conseguí un empleo que consistía en patrullar por el condado de Wabash, y nunca tuve nada bueno que contar, ni nadie a quien no contárselo, hasta que Bud empezó a saludarme con la mano desde el otro lado del lago Crosby.

Era pocos años más joven que yo, pero marcaban la diferencia entre la posibilidad o no de ir a la guerra. Acababa de casarse con Mona, empezaban a trabajar en la granja y ese primer verano nos limitamos a hablar sobre peces. Un simple saludo y una confirmación acerca de lo que estaba picando. Hasta ahí me las arreglaba bien. El verano siguiente me invitó a su casa unas cuantas veces y Mona cocinaba lo que pescábamos. Al año siguiente hicimos el primer viaje al lago Michigan. Fue el primero que puso un cartel a favor de mi candidatura para sheriff en su jardín, hasta que se dio cuenta de que nadie lo vería allí y decidió colgarlo en la parte trasera de su camioneta.

Cuando volví a tener noticias de Angie, por medio de una carta que me mandó para felicitarme por el nombramiento de sheriff, el rencor había desaparecido y seguramente se lo debo a Bud. Le mandé una carta de respuesta y ella me estuvo enviando una felicitación de Navidad cada año hasta que murió. Por lo general adjuntaba una foto en la que aparecía ella, su marido y unos niños más bien gordos. Era una mujer guapa y se conservaba bien.

Le di la espalda al almacén y seguí andando. Llevaba bastante tiempo sin pensar en Angie, pero supongo que tuvo sentido que me viniera a la mente. Carl y Lanie. Hattie y Tommy. Relaciones que llegaban a un punto crítico y se rompían.

En el almacén todavía había precinto amarillo por todas partes, cortesía de la policía científica. Me agaché para pasar por debajo y entré. Agua estancada, moho y madera podrida fueron los olores que me recibieron, los mismos que debió de encontrar Hattie. Había dejado a Tommy y se había metido en el almacén. Había mantenido relaciones sexuales con alguien allí dentro, donde alguien la había asesinado. Podíamos estar hablando de hasta tres personas distintas. O de una sola.

Paseé por la sala sin preocuparme por los crujidos de la madera bajo el peso de mis botas. Me daba igual si se desplomaba sobre mi cabeza. Estaba estrechando el cerco en la sucesión de los hechos, en la historia, pero no serviría de nada si no podía aplicarlo a ningún sospechoso. Necesitaba los resultados de análisis de ADN, necesitaba saber quién me estaba mintiendo y así poder presionarlo tanto como fuera necesario para que me contara exactamente lo que sucedió, por no hablar de la orden judicial que pediría para revolver hasta el último centímetro de su vida y encontrar por fin el arma del crimen.

Saqué mi teléfono y marqué el número sin pensármelo dos veces.

—Sheriff Goodman —me saludó, tras dejar que la llamada sonara tres veces.

—Fran, necesito ese ADN. ¿A quién conoces del laboratorio forense de Minneapolis?

—Estoy bien, gracias. ¿Y tú?

—Hablo en serio.

—¿Y por qué ese asesinato es más importante que cualquier otro de los miles de cadáveres que pasan por mi depósito cada año? —preguntó, abandonando por completo el tono sarcástico—. ¿Porque es tuyo? ¿Porque el bueno de Goodman necesita salvar los muebles?

—No hay muebles por salvar, Fran. Ya está muerta. —Seguí andando, e intenté no soltar ningún taco porque sabía que eso la sacaba de quicio—. No se trata de mí. Puedes atacarme tanto como quieras, ¿de acuerdo? Seguramente tienes razón, siempre la tienes, pero esa chica era la hija de mi amigo, su niña.

Hay dos sospechosos principales para el semen y necesito saber de quién es. Y necesito saberlo hoy mismo, mientras todavía quede algún atisbo de prueba.

Cuando terminé mi discurso, se quedó callada unos instantes. Yo continué caminando, preparado para rebatir cualquier argumento que pudiera darme, pero se limitó a suspirar.

—De acuerdo, Del. Tengo unos cuantos contactos allí. Los llamaré.

—Bien. Muy bien. —Volví a salir del almacén y peiné con la mirada el perímetro del edificio. Ya lo había hecho, pero me sirvió para canalizar aquel vigor que se había apoderado de mí—. Diles que lo necesito hoy mismo.

—Lo que tú necesitas y lo que ellos puedan hacer son dos cosas distintas que no guardan ninguna relación. Les pediré que aceleren las muestras. Eso es todo.

Me agaché junto a un copete de hierba muerta que quedaba bajo la ventana, lo aparté y vi el esqueleto de un ratón. Estaba pelado, casi intacto.

—Gracias, Fran. Te debo una.

—¿Una qué, exactamente?

—Un día te llevaré a dar una vuelta en el coche patrulla, y cuando veamos a alguien que no sea del estado, lo pararemos y le pondremos una multa.

Ella se rio. De hecho, soltó una carcajada que podía considerarse un pequeño milagro, pero recuperó la seriedad y me respondió tomando una dirección completamente distinta.

—Si de verdad quieres atrapar a ese asesino, Del —dijo—, tienes que hablar con una persona.

PETER

Viernes, 15 de febrero de 2008

Resulta asombrosa esa manera tan simple que tiene la vida de seguir adelante. Puedes cometer el acto más despreciable e inmoral que puedas imaginar y luego volver a casa como si nada. Ir a trabajar. Recoger la ropa de la tintorería. Comprar una botella de vino y charlar con el propietario de la tienda de licores, que además es el padre de la mejor amiga de la chica con la que te has acostado a espaldas de tu esposa. Pagar el vino. Volver a casa.

Mary apenas reparó en que me había marchado de viaje a Minneapolis en enero. Yo había apartado el dinero para el hotel de mi cuenta de ahorro personal, para que no lo advirtiese. Cuando regresé, me preguntó sobre el amigo que se suponía que había ido a visitar, le dije que estaba bien y que me había alegrado de verlo. Ella siguió barriendo el suelo y yo subí al piso de arriba, me tendí en la cama y reviví todos y cada uno de los detalles de cuanto había ocurrido ese fin de semana: la confesión de Hattie en el restaurante y lo que vino después en la cama del hotel. Y sobre la mesa. Y en la ducha. «Amado Dios, fulmíname.»

Nadie me miró de un modo distinto. Nadie sospechó nada. Aquello hizo que me preguntara qué más podía llegar a ocultar, hasta dónde podía llevar esa doble vida, y el caso es que la cuestión dependía sólo de Hattie.

Desde el viaje, ese mes apenas volvimos a hablar. No había ningún canal de comunicación seguro. No podíamos utilizar el correo electrónico, el teléfono o internet, nada que pudiera dejar el más mínimo rastro, por lo que nuestra relación se convirtió en un juego de *voyeurs* silenciosos. Yo la miraba mientras comía con Tommy cada día, desde el otro lado de la cantina. Ella me miraba cuando yo escribía algo en la pizarra, durante las clases. Cuando nos cruzábamos por los pasillos, ella me ignoraba sin dejar de hablar con sus amigas. Yo me quedaba junto a la puerta del aula cuando sonaba el timbre sólo para percibir su aroma al pasar. Siempre desprendía un olor ligero, liviano, con un toque afrutado que podía ser de fresa o de grosella, nunca acababa de decidirme. Era desesperante tenerla tan cerca. A ella debía de ocurrirle lo mismo: una tarde pasó por el aula después de las clases, con el pretexto de preguntarme algo sobre la función de primavera; puesto que temí no poder mantener a raya las ganas de tocarla, me apresuré a desplazar la conversación al pasillo y dejé que mi mirada se perdiera a su espalda, entre el torrente de gente que pasaba; enseguida noté cómo crecía su frustración. Al final me escribió una nota a lápiz en uno de sus trabajos, sólo un lugar y una fecha que me esmeré en borrar con el corazón acelerado pese a estar solo en el cuarto de invitados del piso de arriba.

Era un área de descanso junto al Misisipi, con vistas panorámicas a Wisconsin, aunque nadie acudía a visitar los acantilados en esa época del año. Sólo vi otro coche en la media hora que pasé esperando a que llegara. La invité a entrar en el asiento trasero sin mediar palabra y nos quitamos la ropa jadeando, pegando tirones y retorciéndola hasta que se sentó a horcajadas sobre mi regazo y me hizo perder la cabeza con su cuerpo terso y esbelto.

La deseaba más de lo que había deseado jamás a nadie. Al mismo tiempo, me aterrorizaba pensar en lo que ella haría con el inmenso poder que tenía sobre mí. Ella creía que me miraba desde abajo, que era yo quien tenía el control, pero poco a poco acabaría dándose cuenta de que mi vida era como un castillo de naipes a sus pies, y que lo único que tenía que hacer para destruirme era pegar una patada al aire desde una de sus múltiples identidades. Yo la deseaba de un modo cada vez más obsesivo, y al mismo tiempo la temía cada día más.

El siguiente viernes después de lo del área de servicio, llegué a casa al terminar el trabajo y me encontré a Mary andando por el terreno de fuera con un tipo al que no reconocí. Parecía más o menos de

nuestra edad, llevaba una gorra de béisbol, unas botas de trabajo cubiertas de nieve y un cinturón de herramientas, y movió la cabeza hacia mí al verme subir hacia la casa. Esos días me quedaba mirando a la gente un segundo más que de costumbre, pensando si sería ésa la persona que me señalaría con el dedo para delatarme. «Este tipo no, hoy no.» Continuó hablando con Mary y yo entré en casa. Elsa estaba durmiendo en la mecedora del salón. Cogí una Coca-Cola y me bebí la mitad, observando el contenido del frigorífico y preguntándome cuándo volvería a ver a Hattie. Tal vez podría ir a «visitar» otra facultad durante las vacaciones de Pascua. Podríamos ir a Duluth, o a Chicago. A Hattie le encantaría Chicago.

Mary abrió la puerta de casa y yo cerré el frigorífico enseguida. Se acercó al fregadero sin mediar palabra y empezó a lavar los platos como quien se dispone a terminar una tarea que había dejado a medias.

Fui hacia la puerta, mi cuerpo se retiró automáticamente. Aparte de comer y dormir, para todo lo demás ya vivía en el cuarto de invitados. Incluso si Mary no se hubiera aislado de ese modo durante la mayor parte del invierno, en esos momentos me parecía ridículo intentar acercarme a ella de nuevo. Antes de desaparecer esa noche, no obstante, la curiosidad pudo más que yo.

—¿Quién era ése?

—Harry Tomlin.

—¿Y qué quería?

—Le he pedido que viniera —se limitó a responder, sin extenderse. Luego se encogió de hombros mientras dejaba una jarra boca abajo en el escurridor—. Es un viejo amigo del instituto. Le he encargado que repare unas cuantas ventanas.

—¿Ventanas?

—Hay demasiadas corrientes de aire. No tiene sentido cambiar el calentador hasta que tengamos las ventanas selladas.

—¿El calentador? ¿De qué coño va esto, Mary?

No sé qué me dejó más sorprendido, si sus planes o el hecho de que los estuviera compartiendo conmigo. Me acerqué al salón para asegurarme de que Elsa seguía durmiendo.

—Pero si siempre me montas un escándalo ante el más mínimo gasto —me quejé—. ¿Por qué te gastas el dinero... mi dinero, dicho sea de paso, en esta casa de mala muerte?

—No pienso tocar tu preciosa nómina, ¿vale? Puedes quedártela. Mamá tiene su pensión y yo ganaré algo de dinero.

—¿Haciendo qué? ¿Vendiendo huevos a quince centavos la unidad?

El atisbo de una sonrisa apareció en su boca.

—Treinta y cinco centavos, de hecho.

—¿Qué?

—Huevos de granja familiar, orgánicos y de proximidad.

—¿De qué diablos estás hablando?

Al principio no me respondió. Fue frustrante hablar con ella sin ver más que su perfil. Ni siquiera se volvió para hablar conmigo. No importaba que tuviera todo el derecho a tirarme al suelo, pisotearme los huevos y echarme a patadas de la mierda de granja de su madre. No importaba porque ella no lo sabía.

—¿Te acuerdas de cuando íbamos al mercado agrícola de Minneapolis? ¿De lo pesado que te ponías con todo lo orgánico y los productos no testados en animales?

Me acordaba, pero era un recuerdo sin manchas de sarcasmo. Con toda sinceridad (y de un modo claramente estúpido), pensaba que aquéllos habían sido buenos tiempos. Vivíamos en nuestro piso victoriano sin ascensor y cada domingo por la mañana, en verano, tomábamos café y leíamos el periódico, comentando y apartando secciones hasta que la mesa del comedor quedaba cubierta de artículos, tiras cómicas y los restos de las páginas de cupones de descuento que habían caído entre las tijeras de Mary.

Más tarde, íbamos al mercado y paseábamos entre los tenderetes. A veces sólo comprábamos una barra de pan para el almuerzo y nos la zampábamos camino de casa, mientras nos tomábamos un batido de frutas. De vez en cuando decidíamos improvisar algo y llegábamos a casa con cuarenta tomates y pimientos, y dejábamos la cocina hecha unos zorros intentando preparar una salsa a ciegas. Por lo general era idea mía. Mary siempre llevaba una lista de la compra para ir tachando los artículos a medida que pasábamos por los puestos del mercado.

Cuando empezamos a ir al mercado, le llamaba la atención la cantidad de vendedores orientales que veíamos, pero nunca comentaba nada más allá de «Éstos no tienen la granja cerca de la de mis padres», y compraba los productos sin fijarse en quién los vendía siempre y cuando fueran de buena calidad y el precio no resultara excesivo. Conversaba con los granjeros acerca del efecto de las lluvias y las temperaturas en las cosechas. No le importaban los herbicidas o el trato que recibían las vacas. Era yo quien insistía en buscar los puestos de productos orgánicos, y en esos casos Mary ponía los ojos en blanco y se reía. Cuando le enseñaba artículos sobre los efectos de los fertilizantes químicos y los insecticidas, se burlaba y decía: «Hay un estudio sobre todo. Sabes que te morirás igualmente, ¿verdad?».

Nunca le interesó el cultivo orgánico. Entonces, ¿de dónde diablos había salido esa idea?

—He estado hablando con un chico que vive cerca de Rochester y que sabe mucho sobre el tema de los gallineros móviles y la alimentación vegetariana. Se dedica a abastecer restaurantes de las grandes ciudades a precios exorbitados, y empezaremos a crear el circuito en el mercado agrícola de primavera.

—¿Empezaremos?

—Él y yo, junto con otros granjeros de la zona. Hay mucha demanda entre la gente de ciudad como tú, que queréis que los huevos sean de gallinas felices, que las vacas coman hierba y que sean sacrificadas de un modo humanitario.

Negó con la cabeza nada más pronunciar las últimas palabras. Era algo en lo que estábamos de acuerdo, pero por motivos radicalmente distintos.

—¿A qué viene todo esto, Mary? Ya sabes que a Elsa no le queda ni un año de vida.

El comentario fue recibido con una mueca y yo me retracté enseguida, bajando el tono de voz.

—Lo siento, no quería decirlo de ese modo. Pero es evidente que el médico tenía razón. Cada día está más débil. Y cada vez le cuesta más recordar las cosas. El otro día ni siquiera sabía quién era yo.

No mencioné el hecho de que, al no reconocirme, me trató mejor de lo que me había tratado jamás desde que me casé con su hija. Me había dado unos toquitos en la mano, me había llamado Hank y me había pedido que le leyera las necrológicas. Hank accedió con mucho gusto. Fue la primera vez en muchos meses que me sentí bienvenido en esa casa.

Cada vez costaba más ignorar la rapidez con la que estaba perdiendo capacidad de retentiva. Durante dos semanas, le estuvo preguntando cada día a Mary por qué habíamos comprado «esa pimienta que cuesta cinco dólares», hasta que por fin se le metió en la mollera que había sido «un capricho de Peter». Veía la predicción meteorológica de las noticias al menos dos veces cada noche y de todos modos se sorprendía si al día siguiente nevaba. Si el oxígeno ya no le llegaba bien al cerebro, ¿cuánto podría continuar viviendo el resto de su cuerpo? Intenté expresar la pregunta siguiente con más cuidado.

—¿Por qué quieres invertir en un negocio nuevo por completo si sólo vivimos aquí de forma provisional?

Ella no respondió y, para ser sincero, no me sorprendió. Tenía la respuesta delante de mis narices.

—No estás aquí sólo por Elsa —constaté, antes de dejarme caer en una de las sillas de la cocina y quedarme mirando fijamente su perfil. Ella ni lo confirmó ni lo negó—. Te gusta vivir aquí. No tienes ninguna intención de volver a Minneapolis cuando tu madre muera, ¿verdad?

Tampoco dijo nada. Se limitó a seguir lavando platos, enjuagando una fuente con la mirada perdida en el abismo blanco que se divisaba más allá de la ventana de la cocina.

—¡Mary, joder! Al menos podrías contestar. Creo que merezco una respuesta. ¿Lo tenías planeado desde antes de que nos mudáramos aquí?

Enjuagó un plato, lo dejó en el escurridor y sacó una taza de café del fregadero lleno de espuma.

—No lo comprenderías.

—Por supuesto que no. ¿Cómo quieres que entienda lo que no me cuentas?

Me crucé de brazos, decidido a no salir de la cocina hasta que me aclarara las cosas.

—Es... —empezó a decir, pero se detuvo y negó con la cabeza. Comenzó de nuevo, pasándose la taza llena de espuma de una mano a la otra, mirando todavía con gesto ausente por la ventana enmarcada con cortinas a cuadros—. No sé cómo decirlo. Es como los árboles.

—¿Qué?

—En la gran ciudad no puedes verlos de verdad. —Hizo una pausa para pensar—. Están todos apretujados, enmarañados hasta que ya ni siquiera distingues dónde termina una copa y empieza la siguiente. Las ramas están serradas para que no lleguen a tocar los cables de electricidad o los tejados. Algunos tienen esos anillos mortales pintados de rojo alrededor del tronco, y cuando las raíces crecen demasiado por debajo de las aceras, vienen y los talan. Es triste mirarlos, tan contorsionados y desfigurados, o podados hasta que se quedan en nada.

»En cambio aquí, aquí puedes ver cómo son realmente los árboles. Me he pasado la vida viendo cómo crecen en las lindes de los campos, como el punto de cruz, que mantiene unidos los retales que forman un edredón. —Su mirada se centró en los pinos que crecían tras el garaje y su voz perdió la dureza con la que se había estado dirigiendo a mí.

»Se sostienen firmes en las arboledas que sirven de cortavientos alrededor de las granjas, donde pueden contemplarse tal como son en realidad. Se distinguen claramente sus siluetas y la curvatura de sus ramas. Algunos son alargados. Otros son gruesos y fuertes. Unos están encorvados como ancianos contra el viento. Aquí puedes comprender cuál es su verdadera naturaleza. Yo no me di cuenta hasta que nos mudamos aquí y noté que respiraba de nuevo. Un día regresaba andando a casa desde la de Winifred y me detuve para estudiar las formas de los árboles en el horizonte. Eran como retratos, todos y cada uno de ellos, y me parecieron la cosa más bella que había visto en mi vida. Entonces supe que no podía volver a la ciudad, que allí no podía respirar. Me parecía cada día más sofocante.

—Pero si nosotros vivimos en la ciudad —señalé. Me sentía obligado a contrarrestar aquel argumento—. Nuestras vidas están allí. Nuestros amigos, tu trabajo. Tu jefe dijo que volvieras cuando quisieras.

La lógica estaba de mi parte. Lo sabía, podía saborearla en mis palabras, pero al mismo tiempo sonaban vacías frente a la elocuencia de Mary.

—¿Y trabajar en un cubículo de un metro y medio de color beige durante diez horas al día? ¿Sin ver la luz del sol? ¿Rodeada de un aire viciado e intimidada por el mal humor de la gente? No, Peter. No puedo ver pasar la vida de ese modo. Cancelaré el arrendamiento de las tierras este año y compraré más gallinas la primavera siguiente. Seré granjera, como mi padre. Labraré mi destino en la tierra.

Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato. El peso de su decisión cubrió la estancia, nos silenció y nos obligó a afrontar lo que ya sabíamos. Al final, terminó de lavar los platos, colgó el trapo sobre el grifo para que se secase y se sentó delante de mí.

La miré, la miré de verdad por primera vez desde hacía varios meses. La transformación que había notado en ella y que tanto me había molestado había culminado. A la chica con la que me había casado le sobresalían unos largos tirabuzones rubios de debajo del velo. Había cruzado la iglesia poco a poco, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes por las lágrimas, con una emoción simple y pura. La mujer que tenía delante en esos momentos, en cambio, apenas demostraba sus sentimientos, e irradiaba únicamente una seguridad calmada. Había perdido el romanticismo como un bebé pierde sus formas redondeadas a medida que crece, y se había vuelto firme, resoluta. Su descripción de los árboles

resonaba por el aire que había entre nosotros, pura poesía que podría haber adornado las páginas de un sinfín de novelas pastorales, y me di cuenta de lo bonita que era, y de lo insignificante que me había vuelto yo para ella.

—O sea, ¿que ya está? ¿Lo que yo desee no importa?

—Tú también tendrás que tomar una decisión. Si quieres o no quedarte conmigo.

—¿Tal como estamos ahora? ¡Si apenas nos dirigimos la palabra! Y no hacemos el amor desde el otoño pasado... Dios mío, ¿qué nos ha ocurrido, Mary?

Se quedó callada durante un rato, hasta el punto de que pensé que se había refugiado en su silencio de nuevo, aunque luego respiró hondo y admitió algo en voz baja.

—Creo que me resultó más sencillo enfadarme contigo porque odiabas vivir aquí, que enfadarme conmigo misma por lo mucho que odio el motivo que me ha traído hasta aquí de nuevo.

Antes de que pudiera responder, Elsa entró en la cocina arrastrando los pies, tosiendo levemente y preguntando por la cena. La ayudé a sentarse mientras Mary servía algo que había estado cocinando a fuego lento y que le quedó bastante soso. Cuando subí al piso de arriba y miré por la ventana de nuestro dormitorio hacia el gallinero, cualquier atisbo de ira que hubiera podido albergar hacia Mary quedó volteado como un calcetín. Su sinceridad era contagiosa. Yo siempre me había considerado buena persona, comía bien, hacía ejercicio, vivía de forma consciente a pesar de no tener muy claro el significado de esa mierda... Pero el polo opuesto también era cierto. Era el tipo que engañaba a su mujer mientras ésta cuidaba a su madre moribunda. Era pura escoria. Me quité la ropa y estaba buscando el pijama cuando de repente Mary entró en la habitación.

—Debajo de las sábanas de la cesta —murmuró al pasar por mi lado, rozándome, para cambiarse ella también.

Nos metimos en la cama y permanecemos tendidos un minuto. Mary se volvió y noté su mirada clavada en mí. Dios, cualquier otro hombre habría sido mejor marido. Tal vez ese tipo, el de las ventanas, se enamoró de Mary en el instituto. Podrían haber tenido tres hijos y una dinastía de granjas de pollos, a estas alturas. En lugar de eso, tenía un padre muerto, una madre moribunda, ningún hijo y un marido egoísta y gilipollas. Se merecía algo mucho mejor.

—Tienes razón con lo de las ventanas —dije.

—Lo sé.

Pasé un minuto mirando fijamente al techo y ninguno de los dos fingió que dormía. Entonces ella se incorporó hasta apoyarse en un codo.

—¿Te quedarás? —preguntó—. Ya sé que las cosas no han ido bien, pero eso puede cambiar, ¿no?

Lo que cambió fue la posición de su mano, que se movió por debajo de la colcha y se posó sobre mi pecho.

—Mary... —Todo cuanto podía decir estaba envuelto en las dos sílabas que formaban su nombre. «No, Mary. Es demasiado tarde, Mary. Me has tenido a pan y agua y no te he esperado, Mary.»

Sus labios tocaron mi cuello, yo cerré los ojos y tomé aire. Su mano se deslizaba por mi barriga cuando la atrapé y la retuve.

—No es una buena idea.

—Peter —murmuró—. Déjame intentarlo.

Yo no tenía ningún derecho. El odio que sentía por mí mismo me recorría las venas mientras su mano se liberaba y encontraba un ritmo. Y luego lo intenté yo también, tendiéndola de espaldas y tratando de corresponder a su gesto inesperado, tratando de actuar como se espera de un marido, tratando de compensar el hecho de que incluso en esos momentos Hattie estuviera presente entre las sombras de mi mente.

HATTIE

Marzo de 2008

Las vacaciones de primavera en Minnesota han sido una mierda. La nieve todavía no se ha fundido del todo y los únicos que se han marchado de viaje han sido los miembros del coro, porque participaban en una competición en Nashville. Yo odio la música country, por lo que Nashville seguramente es el último lugar que me apetecía visitar, pero incluso eso habría sido mejor que quedarse en Pine Valley. Portia es contralto y no ha parado de hablar del viaje desde que Peter colgó la lista del reparto para la obra de primavera.

A mí me dio el papel protagonista femenino de Lady Macbeth, y Portia es mi suplente.

Y, menuda sorpresa, fue justo entonces cuando empezó con la chorrada esa de la maldición. Al principio, cuando Peter colgó la convocatoria del *casting*, Portia había mencionado la maldición de *Macbeth*, pero con ese tono chismoso tan típico de ella y esa voz de «yo sé más que tú». En cuanto se enteró de que no le había tocado ningún papel en la función, la maldición se convirtió de repente en algo real. Se pasaba los ensayos contándonos accidentes famosos ocurridos en diferentes representaciones de *Macbeth*, y durante la última sesión antes de las vacaciones de primavera todo el mundo seguía ya su ridículo ritual purificador.

Consistía en lo siguiente: si alguien pronunciaba la palabra *Macbeth* en el gimnasio mientras no estábamos ensayando directamente el texto, se suponía que «invocaba la maldición». Para contrarrestarla tenían que salir de inmediato, dar una vuelta alrededor del gimnasio, escupir por encima del hombro izquierdo y recitar «¡Ángeles y ministros de piedad, amparadnos!». Luego alguien tenía que permitir de modo formal que la persona en cuestión volviera a entrar en el gimnasio antes de continuar ensayando.

La primera vez que Peter dijo «Macbeth», Portia intentó convencerlo para que ejecutara todo el ritual, pero él cortó por lo sano y la amenazó con expulsarla de la producción si volvía a mencionar el tema. A partir de entonces se limitó a susurrar las instrucciones hasta que todo el mundo acabó hablando de «la obra escocesa» y «el señor o la señora McBee». Portia incluso empezó a salir en lugar de Peter cada vez que éste pronunciaba la palabra. Cuando esto sucedía, todos los estudiantes novatos iban tras ella, de manera que cada vez que Peter llamaba a Macbeth para que saliera a escena, la mitad de los miembros del reparto soltaban el guion y salían corriendo hacia el pasillo como si no hubiera un mañana. Era para troncharse. A veces, mientras esperábamos que cumplieran con esa penitencia, yo me santiguaba y recitaba: «En el nombre del padre Macbeth, del hijo Macbeth y del espíritu santo Macbeth. Amén». Eso hacía reír a Peter cada vez, no podía evitarlo.

Tras el último ensayo antes de las vacaciones de primavera, fui a casa de Portia a pasar el rato. En lugar de ver una película como de costumbre, ella se estuvo probando un montón de ropa para el viaje de Nashville, fingiendo que le importaba mi opinión al respecto.

—¿Qué te parece esto? —preguntaba, después de girar sobre sí misma vestida con un conjunto de manga corta con la falda a la altura de las rodillas, exactamente igual al que había elegido yo para el primer día del curso.

—Me parece que se te nota demasiado que eres una estudiante de secundaria. ¿No deberías ponerte algo que realce más tu belleza sureña?

—No es un disfraz, Hatts. Sólo quiero que parezca que estoy de vacaciones. Yo misma, pero sin mis padres.

Se puso unas gafas de sol, para fardar. Me tendí en su cama con la cabeza colgando y la miré cabeza abajo.

—*Très independant.*

—¿Qué vas a hacer durante la semana?

—Trabajar. Repasar el guion.

Yo también sabía lanzar puyas. Al principio me supo mal que Peter no le hubiera dado ningún papel en la obra, pero cuanto más me restregaba su «fabuloso» viaje, menos me importaba. Y al fin y al cabo era verdad, tenía previsto estudiar el guion. Faltaban sólo tres semanas para el estreno y todavía no me sabía al dedillo los diálogos más largos.

—Puedes llamarme el jueves, si necesitas ayuda. Tenemos un día libre y supongo que lo pasaré en el centro comercial Opry Mills, aunque puedo reservarme una hora o así para ensayar.

—Ya veremos. A lo mejor le pido a Tommy que me ayude.

Portia resopló y yo tampoco pude evitar sonreír. La idea de que Tommy Kinakis leyera a Shakespeare era tan estafalaria como imaginar a Carrie Bradshaw arando campos. Sin embargo, había insistido mucho en que nos viéramos durante las vacaciones, y Portia sabía muy bien por qué.

—¿Al final lo harás con Tommy?

Me quedé mirando fijamente una araña minúscula que tejía una telaraña en un rincón del techo. Habían pasado dos meses desde que Peter y yo habíamos estado juntos en Minneapolis, y hablar de «hacerlo» me sonaba más bien a escuela primaria. Era como si se hubiera abierto un abismo oceánico entre Portia y yo, como si nunca más pudiéramos compartir la misma orilla. Por un lado me daba pena, y al mismo tiempo me sentía sola.

No había vuelto a estar a solas con Peter desde la noche en la que habíamos aparcado en el área de servicio, en febrero. Era como ayunar durante semanas para luego, de repente, pegarme un festín en el que intentaba comer tanto como fuera posible, para sobrevivir al ayuno siguiente. Esa última vez, antes de regresar me dijo lo mismo que ya me había dicho antes de marcharnos de Minneapolis: que no mantendríamos ninguna relación. «No puedo estar contigo —me explicó—, no como tú quieres.» Y yo lo había ignorado de nuevo. Sólo faltaban unos meses para la graduación; después de eso, nuestro mayor obstáculo habría desaparecido. Peter no estaba al corriente de mis planes, pero yo ya veía el desarrollo de toda la obra.

Mientras tanto, debía seguir con aquella vida ajena. Una parte de mí había querido romper con Tommy desde la primera noche, desde el primer beso, pero el espectáculo tenía que continuar. Para todo el mundo encajábamos como pareja, nos veían como a una unidad. Cada día había alguien que me preguntaba si Tommy y yo queríamos hacer esto o aquello, y yo siempre respondía lo mismo: «No sé qué querrá hacer Tommy. Ya se lo preguntaré». Luego, durante la comida, se lo «preguntaba» a Tommy de manera que acabara diciendo lo que yo quería. Yo siempre trataba de que compartiéramos nuestras citas con otras parejas, sobre todo desde que había empezado a intentar según qué cosas.

—Le he dicho que sólo de cintura para arriba.

Portia metió su joyero dentro de la maleta que tenía a mi lado, sobre la cama.

—Pero me explicaste que él aspiraba a más.

—No es mi problema, si no sabe escuchar.

—Podría llegar a serlo —señaló Portia, mientras se ponía una chaqueta que procedió a quitarse enseguida—. ¿Qué estoy haciendo? No voy a necesitarla, en Tennessee. Vamos a estar a veintiséis grados.

Luego se sentó a mi lado y se puso seria de verdad.

—Mira, Hattie, ya sé que crees que Tommy come de tu mano, pero míralo bien: es un gigante.

Se quedó callada. No sabía cómo continuar, algo impropio de ella.

—¿Qué me estás contando, Portia?

—Sólo te digo que vayas con cuidado.

La dejé sentada en la cama y me puse en pie frente al espejo de cuerpo entero que tenía en el cuarto. Aquella conversación era mejor mantenerla a través del reflejo.

—¿Me estás diciendo que vaya con cuidado por si mi novio es un violador?

—Más o menos, sí.

—¿Y eso no tiene nada que ver con el hecho de que tú quisieras pedirle que te acompañara al baile de Sadie Hawkins?

—No lo dices en serio, ¿verdad? Él sólo era una de las opciones. Tampoco me gusta tanto.

—Es evidente que no, si crees que puede intentar violarme. —Me eché a reír—. Vamos, Porsche. ¿Tommy? ¿De veras?

Parecía como si mi risa la hubiera incomodado. Resopló y se puso a recoger la ropa y a contarme todas las cosas fabulosas que pensaba hacer en Nashville. No volvimos a hablar antes de que partiera, pero nada más aterrizar empezó a mandarme mensajes de texto de forma compulsiva, algo típico de Portia. Yo me limité a responder con comentarios tipo «¡Genial!» o «¡Eso suena fantástico!», los típicos que Portia esperaba recibir de mí.

Tommy acabó viniendo a casa el martes, durante las vacaciones de primavera. Mamá estaba en casa, en la cocina, preparando un paquete que pensaba enviar a Greg. No sabíamos nada de él desde hacía unas semanas porque estaba participando en una designación activa. Nadie sabía exactamente qué significaba eso, salvo que mamá tenía que empezar a prepararle un paquete. Compró revistas que creyó que podrían gustarle, preparó galletas, lo envolvió todo en plástico de burbujas y metió un sinfín de cosas más con notas adhesivas en las que le explicaba el motivo para mandarle cada una. También le envió paquetes de cigarrillos a pesar de que mi hermano odiaba el tabaco: Greg le había contado que eran mucho más útiles que el dinero, por aquella zona. Parecía como si estuviera en la cárcel. Estaba previsto que regresara a casa en julio, y en alguna ocasión sorprendí a mamá hojeando el calendario como si contara una y otra vez los días que tardaría en volver a respirar tranquila. No lo notabas cuando estaba haciendo cosas por casa (es decir, siempre), pero cuando se sentaba a la mesa o mientras leía un libro por la noche le temblaban las manos. Y no recordaba que le hubieran temblado jamás, antes de que Greg se marchara.

Cuando Tommy vino a verme, le preguntó por Greg. Yo siempre olvidaba que habían coincidido en el equipo de fútbol americano cuando Greg estaba en el último año y nosotros en segundo.

—Mira, Tommy, escríbele una nota, algo rápido. Le gustará saber cómo estás —dijo mamá.

Tommy pareció aturullarse un poco con el boli y la nota adhesiva, pero se sentó en una silla de la cocina y obedeció sin rechistar. Cogí unos refrescos del frigorífico antes de subir a la habitación, y al pasar junto a la mesa vi que había escrito (todo en mayúsculas): «HOLA GREG. ¿YA TE HAS CARGADO A OSAMA? ¡VAMOS, SPARTANS! TOMMY».

—Bueno, ¿quieres que vayamos a dar una vuelta en coche? —me preguntó Tommy nada más subir a mi cuarto.

Parecía un monstruo en mi pequeña cama, y no pude evitar recordar lo que me había dicho Portia. Era una de esas ideas que te asaltan de forma inesperada y te van reconcomiendo, «violador, violador...». Me pregunté qué sería capaz de hacer Tommy a la hora de la verdad con unas manos tan fuertes y un cerebro tan blando. Había que tener en cuenta la perspectiva de Lennie Small, de la novela de Steinbeck. Aunque cada vez que nos enrollábamos en su camioneta la palanca de cambios quedaba entre los dos, seguía intentando meterme la mano por debajo de la camiseta o de los vaqueros. Y cada vez que lo intentaba yo se la apartaba y le decía «No, Tommy», como se lo dirías a un perro, a un labrador demasiado ansioso al que quisieras adiestrar, él se disculpaba sin sentirlo de veras y terminaba por llevarme a casa. Sin embargo, en mi habitación no había palanca de cambios, sólo una cama. La puerta estaba casi cerrada y mamá andaba ocupada en el piso de abajo, tarareando al son de la radio.

—Tal vez más tarde —le dije. Busqué el guion dentro de la mochila—. Primero tengo que memorizar el resto del texto, ¿recuerdas? ¿Me ayudas?

—¿De verdad?

Al ver que asentía, Tommy soltó un gemido a modo de queja.

—Vamos, Hattie. No se me da bien leer esas cosas.

—Bueno, pues razón de más para practicar —repliqué con una sonrisa coqueta al tiempo que me sentaba junto a él en la cama y abría el guion—. Mira, sólo tienes que leer lo que hay justo antes de las líneas de Lady Macbeth y asegurarte de que las digo bien.

Le señalé el texto resaltado, pero Tommy estaba pendiente de otras cosas. Me atrajo hacia él y me plantó un beso baboso detrás de la oreja.

—Ahora no.

Cuando intenté apartarlo, me agarró con más fuerza para evitar que pudiera separarme de él.

—Sólo un poco —murmuró, antes de avanzar hacia mi boca.

De algún modo, su otra mano encontró mi nuca e impidió que pudiera moverme mientras me besaba. Creí que me asfixiaba y ni siquiera fui capaz de imaginarme a Peter como solía hacer en ese tipo de situaciones.

—Tommy —conseguí mascullar cuando se apartó para tomar aire.

—¿Qué?

Una de sus manos me estrujó un pecho. ¿De dónde sacaba tantas manos?

—Ahora no —repetí, justo antes de lograr zafarme de él.

Gruñó de nuevo y se repantigó en la pared, sin molestarse siquiera en ocultar el bulto que tensaba sus vaqueros.

—Nunca es un buen momento para ti.

—Mi madre está en casa. Y, de verdad, tengo que aprenderme esto.

—No entiendo por qué participas en esta obra.

—Y yo no entiendo que tú juegues a fútbol americano —repliqué, imitando el mismo tono estúpido que había utilizado él. Entretanto, fui preparando la cámara de vídeo en lo alto del ropero.

—Vale, de acuerdo —dijo con un suspiro. Cogió el guion y entrecerró los ojos para leerlo, como si estuviera escrito en chino—. ¿Esta parte?

—Eres un encanto.

Lo besé en la mejilla y retrocedí hasta el centro de la habitación. Mientras él se armaba de valor para recitar Shakespeare en voz alta, yo me convertí en Lady Macbeth. Me lo quedé mirando hasta que desapareció el adolescente cachondo y se transformó en mi instrumento. Le miré los dedos y vi una mano que podía empuñar a mi antojo, que podía servirme para asesinar al mismísimo rey. Me fijé en su expresión confundida y vi la demencia que no tardaríamos en compartir. Me volví fría, demasiado fría para sentir nada. Cuando por fin se aclaró la garganta para pronunciar la primera línea, yo ya podía saborear mi propia muerte.

De algún modo, el viernes de las vacaciones de primavera el día salió perfecto, tan asquerosamente perfecto como en los anuncios de la tele. El cielo estaba despejado y el sol me calentaba los huesos con la misma eficacia que devoraba los bancos de nieve. Papá se metió en el granero enseguida para preparar las herramientas de plantío mientras mamá repasaba los catálogos de semillas para su huerto y tendía sábanas para que se secaran al aire libre. Yo tenía mariposas en el estómago porque durante mi turno del miércoles en el trabajo Peter había pasado para dejarme un lápiz de memoria con una sola foto en el interior. Era una foto del almacén.

—¿Qué? ¿Estás lista para las vacaciones? —me preguntó con indiferencia cuando volvió para recoger la foto.

—No haré nada especial.

—Puede que tus planes remonten el viernes por la mañana.

—Mmm, a ver si es verdad —dije, impostando un tono aburrido para disimular el entusiasmo que

sentía por dentro.

Salí de casa como si fuera a trabajar y llamé para decir que estaba enferma. Peter ya me estaba esperando cuando llegué al almacén. Su esposa y su suegra habían ido al hospital por unas pruebas que las mantendrían ocupadas el día entero, por lo que pudimos pasearnos por su finca, lejos de carreteras, casas o construcciones anexas, donde un roble gigantesco marcaba la intersección de cuatro campos de cultivo. Esa vez, los dos nos habíamos preparado: yo llevaba una colcha y el libro que él me había regalado por Navidad, y Peter se encargó de la cesta de pícnic, botella de vino incluida. Estuvo hojeando el libro y me leyó en voz alta algunos pasajes mientras íbamos comiendo queso y galletas saladas que regamos con el pinot noir servido en vasos de papel. Era la primera vez que bebía vino fuera de la iglesia y no me importó ese sabor seco y cobrizo. Prefería beber vino con Peter que toda la cerveza del mundo con Tommy.

Al cabo de un rato, siguió leyendo, reclinado en el tronco de un árbol y acariciándome el pelo, puesto que yo me había tendido apoyando la cabeza sobre su regazo. Más que las palabras, me dediqué a escuchar sobre todo el tono de su voz. Empecé a sentirme como un gato, como si quisiera frotar la cabeza contra su muslo y estirarme y dar vueltas bajo aquel sol tan cálido. Quizá era el vino, que se me subió a la cabeza.

—O sea, que dedica toda su insignificante vida a buscar a V. —dijo Peter, antes de cerrar el libro y dejarlo a un lado.

Normalmente me encantaba escucharle hablar de libros, oír su tono analítico y a la vez fresco en clase; pero cuanto más leía aquel libro, más deprimente me parecía, sobre todo cuando se presentaba aquel personaje acosador tan inquietante. Le pregunté quién era V. para verlo desde otro ángulo y se espabiló un poco.

—Ése es el misterio irresoluble, la pregunta incognoscible. Pynchon nunca sería tan prosaico como para intentar responderla.

Froté mi mejilla contra la pernera de sus pantalones.

—Bueno, tampoco se lo he preguntado a Pynchon. Te lo he preguntado a ti.

Se quedó callado unos instantes mientras sus dedos seguían recorriendo mis cabellos, empezando por la raíz y siguiendo hasta las puntas, alisando los mechones sobre su muslo. Era un gesto hipnótico, adictivo. Quería quedarme allí tendida para siempre, notando cómo me acariciaba el pelo. Al final se me cerraron los ojos.

—Creo que yo tampoco soy prosaico, pero es irresistible. Te cautiva mientras lees, como si un fantasma tirara de ti en cada página. —Hizo una nueva pausa, titubeando—. Cuando te lo regalé pensaba que V. eras tú, dentro de unos cincuenta años.

—¿Y tú eres el hombre que me busca? —pregunté, riendo.

—No lo sé. Es posible. En cualquier caso, no importa quién sea yo. Lo importante eres tú, quién eres tú. Todavía no sé cómo llamarte. Con tantos nombres, tantas identidades.

—Es puro teatro, Peter.

—No, no es verdad. Nuestros actos determinan nuestra identidad. No puedes definirte como demócrata si votas a los republicanos. No puedes considerarte vegetariano si te zampas un bistec cada semana. Y tus actos no son congruentes con una sola persona. Te observo, Hattie. Chismorreas con Portia antes de clase y alientas esas ideas pésimas que tiene, no haces más que alimentarlas. Permites que Tommy te meta mano en el comedor del instituto y te limitas a sonrojarte y a reír. Juegas a ser el ojito derecho de todos los profesores con los que he hablado, cada uno de ellos está convencido de que te especializarás en su campo. Y no veo que te importe lo más mínimo. Dices que es puro teatro, pero sólo consigues dividirte en mil pedazos, y cada vez que veo un pedazo nuevo, desapareces un poco más. Te conviertes en otra persona, en una multitud de otras personas, y eso hace que me pregunte si alguna de ellas es Hattie Hoffman. Quién sabe si toda esta aventura no ha sido fruto de una alucinación.

Soltó una risa amarga. Con los ojos todavía cerrados, alargué una mano y recorrí con un dedo la costura del interior de sus pantalones hasta que llegué al centro.

—¿Crees que es una alucinación lo que te está ocurriendo ahora? —pregunté, mientras movía los dedos y notaba la reacción de su cuerpo.

—Hattie... —Su voz sonó estrangulada.

—¿Te gustaría seguir alucinando? —Me disponía a desabrocharle los botones de los pantalones, pero me agarró la mano.

—Para.

Me incorporé sorprendida. Si se lo hubiera hecho a Tommy, habría olvidado incluso cómo se llamaba, por no hablar ya de cómo me llamaba yo.

—¿Qué problema tienes, Peter? ¿Por qué querías verme hoy? —pregunté.

—Te gusta, ¿verdad? Es eso, te gusta manipular a la gente. ¿Te sientes bien cuando Tommy te persigue jadeando? ¿Cuando Portia te imita como si fuera un clon sin cerebro?

—No. No es eso.

—La primera vez que hablamos, me contaste que cuando un alias no te gustaba, lo cambiabas por otro mejor. ¿Te divierte saber en qué me has convertido? Me odio a mí mismo cada vez que pienso en nosotros.

—No quiero que te sientas así.

—Dijo la actriz.

—¡No me gusta, ¿de acuerdo?! —grité, y a continuación dejé caer la cabeza sobre el pecho y respiré hondo—. Antes sí. Me encantaba, pero ahora sólo consigo sentirme atrapada. No hay ninguna persona, ningún personaje que pueda adoptar que sea capaz de eliminar la sensación de vacío que siento en el estómago cuando no estoy contigo. Lo odio. Odio no poder escapar de esto, no poder salir de ese papel. Y si sigo adelante a pesar de tanta miseria, es porque en realidad lo que quiero...

Me detuve a tiempo. No era el momento de contárselo, todavía.

—¿Qué? ¿Qué es lo que quieres?

—Nada.

—No me mientas más.

—Dios, no puedes evitar actuar como un profesor, ¿verdad?

Le di la espalda, me sentía increíblemente frustrada. El día no transcurría en absoluto como había imaginado. Deberíamos haber recogido la colcha juntos, riendo, besándonos, disfrutando de cada momento. Ojalá no se le hubiera ocurrido la posibilidad de intentar psicoanalizarme de ese modo.

—Pretendes ponerle nombre a todo, analizarlo y meterlo en esa cajita que tienes en la cabeza, junto a un millón de cajitas más que guardas ahí dentro. Etiquetas, fechas y una pequeña sinopsis para cada caso. Muy bien. Pues tengo una sinopsis para ti. ¿Quieres saber quién soy? ¿Quieres que te cuente otra cosa que también es cierta?

De repente, el corazón me latía muy rápido. Aquello no entraba en mis planes, pero notaba cómo las palabras me ardían en la lengua y no podía seguir conteniéndolas. Me volví hacia él, le agarré una mano y me aferré a ella, esperanzada y a la vez temerosa por lo que pasaría a continuación.

—Soy Hattie Hoffman, actriz, trabajo de dependienta en CVS y estudio el último curso de secundaria en el instituto de Pine Valley. Estoy enamorada de Peter Lund y quiero que se mude a Nueva York conmigo.

Se quedó de piedra. Me miró fijamente durante lo que me pareció una eternidad, y yo no sabía si me esperaba un abrazo o una bronca. Nunca habíamos hablado sobre el futuro. Sobre mi futuro sí, pero no sobre el nuestro. Aquella relación existía al margen de nuestras vidas; no tenía sentido del tiempo ni posibilidad de progresar.

De repente, Peter apartó la mano de un tirón, se puso de pie y empezó a bordear el límite de las

ramas que nos cobijaban. Yo lo seguí.

—¿Peter? Di algo.

—¿Qué quieres que diga?

—Que sí.

Se rio de nuevo, pero esta vez fue una carcajada áspera, dura. Se me encogió el estómago de golpe.

—Sí, claro, que me marche a Nueva York contigo. Suena de lo más sencillo.

—Lo es. Puede serlo.

—¿Y dónde viviremos?

—Podemos alquilar una habitación en alguna parte. Hay un millón de entradas sobre eso en Pulse.

—¿Y cómo vamos a pagar la habitación?

—Tengo más de dos mil dólares ahorrados. Y pediré el traslado a una de las farmacias de la cadena.

A continuación enumeré unas cuantas franquicias de CVS que había memorizado de su página web y le toqué el hombro, pero él se apartó enseguida.

—Y tú puedes dar clases —añadí.

—¿Tienes la más remota idea de lo que te piden para conseguir la licencia para ejercer de profesor en Nueva York?

—¿Licencia?

Soltó otra de esas carcajadas amargas. La conversación se me estaba volviendo en contra cuando se suponía que debería haber tomado un cauce completamente distinto. Si hubiera dedicado más tiempo a investigar al respecto, podría haberle dado una respuesta, habría tenido una réplica a todas sus objeciones. Pero no: quería que fuera sincera y yo había sido tan idiota de hacerle caso. En esos instantes ni siquiera me miraba. Notaba la desesperación en la garganta, me ahogaba como en un ataque de pánico escénico, y no podía evitar dar botes sobre las puntas de los pies, muy rápido, como si el movimiento pudiera ayudarme a quitarme aquella desagradable sensación de encima.

—Encontraremos soluciones para todos los problemas. Tenemos todo el verano para resolverlos.

—¿Todo el verano? —dijo, estirando la palabra, recurriendo al tono sarcástico que solía utilizar cuando quería que me sintiera como una niña de cuatro años.

—¿Cuánto tiempo necesitas? Siempre es un buen momento para mudarse a Nueva York.

—Nuestra situación es un poco más complicada que la de la mayoría de «la gente».

—¿No quieres vivir allí conmigo?

Peter no dijo nada y a mí me entraron unas ganas locas de echarme a llorar. Luego se tapó la cara con una mano.

—Sí que quiero.

La esperanza y el amor recobraron fuerza en mi interior de una forma tan súbita y con tanta intensidad que apenas podía respirar.

—Entonces ven conmigo.

—No es tan sencillo. —Al final se dio la vuelta para que su mirada no revelara lo desesperado que estaba.

—Ya verás como sí lo es.

—Estoy casado, Hattie.

—Pues descádate.

—No es tan sencillo.

—Sí que lo es, Peter. Dices que no quieres seguir casado y ya está. Aquí te dejo los papeles del divorcio. Hasta luego.

—Su madre se está muriendo.

—Su madre ya se estaba muriendo hace dos meses, cuando te marchaste a Minneapolis para

acostarte conmigo. Se estaba muriendo hace una hora, mientras me estabas besando bajo este árbol.

—Mary no puede saber nada de esto. La última cosa que necesita ahora mismo es...

—No me importa qué es la última cosa que necesita Mary. Ya se lo diré yo misma, si hace falta.

Viene cada semana a la farmacia a recoger los medicamentos que le recetan a su madre.

—No te atreverás.

Lo dijo en voz baja, con miedo, agarrándose por un brazo.

Yo me acerqué más a él, lo suficiente para notar el calor de su aliento, para ver cómo se le dilataban las pupilas y el bombeo de la sangre en el cuello.

—No tienes ni idea de lo que soy o no soy capaz de hacer, Peter. ¿Recuerdas todos esos nombres, esas identidades que te ponen de los nervios? —Le dediqué una sonrisa tensa, furiosa, a pesar de que la situación me rompía el corazón—. ¿Quién sabe cuál de ellas se encontrará tu esposa la próxima vez que venga a buscar medicamentos?

Liberé el brazo de su mano de un tirón, tan fuerte que me hice daño, y regresé andando colina abajo hacia el almacén. Tenía ganas de mirar atrás, de ver si me estaba siguiendo para disculparse, pero no lo hice. Y también tenía ganas de correr, más rápido de lo que haya corrido nadie jamás, pero tampoco lo hice. Continué andando sobre las roderas de una cosechadora que había estado arando aquellos campos el otoño anterior y empecé a derramar lágrimas, notando el dolor que sentía en el brazo, en el lugar por el que me había estado agarrando. Para cuando por fin llegué a la camioneta, estaba sollozando e intentando controlar el llanto. Volví a casa en coche, y cuando entré por la puerta me encontré a mi madre sentada a la mesa de la cocina, frente a mi ordenador.

Apartó los ojos de la pantalla para lanzarme una mirada de decepción.

—Tenemos que hablar —dijo.

Miércoles, 16 de abril de 2008

Después de hablar con Fran, aquella tarde regresé a comisaría con la esperanza de encontrar los resultados de los análisis de ADN encima de mi mesa. En lugar de eso, vi que Mona estaba sentada en mi despacho, esperándome con las manos cruzadas y la mirada gacha. Vino acompañada de Winifred Erickson. Pensé en la conversación que había mantenido con Bud esa misma mañana, en cómo me había colgado el teléfono mientras yo los miraba desde el otro lado del cristal.

Jake vino a verme con unas órdenes de arresto: dos con demasiadas multas acumuladas y otro que no había comparecido cuando debía. Los asuntos del condado tenían que seguir adelante a pesar de todo.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí? —pregunté, antes de empezar a firmar papeles.

—Veinte minutos o así —dijo Jake, en voz baja—. He intentado convencerlas para que esperaran en la sala de reuniones, pero han entrado en tu despacho y se han sentado allí sin decir nada a nadie.

Asentí.

—¿Qué más tienes?

—El resto del ordenador de Hattie estaba bastante limpio. Muchos archivos temporales de internet y *cookies* de sitios web de Nueva York. Parece como si hubiera estado buscando alojamiento, incluso solicitó información al respecto por correo electrónico. Aunque no he encontrado ninguna confirmación. No da la sensación de que estuviera del todo lista para salir pitando, aunque sin duda se estaba familiarizando con la zona.

Jake miró a nuestro alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca antes de continuar.

—Ninguna comunicación más con FrikiLit, hasta donde he podido ver.

—¿Y los registros de llamadas?

—Nada. Toneladas de mensajes de texto, todos de amigas. Y unos cuantos de Tommy a la semana.

—¿Algo raro en los de Tommy?

—No gran cosa. Todos del palo «Nos vemos a las siete» o «Llego tarde». Sobre todo se mandaban imágenes divertidas. *Memes* de gatos y cosas así.

Jake vio la mirada que le lancé e intentó explicármelo.

—Los *memes* son... fotos de internet. Con frases. Que dan risa y tal.

—Ajá... —Terminé de firmar todas las órdenes judiciales y se las devolví—. Necesito que mandes todo el archivo del caso, fotos incluidas, al FBI.

—¿Qué? —exclamó Jake, tan sorprendido que olvidó mantener un tono de voz discreto—. ¿Se encargarán ellos del caso?

—No, pero nos ayudarán.

Le di la información del contacto que me había recomendado Fran: un psicólogo forense especialista en crímenes. En condiciones normales no habría recurrido a ningún psicólogo, por especialista que fuera, pero Fran dijo que era «inigualable» y que no encontraría a nadie como él en todo el estado, y tampoco era cuestión de hacerle ascos a alguien que tal vez podría señalar con un dedo «inigualable» al asesino que buscábamos.

—Quiero hablar con él hoy mismo. Como mucho, mañana, que es cuando convocaremos a los dos sospechosos de nuevo, justo después del funeral de Hattie. Repasaremos hasta el último detalle de lo que hicieron el viernes por la noche y veremos si alguna historia cambia después de haber pasado el día junto al ataúd.

Jake se puso manos a la obra y yo dejé atrás el ruido y el ajeteo de la oficina y abrí la puerta de mi despacho. Winifred se volvió hacia mí, pero Mona ni siquiera levantó la cabeza. Parecía una escultura de

piedra, con los pies juntos y las manos cruzadas encima del bolso grande y descolorido que tenía sobre el regazo. Sus ojos no veían nada; todo en ella estaba vuelto hacia dentro, estaba encerrada en sí misma.

Después de conocer a Bud, no pasó mucho tiempo hasta que éste me presentó a Mona. La había visto embarazada tanto de Greg como de Hattie, y dejando a un lado el tamaño de su barriga, no habrías imaginado que estaba preñada. Siempre que el bebé le pegaba una buena patada desde dentro, decía «A ver si te atreves a salir e intentarlo desde fuera», y se frotaba el lugar en cuestión antes de seguir con lo que estuviera haciendo. En esos momentos trabajaba a tiempo parcial para el único abogado del pueblo, mecanografiando textos y encargándose del archivo, y además seguía ayudando a Bud con los campos, se ocupaba de la casa y, por si fuera poco, también preparaba la comida. Su pastel de carne era tremendo, con champiñones enteros, grandes trozos de pollo y una salsa de vino blanco; lo servía siempre recién salido del horno. Si la felicitabas por ello, se limitaba a encogerse de hombros y a afirmar que no tenía nada de especial.

A decir verdad, seguramente yo tenía más cosas en común con Mona que con Bud. A ninguno de los dos nos gustaba perder el tiempo de cháchara. Por eso sabía que debía de tener un buen motivo para venir a verme.

—Mona.

Me senté a mi lado de la mesa. Winifred se quedó detrás de Mona, poniéndole una mano en el hombro, consolándola en silencio como suelen hacer los amigos de verdad. Yo, en cambio, utilicé el escritorio para interponer algo de distancia entre nosotros. Tenía que mirarla como a un simple conocido, no como si hiciera casi media vida que éramos amigos.

—Nunca me pasó por la cabeza.

Parecía que no estuviera hablando con ninguno de nosotros. Winifred y yo nos miramos y esperamos a que continuara.

—En todos los meses que habían pasado desde que Greg se marchó, nunca pensé que podría perder a Hattie. Siempre era Greg, Greg, Greg. La imagen de Greg pisando una mina aparecía en mi cabeza en plena noche. Un asalto a la unidad de Greg. El rostro de Greg, quieto y pálido dentro de un ataúd. Greg ha protagonizado mis pesadillas en todo momento y creí que podría compensarlo. Greg volverá en julio y a Hattie se le había metido en la cabeza la idea de marcharse a Nueva York. Recuperaría a uno y pasaría a preocuparme por la otra. De algún modo me parecía... justo.

Su mirada por fin logró enfocarse y se quedó observándome. En sus ojos nadaba toda la angustia del mundo.

—Jamás pensé que podía perderla mientras la tuviera tan cerca. Aquí, en casa, en Pine Valley.

Winifred presionó el hombro de Mona con sus dedos huesudos, como si tuviera que sostenerle la espalda, y me dedicó una de esas miradas a las que las mujeres recurren cuando quieren que hagas algo o cuando piensan que hay algo que no estás haciendo bien.

—Mona, ¿qué haces aquí? Es el último lugar en el que necesitas estar ahora mismo.

—Hay algo que debes saber. Sobre Hattie. —Levantó un brazo y le dio unos golpecitos en la mano a Winifred—. Espérame en el vestíbulo, ¿quieres?

—¿Estás segura, cielo?

—No tardaré en salir.

Winifred le dio una palmadita en la espalda y a mí me lanzó una mirada de advertencia antes de marcharse y cerrar la puerta tras ella. Mona hizo otra pausa. Parecía como si estuviera reuniendo fuerzas.

—Toda esta gente no para de preguntarme cómo estoy y de hacer cosas por mí. No lo soporto. No se trata de mí, Del. No me importaría sentirme de este modo durante el resto de mi vida si a cambio ella estuviera viva. No me importaría que la condición fuera no volver a verla jamás, no volver a abrazarla. Me cortarían las manos y los pies a cambio de saber que le late el corazón. Que respira y sonrío y vive en alguna parte. ¿Cómo puedo seguir viviendo sabiendo que ella ya no lo hace? No lo soporto, Del. No lo

soporto.

Frunció los labios con fuerza, tratando de controlarse.

—Tienes que afrontarlo día a día, Mona. Céntrate en lo que va viniendo y no intentes anticipar nada.

—Winifred asegura que se aprende a vivir con ello —declaró—, que esa pena pasa a ser como un hijo más.

—Ella perdió dos. Sabe de lo que habla.

Mona asintió y respiró hondo. Acto seguido, cambió de tema.

—Bud me ha dicho que todavía no sabéis nada del ADN.

—No, todavía no. Y sé que Bud no está precisamente contento.

—Ninguno de nosotros lo está, Del.

—Ya, claro, es evidente, aunque yo me refería a... —Dios, no sabía cómo manejarme con las mujeres. Tal vez si hubiera estado casado algo más de dos segundos, se me darían mejor ese tipo de cosas. Mona se dio cuenta de que estaba en un aprieto y, a pesar de la gran pérdida que acababa de sufrir, todavía tuvo la amabilidad de rescatarme.

—Bud ya me ha contado que habéis hablado por teléfono esta mañana. Estaba enfadado, esperaba más de ti.

—Mona...

—Ya lo sé, Del. Tienes que hacer tu trabajo. Sé que sólo puedes explicar ciertas cosas hasta cierto punto. Suelo leer novelas de detectives —bajó la mirada antes de continuar—, para distraerme.

—No intento ocultarle nada a Bud. —Ni siquiera me di cuenta de que era mentira hasta que lo hube dicho. Seguí hablando, como cuando mienten los delincuentes, tratando de justificar y mejorar mis argumentos—. En cuanto nos entreguen los resultados del ADN, la situación cambiará por completo. El asesinato de Hattie no podrá esconderse mucho tiempo. Créeme.

Mona levantó la mirada de nuevo y advertí que confiaba en mí, que confiaba en que quien había sido su amigo durante los últimos veinticinco años encontraría al asesino de su hija. Y aunque yo era consciente de que tenía que ser discreto sobre lo de Lund, el silencio continuaba torturándome. Me revolvía el estómago.

—Bud lo comprenderá más adelante. Cuando se haya calmado.

Yo estaba convencido de que lo acabaría comprendiendo cuando supiera toda la verdad, si realmente llegábamos a saberla. De lo que no estaba seguro era de si llegaría a perdonarme que se lo hubiera ocultado. Negué con la cabeza; necesitaba pasar página.

—¿Qué querías contarme sobre Hattie?

—He estado pensando. —Respiró hondo antes de continuar—. No me acordé cuando viniste a casa. Había demasiadas...

Negó con la cabeza, como si estuviera luchando por contener las lágrimas y poder desembuchar por fin lo que tenía que explicarme.

—Ocurrió hace tres semanas, durante las vacaciones de primavera. Se suponía que Hattie tenía que trabajar el viernes, pero cuando fui a la farmacia a buscar mis pastillas vi que no estaba, y eso que se había marchado por la mañana con el uniforme y la credencial con su nombre. La chica que me atendió me dijo que esperaba que Hattie ya se encontrara algo mejor y yo no respondí, me limité a asentir.

»Cuando llegué a casa, Hattie todavía no había vuelto y no me cogía el teléfono. No estaba ni en casa de Tommy ni en casa de Portia. Dejé pasar una hora más y entré en su habitación. No suelo hacerlo, a los adolescentes no les gusta que te entrometas en sus cosas, ya sabes, y Hattie nunca había hecho nada que me hubiera parecido preocupante, por lo que le concedía su propio espacio. Sin embargo, al ver que no podía ponerme en contacto con ella, entré a echar un vistazo.

Respiró hondo una vez más.

—Lo vi en su ordenador.

—¿Y qué era? —pregunté, creyendo conocer la respuesta. Aunque no, no la sabía.

Mona sacó unos papeles de su bolso y los dejó sobre la mesa.

—Lo imprimí antes de que volviera a casa. No estoy muy segura de por qué lo hice. En cualquier caso sabía que no se lo podía enseñar a Bud. Hattie era la niña de sus ojos. Quedó prendado de esa criatura desde el día que la trajimos del hospital.

El papel era una especie de tabla. En el lado izquierdo había una columna con el título «Personaje» y luego un montón de nombres. Le eché una ojeada y vi que Tommy era uno de ellos. Junto a la columna del personaje, había otras cabeceras. Bajo la columna «Hilo conductor», había escrito «Sexo y aceptación»; debajo de «Necesidades», había escrito «Contarle qué debe hacer, cómo adaptarse y sobarme», y bajo la última columna, «Dirección de escena», ponía «Decirle que es como Derek. Mantenerlo en entornos sociales. Ni hablar de salir los dos solos».

—¿Qué es esto, Mona?

Leí unas cuantas entradas más. En el caso de Bud, el hilo conductor era «Granja y familia». La dirección de escena para Portia era «Hablar sobre ella tanto como sea humanamente posible sin vomitar». Me costó no sonreír con ésa. Me había visto obligado a hablar bastante con Portia, los últimos días.

—Eso es lo que le pregunté en cuanto volvió a casa. Estaba triste, y parecía como si hubiera estado a la intemperie, con la nariz y los ojos enrojecidos. Le pregunté dónde se había metido y por qué no había ido a trabajar. Me respondió que no era asunto mío, que tenía dieciocho años, que ya era adulta y que podía hacer lo que quisiera.

—Típico de una adolescente.

—Típico de una adolescente, pero no de ella. Siempre había tenido la sensación de que Hattie decía lo que a la gente le apetecía oír. Nunca tuve ninguna prueba de ello, pero una madre sabe detectar cuándo su hijo está fingiendo. Se los ve como si fueran transparentes, aunque intenten esconder lo que sienten; también me pasa con Greg. El caso es que Hattie se dedicaba a complacer a los demás, aunque jamás pude descubrir si lo hacía para no decepcionar a nadie o si simplemente no sabía lo que quería para sí misma.

»Sea como sea, me arrebató el ordenador de las manos y me dijo que era suyo, que lo había pagado con su dinero y que yo no tenía ningún derecho a tocarlo. Luego salió corriendo hacia su cuarto y pegó un portazo. La seguí, entré en la habitación y le dije que aquella puerta era mía, que la habíamos pagado su padre y yo con nuestro dinero y que no tenía ningún derecho a cerrármela en los morros. Luego le pregunté por la tabla. Le pregunté qué se proponía hacer con todo aquello e intenté que viera la diferencia entre las personas y los personajes de una obra de teatro. Me explicó que no era más que un ejercicio, para mejorar como actriz. Como la cámara de vídeo.

Mona negó con la cabeza mientras recordaba la escena.

—Le respondí algo como «¿A quién crees que estás engañando?», y se echó a llorar. Me acerqué a la cama y la abracé un buen rato, acariciándole el pelo como cuando era pequeña.

A Mona se le llenaron los ojos de lágrimas que fue atrapando con un pañuelo de papel.

—Hacía mucho que no permitía que me acercara tanto a ella. Estaba más unida a su padre y conmigo era más distante. Nunca comprendí por qué.

»Pero ese día me necesitaba y permitió que me acercara a ella un poco. Estuvo llorando entre mis brazos y me dijo que la única persona a la que había estado engañando era a sí misma. Le expliqué que tenía que dejar de pensar en lo que podía ser para la gente, que dejara de fingir, y que a la larga los demás la respetarían precisamente por eso.

»Me confesó que le costaba pensar a largo plazo, por lo que le di el mismo consejo que me has dado tú a mí hace un minuto: que afrontara las cosas día a día. Que tenía que ir descubriendo lo que quería y concentrarse en ello. Seguí hablando durante un rato, simplemente meciéndola entre mis brazos e

intentando que confiara en mí. Era como volver a tener a mi bebé por unos momentos.

»Nunca me contó dónde había estado ese día, y yo decidí no insistir. No quería romper ese vínculo tan débil y que me excluyera una vez más. Sin embargo, ahora... ahora me pregunto si estaba envuelta en algo que acabó costándole la vida. Si la hubiera obligado a contármelo, o si la hubiera castigado...

Se quedó callada otra vez y volvió a secarse las lágrimas con el pañuelo de papel.

—No puedes pensar así, Mona. No puedes culparte de lo sucedido.

—No me culpo. Culpo a ese asesino de mierda que le quitó la vida. Pero tal vez yo podría haberlo evitado. Tal vez si hubiera sido más estricta con ella...

—Habría salido corriendo igual, aunque en sentido opuesto —la interrumpí—. Eso es lo que hacen los hijos. Están programados para reaccionar así, a esa edad.

Siguió secándose los ojos mientras asentía.

—Ya lo sé, Del. Es sólo que son cosas que me vienen a la cabeza y no puedo evitarlo. No me las quito de encima.

—Nosotros no sabemos si estaba envuelta en algo turbio, todavía. Siempre hay chicos que merodean por el lugar para tener relaciones sexuales.

—Pero luego está el sobre.

—¿Qué sobre? —pregunté, enderezando la espalda.

—Llegó esa misma noche: un sobre blanco en el buzón de casa. Sin sello, sin remitente. Sólo con el nombre de Hattie escrito encima. Se lo quitó de las manos a Bud y se encerró en su habitación.

—¿Llegaste a saber qué había dentro?

—No.

—¿Y lo has visto, desde entonces?

Yo no me habría fijado en algo tan mundano, cuando estuve registrando su habitación.

—No.

—Y al día siguiente Hattie desapareció de nuevo —dije, suponiendo que había una especie de ritmo en ello.

Mona parecía sorprendida.

—¿Cómo lo sabías?

—Portia.

Mona asintió.

—Portia fue a buscarla porque se quedó tirada en la autopista norte de Rochester.

—¿Qué hacía allí?

—Dijo que había ido de compras.

—¿De compras para qué?

—No lo sé. Pero una vez más decidí no insistir porque la vi más feliz. Supuse que ya había resuelto lo que la había preocupado el día anterior. Cuando Bud refunfuñó algo sobre la camioneta averiada durante la cena, esa misma noche, ella respondió con chistes y bromas, diciéndole que era una señal, que tendría que comprarle otro coche. Un descapotable, le dijo, para poder ir a Nueva York. Él le replicó que ahora su asignación era de diez céntimos semanales y que podía ahorrar una parte para comprárselo ella misma. Siempre se estaban chinchando de ese modo, tomándose el pelo. La veía feliz, contenta. Ya te digo, no parecía que hubiera estado llorando sobre mi hombro el día anterior. Tal vez no sean más que los típicos cambios de humor adolescentes. Un día están en la cima del mundo y al día siguiente parece que su vida haya terminado.

Lo oí en su voz: cómo se contenía, cómo el sarcasmo se volvía hacia ella, la golpeaba justo al final de la palabra y, de repente, quedaba doblegada. Unos sollozos acallados le sacudían los hombros, pero no producían ningún ruido porque eran demasiado profundos.

Winifred, que se había quedado montando guardia junto a los archivadores, entró enseguida en el

despacho y agarró a Mona por los hombros. Saqué unos pañuelos de papel que guardaba en un cajón y se los pasé por encima de la mesa, pero Winifred puso los ojos en blanco y extrajo un pañuelo de tela de su bolso. Mona se secó las lágrimas de la cara y se recompuso un poco. Yo me sentí tan inútil como unos calcetines para una serpiente.

—Mona, necesito que me hagas un favor —le dije.

Ella se las arregló para calmarse y enderezar la espalda. El dolor no la había debilitado. Una mujer como Mona Hoffman, una auténtica granjera que se enfrentaba a cada estación y a cada tormenta con tanta ecuanimidad que hasta Dios la envidiaría, se crecía cuando había que pasar a la acción, cuando tocaba abordar algo y ponerse manos a la obra. Incluso entonces, en los días más oscuros de su vida, sabía que haría lo que yo le pidiera.

—Quiero que vuelvas a registrar la habitación de Hattie, y también su camioneta; cualquier lugar en el que pudiera haber dejado ese sobre.

—De acuerdo, Del.

—Necesito saber el paradero de unas cuantas cosas más —añadí, aprovechando el impulso—: su maleta, y la cámara de vídeo.

—¿Qué? —La sorpresa superó al resto de las emociones.

Le describí brevemente los dos objetos.

—Creemos que están extraviados —añadí.

—La maleta fue el regalo que le hicimos por Navidad. Bud la compró en Brookstone. Le encantó.

Me dijo que buscaría entre las cosas de Hattie en cuanto hubieran elegido las flores del ataúd para el funeral.

—El velatorio será esta noche, en casa. Sólo para la familia —dijo Mona, desviando la mirada justo cuando se levantaba para marcharse.

Las acompañé hasta la salida, pero me quedé atrás mientras la anciana ayudaba a Mona a entrar en el coche. Una camioneta de periodistas deambulaba por el otro lado de la calle, esperando algún giro en la historia. Estarían revoloteando cerca del funeral al día siguiente para intentar entrevistar a cualquiera sobre el llamado «crimen de la maldición». Cuando menos, podía ahorrarles esa molestia a Bud y a Mona. No me sentí capaz de gran cosa más, mientras observaba cómo se alejaba el coche.

Todavía tardé un rato en volver a entrar.

PETER

Viernes, 21 de marzo de 2008

¿Un cuerpo podía partirse en dos? Permanecí bajo el árbol, uno de esos robles desgarrados que le habían revelado a Mary lo que deseaba en la vida, y observé cómo Hattie se alejaba de mí. Su ultimátum quedó suspendido en el aire: «Ven a Nueva York conmigo o le contaré lo nuestro a Mary». No lo había dicho con esas mismas palabras —¿o tal vez sí?—, pero en cualquier caso, la amenaza había sido clara, refulgía en sus ojos, que no conocían el miedo.

Contemplé cómo se iba encogiendo al otro lado del campo, cómo sus pasos devoraban el suelo con esa despiadada seguridad adolescente que era capaz de mandar al mismísimo sol al carajo. Mi desesperación crecía en la misma proporción que se ampliaba la distancia que nos separaba. Todo en mi interior ansiaba perseguirla, obligarla a regresar y atarla al árbol, forzarla a hablar hasta que no le quedara por decir ni una sola palabra más, fuera cierta o falsa. Darle justo lo que quería y luego buscar un coche y marcharme con ella. Mostrárselo todo. Conseguir que nos olvidáramos de la ciudad, de nosotros mismos, y de cualquier decisión terrible que nos hubiera llevado hasta ese lugar y ese momento.

Pero ¿Nueva York? ¿Qué esperaba que le diría? ¿«Sí, claro que me mudaré a Nueva York contigo»? ¿«Descartaré cualquier posibilidad de recuperar mi vida en Minneapolis y viviremos juntos por las calles de Nueva York»? Porque allí es donde acabaríamos: en la calle. Incluso si por algún milagro obtuviera un empleo como profesor en otoño, no cobraría nada hasta octubre. En la cuenta de ahorro me quedaban mil dólares que no alcanzarían para nada; ¿realmente Hattie pensaba que los dos mil que ella podría aportar bastarían para mantenernos en la ciudad más cara del país?

No sabía a qué se enfrentaba. Allí no tenía amigos, ni contactos; ningún plan. Me necesitaba. Dios mío, me necesitaba casi tanto como yo la deseaba, y la tentación de ceder a su absurda petición casi me sobrepasaba.

Si no fuera porque no lograba olvidar a Mary.

El recuerdo de Mary fue lo que me mantuvo ahí plantado, contemplando cómo Hattie desaparecía entre los bosques. No me importaban lo más mínimo el resto de las cosas: ni mi trabajo, ni mi reputación; lo único que me importaba de esa vida que llevaba en Pine Valley era Mary. Hacía poco más de un mes que me había contado sus planes de quedarse en la granja y vivíamos en un punto muerto desde entonces. No le había dicho si estaba dispuesto a quedarme y ella tampoco había vuelto a sacar el tema. Existíamos en paralelo, compartiendo algunos comentarios irrelevantes, como dos vecinos cordiales pero distantes. Sabía que ella estaba esperando a que tomara una decisión, pero no tenía ni idea de si le importaba lo más mínimo cuál podía llegar a ser mi veredicto.

¿Era extraño, pues, que me hubiese encontrado con Hattie? Hattie, que se había acurrucado en mi regazo como si yo fuera su refugio en el mundo, que me había suplicado y me había amenazado con destrozarme, como si yo fuera alguien a quien valiera la pena destrozarse.

Me bebí el resto del vino y le eché la comida sobrante a un cuervo que merodeaba por allí. Luego me tumbé y me puse a mirar el cielo a través de las ramas deshojadas.

¿De verdad sería capaz de hacerlo? ¿Hablaría con Mary cuando volviera a encontrársela en la farmacia? Me había dicho una y otra vez que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por mí, que era la mujer adecuada para mí, pero ¿a qué versión de sí misma se refería? Incluso sin ese talento innato para actuar, seguía teniendo dieciocho años, joder. ¿Hasta dónde podía llegar una chica despechada de dieciocho años?

Cuando empezó a ser insoportable seguir pensando en ello, reuní todo mi coraje y regresé andando al almacén. Hattie ya se había marchado en el momento en que llegué. Tal vez incluso ya estaba en su

casa, planeando la mejor manera de arruinarme la vida. Tampoco era tan difícil. Bastaría con llamar por teléfono a Mary o confesar lo nuestro a sus padres y mi vida habría terminado.

Lancé la botella de vino contra la pared del almacén, pero ni siquiera se agrietó, por lo que la sumergí de un puntapié en el charco que se estaba formando en el fondo. Tuve la tentación de meter también en el agua la manta de pícnic de Hattie, pero en lugar de eso opté por dejarla en un rincón seco, envolviendo el libro.

Cuando llegué a casa, la camioneta de Mary estaba aparcada frente a la entrada. Me había dicho que irían de compras a Rochester después de la cita con el médico, pero no era ni mediodía. Habían vuelto muy temprano.

Dejé la cesta de pícnic en el asiento trasero de mi coche y luego abrí la puerta delantera sin hacer ruido. Si en algún momento me pasó por la cabeza la posibilidad de subir al primer piso a hurtadillas, se esfumó de inmediato en cuanto vi a Mary sentada en el sofá del salón, mirándome fijamente. Era como si hubiese estado contando los minutos que tardaba en regresar a casa. El televisor estaba apagado y no vi a Elsa por ninguna parte. Mi acuciante sentimiento de culpa se agravó en cuestión de segundos, pero Mary ni siquiera se movía. Apenas se había detenido a descansar durante el último año. ¿Podía haber alguna duda acerca del motivo que la paralizaba en esos momentos?

Por encima de las náuseas y de la violencia con la que me latía el corazón, me pregunté cómo debía de haberse enterado. Empecé a recorrer las páginas de mi vida, buscando un subtexto desbordado que pudiese haberme delatado. Aunque tal vez no se trataba de que yo hubiera cometido un error. Tal vez Hattie ya había cumplido su amenaza.

—¿Dónde estabas? —dijo Mary, rompiendo por fin el silencio.

—Por ahí. Paseando.

Decidí no admitir nada, todavía.

—¿Paseando por dónde?

—Por los campos. Por ahí detrás —añadí, levantando un brazo en una dirección imprecisa—. Quería tomar el aire y no me apetecía salir a correr.

Mary soltó una carcajada sin humor.

—Vives en una granja y necesitas salir a pasear para que te dé el aire. Es eso, ¿no? Seguro que es eso.

—¿A qué te refieres con *eso*? ¿De qué estás hablando?

—Nada.

—¿Dónde está Elsa? Creía que habíais ido de compras.

—No quería que la llevara en silla de ruedas por ahí. La he dejado en casa de Winifred, deseaba verla.

—Muy bien.

Esperé que llegara la acusación, las lágrimas y la rabia, pero no llegaba nada en absoluto. Siguió sentada con aquella expresión ilegible.

—¿Nada más? —dije, iniciando una retirada instintiva hacia la escalera.

—Siéntate, Peter.

El trasero se me pegó a la silla de inmediato. Una parte de mí recibiría de buena gana lo que le venía encima. Era el fin de mi matrimonio; más papeleo, pero también terminaría todo el engaño y podría dejar de fingir que era buena persona.

—¿Qué ocurre? —pregunté—. Te comportas de un modo extraño.

Mary respiró hondo y se miró las manos.

—Me he desmayado en la consulta del médico.

—¿Qué? —La sorpresa me recorrió las venas como una especie de droga deliciosa—. ¿Qué ha sucedido?

—Ha sido una tontería. Hemos tenido que esperar más tiempo del que había previsto y hacía calor. Cuando el médico por fin nos ha llamado, me he levantado demasiado deprisa y me he desmayado. Al recuperar la conciencia estaba tendida en el suelo y a mi lado había una enfermera y la recepcionista. Me han ayudado a levantarme y me han hecho beber un poco de agua.

—¿Has desayunado esta mañana? Te ocupas de todo menos de ti misma. Por eso te has desmayado.

—Ya lo sé. Y también que eso tendrá que cambiar.

—¿Todavía estás mareada?

—Un poco —asintió—. El médico me ha hecho unas cuantas preguntas y me ha hecho una prueba.

La idea de que Mary pudiera estar enferma me parecía impensable. Se había convertido en la guardiana y defensora de Elsa; había reinventado la granja sin la ayuda de nadie; pagaba las facturas, preparaba las comidas y limpiaba la casa, todo con ese estoicismo tan típico de los Reeve. Era la puta mujer biónica.

—¿Qué prueba?

—Y ha salido positiva —dijo en voz baja. De repente, sentí la necesidad de que me mirara, necesitaba verle los ojos.

—¿Qué prueba, Mary? —pregunté por segunda vez. Me puse de pie, crucé la habitación y me eché al suelo para obligarla a que me mirara. Cuando lo hizo, detecté confusión y duda. Me di cuenta de que estaba reuniendo fuerzas para contármelo. Fuera lo que fuese, sin duda era algo que no debía de estar relacionado en absoluto con el hecho de que yo fuera un marido infiel y mentiroso. En cualquier caso, ese algo la estaba desgarrando por dentro.

—Estoy embarazada.

—¿Qué? —Me levanté de un brinco y retrocedí tambaleándome—. ¿Qué?

Mi cerebro dejó de funcionar. La estancia quedó envuelta en un halo oscuro, como en las escenas de ciertas heroínas que siempre me habían parecido demasiado sentimentales, incluso hiperbólicas. ¿Cómo podía estar embarazada? ¿Y de mí? A Mary no le gustaban las infidelidades, pero llevábamos meses sin tener relaciones sexuales, no habíamos...

De repente, la sala de estar volvió a quedar enfocada.

—¿El día que vino el tipo de las ventanas?

—Tuvo que ser ese día. Me ha preguntado por la última menstruación y le he dicho que fue hace seis semanas. Las fechas encajan —dijo, entrelazando los dedos sobre la barriga.

Me pasé las manos por el pelo, me sequé la boca, intentando asimilar lo que estaba sucediendo.

—¿Y qué piensas hacer?

—Acostumbrarme a desayunar por las mañanas, supongo —señaló, y acto seguido soltó una risa ágil y nerviosa. Al ver que yo no respondía nada, prosiguió—: He comprado unas cuantas vitaminas prenatales y galletas saladas. Mamá dice que me irá bien comer galletas saladas.

Yo continuaba incapaz de articular palabra.

—Ya sé que no pasamos por nuestro mejor momento. —La carcajada que solté sólo le dio un breve respiro, apenas un segundo; estaba cogiendo carrerilla—. Pero esto es lo que queríamos, ¿no?

—O sea, que tendrás al bebé.

—Ni te atrevas a sugerir lo que creo que ibas a sugerir.

Su voz, pese a mantener el tono bajo, se convirtió en acero puro.

—¿Qué crees que iba a sugerir? ¿Cómo puedes saber lo que pienso, cuando ni siquiera lo sé yo mismo?

—Te conozco, y sé que no hemos sido felices últimamente, pero este bebé es mío —dijo, separando las manos y extendiendo las palmas sobre la superficie todavía plana de su abdomen—, nuestro. Es nuestra familia.

—Y quieres que crezca aquí.

Sólo conseguía constatar obviedades, murmurar cada una de esas evidencias que me daban patadas en el estómago.

—Ya hemos hablado de ello. Necesitaré ayuda con los pollos y ya no podré levantar los sacos de pienso sola. Con la carretilla no debería haber ningún problema, todavía. No estoy segura acerca del amoniaco de los excrementos, pero eso te ocuparía una hora al día, como máximo. He pedido cita con un ginecólogo.

Se quedó sentada en el sofá descolorido, con la mirada perdida en algún lugar indeterminado entre ella y yo, delineando contornos que yo apenas alcanzaba a percibir. Todo me parecía terrible, tanto el pragmatismo rígido y controlado de Mary como el pánico monumental que se había apoderado de mí. Éramos una parodia de lo que debería haber sido aquel momento, lo que habría sido si hubiera llegado un año antes. En lugar de celebrarlo, me había dado un ultimátum, el segundo que recibía en pocas horas.

—No pareces muy contenta por la noticia, que digamos —conseguí decir.

—Me ha sorprendido.

Solté un ruido medio estrangulado que vino a sugerir que en ese aspecto coincidíamos.

—Pero últimamente ha ido mejor, ¿no? —preguntó—. Has pasado más tiempo con mamá, y el director dice que estás haciendo una gran labor con la obra, que estás trabajando con alumnos que tienen talento.

—Dios mío. —No podía soportarlo más tiempo, con la presencia de Hattie revoloteando por los márgenes de la conversación, amenazando con zambullirse en aquella pesadilla en cualquier instante—. Necesito pensar.

—Peter...

—Sólo necesito un poco de tiempo para pensar.

Cogí las llaves y salí de la casa, saqué el coche del sendero de entrada y me lancé como un rayo hacia la carretera de grava. Aceleré hasta llegar a los cien, ciento diez, y el sonido de las piedras que golpeaban los bajos del coche me pareció una estampida, un centenar de criaturas ungladas corriendo desesperadas para salvar la vida.

Media hora antes había estado fantaseando (¿por qué negarlo?) con la posibilidad de secuestrar a Hattie y torturarla sexualmente, y de abandonar a Mary durante el proceso. ¿Por qué no me había marchado? ¿Por qué no había levantado a Hattie en volandas en el instante en el que había pronunciado aquellas palabras? ¿Por qué no la había obligado a meterse en el coche antes de que tuviera ocasión de cambiar de opinión? A esas alturas ya estaríamos en Wisconsin. Podría haberle mandado un correo electrónico a Mary desde Madison y hacerme el sueco respecto al embarazo. Podría haber huido.

Ahora no tenía escapatoria, ¿verdad? Dios mío, ¿cómo iba a dejar a Mary, sola y embarazada? ¿Cómo iba a colgarle la eterna etiqueta de la mujer cuyo marido la abandonó por Hattie Hoffman, esa chica que ya dominaba los escenarios incluso antes de haber terminado la secundaria? «Sabías que él era su profesor, ¿verdad?» Ya podía oír los cuchicheos. Imaginar las miradas de compasión.

Aceleré rumbo a Rochester. Los campos en pleno deshielo eran una sucesión de franjas borrosas, marrones y blancas, hasta que todas esas subdivisiones dieron paso a los concesionarios y trasteros de alquiler que bordeaban la autovía en las afueras de la ciudad. Giré hacia la Clínica Mayo y el centro de la ciudad, reduciendo la velocidad a medida que la gente llenaba las aceras a la hora de comer, con las cabezas en alto, disfrutando al máximo de la temperatura inusualmente cálida del día.

El día que le había propuesto matrimonio a Mary también había sido cálido. Dios mío, tenía la sensación de que había pasado una vida entera desde entonces, aunque en realidad no habían transcurrido más que seis años tras la graduación.

Estuve recorriendo las calles del distrito comercial en zigzag, aparqué junto a una cafetería y me eché a andar, pensando en la chica a la que le había pedido matrimonio, en todo lo que me había gustado en ella. Adorabalo dulce que era, la confianza que me transmitía. Me encantaba lo leal que era a los

clásicos americanos, a Steinbeck y a Cather y a Thoreau. Me fascinaba que fuera de compras a las tiendas de segunda mano dos veces al año, siempre el día del cambio horario, para no olvidarse, y que volviera a salir cargada de bolsas llenas con su ropa vieja, y que la vendiera por la mitad de lo que le habían costado sus nuevos hallazgos. Era muy responsable con el dinero, todo lo contrario que yo, que era capaz de pasar la semana a base de fideos y tofu, pero luego iba al bar el sábado y me gastaba cien dólares entre las bebidas y el taxi. Sabía que necesitaba una esposa como Mary. Había tenido sentido a tantos niveles que nunca me había preguntado (como sí habían hecho muchos de mis amigos con sus novias) si sería posible encontrar a alguien mejor. La mera idea de que algún día quisiera dejarla por una actriz embustera y brillante habría sido para troncharse de risa.

Había planeado pedírselo en Solera, el mismo restaurante de tapas al que llevé a Hattie durante el fin de semana que pasamos en Minneapolis, pero cuando le dije a Mary que había reservado mesa, ella se negó en redondo a cenar allí. «Es demasiado caro —me dijo—. ¿Treinta dólares por una botella de vino? Me parece absurdo.»

En lugar de eso, propuso ir de pícnic, por lo que el primer sábado después de graduarnos subimos al autobús que nos llevó a Stone Arch Bridge y estuvimos paseando hasta el parque que daba a la orilla norte del río. Mary había preparado una comida fría: un plato de fruta y queso, una *baguette* crujiente y vino metido en botellas de zumo de frutas, para que la policía del parque no nos molestara. Nos tendimos al sol y estuvimos observando desde nuestra posición privilegiada en lo alto del peñasco cómo los ciclistas y los patinadores pasaban zumbando por encima del puente, y mientras tanto comíamos y lanzábamos migajas a los patos, que se mostraban cada vez más audaces a medida que avanzaba la tarde. Como escenario para una proposición de matrimonio era un lugar ideal.

El postre marcaba el momento más propicio. Yo había comprado el pastel de chocolate preferido de Mary, pero cuando lo serví, y a pesar del bulto que formaba la cajita de la joyería en mi bolsillo, fui incapaz de pedírselo. No conseguía articular las palabras. Mary notó mi ansiedad cuando ya llevábamos unos cuantos bocados y me preguntó si me encontraba bien. Mentí y le dije que con toda probabilidad me había dado demasiado el sol. Recogimos el pícnic y yo, desesperado, pensé que había desaprovechado la ocasión perfecta. Cuando volvíamos por el puente, sin querer, Mary me brindó otra oportunidad. Se detuvo, se apoyó en la barandilla y dedicó una sonrisa al torrente de agua que fluía frente a Nicollet Island.

—¿No te parece perfecto? —preguntó. Y aunque se trataba de una pregunta retórica, tuve que pensar la respuesta.

—No del todo. —Solté la cesta de pícnic, saqué el anillo y clavé una rodilla en el suelo—. Pero tú puedes conseguir que lo sea.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó. Recuerdo que respiró hondo, y que se cubrió la boca con las manos justo como yo había imaginado. Unos cuantos patinadores nos dedicaron aullidos y silbidos al pasar por nuestro lado.

Ella se sonrojó y dejó caer las manos, pero se recompuso enseguida y me miró fijamente a los ojos.

—¿Me estás pidiendo algo?

—Sí —dije, titubeando hasta que por fin fui capaz de soltarlo—: Mary Beth Reeve, ¿quieres casarte conmigo?

—Depende.

Su respuesta me sorprendió tanto que me tambaleé, literalmente. Recuerdo que el suelo ascendió hacia mí durante un segundo y que me levanté de nuevo con torpeza, todavía sosteniendo el anillo entre ella y yo.

—¿De qué depende?

Todavía conservo grabados en la mente todos los matices de su respuesta: el tono solemne; la expresión comedida, eclipsada por el azul inmaculado del cielo; la dignidad del centro, y las agujas del

punto de Hennepin Avenue en el horizonte. Hasta el más mínimo detalle del paisaje urbano parecía destinado a santificar lo que tendría lugar entre nosotros en ese momento, más incluso que los votos pronunciados ante el párroco el día de la boda, cuando nos dio a leer unas palabras que había escrito otra persona para que nos las dirigiéramos el uno al otro. Ese día, en cambio, los votos eran de producción propia.

—¿Quieres tener hijos? —me preguntó—. No puedo casarme con un hombre que no desee formar una familia.

—Sí, los quiero —respondí de inmediato. Y era cierto, quería formar una familia con Mary. Creía que sería una madre excepcional.

Una sonrisa apareció en su rostro y las lágrimas brillaron en sus suaves mejillas con forma de manzana.

—Sí. Sí, Peter Martin Lund. Me casaré contigo.

Seis años más tarde, se había quedado embarazada. Mary, que a duras penas conservaba un eco lejano de la chica ruborizada a la que había revoleado en el puente de Stone Arch, había conseguido quedarse embarazada.

De repente, me sentí mareado. El vino que me había tomado con Hattie había invocado un agudo dolor de cabeza mientras seguía andando por el centro de Rochester. La gente desapareció de las aceras una vez pasada la hora de la comida, lo que reveló mi condición de paseante sin rumbo. No me dirigía a ninguna parte y era incapaz de forzar sonrisas fingidas cada vez que alguien demostraba los buenos modales de Minnesota ante los semáforos. Al cabo de un rato aminoré el paso. De repente no vi ningún motivo para continuar. Me detuve en medio de una acera, contemplando los charcos sucios del pavimento.

Tampoco podía elegir, ¿verdad? No había modo alguno de escapar a la responsabilidad de cumplir mi promesa.

En el mismo instante en el que llegué a la terrible conclusión de que me había quedado atascado en Pine Valley para siempre, una mujer que iba hablando por teléfono salió de una tienda, chocó conmigo y se disculpó. Levanté la mirada hacia la ropa que había en el escaparate de la tienda y se me cortó la respiración. El dolor que había estado sintiendo en la cabeza creció hasta apoderarse del aire que envolvía mi cuerpo. Sin la capacidad de pensar más allá, entré y compré el modelo del escaparate.

Fui en coche hasta el banco, saqué los últimos mil dólares que me quedaban en la cuenta de ahorros y lo llevé todo a la granja de los Hoffman, un lugar que sólo había visto en Google Maps hasta ese día. La casa quedaba resguardada por unos abetos, y estaba rodeada por turbinas eólicas que se extendían hasta el horizonte. No veía ninguna de las ventanas y tenía la esperanza de que nadie pudiera vigilarme cuando dejé el sobre blanco dirigido a Hattie dentro del buzón. Dentro del sobre había diez billetes de cien dólares y una nota: «Mary está embarazada. Márchate a Nueva York. Que sepas que te he amado».

Acto seguido, volví a casa con Mary. En el asiento del pasajero llevaba la bolsa con la ropa que había comprado: una camiseta y unos pantalones de una talla diminuta, estampados con animales de granja.

DEL

Jueves, 17 de abril de 2008

Dos horas antes del funeral de Hattie, recorrí el perímetro entero del instituto para comprobar las medidas de seguridad de los accesos ataviado con mi mejor traje y unas botas de agua manchadas de barro.

El instituto había cancelado las clases ese día. Probablemente lo habrían hecho de todos modos, pero teniendo en cuenta que el aforo máximo de la iglesia metodista era de unos trescientos feligreses, se tomó la decisión de habilitar el gimnasio del centro para el funeral, que estaba previsto para las once de la mañana. Contábamos con que se presentarían la mayoría de los chicos con sus padres y profesores además de toda la congregación de la iglesia, por no hablar de los amigos de Hattie del teatro de Rochester, las extensas familias de Mona y de Bud y el resto de la ciudad. Entre unos y otros, al menos mil personas.

Un grueso cúmulo de nubarrones grises se cernía sobre la ciudad de un modo preocupante, pero la previsión meteorológica había descartado la lluvia, por lo que no esperábamos tener que lidiar con problemas de circulación debido al estado de las carreteras. Los chicos estaban centrados en las tareas que les había asignado. Shel se había apostado en la entrada del aparcamiento para dirigir el tráfico y conservar cierto orden. Jake se encargó de los medios de comunicación y dijo que ya había visto dos camionetas más en Main Street. Los demás controlaban el resto de las ubicaciones y vigilaban los negocios cerrados. Después de la ceremonia tendríamos que liderar la procesión hasta el cementerio, cortando el tráfico en cada intersección para que pasara la comitiva y escoltando los coches de la familia hasta el parque de bomberos, donde las mujeres de la congregación servirían la comida, y luego seguir vigilando que todo fuera bien durante el resto de la tarde. Si alguno de mis sospechosos no se presentaba, tendría que mandar a un hombre para que lo localizara. Ese día no estaba dispuesto a permitir que nadie escapara a mi radar. Sólo le rogaba a Dios que no se produjera ningún accidente en la autovía, porque no me sobraba nadie que pudiera encargarse de ello. En ese caso Nancy tendría que llamar a la policía estatal.

Yo llevaba despierto desde las cuatro y me había pasado mucho rato decidiendo si era mejor presentarme de uniforme o de paisano. Mientras tanto, el gato de los Nguyen se aburría en el umbral del salón. Al final me decidí por un traje, y me guardé el arma y la placa bajo la chaqueta. Jake fue lo suficientemente respetuoso para no decir nada al respecto cuando por la mañana llamamos al doctor Terrance B. Standler, el psicólogo forense que Fran me había recomendado. Respondió enseguida y me pareció un tipo bastante educado, aunque intentó ahorrarse el trabajo de echarnos una mano.

—La doctora Okada me ha dicho que usted tiene una muestra de ADN excelente del criminal y de dos candidatos.

—¿Ah, sí?

—Suelo reservar mi tiempo para casos que supongan un reto mayor a las fuerzas del orden locales.

Jake me había lanzado una mirada y había apuntado con una pistola imaginaria al auricular del teléfono.

—¿Se ha mirado el expediente del caso? ¿Sí o no? —pregunté.

—Sí, lo tengo aquí delante.

—De acuerdo, entonces dígame si dispone de algún dato importante y guárdese los sarcasmos para más tarde.

El tipo suspiró.

—Como ya sabe, la ira y el poder son las dos causas principales de la mayoría de los homicidios

corrientes, y no hay pruebas de ninguno de esos dos aspectos aquí. Las abrasiones de la relación sexual las ha provocado el uso de la fuerza, pero está claro que no se trata de un caso de erotofonofilia.

—¿De qué?

—Homicidio lujurioso. Asesinos para los que el mismo acto de matar supone un acto sexual. En este caso tenemos dos actos distintos. La relación sexual, que a pesar de la agresividad fue claramente consentida, aunque la presencia del condón añade más complejidad: si se utilizó en esa relación sexual, el condón podría ser bien una muestra de respeto hacia la víctima, o bien un intento de no dejar constancia del ADN. En cualquier caso, tras el acto sexual, la víctima volvió a vestirse. Hubo un evidente interludio.

—Intermedio —murmuró Jake.

—¿Perdón? —preguntó Standler.

—Nada —intervine, lanzándole una mirada de advertencia a Jake a la vez que me decidía a asignarle unas cuantas guardias como canguro de conductores borrachos cuando hubiéramos cerrado el caso—. O sea, que es probable que discutieran entre el sexo y el asesinato, ¿no?

—Sí, sin duda hubo un punto de inflexión. El ataque en sí mismo tiene claros rasgos de haber sido un primer homicidio, y cuando alguien asesina por primera vez es menos probable que haya planificado el crimen. Desde un punto de vista estadístico, encontramos muchísimos más casos de discusiones que se salen de madre. Y luego están las heridas: la primera, una puñalada letal en el corazón, muestra una fuerza y precisión considerables. Pese a que es probable que el ataque no fuera premeditado, es evidente que fue voluntario. Los cortes *post mortem* en la cara pueden indicarnos una o dos cosas. La primera, que quería hacerle daño.

—¿Daño? —lo interrumpió Jake—. Ya la había matado. ¿Cómo podía hacerle más daño aún?

—A menudo, lo que motiva una mutilación facial es la voluntad de anular la identidad de la víctima, que para algunos asesinos tiene incluso más importancia que la vida. Con ese acto, el asesino demuestra su poder y destruye la amenaza que representaba la víctima. El año pasado revisé un caso en el que una participante de un concurso de belleza mató a una rival y le desfiguró el rostro con ácido. La principal fuente de poder de la víctima sobre la asesina era el hecho de tener un rostro immaculado, razón por la cual la homicida decidió arrebatárselo. El deseo de hacer daño es una motivación importante, pero la segunda posibilidad lo es todavía más: el miedo.

—¿Miedo a qué? ¿A que lo atraparan?

—En esa fase, no. El miedo a que te atrapen se percibe más tarde, cuando el asesino se lleva el bolso de la víctima y lo lanza al lago. No, se trata de un miedo primario, a menudo documentado como una primera emoción inmediata tras un asesinato. Puede manifestarse de varias maneras: en forma de cortes faciales, la sepultura del cadáver o la completa eliminación del mismo. El asesino intenta borrar la identidad de la víctima para borrar también el crimen. En esencia, se trata de una acción de arrepentimiento.

—¿La mató y luego se sintió mal al respecto?

—Eso creo. El sexo y el apuñalamiento indican fuertes desequilibrios emocionales. Es posible que los sentimientos del asesino cambiaran del arrepentimiento al miedo en un abrir y cerrar de ojos. Están buscando a un hombre joven y nervioso, alguien para quien probablemente resulte difícil encajar en la sociedad o que tenga un buen historial de relaciones volátiles, tanto si éstas incluyen a la víctima como si no.

Jake y yo nos miramos y él señaló con el dedo un nombre del expediente. Yo asentí.

Tanto si Standler nos había contado algo nuevo como si no, lo cierto era que había sonado tan convincente como un testigo presencial. Le di las gracias, me aseguré de que testificaría a su debido tiempo y Jake y yo regresamos al instituto para echar una mano con los preparativos del funeral.

Los operarios de mantenimiento y el personal de la funeraria ya habían dispuesto el lugar la noche

anterior, pero habían estado llegando flores durante toda la mañana. En cuanto hube terminado de comprobar las medidas de seguridad del exterior, escolté a unos cuantos floristas hasta el interior del gimnasio y le eché un vistazo al recinto.

Habían desmontado y guardado el escenario del fin de semana anterior, habían sacado las graderías descubiertas y habían llenado la pista de sillas, todas dirigidas hacia el fondo del gimnasio, donde había un púlpito decorado con montañas de flores y docenas de fotografías y anuarios. Recorrí la pared en la que los estudiantes habían extendido una pancarta de papel para escribir recuerdos que guardaban de Hattie.

Siempre sonreía.

Me ayudó con mi examen de lengua. Un montón de veces.

Mi hermana nos dejó la última temporada de Sexo en Nueva York. Hattie se quedó a dormir en mi casa y nos pasamos la noche entera viéndola y puntuando los vestidos. A ella siempre le parecían mucho más bonitos que a mí.

Compartimos banana splits en el DQ. ¡SIN JARABE DE FRESA, POR FAVOR! LOL

Sabía escuchar. (Ésa la vi una y otra vez.) Me escuchaba siempre que le contaba mis problemas e intentaba ayudarme.

Hattie sabía escuchar de verdad.

Había una silueta urbana en la parte inferior de la pancarta, con un dibujo muy sencillo, un muñeco de palitos, que representaba a una chica saludando desde una de las ventanas.

Hasta que llegué al final no me di cuenta de que alguien había colgado el vestido que Hattie había llevado en la obra, el vestido de Lady Macbeth; lo habían lavado, ya no tenía las manchas de sangre y había quedado blanco e impoluto. Estaba flotando frente a la pared como un fantasma. Lo había lucido en esa misma estancia hacía menos de una semana. Esa noche yo había estado trabajando, poniendo al día el papeleo interminable que se había acumulado por el mismo motivo de siempre: los recortes que habían reducido la plantilla al mínimo. Pero debería haberlo dejado para otro día. Debería haber ido a verla.

Llegó el coche fúnebre, y con él llegaron también Bud, Mona y Greg. Colocaron el ataúd en una sala contigua al gimnasio, donde la familia se quedó esperando el inicio de la ceremonia. Greg me saludó asintiendo con la cabeza al pasar; tenía un aspecto deslucido, parecía que el *jet lag* lo había afectado. Ni Bud ni Mona levantaron la mirada del suelo.

Y entonces entró la gente, la ciudad entera en formación de dos y de tres, nadie acudió solo. Winifred Erickson me dio unos golpecitos en el brazo al pasar. Los Nguyen entraron abrazados y llorando a moco tendido. Las voces airadas llenaron las salas y el gimnasio. Brian Haeffner se me acercó con la corbata de cordón abrochada con la hebilla de nácar que reservaba para cuando había elecciones.

—Del, ¿qué ocurre? Tus notas de prensa no explican una mierda.

—La investigación está en curso.

—La gente lo está pasando mal. Tienen que saber qué le ocurrió a Hattie.

Noté que un montón de oídos se activaban a nuestro alrededor, que un montón de ojos enrojecidos observaban nuestras reacciones, a la espera.

—Lo último que necesitamos es asustar a nadie, ahora mismo —dije, en voz baja.

Él también bajó la voz después de echar un vistazo a nuestro alrededor.

—Del, éstos son los casos que debes resolver enseguida si no quieres que la gente lo recuerde en

las elecciones. El margen ya fue escaso la última vez por culpa de tu edad.

—Todavía me queda cuerda para rato.

—Menos de la que crees, si sigues arrastrando este tema demasiado tiempo. —Al ver la mirada que le lancé, se apresuró a defenderse—. Es un consejo de amigo, esto puede acabar con tu carrera.

Si había algo sobre lo que no me apetecía hablar en esos instantes era mi carrera. Asentí levemente y me aparté de mi amigo. Al mover los brazos, los puños del traje me rozaban el cuerpo.

No me había puesto ese traje desde la ocasión para la que lo había comprado, unos años atrás: el funeral de mi madre. Había sido una mujer activa en la congregación durante toda la vida y todo el mundo asistió para despedirse de ella. Bud y Mona estuvieron a mi lado en todo momento. El ambiente había sido solemne, pero también reinó un aire de placidez general, como si la gente fuera consciente de que mi madre había vivido lo mejor que cualquiera de nosotros podía esperar en la vida. Contamos anécdotas divertidas sobre ella y nos sentamos a comer, observando cómo los nietos de mi hermana jugaban al pilla-pilla entre las flores. Y ya está, la muerte era el final de un ciclo que los granjeros estaban acostumbrados a ver a diario. Bromeaban e intercambiaban burlas acerca de casi todo lo demás, pero cuando se trataba de la adversidad o de la pérdida, lo sobrellevaban sin aspavientos. Yo había estado en demasiados funerales para llevar la cuenta, y había comido tantos bocadillos de jamón con mantequilla que casi podía notar el sabor de un bollo harinado en la boca cada vez que un coche fúnebre pasaba por Main Street. Pero el funeral de Hattie fue completamente distinto.

El dolor y la rabia eran patentes entre aquella multitud, tenían tanta fuerza que casi podía olerlos. Recorrí los pasillos arriba y abajo mientras la gente tomaba asiento, notando cómo sus ojos se clavaban en mí procedentes de todas las direcciones. El traje no engañaba a nadie. Sabían lo que estaba pensando del mismo modo que yo sabía lo que pensaban ellos: en el asesinato.

Crucé todo el gimnasio buscando con la mirada a mis sospechosos entre la multitud. Gerald Jones, de Rochester, asintió en cuanto nuestras miradas se encontraron. Aunque el volumen de las voces en la sala era cada vez más alto, todavía pude oír la conversación de las dos madres que iban delante de mí.

—Fueron a buscarlo al instituto para llevárselo a comisaría.

—He oído que fue el director de la obra en la que Hattie tuvo el papel protagonista.

—Sí, yo vine a verla el viernes por la noche. Vi a Hattie pocas horas antes de que ocurriera. Sentí escalofríos, al verla actuar. Y ahora los periódicos hablan de una maldición.

—¿Has oído lo que ocurrió durante los ensayos?

—No, ¿qué pasó...?

Las mujeres advirtieron mi presencia, se quedaron calladas y buscaron un lugar para sentarse.

Más adentro localicé a Tommy. Estaba instalado en el medio de una primera fila de gradas que crujió bajo el peso del equipo de fútbol. Ninguno de ellos se mostró especialmente elocuente: se limitaron a fijar la vista en la pared frontal del gimnasio con los músculos en reposo, listos para tensarse en cualquier momento. Tommy llevaba un traje que le quedaba demasiado pequeño, y parecía aturdido. Juraría que habría sido incapaz de oír la sirena del medio tiempo aunque la hubieran hecho sonar frente a su oído. Sus amigos estaban sentados justo detrás de él y me miraban fijamente. Continué andando.

A Peter Lund lo encontré en las gradas del fondo. Muchos profesores y otros miembros del personal del instituto se sentaron en la misma zona, aunque dejaron algún que otro asiento libre entre el sospechoso y yo. La persona más cercana a Lund era Carl Jacobs, pero ninguno de los dos actuaba como si los uniera una gran amistad, que digamos. Carl no hacía más que plegar y desplegar el programa, mientras que Lund dejaba que su mirada vagara por el centro de la multitud. Parecía como si no se diera cuenta de la distancia deliberada que los demás habían puesto para separarse del sospechoso. También vestía un traje, más elegante que el de Tommy, aunque se lo veía igual de desubicado: tenía los ojos inyectados en sangre y llevaba una barba de varios días. A Mary Beth no la vi por ninguna parte.

El miedo, dijo Standler. El miedo y los remordimientos habían desfigurado el rostro de Hattie con

una hoja afilada para que no le quedara nada que pudiera mostrar al mundo. ¿Cuál de ellos experimentó la rabia necesaria para asesinarla y luego, al cabo de un instante, tuvo los huevos de sentirse mal al respecto?

Volví a salir del gimnasio y avisé al equipo de que había localizado a los dos sospechosos. A continuación, respiré hondo, me alisé el traje con una mano y entré en el aula contigua al gimnasio, donde la familia custodiaba el cuerpo de Hattie.

El ataúd se hallaba en la pared frontal del aula, con la tapa cerrada cubierta de lirios, para ocultar el horror que encerraba en su interior. El reverendo estaba frente a la caja, con las manos posadas sobre los hombros de Bud y Mona, los ojos cerrados y el rostro levantado, rezando:

—Dios Todopoderoso, sabemos que éste no era el plan que tenías previsto para Hattie. Nos abruman la pena y la ira, esos sentimientos nos ahogan. Necesitamos tu fuerza, Señor. Necesitamos que nos ayudes a comprender cómo ha podido suceder algo así. Aunque sabemos que está contigo, no podemos contener nuestro desconcierto, la necesidad que sentimos de que se haga justicia. Ayúdanos a superar este día, Señor. Ayúdanos a despedirnos de Hattie, aunque el pecado del deseo de venganza siga candente en nuestro interior.

Continuó rezando de ese modo y otro sonido se sumó a la oración: un leve sollozo procedente de los cuatro costados del aula. Los hombres intentaron acallarlo, pero las mujeres fueron cayendo una a una, tapándose los rostros con pañuelos de papel y las mejillas manchadas de maquillaje corrido. El único que no bajó la cabeza fue Greg. Él no lloraba como los demás. En lugar de eso, me miró fijamente y reconocí en él a un soldado preparado para la batalla. Era igual que su padre, estaba decidido a vengar la muerte de su hermana, personificaba a la perfección la oración del reverendo.

Después de los amenes, asentí para indicar al director del funeral que había llegado el momento. Sostuve la puerta cuando los portadores, con Greg al frente, ocuparon sus posiciones y sacaron el ataúd de Hattie. Bud y Mona fueron los primeros en seguirlos, y esta vez Bud me vio y se detuvo, lo que demoró la procesión.

—¿Del? —dijo, y me di cuenta de lo que me estaba preguntando. Tenía la cara llena de lágrimas. Mona le agarró la mano con más fuerza.

—Lo siento mucho, Bud.

Le puse una mano en el hombro, pero él se mantuvo impertérrito. Respiró hondo y dejó salir el aire poco a poco, como si estuviera esforzándose por controlar algo en su interior que deseaba liberar a toda costa, y luego continuó caminando. Mi mano quedó suspendida en el aire.

Mientras salía el resto de la familia, apareció Jake. Aguardó hasta que el último de ellos hubo entrado en el gimnasio y me puso al corriente.

—Hay más camionetas esperando. Han intentado hacerme preguntas, todas ellas muy genéricas, ninguna acerca de nuestros dos amigos. Shel los está vigilando mientras graban las crónicas para las noticias de la noche.

Una melodía de piano empezó a sonar en el pasillo, seguida de mil voces que resonaron hasta el techo. Le eché un vistazo al programa: «Himno de promesa».

—Bien —dije, aclarándome la garganta—. Todos tenemos claro lo que hay que hacer después de la ceremonia. Yo entraré ahora, me quedaré en la parte de atrás y...

De repente me sonó el teléfono. Me lo saqué del bolsillo y vi que era un número de las ciudades gemelas. Jake y yo tensamos los músculos antes de pulsar el botón para responder.

—Goodman.

—Sheriff Goodman, soy Amanda, del laboratorio forense de Minneapolis. Tengo los resultados de las pruebas de ADN para el caso número 094627.

Cualquiera hubiera dicho que yo tenía cien casos pendientes de unos resultados de ADN. El pulso se me aceleró mientras esperaba.

—Las muestras que recibimos coinciden exactamente con el ADN del segundo individuo, Peter Lund. Le mandaré un informe completo por correo electrónico ahora mismo.

Hijo de puta. El profesor casado.

—Se lo agradezco. —Colgué antes de que ella pudiera decir nada más y me volví hacia Jake—. Es Lund.

Se le endureció la mirada y un músculo se le tensó de repente en la mejilla.

—No vamos a por él ahora, ¿verdad?

—¿Y arriesgarnos a provocar un linchamiento? No, ni delante de esta multitud ni con las camionetas de los medios aparcadas ahí afuera. —Me llevé una mano al arma enfundada y colgada del hombro—. Te mostraré dónde está. Después de la ceremonia síguelo hasta el coche y antes de que suba, deténlo. Me reuniré contigo tan pronto como volvamos del cementerio. Se notará demasiado si intento marcharme antes.

Le indiqué la posición de Lund nada más entrar en el gimnasio, mientras caminaba de costado para meterme en la fila trasera de la gradería. Tommy seguía en primera fila, pero cuando todo el mundo se puso de pie para entonar el himno, perdí de vista la parte opuesta de la sala. Aunque Jake era más alto que yo, me di cuenta de que la suerte tampoco jugaba a su favor. Los cánticos duraron lo que pareció una eternidad. Verso tras verso, se encargaron de entregar a Hattie al Señor con un fragor doliente que nos dejó paralizados. Cuando por fin terminó la canción y la multitud se sentó de nuevo, estiré el cuello y divisé a Carl Jacobs, sentado solo entre un mar de personas.

Lund había desaparecido.

Me recorrió una descarga de adrenalina que alimentó mis músculos en el acto, un arrebató que no era ni mucho menos nuevo para mí. La tensión que irradiaba Jake me decía que estaba igual que yo. Todo quedó sumido en un silencio deliberado que superó incluso la voz del predicador.

—Vamos, asegúrate —murmuré.

Buscamos y rebuscamos de nuevo entre la gente, pero no lo vimos por ninguna parte. Salimos del funeral y mandé un mensaje al equipo.

Lund desaparecido en combate. Salidas y perímetro. Sólo identificación e informe. Nada de detenciones en la vía pública.

Shel respondió.

No ha salido nadie por la puerta principal desde hace diez minutos. Tengo las puertas frontal y este en mi campo visual.

Peinamos el vestíbulo de entrada, las salas de espera y los despachos del personal antes de pasar a las aulas. Con un gesto le indiqué a Jake que se ocupara de las del piso superior y yo me quedé en la planta baja, donde las comprobé todas. El aula de Lund, hasta la que me había escoltado el director dos días antes, era la última puerta a la derecha. Cuando me acerqué lo suficiente, empecé a oír algo: una respiración sonora y entrecortada. Desenfundé el arma y avancé pegado a la pared, entré en el aula agachado y vi a Lund frente a la ventana, de espaldas. No le veía las manos.

—Quédese donde está.

Lo único que me indicó que me había oído fue un temblor que le recorrió el cuerpo entero, al muy gallina.

—Peter Lund, queda arrestado por obstrucción a la justicia en el caso del asesinato de Henrietta Sue Hoffman. —Avancé con cuidado, sin dejar de apuntarle la espalda con la pistola—. Las manos donde yo pueda verlas.

Poco a poco, levantó las manos y se dio la vuelta. Tenía la cara amarillenta, su aspecto era enfermizo. Parecía que no hubiera dormido desde el viernes por la noche.

—No me permitió que pusiera fin a la historia. Continuó presionándome, cada vez más.

Las palabras siguientes no fueron más que un balbuceo, pero resonaron en el aula como un disparo.
—Aún estaría viva si me hubiera dejado en paz.

PETER

Jueves, 17 de abril de 2008

El sheriff siguió apuntándome con el arma. Me ordenó que me pusiera de cara a la pared con las manos en la espalda cuando de repente entró un agente más joven y me ató las esposas. Nunca me habían esposado hasta entonces. Me sorprendió lo frías que estaban.

—¿No se supone que debería usted leerme mis derechos?

—Estoy pensando en la mejor manera de llevarlo hasta comisaría sin que esa buena gente que está ahí afuera le arranque la cabeza.

No se me había ocurrido. Durante dos días había imaginado todo tipo de situaciones hipotéticas que podían llegar a producirse cuando recibieran los resultados de las pruebas de ADN. Podrían haber venido a detenerme al instituto o a casa. Sabía que no me dejarían conducir mi coche hasta allí a pesar de que era evidente que ni siquiera había intentado huir de la ciudad ni había interrumpido mi vida. Había ido al instituto el día anterior, había representado mi papel de profesor aun cuando todo el personal y la mitad de los alumnos me veían como si fuera un depredador de la peor calaña. Me había sentado frente a Mary a la hora de la cena la noche anterior mientras Elsa, ajena a todo, divagaba sobre posibles nombres para el bebé y lo horroroso que podía llegar a ser que eligiéramos uno u otro. Marcy. Etheline. Albus. Yo me había quedado mirando el plato fijamente, aguzando el oído, intentando detectar el crujido de neumáticos sobre la grava, esperando que los focos inundaran de luz la habitación a través de las ventanas del salón. Incluso había visualizado la posibilidad de que el sheriff Goodman me detuviera durante el funeral y me metiera en la parte trasera del coche patrulla, mientras las cámaras de televisión devoraban el momento con voracidad, pero en ningún instante se me había ocurrido que alguno de los asistentes al funeral pudiera pegarme un tiro. No sé por qué no se me había pasado por la cabeza, era lo más lógico. Winifred Erickson había matado a su marido porque se había cansado de él y no había estado ni un solo día en prisión. Era evidente que alguien querría dispararme.

Decidieron sacarme de allí por la puerta trasera de la cafetería, la que daba al callejón donde estaban los contenedores de basura. Una verja alta cercaba la zona, atrapando el hedor a leche agria y moho. El agente fue a buscar el coche para dar la vuelta al edificio y me dejó solo con el sheriff. A pesar de las esposas, las pestilencias y la furia que irradiaban los ojos de Goodman, prefería encontrarme en aquella situación que seguir sentado en el gimnasio, contemplando la caja con los restos de Hattie. Los detalles sobre su muerte se habían extendido como una mancha de aceite por el instituto el lunes por la mañana: la puñalada en el corazón, los cortes que le habían desfigurado el rostro y el cuerpo medio sumergido en el lago. Era imposible quedarse sentado como si nada en la misma sala que el cadáver, imaginando el terror y el dolor que debió de sufrir. Por eso había salido de la sala atropelladamente antes de derrumbarme por completo.

—Yo no la maté —dije, y al oír mis propias palabras me pregunté por qué no las había dicho antes. Me miró como si fuera yo lo que se estaba pudriendo dentro de los contenedores.

Entonces sí me leyó mis derechos.

El ayudante aparcó y me metieron en la parte trasera del coche patrulla.

—Hazle la ficha e interrógalo —ordenó el sheriff antes de dar un portazo—. Me reuniré contigo en cuanto la procesión esté de vuelta del cementerio.

El ayudante asintió y salió del callejón poco a poco, como si comprobara en todo momento la seguridad de los alrededores del edificio. Había tres camionetas de medios de comunicación aparcadas en la calle, y muy cerca de ellas deambulaban unos cuantos cámaras y periodistas.

Cuando salimos del aparcamiento, los periodistas me vieron y de repente se arremolinaron

alrededor del coche y empezaron a disparar los flashes de las cámaras. Yo me quedé impertérrito, indiferente a lo que aquello pudiera llegar a significar para mi vida.

—Mmm, supongo que el secreto ha dejado de serlo. Sonría —dijo el agente al tiempo que se incorporaba a la calle.

—Yo no maté a Hattie.

—Muy buena. Y ahora me dirá que no se folla a las alumnas menores de edad, ¿verdad?

No era menor de edad. Reprimí el impulso de responder justo a tiempo y el policía se rio en voz baja de mi silencio mientras circulábamos por Main Street.

—Ni siquiera merece la pena negarlo, ¿verdad? Pues cierre el pico y no me venga con excusas.

Ya en comisaría, me tomó las huellas dactilares, me hizo las fotos de rigor y me metió en la primera de las tres celdas vacías que había al fondo de un pasillo.

Y se hizo el silencio.

Las celdas estaban cerradas con barrotes de verdad, creía que no era más que un cliché. Di unos pasos y, sin siquiera intentarlo, me vino a la cabeza una lista de nombres: William Sydney Porter, Ken Kesey, Paul Verlaine, todos los escritores rusos que han existido, y también las preguntas para debatir en clase que servirían de nexo común. «¿Cómo influyó en sus obras el tiempo que pasaron en la cárcel? Comparad y contrastad las presiones sociales que sufrieron Oscar Wilde y Solzhenitsyn?» Incluso podía ver las fotocopias que habría repartido a los alumnos de la primera fila y que habrían encendido la expectación en el rostro de Hattie. Para la clase siguiente ya habría leído todos los fragmentos y luego insistiría en...

Una risa histérica me doblegó sobre el camastro, pero enseguida se convirtió en una especie de rugido. Me cubrí la cara y estrangulé el sonido para que el ayudante del sheriff no volviera y amenazara con molerme a palos por algo que no había hecho.

Yo no maté a Hattie Hoffman.

Me había matado ella a mí, y de muchas maneras, durante los meses en los que me atormentó con sentimientos de culpa, de obsesión y de necesidad. Me había arrebatado todo lo que creía ser y lo había destruido con un guiño tímido en medio de una clase caótica.

Cuando me encontré con Hattie en el almacén el viernes por la noche, permití que me destruyera. Cedí a aquella tentación acuciante y me perdí en ella, rehuí cualquier responsabilidad, corrompí cualquier sentido de la decencia por la mera posibilidad de fugarme con ella, de aferrarme como un percebe a su estrella fugaz. Hicimos el amor. Me despedí de ella con un beso y me marché a casa. Yo no la maté.

Pero ¿quién lo había hecho?

Durante los últimos cinco días, eso me había consumido. Había imaginado su final, su descarado corazón abierto como una granada, derramando su sangre sobre los bastos tablones del suelo. Tommy. Tommy era la única persona que pudo haberlo hecho. Ese brazo descomunal que la envolvía por los hombros como si fuera un trofeo deportivo. La grasa de bebé que seguía pegada a su gigantesco esqueleto, los gritos repentinos en el comedor, el fanatismo de su rostro a lo largo de los espectáculos de las animadoras. Me había fijado mucho en él, más de lo que podría haber imaginado jamás. El amante furtivo había estado acechando al oficial. Ella había querido atormentarme de ese modo, y Dios sabe que lo consiguió. Tommy debió de seguirla hasta allí. Tuvo que ser Tommy.

Por eso continué yendo al instituto: para vigilarlo, para ver si el sentimiento de culpa se manifestaba de algún modo físico. Sin embargo, no apareció por clase en toda la semana y no pude verlo durante el funeral a causa del impresionante gentío que se había congregado allí. Necesitaba verle los ojos cuando me mirara. Si nos había visto juntos, si la había matado por ese motivo, sabía que no podría ocultármelo con sus grandes y estúpidos ojos.

Di unos pasos por la celda, apenas tres metros que me agarrotaban las piernas y despertaban en mí

la necesidad de estirar, de correr, esperando a que el sheriff terminara de enterrar a Hattie.

Pasaron al menos dos horas antes de que volviera el ayudante del sheriff. Me llevó a la misma sala de reuniones en la que ya había estado dos días atrás, aunque en esa ocasión me di cuenta de que habían instalado un equipo de grabación.

—Quiero hacer la llamada que me corresponde por ley.

Me ignoró, por lo que repetí la petición.

—Podrá hacerla —respondió el sheriff, entrando en la sala. Ya no llevaba el traje del funeral, lo había sustituido por su uniforme—. Mary Beth ya ha llamado, si es a ella a quien pensaba telefonar. Y el resto del planeta también está llamando. Tenemos unas cuantas camionetas de periodistas plantadas ahí afuera —dijo, señalando hacia la puerta.

—Yo no maté a Hattie.

—No es eso lo que nos ocupa.

Se sentó delante de mí a la mesa y me dejó clavado con la mirada.

—Sí, de acuerdo, es evidente que tuve un idilio con ella. Fue una estupidez y un error, sé que no estuvo bien, pero créame: la amaba de verdad. Jamás podría haberle hecho daño, por no hablar de apuñalarla hasta la muerte a sangre fría.

—Ya llegaremos a eso, donjuán. —El sheriff se recostó sobre el respaldo de la silla y cruzó los brazos—. ¿Cuándo empezó la historia?

Se lo conté todo: cómo Hattie siguió persiguiéndome después de que yo descubriese quién era, cómo empezó a salir con Tommy a modo de tapadera, las notas que me dejaba en los trabajos de clase, el viaje a Minneapolis y todas las veces que nos volvimos a encontrar desde entonces. Fue un alivio admitirlo, poder liberarme por fin de ese secreto que había quedado suspendido sobre mi vida durante el último medio año. Le expliqué que me había enterado del embarazo de Mary, el resultado de la única relación sexual que habíamos mantenido en meses, y cómo había decidido terminar el idilio, que había retirado los últimos mil dólares que me quedaban en la cuenta de ahorro con la esperanza de que Hattie utilizaría el dinero para marcharse a Nueva York.

—Quería que se fuera. No soportaba verla, y tampoco quería que ella viera a Mary embarazada.

—Se refiere a que temía que pudiera hablar con Mary, ¿no? —preguntó el sheriff, que apenas había intervenido hasta entonces.

—No. Es decir, sí, pero pensaba sobre todo en Hattie. No pretendía hacerle más daño. —Bajé la cabeza—. Le arrebaté la inocencia, ya lo sé. Pensaba que lo mínimo que podía hacer por ella era ayudarla a cumplir su sueño. Sabía que en Nueva York acabaría encontrando a alguien que la haría feliz y se olvidaría de mí.

—Es una historia muy emotiva, estoy seguro de que a su abogado le encantará —dijo, antes de consultar una hoja de papel de una de sus carpetas—. Pero ahora tengo otra pregunta delicada para usted. Ese sobre apareció el 21 de marzo, tres semanas antes de la muerte de Hattie, cuando usted se despidió de ella y permitió que siguiera su propio camino. ¿Por qué encontramos su semen en el cadáver la noche del asesinato, pues?

—El viernes... —empecé a decir. Respiré hondo y el sheriff se inclinó hacia delante.

—Después de la función. ¿Qué ocurrió?

—Fui a casa de Carl, tal como le conté. Tomamos una copa, pero después fui a encontrarme con Hattie en el almacén de los Erickson.

—Creí que ya había dado por terminada la relación.

—Así es. Bueno, o ésa era mi intención...

—Como vuelva a mentirme una vez más, le arranco las pelotas. ¿Entendido? —Un músculo se tensó de repente en la mandíbula del sheriff, y su voz sonó a grava revuelta. Asentí—. Muy bien. ¿A qué hora llegó al almacén?

—Pasadas las diez de la noche. Dejé el coche en la granja y fui hasta allí a pie. Quizá eran ya las diez y media.

—¿Y luego?

Puse las manos sobre la mesa e intenté concentrarme.

—Me dijo que quería devolverme el dinero. Sin embargo, cuando llegué allí descubrí que ya se lo había gastado. No lo supe hasta después de...

—¿Después de mantener relaciones sexuales con ella?

Tuve un momento de lucidez, una premonición de cómo procedería el interrogatorio, y me di cuenta de la imagen de culpabilidad que pesaría sobre mí. Hattie me había contado lo del dinero. Me lo había contado y luego me había amenazado.

—Quiero un abogado —pedí.

El sheriff no pareció sorprendido por mi petición. Apagó el equipo de grabación y volvió a encerrarme en la celda sin mediar palabra. Mientras esperaba que llegara un abogado de oficio, el ayudante del sheriff entró acompañado de Mary.

—Tiene diez minutos. No toque los barrotes. No intente darle nada. Los estaré vigilando.

El agente asintió hacia la cámara de seguridad, acercó una silla para que ella pudiera sentarse y se marchó de nuevo. Mary se puso una mano sobre la barriga. Debía de haber recurrido a la carta del embarazo para conseguir que le dejaran hablar conmigo.

Se sentó y miró a su alrededor, recorriendo con los ojos hasta el último rincón, pero evitándome a mí en todo momento. Al final se fijó en la cámara de seguridad y se quedó mirando el parpadeo rojo.

—Le he dicho a mamá que salía a hacer la compra —explicó en dirección a la cámara.

—Mary.

—Me ha pedido melocotones. Le han apetecido los melocotones durante toda la semana y faltan ocho meses para que llegue la temporada. Pero tampoco importa. —Dejó caer la cabeza—. Cuando vuelva a casa ya no se acordará de lo que me ha pedido.

Tragué saliva. El peso de la vida de Mary terminó de asfixiar aquella sala ya de por sí tan opresiva.

—¿No me preguntas por qué me han encerrado aquí?

—Ya me lo han contado —indicó, sin levantar la cabeza, mientras se dibujaba pequeños círculos en la barriga con los dedos—. Me han dicho que te han encerrado aquí por haber mentido. Está bien saber que mentir es un delito. Al menos en algunos casos.

—Creen que fui yo quien la mató —señalé, intentando hablar en voz baja al tiempo que lanzaba miradas fugaces hacia la puerta y la cámara de seguridad. Seguramente estaban escuchando con atención todo lo que decíamos.

—Porque te acostabas con ella.

Oír aquello fue un verdadero impacto. Ni el tono de su voz ni su expresión cambiaron lo más mínimo, no hubo el menor indicio de que sintiera algo al respecto, excepto por el hecho de que por fin levantó la cabeza y me miró con pasividad.

—A estas alturas ya deben de saberlo —añadió, esperando mi respuesta.

No supe qué decir. Sólo se me ocurría pedir perdón, pero me pareció ridículo, inimaginable. Las disculpas eran para las bebidas derramadas y los golpes en el recibidor; eran gestos de cortesía de gente cuyas vidas progresaban por trayectorias predecibles, exentas de complicación. Un «lo siento» ya no cabía entre nosotros.

—¿Cómo te has enterado? —pregunté.

No respondió enseguida. En lugar de eso, se levantó, se acercó a la puerta y miró a través de la ventanilla de cristal de plomo. Al cabo de un momento regresó a los barrotes y se plantó delante de mí.

—No deja de ser extraño que alguien capaz de matar a otro pueda engendrar una vida nueva —dijo, con una mano en la barriga.

—No soy un asesino. Yo no maté a Hattie. Por Dios, si ni siquiera soy capaz de matar un pollo.

Me ignoró y recuperó aquella voz inquietante y cargada de pasividad.

—No debería haberme llevado el cuchillo.

Lo dijo en voz tan baja que apenas la oí. Luego creí haberlo entendido mal. La sangre empezó a palpar con fuerza en mi cabeza y me abalancé hacia los barrotes. Ella retrocedió de forma instintiva y se dio la vuelta.

—¿Qué has dicho? Mary, mírame.

No me hizo caso. La expresión de su perfil era de una dureza absoluta, no revelaba más que lo concentrada que estaba en el recuerdo.

—Oí cómo llegaste con el coche el viernes. Yo estaba en el granero, limpiando los cuchillos. Hay que conservar las herramientas en buen estado, papá siempre me lo decía. Hay que limpiarlas y guardarlas. Miré hacia fuera y vi cómo te alejabas de la casa a pie. Te seguí. No me di cuenta de que todavía llevaba en la mano el cuchillo que había estado afilando hasta que estuve en los bosques de los Erickson. A esas alturas ya había adivinado hacia dónde te dirigías. Y cuando llegué, me di cuenta del motivo por el que habías acudido.

Un temor demasiado horrible para describirlo se instaló en mi pecho. Fue peor que cuando supe que habían encontrado un cadáver en el almacén, peor que ver que Hattie no aparecía en la función del sábado y que enterarme de que había muerto; fue peor incluso que pensar que había sido Tommy quien la había asesinado. Dios mío, ¿había sido Mary? El horror se cuajó en mi estómago y se abrió paso hasta mi piel en forma de sudor frío.

—Mary... —El nombre se me atragantó al pronunciarlo—. ¿Qué hiciste?

Ella volvió la mirada hacia mí y me di cuenta de que se le habían llenado los ojos de lágrimas de rabia, aunque no llegó a derramar ni una.

—Te vi con ella, Peter. Vi cómo te miraba, como si le pertenecieras. —La ira era patente en su rostro mientras se presionaba la barriga con la mano—. ¿Cómo pudiste hacerlo? Después de lo mucho que he trabajado por construir algo aquí. ¿Creías que podrías ocultármelo? ¿Que no me enteraría en mi propia ciudad natal?

Me quedé mirando sus dedos, pálidos por la tensión, como si intentara proteger a ese bebé tan deseado de la conversación y las consecuencias que pudiera tener en nuestras vidas. ¿Qué no estaría dispuesta a hacer para protegerlo, para proteger a su familia? A esas manos las había visto hacer cosas que habría creído inimaginables: las había visto rebanando el pescuezo de un pollo y colgándolo del revés para desangrarlo del todo. Estaba embarazada, más sensible de lo que me había parecido posible. Era como si desprendiera una rabia ardiente. Dios mío.

—Mary, ¿qué hiciste? ¿Contéstame! —dije, aferrándome a los barrotes con desesperación.

—Ya sabes lo que hice. ¿Cómo puedes preguntarme algo así? —Por fin empezó a derramar las lágrimas que había estado conteniendo, que cayeron brillantes por sus mejillas—. Y voy a contárselo todo al sheriff.

—¿Todo?

—Saldré de esta sala y le contaré que os vi juntos esa noche. Que dejé caer el cuchillo justo delante del almacén y regresé corriendo a casa en estado de shock, y que no he vuelto a ver el cuchillo desde entonces.

—¿Qué? —No comprendía nada. ¿Pensaba mentir?

El ayudante del sheriff pasó por delante del umbral, hablando por encima del hombro con alguien; estaba a punto de entrar. Tal vez era la última oportunidad que me quedaba de descubrir la verdad, pero tenía la sensación de que Mary ni siquiera me oía. Estaba furiosa, por fin había dado rienda suelta a la

rabia contenida durante meses y la estaba vertiendo toda de golpe entre esas paredes de hormigón y acero.

—No me importa lo que ocurra, no me importa lo que digas o dejes de decir ahora, voy a tener el bebé. Y tú nunca lo verás, jamás. Ni siquiera pondré tu nombre en el certificado de nacimiento.

—Por Dios, ¿cómo piensas criar al bebé desde la cárcel?

—¿Yo? —Escupió la pregunta en el mismo momento en el que el ayudante del sheriff abría la puerta y pasaba entre nosotros dos.

—Se ha terminado el tiempo.

Durante un segundo, ni ella ni yo nos movimos, nos quedamos con la mirada clavada en los ojos del otro, pensando que quizá sería la última vez que nos veíamos.

—¿Señora? —dijo el agente, extendiendo una mano.

—No me importa lo que ocurra —aseguró una vez más, mientras el ayudante del sheriff se la llevaba y cerraba la puerta. Volví a quedarme solo, temblando contra los barrotes.

El tiempo que pasó hasta que el sheriff vino a buscarme de nuevo se me hizo eterno. Fue el suficiente para que terminara una vida y empezara algo distinto, algo mucho más irreal. Me quedé sentado en el camastro, con la cabeza hundida entre las manos, incapaz de borrar de mi mente el rostro de Mary deformado por la ira y lo que me había jurado. Debía de estar contándole al sheriff que dejó caer el cuchillo y se marchó corriendo. Una mentira evidente explicada por alguien con un móvil, una oportunidad, un arma y sin coartada. ¿Y por qué estaba admitiendo todo eso?

Para poner el cuchillo en mi mano.

Era la única explicación posible y yo ni siquiera conseguía sentirme furioso por ello. Tal vez una parte de ella incluso estaba convencida de que yo era el único responsable de esa pesadilla.

Imaginé a nuestro bebé en un hogar de acogida temporal mientras yo intentaba demostrar mi paternidad ante los tribunales, y la mierda de padre que sin duda acabaría siendo si conseguía que me concedieran la custodia. Y lloré, lloré por aquel bebé no deseado fruto de un matrimonio fracasado; por la vida que había tirado a la basura y la que apenas pude catar antes de que terminara de forma abrupta; incluso por el mundo que Mary había creado con tanto esfuerzo, ese fénix salvaje que luchaba por renacer de entre las cenizas de los muertos. Y lloré por Hattie, porque en esos momentos sabía con toda certeza que había muerto por mi culpa. Por mi culpa, por mi debilidad y la incapacidad que demostré para resistirme, ella nunca terminaría de cuajar ninguna de las innumerables personalidades que habían estado bullendo en su interior.

Al final llegaron las lágrimas y una calma que me dejó paralizado. Por fin la lucidez se desplegó frente a mí como una oportunidad definitiva. Disponía de todos los detalles que necesitaba saber gracias a Pine Valley: la escena del crimen era bien conocida en el instituto; Winifred le había contado a Elsa que habían encontrado el bolso en el lago, y por si con aquello no bastara para convencerlos, todavía me quedaba una prueba definitiva que ni siquiera sabían que existía, el *coup de grâce*.

Tras meses de indecencia, vergüenza y culpabilidad, casi sentía un júbilo reprimido cuando me di cuenta de que tenía esa última oportunidad de hacer algo bueno. El bebé estaría bien. La ciudad lo acogería, a él y a su madre, y nunca llegaría a oír mi nombre. Paseando por la celda, respiré hondo para llenar mis pulmones hasta el fondo y notar su elasticidad, su impresionante capacidad. Supongo que así debía de sentirse Sydney Carton en la novela de Dickens, cuando lo conducían a su destino fatal.

Más tarde, cuando el sheriff abrió la puerta, me puse de pie con calma en medio de la celda, con las manos a los lados, esperando. Había un desconocido detrás del sheriff: un joven obeso e inseguro al que Hattie podría haberse metido en el bolsillo con un simple guiño y una mirada.

El sheriff lo señaló con un movimiento de la cabeza.

—Su abogado.

—Bien —dije, mirando fijamente al sheriff—. Tengo que hacer una confesión.

HATTIE

Sábado, 22 de marzo de 2008

Portia estaba muy enfadada cuando me dejó en casa. No me importó en absoluto. Después de lo que había ocurrido en el último día y medio, no me quedaba la más mínima capacidad de escuchar hasta el menor detalle de ese estúpido viaje del coro. Había amenazado a Peter, había llorado sobre el hombro de mi madre, me había quedado el dinero con el que Peter había querido comprar mi silencio y romper conmigo, había huido a Minneapolis, casi me arrestan las fuerzas de seguridad nacional, se me había muerto la camioneta y había vomitado en una cuneta. ¿Que se había comido una ensalada César impresionante en el Country Music Hall of Fame? Lo siento, Porsche. No es precisamente mi máxima prioridad escuchar ese tipo de cosas, ahora mismo.

Sin embargo, vino a buscarme y me llevó de vuelta a Rochester, esperó en el centro comercial hasta que hube comprado todo lo que necesitaba y me guardó la maleta nueva. Utilicé uno de los billetes de cien dólares de Peter para comprarle una camiseta como gesto de agradecimiento, y también encontré un vestido: el vestido perfecto, un vestido que me invitaba a dar vueltas sobre mí misma y bailar para iniciar una nueva vida.

Cuando Portia aparcó en el sendero de entrada de la casa, me sorprendió ver a Tommy con las manos metidas en los bolsillos, apoyado en el capó de su camioneta y hablando con papá. Se volvieron para mirarme en cuanto bajé del coche.

—¡Gracias, Porsche!

—Tranqui —respondió ella, poniendo los ojos en blanco y metiendo la marcha atrás antes incluso de que hubiera cerrado la puerta.

Era extraño saber que se había enfadado y no hacer nada al respecto como de costumbre, pero la verdadera Hattie Hoffman se acababa de levantar, lo había hecho a lo grande, y no tenía ninguna intención de volver a agacharse nunca más.

Respiré hondo y me acerqué a Tommy y a papá.

—¿Dónde está tu camioneta? —preguntó papá, antes que nada.

—Se ha averiado —contesté, sonriendo.

Les conté lo que había ocurrido y tal vez añadí alguna que otra mentirijilla sobre la sucesión de los acontecimientos, pero esa parte no era importante. Los dos me acribillaron con las mismas preguntas acerca de los ruidos y síntomas de la camioneta, y decidieron que el problema debía de haber sido el alternador.

—Acabo de cambiar el mío, aprovechando que le he puesto unas llantas nuevas —dijo Tommy, dándole un puntapié orgulloso a uno de los neumáticos—. Si quieres, puedo remolcarla hasta casa y echarle un vistazo.

—Buena idea —opinó papá. Sin embargo, yo decidí cortar por lo sano.

—No, no te preocupes, Tommy. Estoy segura de que tienes planes.

Se me quedó mirando como si estuviera chiflada.

—Creí que íbamos a ver el combate de la UFC a casa de Derek. Hemos quedado todos allí, ¿recuerdas?

—Claro —respondí, aunque lo cierto era que me había olvidado por completo. Habíamos hablado sobre ello el martes y tenía la impresión de que había transcurrido una eternidad desde entonces—. Lo que pasa es que no creo que pueda ir contigo. Todavía no estoy lista para la obra y estoy de los nervios. Papá y yo traeremos la camioneta y luego me pondré a repasar el papel. —Tommy parecía a punto de protestar, por lo que decidí incomodarlo con un abrazo—. Ve tú. Debes ir. Dile a Derek que siento mucho

tener que perdérmelo.

Después de titubear un poco, Tommy se montó en su camioneta y se marchó a toda prisa. Papá me miró extrañado y yo me encogí de hombros.

—La UFC es una mierda —dije, y no era ninguna mentira.

Soltó una de esas carcajadas que le salían del fondo de la barriga, esas que tanto me gustan, y fuimos a recoger mi camioneta averiada.

—No te he visto mucho últimamente, hija —comentó papá cuando entramos en la autopista.

—He estado muy ocupada. —Una vez más, eso tampoco era mentira.

—¿Tommy se pone demasiado pesado?

Me encogí de hombros.

—Es un chaval de instituto. No creo que pueda evitarlo.

Se rio de nuevo y estuvimos peleándonos un rato por el control de la radio, una especie de tradición entre nosotros, nos encantaba. Le conté dónde me había dejado tirada la camioneta y, una vez allí, entre los dos la preparamos para remolcarla. Si hubiera nacido en la ciudad, como Peter, es probable que no hubiera sabido cómo atar una soga para remolcar un vehículo, ni tampoco sabría poner tablones en el suelo para sacar un tractor del lodo y ese tipo de cosas. No me servirían para fardar cuando estuviera en Nueva York, pero en ese momento conseguían que me sintiera satisfecha de saber que podía cumplir con mi parte, que papá no necesitaba recurrir a Greg o a Tommy para que lo ayudaran. Me había metido yo en ese berenjenal y era yo quien contribuía a resolverlo.

Cuando llegamos a casa de nuevo, me quedé en el garaje con papá, para poder pasarle las herramientas y sostener la linterna de taller. Estaba loca por mi padre. Me encantaba que hablara a todas horas, dispuesto a soltar una broma en cualquier momento, que le gustara tanto discutir y fuera siempre tan íntegro y buena persona. Daría el cante en Nueva York, pero quizá podría llevarme una parte de él conmigo. Tal vez una mitad de mí se parece a él, al fin y al cabo.

Cuando el mes de marzo dio paso al de abril, las cosas empezaron a complicarse para mí en el instituto. Aquella sensación de que me iba a comer el mundo duró pocos días y tuve que esforzarme para no caer en las viejas costumbres. Poco a poco, Portia volvió a dirigirme la palabra, aunque seguía haciéndose la ofendida cada vez que no le daba la razón enseguida sobre cualquier cosa. Si no había cumplido con las lecturas obligatorias, lo reconocía ante los profesores, e incluso una vez me amonestaron por confesar abiertamente que me había saltado la clase porque consideraba que las matemáticas eran una pérdida de tiempo.

Cuando me mandaron al despacho de la asesora académica, en un intento desesperado de que pensara en la universidad, le dije que no tenía ni idea de lo que quería hacer con mi vida, que el miedo que me provocaba reflexionar sobre ello casi igualaba el entusiasmo que despertaba en mí la idea de vivir en Nueva York, y que me tomaría un año para descubrirlo y empezar a pensar en las universidades de la costa Este. Se me quedó mirando, soltó un suspiro y dijo:

—Eso es lo más sensato que has dicho jamás.

Por la noche lo grabé todo con la cámara de vídeo de Gerald. Conté la historia de mi vida con todo su patetismo, conté todas y cada una de las locuras y estupideces que había cometido, y me sentó bien eso de ser sincera; aunque sólo lo fuera conmigo misma.

Pero lo peor de mi nueva vida era tener que sentarme en la clase de Peter a diario, intentar no llorar cada vez que me miraba. Y, sin embargo, era innegable que él también tenía mal aspecto. Estaba pálido. A menudo le asomaba la sombra de la barba en la mandíbula, que antes solía llevar bien rasurada, y los cortes revelaban un afeitado descuidado. Llegaba con la ropa arrugada y sus clases se habían vuelto más titubeantes y deprimentes.

Portia se dio cuenta de que me quedaba con la mirada perdida y lo interpretó como un signo de aburrimiento.

—Realmente está en baja forma —comentó, mientras salíamos de clase el día del ensayo de vestuario—. Es por culpa de la maldición, debe de estar pasándole factura.

Me di la vuelta y vi a Peter mirando por la ventana con aire triste.

—¿Sabes, Porsche? Puede que tengas razón.

Nos sentamos juntas en clase de física, aunque ni ella ni yo nos molestamos en tomar apuntes. Portia se dedicó a garabatear una serie de vacas borrachas en el cuaderno, aludiendo a los clientes de la tienda de licores que regentaban sus padres. Yo pasé media hora mirando mi propio cuaderno abierto por una página en blanco, preguntándome tonterías como por qué perforaban las páginas con tres agujeros y no cuatro, a quién se parecería el hijo de Peter y si seguirían utilizándose los cuadernos cuando le llegara el momento de ir al instituto.

Cada vez que Peter mirara a ese chico, en su mente aparecería una cárcel, puesto que era el motivo por el que había abandonado cualquier posibilidad de ser feliz conmigo. Dios, ¿ésa es la manera de traer gente al mundo? ¿Acaso el planeta entero estaba lleno de personas infieles y gilipollas que procrean más personas infieles y gilipollas? Yo también lo había sido, y más que nadie. Mamá me había advertido que todavía tenía mucho que aprender, pero no había mencionado lo doloroso que podía llegar a ser ese aprendizaje.

—Espero que demostrarás respeto para con la maldición, esta noche —dijo Portia, mientras íbamos hacia la cafetería a la hora de comer—. Tenemos el ensayo general antes del estreno. No podemos pifiarla.

—Sí, claro —respondí.

Fui directa hacia la mesa de los jugadores de fútbol americano, sin molestarme en coger antes algo para comer. Algunos de los chicos del fondo estaban contando anécdotas de un partido, pero Tommy desvió su atención del relato el tiempo suficiente para darme unas palmaditas en la pierna y sonreírme cuando me senté a su lado. Ya no quedaba con él fuera del instituto porque estaba intentando distanciarme de él de forma gradual, para que cuando cortáramos le pareciera lo más normal del mundo. No quería hacerle más daño del que era estrictamente necesario.

Vi cómo Portia recogía su comida y se detenía un momento ante una mesa para hablar con uno de los chicos que se encargaban de la iluminación de la obra. En las últimas semanas Peter había estado de lo más ausente durante los ensayos. No se mostraba abiertamente abatido, pero la depresión seguía latente bajo la superficie y todo el mundo la notaba. A raíz de eso, Portia había empezado a sustituirlo en tareas como controlar el vestuario y el montaje de decorados. Ya se había convertido en la directora no oficial y a esas alturas todos éramos conscientes de ello; también Peter, que incluso había comenzado a pedirle opinión sobre ciertas escenas durante los últimos ensayos.

Cuando por fin se sentó con nosotros, se puso a hablar enseguida sobre directoras famosas: cuáles eran las que más le gustaban y la poca representación femenina que había en la profesión.

—No es que sea un territorio exclusivo de los chicos —dijo entre bocado y bocado, mientras se comía unos palitos de pan—. Hay un montón de ejemplos femeninos. Penny Marshall es la reina de las taquillas, pero creo que Sofia Coppola es la que de verdad marca el estilo de la siguiente generación de cineastas.

A pesar de las ganas que tenía de poner los ojos en blanco cada vez que le daba por esa repentina obsesión profesional, lo cierto es que encajaba muy bien en el papel. Portia había demostrado mucha maña dirigiendo los rumores que circulaban por el instituto. Tal vez eso explicaba que nos hubiéramos hecho tan amigas: quizá había actuado como directora y yo era su actriz principal.

—¿Te dedicarás a hacer pelis, Portia? —preguntó Tommy.

—Sí. No es que en la Universidad de Minnesota haya una gran oferta de cursos, pero tampoco está mal para empezar. —Portia hablaba a la mesa que quedaba junto a las manos de Tommy. Nunca lo miraba directamente.

—Deberías contratar a Hattie para tus películas. Puede convertirse en tu estrella.

Tommy me envolvió la cintura con un brazo y me atrajo hacia él.

Portia me dedicó una sonrisa de suficiencia.

—Le haré un *casting* con mucho gusto.

—Eh, ¿por qué no quedamos esta noche? Al fin y al cabo este fin de semana estarás ocupada con la obra. —Los dedos de Tommy se aferraron a mis costillas, como si temiera que pudiera escabullirme. Sin duda había notado que lo evitaba fuera del instituto y no estaba dispuesto a aceptarlo.

—Esta noche estaré ocupada con la obra, también.

—Tenemos ensayo general —añadió Portia.

—Pero eso no durará toda la noche, ¿no? Pasaré a recogerte cuando hayas terminado. Unos colegas han quedado en casa de Derek para planificar la excursión a la cabaña de este verano.

Últimamente había sacado mucho ese tema: una excursión que hacía cada año a una cabaña, hacia el norte, donde los barriles de cerveza, las hogueras, desnudarse borracho y las chicas fáciles estaban a la orden del día.

—Ya te dije que no sé si podré librar del trabajo para eso.

Intenté interponer algo de distancia entre nosotros y de forma automática dirigí la mirada hacia la mesa del rincón, donde Peter estaba sentado con el señor Jacobs. Tenía un libro abierto donde debería haber tenido la bandeja con la comida y se sostenía la cabeza con una mano. Pero no estaba leyendo el libro, me estaba mirando a mí. En cuanto nuestras miradas se encontraron, bajó los ojos y pasó una página.

Dios mío, todavía lo amaba. A pesar de todo, a pesar de que su esposa estaba embarazada, a pesar de que al cabo de unas semanas pensaba marcharme y nunca más volvería a verlo, seguía queriéndolo con todo mi ser. Incluso el dolor se mezclaba con el amor en mi interior.

Por primera vez, no tuve ganas de utilizar a Tommy para provocarle celos a Peter, ni para sentirme mejor, tampoco, por mucho que hubiera disfrutado haciéndolo durante los últimos meses. Era dulce y simple: intentando planificar esas excursiones juveniles para nosotros, siempre hablando sobre lo mucho que me gustaría la Universidad de Minnesota. Él veía el futuro planeado al detalle. No me costaba nada saber lo que pensaba en todo momento, lo que diría a continuación, y le gustaba todo de mí. Pero me recordaba a un perro, siempre siguiéndome a todas partes y meneando el rabo ante el más mínimo gesto que le dirigía. Y no era cuestión de tener una relación con un perro.

—Bueno, esta noche no trabajarás después del ensayo, ¿no? —preguntó Tommy, todavía con esperanzas—. Ven a casa de Derek y verás qué cabaña tan alucinante.

—No sé a qué hora acabaremos —dije—. Puedes venir a verme mañana al estreno —añadí, al ver su cara de decepción.

—Me aburriré —gruñó.

—Te encantará. Hay brujas, duelos con espada y cabezas cortadas. Sangre por todas partes.

No podría haber sido más sincera con eso. A Tommy le volvían loco las películas de terror.

—¿Y tú eres la chica ingenua que siempre chilla? —dijo, riendo. Había olvidado por completo que me había ayudado a repasar el papel unas semanas antes.

—No —respondí, dándole unas palmaditas en la mano y apartándosela de mi cintura—. Yo soy la que se encarga de hacer que corra la sangre.

Después de clase me puse el vestido, que no era más que una especie de funda de color blanco. A mí me parecía demasiado griego, pero Christy Sorenson, la encargada de vestuario, no me hizo ni caso. Los habían confeccionado en la clase de economía doméstica y familiar; cuatro en total: uno para cada función y otro más para el ensayo general, porque cada noche tenía que cargarme un vestido. Después del

asesinato del rey y de que Macbeth y yo nos pusiéramos las coronas, en cada escena debíamos rociarnos más y más jugo de remolacha por encima de los hombros, como si las brujas estuvieran haciendo que las coronas sangrasen. Fue idea de Peter. Cuando estábamos decidiendo el diseño de la escenografía y la interpretación nos dijo que teníamos que representar un Shakespeare visual. Que a la mayoría de la gente le costaba seguir los pentámetros yámbicos, mientras que todo el mundo sabía lo que pasaba cuando te clavaban un cuchillo y luego te lo arrancaban, de manera que añadimos a la obra mucha dirección escénica y mucha gestualidad. Se blandían bastantes sables, y eso a los chicos les encantaba. Por supuesto.

Una vez que nos vestimos, Portia reunió a todo el mundo frente al escenario e hizo venir a Peter tirando literalmente de su hombro. Lo mandó de un empujón a mi lado, exasperado por completo.

—Esto... bueno, a ver. —Peter miró a todos los que tenía a su alrededor a los ojos excepto a mí. Yo confiaba en no haberme puesto tan colorada como creía, estando tan cerca de él.

—Agarraos todos de las manos —ordenó Portia mientras cogía las manos de sus vecinos—. Hemos de formar un corro.

Todo el mundo se movió para formar una amplia circunferencia y se fueron cogiendo de las manos, hasta que sólo quedamos Peter y yo para cerrar el círculo. Él rodeó mi mano con la suya antes de que el momento resultara demasiado extraño, pero la cogió con cautela.

—Os habéis esforzado mucho —empezó él a decir, poco a poco y aclarándose la garganta—. Mirad el escenario —añadió. Todo el mundo se dio la vuelta y lo admiró—. Está a la altura de cualquier espectáculo que haya visto en los teatros profesionales de pequeñas dimensiones de las dos ciudades. Está muy bien construido, chicos. Y los trajes, igual. Christy, son tal como los había imaginado. Líneas puras, atemporales... buen trabajo. Las luces y el sonido están perfectos, básicamente porque Portia ha puesto en ello un empeño digno del mismísimo Peter Jackson. Gracias, Porsche.

Di un respingo. No puede evitarlo, me sorprendió oír que utilizaba el nombre con el que yo me dirigía a Portia. Salió de su lengua con naturalidad mientras animaba el discurso, y yo recordé todas las ocasiones en las que le había hablado de mi mejor amiga, de todo lo que sabía sobre ella, cosas que él no tenía ningún derecho a saber. Lo mucho que le gustaba el teatro. Que escondía fotos de Ryan Gosling sin camiseta en su mesita de noche. Que odiaba que sus padres la obligaran a hablar en hmong durante la cena los domingos. Cuánto deseaba integrarse y destacar al mismo tiempo.

Al parecer, nadie más se dio cuenta del desliz. Todos se rieron y le lanzaron miradas de complicidad a Portia, que lo recibió con una amplia sonrisa.

Peter prosiguió, valiéndose ahora de su mejor voz de profesor.

—Esta obra no es alegre, pero es importante. Aquí tenemos a Shakespeare contemplando el fondo del alma de un hombre que ha matado a su rey. No se trata de un hombre malvado. Ser malvado es algo simple, una manera infantil de explicar los malos actos de la gente. La verdad siempre resulta más complicada y vale la pena buscarla. Shakespeare buscaba la verdad con esta obra. Por supuesto, añadió las brujas y los baños de sangre para asegurarse de que llenaba las butacas. —Todos rieron ante ese comentario, menos yo—. Pero, en esencia, es un estudio psicológico. ¿Qué motivo podría llevar a alguien a cometer un crimen terrible, algo que sabía que no estaba bien incluso antes de cometerlo?

Empezó a sudarme la palma de la mano. De forma gradual, tan lenta que al principio ni siquiera me di cuenta, él me la agarró con más fuerza.

—La ambición —respondió Portia.

—Las brujas le habían contado que él sería rey —añadió Emily, que interpretaba a la Segunda Bruja.

—Su mujer lo obligó a hacerlo —dijo Adam, que interpretaba a Macbeth. Yo le saqué la lengua y él respondió guiñándome un ojo.

—Todos tenéis razón —señaló Peter—, pero el tema de fondo es el deseo. ¿Qué le ocurre...? ¿Qué

nos ocurriría a cualquiera de nosotros, si persiguiéramos nuestros deseos más oscuros? ¿Qué perdemos de nosotros mismos cuando cruzamos esa línea? ¿Qué precio tendrán que pagar los que nos rodean?

Sus dedos estrujaron los míos.

—Ma... McBee —se corrigió Peter, lo que hizo aparecer una sonrisa de satisfacción en el rostro de Portia— decide cruzar esa línea de todos modos. Decide tomar lo que deseaba a pesar de las consecuencias, a pesar de las convenciones sociales, de la angustia mental e incluso a pesar de su propia vida. Eso es lo que convierte esta obra en atemporal. No es más que un hombre corriente que comprende, al menos en parte, cuál es el precio de sucumbir a la tentación. Y aun así decide sucumbir a ella.

»Esto es lo que le mostraréis al público este fin de semana: las consecuencias de los deseos más perversos y poderosos de un hombre. Después de lo mucho que habéis trabajado en ello, sé que lo bordaréis. Que no tendréis piedad con el alma de ese pobre cabrón.

Todos se soltaron de las manos para aplaudir y soltar gritos de ánimo. Yo no me moví. No sabía qué hacer. Me limité a quedarme ahí plantada, sin mirar a Peter, mientras el resto del reparto y del equipo gritaba de alegría. Le dio un último apretón prolongado a mi mano y luego se alejó. Me di la vuelta y me metí entre bambalinas, esperando algo aturdida a que llegara el acto primero, escena cinco: el momento en el que me tocaba salir al escenario.

Sin que llegara a salir perfecto, el ensayo general fue bastante bien. A uno de los matones se le cayó la espada cuando debería haber estado matando a Banquo. A Banquo se le escapó la risa, pero luego el matón fingió que le rompía el cuello y Banquo respondió bien cayendo muerto.

Adam había memorizado al detalle su papel y consiguió despertar una emoción bastante buena durante los monólogos. A algunos de los miembros del reparto no les había parecido bien que tuviera un aspecto tan infantil, pero a mí sí, porque de ese modo quedaba reforzada desde el principio la idea de que yo lo estaba manipulando para que cometiera el asesinato. Subida a los tacones le sacaba casi un palmo, y ostentaba el poder desde la primera escena en la que aparecemos juntos, cuando planeamos el asesinato. Utilizando un tono duro, con la voz fuerte y una expresión grave.

Mi mejor actuación, no obstante, fue la escena del sonambulismo, la última en la que salgo. La corona se me ladeó en el pelo y tenía el vestido teñido de rojo por la parte delantera. Más bien daba la impresión de ser la víctima del asesinato que la asesina, y se trataba precisamente de eso: nuestra traición nos estaba matando. Salí al escenario agonizando, con las manos agarradas frente al pecho como si no entendiera cómo seguían conectadas a mi cuerpo. Con la mirada perdida en las paredes del gimnasio, por encima del espacio en el que quedarían las cabezas del público, donde Peter se había sentado, a solas, a oscuras. Ni siquiera me di cuenta de que estaba llorando hasta que empecé a ver la sala borrosa. Vertí todo mi mal de amores en la escena. Durante los ensayos había interpretado esa escena con la misma fuerza que en las que aparecía despierta, gritando dormida órdenes para librarme de la responsabilidad del asesinato.

—¡Lavaos las manos; poneos la ropa de dormir, no estéis tan pálido!

Pero en esos momentos mis líneas transmitían desesperación, como si supiera que me abalanzaba hacia el abismo que conducía a la locura y no lograra comprender la caída. La voz me temblaba, amenazaba con romperse.

—Os lo diré de nuevo: Banquo está enterrado; no puede salir de su tumba.

Si Lady Macbeth intimidaba por sus fríos cálculos homicidas, esa confesión inconsciente era todo un impacto. Desde la primera lectura, la había visto como una villana poderosa, una Cruella de Vil sin corazón ni conciencia. La escena del sonambulismo no era más que un desliz, en mi opinión. Sin embargo, en esos momentos me di cuenta de que lo revelaba todo, de que estaba tan atormentada como el propio Macbeth: su deseo se había convertido en su perdición. Después de mi última escena, fui directamente al camerino, me senté y permanecí aturdida durante el resto de la función.

Debía conservar a Peter en mi vida. A cualquier precio. Cambiar de vida o seguir con la de siempre

no tenía la menor importancia si él no estaba conmigo. Mi deseo era mi perdición: lo sabía y aun así era incapaz de evitarlo. Nos queríamos más allá de cualquier razonamiento o precaución, a pesar de las consecuencias, tal como él había dicho durante el discurso previo al ensayo general. Tenía que encontrar la manera de hablar con él.

Tras la última escena, oí que todos aplaudían y regresé al gimnasio; la cabeza me iba a cien por hora.

—¿Dónde estabas? Te he estado buscando por todas partes —dijo Portia, corriendo hacia mí.

La miré y de repente sonreí de oreja a oreja.

—¡Macbeth! —grité.

Pronuncié la palabra maldita una y otra vez, riendo ante la mirada horrorizada de Portia, ante todos los que corrían desesperadamente hacia la puerta. Se marcharon todos del gimnasio y pude oír el bullicio de la multitud dando la vuelta al edificio. Un solo foco abandonado iluminaba el escenario, Peter estaba en un extremo y yo en el otro. Nuestros ojos luchaban por abrirse paso entre el haz de luz, por lo que avanzamos hasta el límite de la penumbra.

—Todavía tengo tu dinero —dije. Fue lo primero que me vino a la cabeza, a pesar de que era mentira.

—Hattie, por favor —susurró él.

—Me gustaría devolvértelo.

—No lo quiero.

El retumbar de los pasos se hizo más audible todavía. Debían de estar a medio camino.

—Mañana por la noche. Después de la función. Ven a verme al almacén.

Apenas pude verle la cara a través de la luz del foco. Avanzó un tanto y divisé la curva de su cabeza, la elevación de su pecho y la incertidumbre de su postura. Como un espejo, yo también di un paso adelante y noté el beso de la luz en los labios. Aquella luz nos conectaba, nos aportaba calor.

—No puedo —dijo.

—Tienes que hacerlo. Tienes que despedirte.

—Es imposible. No me pidas que lo haga.

Los pies se detuvieron frente a las puertas dobles y se oyó un cántico amortiguado, un soneto que todos habían memorizado para mantener a raya el mal que yo había invocado.

—Te esperaré toda la noche, Peter. Toda la noche. A ti. —Mi voz era incapaz de ocultar el anhelo—. Ven a buscar el dinero. Y a despedirte.

Las puertas se abrieron de golpe justo en el momento en el que Peter se daba la vuelta, y el estruendo de la multitud casi ahogó su triste adiós.

DEL

Jueves, 17 de abril de 2008

Acusé a Peter Lund del asesinato de Henrietta Sue Hoffman a las 15.02, el mismo día del funeral.

No acababa de encajarme que hubiera confesado justo después de que Mary Beth hubiera ido a verlo. La mujer entró para hablar con su marido y luego hizo una declaración jurada afirmando que había seguido a Peter hasta el lugar del encuentro, que lo había descubierto con Hattie, había soltado el cuchillo y se había marchado. Describió las dimensiones del arma del crimen a la perfección.

—¿Por qué no había dicho nada de todo esto en seis días? —insistí—. ¿Por qué no me contó nada cuando fui a verla a la granja?

Mary Beth se pasó una mano por la barriga antes de responder.

—Tenía que asumir muchas cosas, sheriff. Acababa de enterarme de que mi marido me engañaba y que estaba embarazada. No lo había creído capaz de hacer algo semejante, y mucho menos de cometer un asesinato.

—Usted estuvo hablando sobre asesinatos con Winifred Erickson ese día. Y no me venga con que se referían a los pollos.

Ella asintió y bajó la cabeza.

—Tiene razón. Siento haberle mentido al respecto. Estuvimos hablando sobre abortos.

—¿Por qué mintió?

—Me daba vergüenza, supongo. No sabía si tener al bebé, debido a las circunstancias.

Jake y yo nos miramos y me incliné hacia Mary Beth, esperando que levantara la cabeza y me mirara a los ojos. Cuando por fin lo hizo, pasé al ataque de verdad.

—Quizá tuvo en cuenta las circunstancias, el viernes por la noche, cuando los vio juntos. Quizá decidió vengarse de su marido por haberle sido infiel.

—No. —Apenas pareció molestarle la acusación, y tampoco se mostró sorprendida—. De haber matado a alguien esa noche, lo habría matado a él, y no a ella.

Jake abrió un poco más los ojos.

—O sea, que lo que viene a decir es que estuvo pensando en matar a su marido y a su bebé la semana pasada, pero no tuvo nada que ver con la muerte de Hattie.

—Exacto.

Me la quedé mirando fijamente, y ella a mí. Al final, asintió apenas, como si acabara de recordar algo importante.

—Si hubieran sufrido la semana que he tenido yo, les habrían pasado las mismas cosas por la cabeza.

—¿Qué hizo usted después de soltar el cuchillo?

—Volví corriendo a casa. Recuerdo que hacía frío, nada más. Al llegar, apagué las luces del cobertizo y entré en casa. Pensé en sentarme y esperar a que llegara Peter, pero al final decidí que ni siquiera me apetecía verlo. En lugar de eso, dormí en la cama plegable que hay en la habitación de mi madre.

—¿Se fue a casa y se quedó dormida enseguida? ¿Después de haber visto lo que vio?

—Enseguida no. Estuve un rato llorando en silencio, para que no me oyera mi madre. Creí que pasaría la noche en vela, pero lo siguiente que recuerdo es que amaneció. Supongo que estaba muy cansada por el bebé. Estos días incluso tengo que echar una siesta por la tarde. El sábado intenté tomar una decisión, no sabía si era mejor echarlo de casa de un puntapié o qué, y entonces Winifred vino y nos contó lo del cadáver.

—¿Cuál fue la reacción de Peter ante la noticia?

Mary se encogió de hombros.

—Él ya estaba en el instituto, tenía que preparar la función del sábado.

Repasé la noche entera con ella una vez más y no detecté ninguna vacilación en su versión. Respondió a las preguntas muy seria, sin llorar. Estaba pálida y contestaba sin aspavientos ni explicaciones excesivas. Jake y yo lo hablamos entre nosotros otra media hora.

—No lo sé, Del.

Se puso una mano frente a la boca, para evitar que pudieran verlo algunas de las personas que se presentaron en comisaría después del funeral. Los teléfonos seguían sonando de forma incansable.

—No tenemos nada contra ella, por el momento. —Suspiré—. Ahora mismo, lo único que podemos demostrar es que ella fue quien proporcionó el arma del crimen que no hemos encontrado. Tendremos que esperar hasta que el fiscal que se ocupará de Lund venga para recoger su versión para ver qué hacemos.

Acompañé a Mary Beth personalmente, para asegurarme de que los periodistas guardarían las distancias. Las cámaras dispararon sus *flashes* desde el otro extremo del aparcamiento, pero nadie se le acercó para atosigarla. Lo más probable era que no supiesen que era la esposa del sospechoso.

—¿Qué decisión ha tomado respecto al bebé? —le pregunté cuando abrió la puerta de su camioneta.

Mary Beth parecía preocupada por los periodistas; se estremeció y subió al vehículo cubierto de polvo.

—Hoy en día hay muchas mujeres que recurren a donantes de esperma.

—¿Sabe, Mary Beth? Cuando sus padres la tuvieron a usted, fue como si les hubieran dado una segunda vida.

Su rostro parecía congelado, expectante. Le miré la barriga.

—Puede que a usted le ocurra lo mismo.

Por primera vez desde que había entrado en la sala de interrogatorios, parecía a punto de llorar. Cerró los ojos, asintió y dijo que confiaba en que tuviera razón. Luego cerró la puerta y se marchó.

El fiscal del distrito, como era de esperar, llegó pasada más de una hora. Jake había salido a comprar comida al Dairy Queen para todos, pero yo no pude probar ni un bocado. Me tomé más de un litro de café y me sumergí en el papeleo después de advertir a Nancy que no me molestara nadie hasta que llegara el abogado. Cuando por fin apareció, resultó que aparentaba doce años y que, encima, estaba de los nervios. Jake y yo lo acompañamos a la parte de atrás para presentarle a su cliente. Entonces fue cuando Lund nos echó una jarra de agua fría con el anuncio de que quería confesar el asesinato.

Era evidente que Jake estaba encantado, pero yo no conseguía compartir su entusiasmo. Lund había pasado de jurar y perjurarse que no había matado a Hattie a confesar con serenidad que sí lo había hecho en menos de dos horas. Me lo llevé a la sala de reuniones junto con el abogado y le pedí que nos contara todos los detalles.

—¿Cómo consiguió el cuchillo?

—Lo encontré en el suelo, frente a la puerta. —Lo declaró con calma y con la cabeza gacha, mirando a la mesa—. Quise marcharme después de haber tenido relaciones sexuales con ella. Pensaba que sería la última vez y que me devolvería el dinero tal como me había prometido, pero me dijo que ya se lo había gastado. Luego me amenazó: me aseguró que se lo contaría todo a la asesora académica del instituto si no accedía a marcharme con ella. Vi el cuchillo y lo recogí.

—Y luego, ¿qué?

Peter cerró los ojos. Todos los que estábamos en la habitación guardamos un silencio absoluto, incluso el abogado.

—Sólo pretendía utilizarlo para asustarla. No quería hacerle daño, pero ella siguió insistiendo para

que dejara a Mary y huyera con ella a Nueva York. Yo sólo quería que se marchara. Quería recuperar la vida que tenía antes de todo esto. Antes de que apareciera ella. Antes de que me mudara a este pueblo perdido de la mano de Dios. La hice retroceder hasta el rincón y la amenacé con el cuchillo. Le dije que nos dejara tranquilos, a mí y a mi familia. Ella... ella se echó a reír y entonces perdí los nervios y la apuñalé.

—¿Dónde?

Tardó un minuto en responder, pero cuando lo hizo utilizó el mismo tono que antes. En voz baja, sin emoción.

—En el pecho. Cayó al suelo enseguida.

—Y luego ¿qué hizo?

—Le rajé la cara. No quería ver ese rostro muerto mirándome. Quería hacerla desaparecer.

Eso encajaba con lo que el experto nos había comentado acerca de los remordimientos.

—¿Y qué hizo con el cuchillo?

—Lo tiré al lago, junto con el bolso. Luego me marché a casa, quemé la ropa que llevaba puesta y me duché.

—¿Dónde quemó la ropa?

—En la barbacoa que hay tras el garaje. Utilicé combustible para encendedores y me aseguré de que las cenizas se esparcieran bien.

—¿Su esposa o su suegra lo vieron llegar a casa?

—No. —Hizo una pausa y tragó saliva—. No vi a nadie. Fui directo a mi habitación. Al despacho, quiero decir. Y permanecí allí durante toda la noche, no podía dormir, pensando en... en el futuro.

Me froté la barbilla y me recosté en la silla. La cabeza de Lund colgaba de su cuerpo como un peso inútil, inerte, y se quedó allí sentado sin mover ni un músculo. Apenas se le notaba la respiración.

—¿Por qué lo del bolso?

Levantó la vista de golpe al oír la pregunta. Fue la primera vez desde que había comenzado el interrogatorio, pero se apresuró a desviar la mirada.

—¿Por qué tuvo que coger el bolso, Peter? —le pregunté de nuevo.

—Necesitaba la llave.

A Jake se le iluminaron los ojos y yo me incliné hacia delante.

—¿Qué llave?

—Tenía la llave de una consigna de la estación de autobuses de Rochester. Me había dicho que dentro estaba todo lo necesario para que huyésemos. Tenía una maleta preparada para marcharse y dos billetes sólo de ida para Nueva York con nuestros nombres.

»Me mostró la llave cuando le pregunté por el dinero y me explicó todo esto. Luego se la volvió a guardar en el bolso y empezó a amenazarme. Más tarde, después de matarla, me di cuenta de que debía conseguir la llave. De lo contrario, todo acabaría saliendo a la luz. Entonces no pensé en el condón, en que podrían identificar mi ADN. Por eso sólo me llevé el bolso, me quedé con la llave y lo tiré al lago, también.

—¿Y dónde está la llave, ahora?

Alineó sus nudillos en el borde de la mesa y se tomó su tiempo antes de responder en voz baja, con tono despreocupado.

—En mi mesa, en el aula del instituto.

—¿No acudió a la consigna?

—No. Pensaba esperar hasta que el caso quedara cerrado para destruir las... pruebas.

Me lo quedé mirando fijamente: la cabeza gacha, las manos bien colocadas, los hombros encorvados enfundados en el traje. Todo encajaba, y todo cuanto sabía como agente de policía me decía que estaba sentado frente al asesino de Hattie. Y a pesar de todo, había algo que seguía inquietándome.

—Se esmeró mucho, ¿no, Lund? Pensó en todo.

Él se encogió de hombros.

—Eso creía.

—Dígame una cosa, pues: ¿qué le ha hecho pasar de jurar y perjurar que no tenía nada que ver con el asesinato de Hattie, hace menos de tres horas, a renunciar a su vida ahora mismo?

—Mary —respondió de inmediato.

—¿Lo ha hecho para proteger a Mary?

—Eso es lo que intentaba hacer, proteger a mi familia. No me había dado cuenta hasta que Mary ha venido hoy y me ha contado que me había visto con Hattie. Me... me ha dicho que testificaría contra mí, que explicaría lo que vio. En ese momento he sabido que no me quedaba ninguna esperanza. Que no conseguiría salir indemne.

Lund levantó la cabeza una vez más y se encontró con mi mirada.

—Para serle sincero, siento cierto alivio. Sólo quiero que termine todo esto para empezar a cumplir mi condena. ¿Es posible?

Dirigió la mirada hacia el abogado y éste pareció recordar de repente que estaba allí como algo más que un simple espectador embelesado. Los dos hombres pidieron pasar un minuto a solas para poder debatir el tema de la sentencia.

Lo dejamos de nuevo en la celda con su abogado, fuimos al instituto, encontramos la llave y luego acudimos a la estación Greyhound de Rochester. Dentro de la consigna localizamos la maleta de Hattie que habíamos estado buscando. Todavía estaba impecable, olía a nueva, y también hallamos un sobre con tres billetes de cien dólares, una nota de Lund que ponía fin al idilio y dos billetes sólo de ida para Nueva York, justo como lo había descrito.

Después de fotografiarlo y meterlo todo en bolsas, me volví hacia Jake y asentí.

—Apunta: asesinato en segundo grado.

Salí de la terminal y fui directo a casa de Bud y Mona. Ya caía el atardecer, y aunque el entierro y el banquete habían terminado hacía rato, parecía como si la mitad de la comitiva del funeral los hubiera acompañado a casa. Había más de una docena de vehículos aparcados entre el sendero de entrada y la calle.

Una de las hermanas de Mona me abrió la puerta y me acompañó hasta el salón. Había álbumes de fotos esparcidos por todas partes así como fotografías de Hattie en formato póster, pegadas sobre cartones y apoyadas en las paredes. Pude ver a la gente sentada en las sillas y por el suelo, rodeando a Mona y a Bud, que estaban instalados en el sofá. Algunos se reían y miraban las fotografías, otros lloraban, y también había quien hacía las dos cosas a la vez; sin embargo, todos se quedaron callados de repente al verme entrar en el salón.

Cuando Bud me vio vestido de uniforme, cogió a Mona de la mano y se pusieron de pie al mismo tiempo.

—Salgamos a tomar un poco de aire fresco —dijo.

Fuimos andando hasta el silo acompañados por *Bear*, el perro labrador, que no se separaba en ningún momento de Bud. El cielo estaba repleto de nubarrones de primavera que tapaban el sol y convertían el sendero en un barrizal precario.

Cuando quedamos lo suficientemente alejados de la casa, Bud y Mona se volvieron hacia mí y decidí no andarme por las ramas.

—Ya tengo el ADN.

Aunque ninguno de los dos dijo nada, un fuego resplandeció en sus ojos con una expectación terrible.

—Pertenece a Peter Lund, el profesor de lengua de Hattie.

—¿Qué? —exclamó Mona, tambaleándose hacia atrás.

Bud tardó un momento en recuperar la capacidad de hablar, pero cuando lo consiguió lo hizo a un volumen muy alto.

—¡Mecagoen... ¿su profesor? ¿La violó?!

—No. —Lo miré fijamente a los ojos. Merecían algo mejor que la verdad, pero la verdad era lo único que podía ofrecerles—. Mantenían un idilio desde el mes de enero.

Tuve tiempo de ver que el puño se dirigía a mi cara, pero no hice nada para evitar que sucediera. El grito de Mona me siguió hasta el suelo y se acercaba y se alejaba de mi oído a medida que el golpe rebotaba dentro de mi cabeza, igual que los ladridos de *Bear*, que no paraba de saltar a nuestro alrededor. Bud se plantó frente a mí con los puños levantados, ignorando los esfuerzos de Mona para detenerlo.

—Eso es una sucia mentira, Del. ¡Una sucia mentira! No me digas que Hattie se acostaba con un profesor indecente y perverso. Ella no haría algo así.

Me froté el mentón y le conté a Mona los detalles de la situación, desde los correos electrónicos del otoño anterior hasta el encuentro del viernes por la noche.

Cuando terminé, Mona lloraba a moco tendido agarrada al brazo de Bud. *Bear* ya se había calmado y montaba guardia junto a su amo. Bud me atravesaba con la mirada, sin intención de discutir, pero no por eso menos furioso.

—Lo mataré.

Me puse de pie con cuidado.

—Tú no vas a matar a nadie, Bud.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Mona.

Bud repitió la pregunta como una especie de eco, aunque con un tono de voz distinto, una voz que ya estaba tramando algo.

—Sí, ¿dónde está?

—Está detenido. Entre rejas. Se acabó.

La expresión de Bud no cambió, por lo que lo intenté de nuevo.

—Lo ha confesado todo esta tarde y pasará un buen tiempo a la sombra.

Mona se apoyó en la pared del silo y se tapó la cara, mientras que Bud seguía con los puños apretados a ambos lados del cuerpo y tenía las venas de la frente hinchadas. Un cuervo graznó desde algún lugar cercano. No sabía qué más decirle. No había paz, ni sensación de justicia. Había cumplido con lo que les había prometido unos días atrás sentado en su sofá. Les había entregado al asesino. Pero les había robado los últimos fragmentos de su hija durante el proceso.

Greg salió de detrás del granero y se nos acercó, con un aspecto tan ceñudo y empecinado como el de su padre. Le acaricié un hombro a Mona y me dirigí hacia el coche patrulla dejándolos inmersos en la desesperación.

Lo que no llegamos a encontrar fue el cuchillo. Mandé a un equipo de submarinistas que sondeara el fondo del lago Crosby durante tres días seguidos, pero lo único que sacaron a flote fueron unos cuantos motores de lancha oxidados. Quería ese cuchillo. Soñé con él cada noche, desde la confesión de Lund hasta la lectura de los cargos. A veces Hattie aparecía en mis sueños y me contemplaba mientras yo registraba el almacén, los campos, el lago. No conseguía encontrar aquel maldito objeto ni siquiera dentro de mi cabeza.

Afortunadamente, no hace falta un arma para demostrar un asesinato en segundo grado cuando tienes la confesión completa del acusado, un cadáver y un montón de pruebas.

La lectura de los cargos de Peter Lund fue retransmitida por todas las cadenas de televisión, de Minnesota a Florida. Mi hermana me llamó después para contarme que me había visto en dos canales desde Tallahassee. La mayoría de los equipos de periodistas estaban apiñados frente a los juzgados, aunque algunos todavía grababan sus crónicas desde Main Street o frente al instituto.

Yo me quedé en el fondo de la sala, al lado de uno de los alguaciles. Bud, Mona y Greg se sentaron en la primera fila, en el lado de la acusación, con todos los amigos y la familia detrás. No hablaba nadie. No vi a Mary Beth Lund por ninguna parte, pero Winifred Erickson entró con sigilo justo antes que el juez y fue a sentarse en la misma fila que Carl Jacobs, tras el abogado de oficio.

Cuando el juez llamó al acusado, todos los ojos de la sala se fijaron en Lund, que entró en silencio, mirando al suelo, y tomó asiento dócil como un corderito. A partir de ese momento sólo pude verle la nuca, y de hecho no movió ni un músculo hasta que el juez le preguntó cómo se declaraba.

—Culpable, señoría.

Levantó un poco la cabeza cuando lo dijo, para mirar directamente al juez, y su voz no mostró ni el más mínimo indicio de emoción o de demencia. Podría haber estado encargando material de oficina.

Se produjo un goteo de reacciones entre los asientos. El juez las ignoró, fijó la audiencia para la sentencia al cabo de tres semanas y se acabó.

Mientras salía de la sala de audiencias, Winifred se detuvo a charlar conmigo.

—Voy a demoler ese almacén. La semana que viene.

—Necesitas un permiso para hacerlo.

—La solicitud está encima de tu mesa. No puedo verlo más, me pone enferma.

Asintió a su espalda, donde los Hoffman formaban un corro alrededor del fiscal, probablemente escuchando cómo éste les contaba que le caerían entre veinte y treinta años.

—Ya se lo he dicho a Bud y a Mona. Tanto si me firmas el condenado permiso como si no, pienso volar ese almacén. Cueste lo que cueste.

HATTIE

Viernes, 11 de abril de 2008

El almacén se elevaba por encima del lago como un monstruo acuático, una forma oscura y sombría recortada sobre el horizonte, como el escenario de una película de terror que invita a la gente a alejarse, pero yo estaba demasiado entusiasmada para verlo así. Tommy ha parado la camioneta en el aparcamiento que hay junto a la playa y la ha dejado al ralentí.

Mi cuerpo todavía se estaba recuperando de la obra, de la adrenalina del escenario, bajo las luces, la que te invade cuando notas la fascinación silenciosa del público. Todo ha ido a la perfección. No ha caído ningún decorado, nadie se ha desmayado. Nadie ha olvidado ni una sola línea del texto y Matt y yo lo hemos bordado. «Chúpate ésa, Portia.» Sabía que después del ensayo general en el fondo esperaba que tropezara y me rompiera un brazo para poder sustituirme, interpretar a Lady Macbeth y jactarse de que había sucedido por culpa de la maldición. Tal vez suceda algo mañana. Por mí como si se derrumba el gimnasio entero.

Lo único que me importaba era esta noche.

Me he quedado esperando por el instituto un buen rato, hasta que la mayoría de la gente se ha marchado, para intentar ver a Peter. Confiaba en que me indicaría de algún modo que esta noche vendría a verme, por lo que me he cambiado de ropa con mucha calma. He dejado el vestido ensangrentado en una silla, he colgado mi corona y me he puesto el nuevo vestido amarillo de tirantes, de tela plisada. No he conseguido ver a Peter al salir, pero Tommy estaba aguardando a que saliera. Los ojos se le han iluminado al ver mi vestido y he visto claro lo que tenía que hacer. Todavía se ha puesto más contento cuando le he pedido que fuéramos al lago Crosby. Me sabía mal, pero le he dedicado una leve sonrisa de todos modos y me he quedado callada durante el trayecto.

Una vez allí, ha abierto el panel de la puerta del conductor y ha sacado una botella de su compartimento secreto. Ha tomado un buen trago y me la ha pasado a mí.

—¿Qué es? —he preguntado. He olisqueado el contenido y he puesto cara de asco.

—El Jim Beam de mi padre. Pruébalo.

Con sólo mojarme los labios ya me han venido arcadas.

Tommy se ha echado a reír.

—Es incluso peor que la cerveza.

—No bebes, nada de sexo... Eres el angelito de tu padre, ¿verdad? —Lo ha dicho con una sonrisa, pero se ha acercado a mí desde su asiento. Ha intentado pasarme un brazo por detrás, pero yo he retrocedido hasta la puerta.

—Tommy, tenemos que hablar.

—¿Sobre qué?

—No puedo seguir saliendo contigo.

—¿Qué?

Se lo he repetido sin mirarlo, sintiendo la tremenda confusión de sus ojos. Era toda una tentación volver a meterme en el papel para evitar hacerle daño. Me he concentrado en el almacén, he respirado hondo y me he recordado lo que le había dicho a Portia hacía menos de una hora: que no pensaba actuar nunca más.

—¿De qué estás hablando? ¿Te han cambiado el turno, o algo?

—No —he respondido, sin dejar el tono de voz firme—. Quiero romper.

He notado cómo se ha echado para atrás, cómo se ha retirado hacia su lado de la camioneta. Ha tardado al menos un minuto en preguntarme el motivo.

—Porque seguimos caminos distintos. Esto no funcionará.

—Es por lo del sexo, ¿verdad? Mira, lo siento. No volveré a hacerlo. Lo prometo.

Si quería plantearlo de ese modo, muy bien. Al fin y al cabo no era mentira.

—Ya sabes cómo me siento al respecto. Empezabas a incomodarme a todas horas. Tenía que estar siempre a la defensiva, ¿sabes?

—De acuerdo, de acuerdo. No volveré a mencionarlo, ni siquiera en el baile de graduación.

—¿Graduación? —La palabra me ha desconcertado, como si fuera la primera vez en la vida que la oía. Había estado tan concentrada en la función y en Peter que no había pensado ni en un instante en la graduación.

Vestidos con lentejuelas, bailes lentos, posar frente a la casa mientras papá y mamá me tomaban fotos, todo me parecía tan... de instituto.

—Iremos toda la pandilla. Los colegas incluso están pensando en alquilar una limusina.

—Yo no iré al baile de graduación.

—Pero si irá todo el mundo. —Lo ha dicho como si aquél fuera el único argumento necesario. Si supiera cómo me siento respecto a todo el mundo...

—Yo no —he respondido.

Ni siquiera podía imaginarme lo terrible que sería. Bailar en el gimnasio con Tommy, intentando evitar que se le fueran las manos mientras Peter aguantaba el tipo, hecho polvo, en el rincón de las carabinas. Me había pasado la noche entera tratando de idear maneras de hablar con él, pero se había cerrado en banda por miedo a que uno de los dos se fuera de la lengua, a que sostuviera una mirada durante demasiado tiempo.

—Algunas chicas no piensan ir al baile de graduación, Tommy —le he dicho, con la cabeza entre las manos.

El asiento se ha hundido un poco cuando se ha acercado a mí de nuevo. En cuanto he notado que sus gruesos dedos me acariciaban la espalda, me he incorporado otra vez. Su cara era una sombra llena de dudas y de dolor.

—Vuelve a casa, Tommy.

—¿Qué he hecho, Hattie? ¿En qué me he equivocado?

Se le ha roto la voz y me he dado cuenta de que la nuez del cuello se le movía arriba y abajo, destacada por la luz de la farola del aparcamiento. No lo soportaba más, no podía seguir ahí sentada, escuchando cómo lloraba por una chica que ni siquiera existía.

He abierto la puerta de par en par, he cogido el bolso y he saltado de la camioneta.

—¿Adónde vas?

—Adonde me dé la gana.

La expresión de Tommy se ha vuelto más agria.

—Todos me decían que no saliera contigo, que no eras más que una tía rara y que no habría forma de cambiarlo. Supongo que tenían razón.

—Pues ve a buscar a otra a la que puedas llevar al baile de graduación, Tommy. Estoy segura de que encontrarás alguna chica de tercero encantada de follar contigo.

He salido de la camioneta, he dado un portazo y he echado a andar hacia la parte oscura del aparcamiento, donde los árboles me estaban esperando para hacerme desaparecer de su vista. He oído que bajaba la ventanilla detrás de mí.

—¿Adónde diablos vas?

—¡A Nueva York! —he gritado como respuesta, sin siquiera molestarme en darme la vuelta—. Vete a la mierda, Tommy.

Me he metido corriendo entre las hierbas y he encontrado el sendero. Luego he esperado hasta que ha arrancado el motor de la camioneta y ha salido pitando del aparcamiento, disparando gravilla con los

neumáticos. Tenía un nudo en el estómago por el hecho de haberle gritado y haberme portado tan mal con él, pero era lo mejor que podía hacer. De este modo el lunes no intentará reconciliarse conmigo. Le contará a Derek y al resto de los colegas de la pandilla lo cabrona que soy, me pondrán verde, invitarán a Tommy a unas cervezas y ahí quedará todo.

A medida que el rugido de la camioneta se alejaba, he empezado a percibir otros sonidos: la primera rana de la primavera en el lago; las hierbas muertas del año anterior mecidas por la brisa y, en algún lugar no muy alejado de donde estaba, un búho ululando. Tal vez estaba en el almacén. A medida que caía la noche y me sumergía en la oscuridad, todo lo malo que pudiera haber sentido ha ido desapareciendo y me he dado cuenta de que era libre, de que por fin había terminado con ese papel tan terrible que había creado para mí misma.

He recorrido el sendero con la ayuda de la luz de la luna, que se reflejaba en el agua. Han aparecido las estrellas y no había ni una sola nube en el cielo. Eso lo echaré de menos. Seguramente en Nueva York no podré ver las estrellas, ni siquiera desde Central Park. En cambio aquí, donde la única interferencia era el leve resplandor del aparcamiento que estaba dejando atrás, era como hallarse en el centro mismo del sistema solar. En ese momento había miles de lucecitas relucientes, parpadeando, como si fueran los latidos de la noche. Veía satélites y planetas y lo único que rompía la línea del horizonte era el almacén hacia el que me dirigía. Resultaba espectacular, un festival de luces, el universo entero abierto de par en par, y yo me sentía igual que siempre que lo miraba: enorme y diminuta al mismo tiempo. Sí, echaré de menos las estrellas.

Una vez dentro del almacén, he encendido la linterna que había dejado en el rincón y he mirado la hora. Las 22.17. Todavía era temprano. Peter debía de estar cerrando el instituto, a esas horas.

No me ha importado esperar, así he podido ensayar lo que iba a decirle. Ya no interpretaba ningún papel, eso se ha acabado, pero no estaba de más prepararse para que las palabras salieran de mi boca justo como las quería decir. La última vez que había intentado ser sincera con Peter, todo había salido mal y no estaba dispuesta a cometer el mismo error de nuevo. Menos aún tratándose de nuestra última oportunidad.

Cuando he terminado de ensayar me he puesto a bailar por el almacén, en parte para entrar en calor, ya que no me he llevado ni siquiera un jersey, pero también porque Tommy me había metido en la cabeza aquella idea del baile de graduación. ¿Cómo debía de ser, eso de asistir a un baile de gala...? Aunque no pensaba en el baile de graduación del instituto de secundaria de Pine Valley, sino más bien en un baile de verdad, en una sala de fiestas, con un vestido precioso y un acompañante de esmoquin. Me he puesto a bailar un vals rodeando con los brazos a una pareja invisible, un-dos-tres, un-dos-tres, como papá me enseñó en el salón de casa después de ver *El Cascanueces*, cuando tenía diez años.

Estaba tan absorta en mis pensamientos, contemplando el revoloteo de mi sombra por las paredes, que casi se me ha escapado un grito cuando me he dado la vuelta hacia la ventana rota y he visto el contorno de una persona. El corazón se me ha acelerado de repente, he bajado los brazos y he tropezado con una tabla suelta del suelo. La figura no se ha movido durante un buen rato, y cuando por fin ha ido avanzando poco a poco, me he dado cuenta de que era Peter. Me miraba con una expresión de lo más extraña. Pensaba que se echaría a reír, que se burlaría de mí al verme actuar de un modo tan infantil, pero tenía el rostro transfigurado. Lo he perdido de vista un momento, mientras daba la vuelta hacia la puerta, y a continuación ha entrado. Nuestros ojos se han encontrado y nos hemos quedado quietos unos segundos, sólo mirándonos.

Yo no he dicho nada, no quería romper aquel hechizo. Me he acercado a él, le he cogido una mano, me la he puesto en la cintura y he pasado la mía por encima de su hombro, dejando una distancia prudencial entre nuestros cuerpos y con la otra mano levantada en el aire. Casi encajábamos, quedábamos prácticamente a la misma altura. Notaba su reticencia, notaba que la magia empezaba a abandonarlo, por lo que lo he atraído con suavidad hacia mí y he comenzado con los pasos. Un-dos-tres. Un-dos-tres. Y

como si fuera un milagro, hemos empezado a bailar un vals.

Más despacio que cuando bailaba yo sola, me ha guiado por todo el almacén, bordeando el límite del lago, sin apartar la mirada de mí. Ninguno de los dos sonreía. Yo notaba el bombeo de la sangre, más rápido y más cálido, creando aquella reacción en el hueco que se forma en mi estómago cada vez que Peter me toca. Y notaba que él sentía lo mismo, también.

Después de dar vueltas por la mitad seca del almacén durante lo que ha parecido una eternidad, nos hemos detenido en el centro y nos hemos liberado del vals. Peter me ha soltado la cintura y me ha hecho girar, poco a poco, dos o tres veces, con el brazo extendido, y luego ha dado un paso atrás hasta que las puntas de nuestros dedos apenas se rozaban y por fin se han separado. Ha dejado caer el brazo a un lado y nos hemos quedado uno frente al otro, con la respiración acelerada.

—No sé qué hago aquí.

—Bailar conmigo. —He intentado decirlo de un modo simple, a pesar de que Peter jamás dejaba que las cosas lo fueran. Ha suspirado y me he dado cuenta de que estaban a punto de llegar las dificultades: estaban trepando por su garganta. He dado un paso adelante y he levantado una mano—. Espera. Espera un momento —le he pedido. He respirado hondo, recordando lo que quería decirle—. Vas a ser un padre de mierda.

Peter ha abierto la boca. Y la ha vuelto a cerrar.

—Gracias —ha dicho.

—He estado pensando mucho en ello. Te conozco, Peter. Sé que tienes que hacer lo que crees mejor para el bebé y que por eso quieres quedarte con Mary, pero ella nunca se marchará de Pine Valley. O sea, que estarás aquí atrapado para siempre, odiando hasta el último minuto que te quede de vida, o en algún momento te vas a divorciar de todos modos y meterás al crío en medio de una desagradable batalla por obtener la custodia, haciéndole creer que es culpa suya que papá y mamá se odien, creando en él, o ella, una cicatriz psicológica de por vida.

»Y luego, ¿qué? Regresarás a Minneapolis para intentar empezar de nuevo, solo, sin ver jamás a tu hijo porque estarás demasiado lejos para pasar con él dos fines de semana al mes, como suele ocurrir en esos casos. Y para entonces yo ya tendré veinte o incluso treinta y tantos años, probablemente me habré casado con un tío de Wall Street que sólo me gustó en su momento porque se parecía en algo a ti, a quien odio porque no me comprende en absoluto, y que me dará unos hijos que con toda seguridad no habré querido tener.

Peter intentaba no sonreír.

—¿Cómo se llama?

—Barry —he dicho, negando con la cabeza como si se lo hubiera dicho ya un millón de veces y ese tipo se me hubiera pegado como un chicle mascado en la suela del zapato—. Se llama Barry, ¿te lo puedes creer?

—Sí, claro. No olvides que Barry tiene un buen empleo. Y supongo que también un apartamento en multipropiedad en los Hamptons. Barry puede darte la clase de vida que mereces.

—Barry es un gilipollas.

Peter se ha echado a reír y yo he seguido insistiendo, interpretando a la esposa indignada.

—Es que nunca me ayuda con los niños, y siempre sale de copas con sus amigotes. ¿Cuándo crees que fue la última vez que me llevó a ver una obra de teatro? Y ya no hablemos de permitir que me presente a un *casting*...

La risa de Peter ha ido amainando y ha empezado a negar con la cabeza, al tiempo que sonreía.

—Dios mío, no creo que haya ningún Barry en el mundo capaz de detenerte.

Me he acercado a mi bolso y he sacado una llave pequeña, con funda de plástico negro, y se la he puesto en la mano.

—Aquí tienes tu dinero. Bueno, más o menos.

Él se ha quedado mirando la llave con esa manera de arrugar la frente que tanto me gusta.

—¿Qué es esto?

—Nuestro futuro.

—*Nosotros* —ha dicho, y el énfasis que ha puesto en la palabra le ha arrebatado la expresión divertida que había tenido hasta el momento— no tenemos futuro. ¿Qué diablos es esto?

—Estación de Greyhound, taquilla veinticuatro de la consigna. Nuestros billetes están dentro.

Peter ha hecho un ruido ahogado y se ha apartado de mí de golpe, con la llave dentro del puño. El suelo del almacén ha crujido bajo sus pasos cuando se ha acercado al agua. Yo he seguido hablando, intentando mantener un tono de voz neutro.

—Nos marchamos la semana siguiente a la graduación, he reservado un hostel para alojarnos durante dos semanas, hasta que encontremos una habitación de alquiler. Con el resto de tu dinero y mis ahorros nos llegará para la mensualidad que tendremos que dejar a cuenta y dos más. Yo puedo pedir que me trasladen a tres sucursales de CVS distintas en las que hay vacantes mientras tú resuelves lo de la licencia para ejercer de profesor en Nueva York, pero creo que entretanto deberías trabajar en una de las editoriales de la zona.

Se ha vuelto hacia mí otra vez, nunca lo había visto tan furioso.

—Todo eso no son más que ilusiones tuyas.

—Prefiero el término *ambiciones*.

—Me has mentido. Me has dicho que querías devolverme el dinero y despedirte.

—Así es. —He dado un paso adelante—. De hecho, quiero que nos despedamos juntos: de este almacén, de esta ciudad y de esta mierda de situación. No tiene por qué terminar así, sintiéndonos desgraciados los dos, cada uno por su lado. Podemos huir. Podemos empezar una nueva vida juntos.

—¿Quieres empezar una vida con un hombre capaz de abandonar a su esposa y a su bebé nonato?

—Te quiero, Peter. Sólo a ti. No a las etiquetas que te empeñas en colgarnos. Sólo pienso en nosotros, hace semanas que no pienso en nada más. Eso es lo único que sé. —Le he puesto una mano en el brazo, y aunque tenía los músculos tensos y rígidos, no lo ha apartado—. Sé que cuando te conocí era intocable. Nadie me afectaba. Nadie era capaz de hacerme reír o llorar. Me sentía por encima de todo esto, pero también por debajo. ¿Comprendes lo que quiero decir? Era como la sombra de una persona. Y tú fuiste la luz que me dio el coraje necesario para mirar dentro de mí por primera vez. Pero no sabía que tú también estabas destrozado. Has cometido todos los errores, todos los que podría haber cometido yo si no hubiera llegado a encontrarme a mí misma. Necesitabas tanto como yo que alguien te salvara. Y ahora que lo hemos conseguido, ahora que nos hemos encontrado, no podemos fingir que no ha ocurrido. No puedo vivir el resto de mi vida sabiendo que te tenía y te dejé escapar.

He notado que las lágrimas me caían por las mejillas y también las he visto en los ojos de Peter. Ha intentado hablar, pero no podía. Ha tenido que tragar saliva.

—Pero... Mary. ¿Cómo puedo dejarla así?

—¿Cómo puedes quedarte con ella estando enamorado de mí?

—Me odiaré a mí mismo si me marchó. —Cuando ha tratado de apartar el brazo, lo he agarrado por la camisa con las dos manos.

—Te odiarás todavía más si te quedas. —Lo he acorralado en un rincón seco del almacén; nuestras sombras se han vuelto más y más pequeñas—. Y ella también te odiará, porque lo sabrá. Las chicas siempre nos acabamos enterando de esas cosas. Sabrá que estás viendo a otra persona cada vez que hagas el amor con ella.

—Hattie...

—Y tu hijo también te odiará, por haber hecho infeliz a su madre.

Lo he empujado hasta que su espalda ha dado con la pared del fondo. Él me ha agarrado las muñecas para intentar apartarme, pero yo he levantado la voz y he ofrecido más resistencia.

—Y en el instituto también te odiarán, porque no encajas. Porque eres mejor y más inteligente que ellos, y lo sabes. Y en la ciudad también te odiarán, porque nunca serás uno de ellos. Aquí te marchitarás hasta que quedes anulado. Te convertirás en un viejo amargado e inútil que...

De repente se ha abalanzado sobre mí y me ha tapado la boca con la suya, besándome de un modo brutal, agarrándome la cabeza con las dos manos. He soltado una exclamación de sorpresa ante la fuerza con la que me ha dado la vuelta y me ha empotrado contra la pared. He gritado en voz alta, pero no se ha detenido. Gracias a Dios.

—Peter. —He entonado su nombre mientras envolvía mi pelo entre sus manos, metía una rodilla entre las mías y me abría las piernas.

—¿Es esto lo que quieres?

—Sí. —He encontrado su cinturón y le he desabrochado la hebilla—. Sí, siempre.

Ha gemido mi nombre como si se lo hubieran arrancado, y luego se han acabado las palabras. Hemos caído al suelo, ni siquiera nos hemos tomado la molestia de desnudarnos, estábamos desesperados. Ha durado poco y ha sido rudo, duro, y cuando hemos terminado se ha tendido en el suelo, me ha atraído hacia él y me ha abrazado.

Hemos pasado un rato sin decir nada, mientras nuestra respiración recuperaba el ritmo normal. A continuación me he incorporado hincando un codo en el suelo.

—Debería haberte insultado hace tiempo —le he señalado con una sonrisa.

—Lo que me sorprende es que consigas decir algo positivo de mí.

—Es que soy muy creativa.

Ha sonreído, pero el rostro se le ha ensombrecido por un momento. Le he puesto una mano encima del mentón, con mucha suavidad, y lo he mirado a los ojos.

—Ven conmigo a Nueva York.

Él ha replicado a mi gesto levantando una mano y acariciándome la cara.

—No creo que pueda.

Luego ha cerrado los ojos y ha dejado caer la mano para tapárselos.

—Es que, Dios mío, no creo que... No creo que sea capaz de dejarte —he dicho, sintiendo que se me rompía el corazón.

—¿Qu... qué?

Se ha sentado de repente y me ha atraído hacia él como si todo fuera confuso, y luego me ha agarrado los dos brazos, me ha mirado a los ojos y ha tragado saliva.

—Te quiero, Hattie Hoffman.

—Yo también te quiero.

Sentía los latidos del corazón en el pecho, con fuerza, más que en cualquier otro momento de la noche. Tenía todas las cartas sobre la mesa. No me quedaba nada más por decir, no podía hacer nada más. Sólo podía esperar su decisión.

—No tengo mucho dinero —ha dicho.

—Yo tampoco.

—Y todavía me quedará menos cuando tenga que pagar la manutención del bebé.

—No pasa nada.

—No sé de qué podré trabajar antes de conseguir la licencia para ejercer de profesor en Nueva York.

—Trabajarás en una editorial, FrikiLit.

—Tendremos que contárselo a tus padres antes de marcharnos.

Eso me ha dejado de piedra.

—Lo digo en serio, Hattie. No puedo continuar viviendo una vida a medias. O lo hacemos bien, o no lo hacemos.

Entonces he sido yo quien ha tenido que tragar saliva.

—Mi padre te matará.

—Entonces moriré con la conciencia tranquila.

He respirado hondo antes de hablar.

—De acuerdo. Se lo diremos los dos. Pero primero me aseguraré de que el armario de los fusiles está cerrado con llave.

—Yo se lo contaré a Mary. Cuando acabe el curso.

Nos hemos mirado a los ojos y las sonrisas han emergido poco a poco. Notaba mi respiración rápida y superficial, el entusiasmo que bullía en mi interior.

—¿Vendrás a Nueva York conmigo?

Él parecía exultante; de repente me he dado cuenta de cómo debía de ser cuando era un niño. Tenía el rostro franco y lleno de esperanza, y no avejentado por la infelicidad.

—Iré a Nueva York contigo, sí.

He soltado un grito y me he lanzado sobre él, abrazándolo y riendo mientras dábamos vueltas por el suelo. Le he llenado la cabeza de besos hasta que él ha hallado mi boca errante y la ha retenido con un beso largo y profundo. No creo que nadie pueda haber sido más feliz que yo en ese momento. Me sentía como si ni siquiera pudiera contenerlo, como si no cupiera dentro de mí, como si me rebosara por los dedos, los ojos y el pecho, y arrojara su luz sobre los rincones más oscuros de este almacén destartado.

—Te quiero, te quiero —le decía sin parar, hasta que un ruido en el exterior ha conseguido que nos separáramos y nos volviéramos hacia la ventana, donde no hemos encontrado nada aparte del viento, que me ha provocado un escalofrío. Peter me ha frotado la piel de gallina y ha suspirado.

—Se hace tarde.

—No. Es temprano —he replicado con una sonrisa. Me encantaba la idea de contradecirlo durante el resto de nuestras vidas.

—Y tienes frío —ha afirmado, frotándome también los hombros—. ¿Por qué no has traído chaqueta?

—Las granjeras somos duras de pelar.

—Espero que sea verdad, porque ahora viene lo más difícil: explicárselo a todo el mundo. Romper lazos.

—Entonces quizá será mejor insistir algo más en la parte de los besos, para prepararme —he dicho, rodeando su cuello con los brazos.

Al cabo de unos minutos, se ha separado de mí otra vez.

—Ahora en serio: deberíamos marcharnos. ¿Podrás volver sola a tu coche?

He estado a punto de olvidar que no tenía el coche allí, pero no le he dicho nada al respecto. No quería empezar nuestra nueva vida mostrándome desvalida. He pensado en llamar a Portia y pedirle que me recoja en el aparcamiento. Seguramente todavía estará en el Dairy Queen con el resto del reparto y del equipo técnico.

—Ve tú. Yo tengo que hacer algo, antes. —He contestado asiendo mi bolso.

—¿Y qué hacemos con esto? —ha preguntado, cogiendo la llave de la consigna, que se nos ha debido de caer al suelo en algún momento.

—Quédatela. Al fin y al cabo, te he dicho que te devolvería el dinero esta noche.

—Y eres un modelo de verdad y honestidad. —Se ha acercado a mí y me ha envuelto la cintura con los brazos, sonriendo.

—Igual que tú. Los dos hacemos muy buena pareja, Peter.

Me ha dado un último beso, hasta la próxima vez que podamos vernos, y se ha marchado. Yo he ido a coger el teléfono, pero me sentía superada por la euforia. Todo eran destellos dentro de mi cabeza, rememoraba cada momento y cada decisión del último año que ha hecho posible ese instante en mi vida. He dado unas vueltas, abrazada a mí misma, y luego he sacado la cámara de vídeo del bolso. Me moría

de ganas de relatar hasta el último segundo del milagro que acababa de suceder.

DEL

Sábado, 10 de mayo de 2008

Winifred voló el almacén la misma mañana en la que empezaba la temporada de pesca. Normalmente Bud y yo pasábamos ese día recorriendo el lago Crosby en la barca patrulla, capturando verdaderas mierdas con las que no se podía hacer gran cosa más que devolverlas al agua. Más adelante, en verano, íbamos al lago Michigan entre la temporada de cultivo y la cosecha, cuando Bud podía permitirse irse fuera una semana y yo había terminado con los que se habían pasado de idiotas el Cuatro de Julio. Eso sí que era pescar. El inicio de temporada sólo servía para recuperar la sensación de lanzar el sedal al agua.

Los chicos se encargaban de patrullar por el lago durante casi toda la temporada. Confiscaban alcohol y ponían multas a los que no llevaban chaleco salvavidas, pero por encima de todo se concentraban en broncearse. A todos les gustaba que les tocara hacer la ronda por el lago, por eso las dejaba para ellos. Menos el primer día de la temporada, ése siempre era para Bud y para mí.

No habíamos hablado desde que arresté a Lund y Bud me dejó fuera de combate de un puñetazo. Quería llamarlo pero no sabía qué decirle, y de todos modos había estado hasta arriba con los asuntos del condado. Tommy se había vuelto un irresponsable y lo habían parado por conducir borracho. Sus padres hablaron con el juez para que tuviese en cuenta la pérdida que había sufrido y le concediera un indulto. En comisaría teníamos un tractor volcado en la carretera, una denuncia de robo de ganado y un anciano de noventa años que había estampado el coche contra una farola porque se equivocó de marcha al arrancar. Rellené todo el papeleo y fijé los desvíos de tráfico necesarios con la sensación de que le debía una disculpa a Bud, aunque no sabía por qué. Nos habíamos cruzado por la ciudad una o dos veces y los dos habíamos levantado una mano del volante para luego seguir conduciendo en direcciones distintas. Al final, después de la lectura de cargos, le firmé el permiso a Winifred y me decidí a llamarlo. Le expliqué que estaría en el lago durante la voladura para controlar las medidas de seguridad.

—Voy contigo —dijo Bud, antes de colgar.

En la mañana de la voladura, metimos la barca en el agua y aparcamos el coche patrulla frente a la entrada del aparcamiento a las cinco de la madrugada, cuando todavía faltaba un buen rato para que amaneciera. Junto al rótulo de *Lago cerrado* que colgué en la verja de la entrada, puse también el aviso que se publicó en el periódico.

—Ya empieza a llegar el calor —comenté, mientras nos alejábamos del embarcadero.

Bud iba sentado en el asiento del pasajero, mirando el agua negra que teníamos por delante con una expresión impenetrable.

—Esto será un horno, este año.

Ninguno de los dos dijo nada más después de eso. No faltaba ni una hora para la demolición, por lo que detuve el motor, metí el bote en una de las mejores ensenadas y le pasé el cebo a Bud. Lanzamos los anzuelos en silencio y esperamos. De vez en cuando me volvía para comprobar el progreso del equipo de demoliciones: un montón de siluetas oscuras rodeaban el almacén, recortadas contra la débil luz anaranjada que crecía sobre el horizonte. Unos días antes habían colocado una red para evitar que los fragmentos fueran a parar al agua, de manera que el almacén parecía atrapado en una especie de matamoscas gigante.

Bud no se dio la vuelta. Cuando picaron, ni siquiera se molestó en sacar la presa del agua. «Vamos, tira», quise decirle, pero no me salían las palabras. Nos quedamos mirando cómo el sedal daba tirones de un lado a otro hasta que el pez se liberó del anzuelo y se esfumó.

Al cabo de un rato, el sol hizo acto de presencia y bañó los juncos y las hierbas con la luz hueca de la primera hora de la mañana.

—Es la hora —dije, mientras recogía el sedal.

Bud hizo lo mismo con el suyo y dejó a un lado su caña sin decir nada.

—Lo mejor sería barrer el perímetro otra vez; luego podemos quedarnos en el medio del lago, lejos del alcance de la explosión.

Bud asintió.

Reduje la velocidad cuando llegábamos al embarcadero, y nos aseguramos de que nadie intentaba eludir el coche patrulla y entrar en el lago de todos modos. Había muchos coches aparcados en la carretera, pero los conductores esperaban sentados en los capós, armados con prismáticos: habían venido a contemplar el espectáculo. El momento de la voladura había generado muchas quejas y a esas alturas todos los pescadores habían renunciado ya a pescar ese día. Dirigí la barca hacia el lado este del almacén y les hice una seña a los del equipo de demolición para indicarles que el lugar estaba despejado.

—¡Quince minutos! —gritó el encargado desde la orilla. Saludé con la mano y volvimos hacia el centro del lago.

Me pareció que la mirada de Bud se endurecía cuando nos detuvimos cerca del almacén, pero tampoco dijo ni una palabra. Aunque habíamos compartido muchos momentos de silencio desde que nos conocíamos, yo había sido el responsable de la mayoría de ellos. Bud siempre había sido el que alimentaba la conversación, siempre dispuesto a gastar una broma o a contar una anécdota sobre los chicos. Yo llevaba tanto tiempo conviviendo con mi silencio que ya era casi como una esposa para mí, lo tenía asumido. Sin embargo, el silencio de Bud no era natural y yo no sabía cómo romperlo. En esos instantes había un muro entre nosotros, un obstáculo que siempre había sido fácil de salvar.

Anclé la barca y apagué el motor. No soplaban ni la más mínima brisa, perfecto. Conforme fueron pasando los segundos, no pude evitar acumular tensión y notar aquellas náuseas que tan bien conocía.

—Joder, nunca volveré a acostumbrarme a las explosiones —anuncié, sólo para decir algo.

Nos quedamos mirando cómo los últimos hombres salían del almacén y se alejaban en sus todoterrenos en dirección a la casa de Winifred, que era donde habían establecido los controles. Faltaba muy poco.

Me pasé un trapo por la frente, la tenía empapada de un sudor frío. Bud soltó un resoplido largo y audible.

—Supongo que no llevas ese alcohol que te dedicas a confiscar, ¿verdad?

Me quedé sorprendido. Bud no solía beber.

—Pues no. Todavía no hemos encontrado a nadie emborrachándose en el lago, este año. Y normalmente los chicos se reparten lo que encontramos. Las botellas duran poco tiempo en comisaría.

—Bueno, mejor así, supongo. Es sólo que... es que no...

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes —me cortó, negando con la cabeza y calcinando el almacén con la mirada, sin desviarla ni un segundo—. En primer lugar, no sabes qué es que le arrebaten la vida a tu hija, que te hagan sentir tan impotente como un mosquito. Y luego, tampoco sabes lo que es descubrir que se ha estado acostando con su profesor, que encima está casado. Tuve la sensación de que no la conocía en absoluto. Que no conocía a alguien que era carne de mi carne.

—Monsergas. Claro que la conocías. Era una adolescente, Bud. Creen estar enamorados y cometen todo tipo de estupideces. Pero al final se les pasa. A Hattie también se le habría pasado.

—Y él... —La rabia se apoderó de él una vez más—. Estuve sentado frente a él durante las reuniones del instituto, no hace ni dos meses, y lo escuché mientras nos contaba lo brillante e inteligente que era Hattie. Y mientras tanto le estaba metiendo sus sucias manos bajo la falda. Dios, ya debería pudrirse en la cárcel toda la vida sólo por eso. Pero que encima luego la matara... que la apuñalara en el corazón...

En esos momentos, Bud ya temblaba de la cabeza a los pies. En su interior bullía una rabia pura que

no encontraba el modo de escapar.

—No es suficiente, Del. La cárcel no es suficiente. Necesito hacerle algo. Quiero meterlo en ese almacén ahora mismo. Quiero que ese hijo de la gran puta quede convertido en carnaza para los peces por lo que hizo.

—Bud...

No sabía qué decirle. No sabía si se podía responder algo ante un comentario como ése, pero de todos modos no importó, porque la detonación atravesó el cielo del alba y el almacén explotó con una serie de destellos, un montón de fragmentos de madera salieron volando y luego llegó el humo, que lo cubrió todo. Movido por el instinto, me había llevado la mano a la pistolera y me había agazapado tras el parabrisas de la barca. Al parecer, Bud no se dio cuenta. Cuando el humo empezó a disiparse y el olor a dinamita se hizo patente en el aire, me relajé un poco y acerqué la barca a la orilla. Los del equipo de demolición sabían lo que hacían. El almacén había quedado reducido a un montón de madera y escombros, la mitad en tierra y la otra mitad atrapada en aquella red gigantesca.

Al cabo de unos minutos, los todoterrenos regresaron y nos hicieron señas para indicarnos que todo había ido bien.

—Bueno, ya está. —Empecé a dar la vuelta con la barca cuando Bud se asomó por la borda.

—Espera.

Señaló hacia el agua. Dos peces habían emergido a la superficie, muertos y bien muertos. Mientras los observábamos, apareció otro. Y otro.

—Mira. Allí.

—Mira ése. Al menos pesa un kilo y medio.

A nuestro alrededor, fueron surgiendo peces flotando de lado, mostrando los vientres plateados y brillantes como un centenar de rayos de luz del sol al amanecer. Estaban por todas partes.

—Debe de haber sido la onda expansiva.

Al notar que me recorría el cuerpo había supuesto que en ningún lugar había tenido tanto efecto como en mi cabeza. Al ver todos esos peces muertos, sin embargo... Bueno, me quité esa idea. El temblor ya había desaparecido por completo.

Estábamos uno al lado del otro, mirando fijamente hacia el agua.

—Vamos a tomar algo, ¿vale?

—Mmm...

Nos alejamos de los peces muertos que habían quedado flotando y del equipo de demoliciones que rodeaba los escombros, y dirigí la barca hacia el muelle. Justo cuando atracábamos, por la radio llegó un mensaje de comisaría.

—Tenemos un diez cincuenta y dos con dos vehículos implicados en la autovía doce, a la altura del lago. Del, ¿todavía estás en el agua?

—Acabo de salir, Nance. Voy hacia allí. —Ya estaba a medio camino del coche patrulla—. Lo siento, Bud. Tendrás que venir conmigo y esperar sentado en el coche. A menos que quieras quedarte aquí. Seguro que Mona puede venir a recogerte.

Pero Bud ya estaba sentado en el asiento del pasajero, abrochándose el cinturón. Encendí la sirena y pasé como un rayo junto a los coches aparcados. Unos cuantos de los espectadores que habían estado contemplando la demolición dirigieron sus prismáticos hacia nosotros.

—¿Qué es un diez cincuenta y dos?

—Un choque con víctimas.

Enseguida encontramos el accidente. Un camión enorme permanecía doblado por el enganche del remolque y, muy cerca, el conductor gesticulaba como loco para llamar nuestra atención. Una vez parados, pudimos ver la camioneta que había quedado encastada bajo el camión, o lo que restaba de ella, en cualquier caso. Era una de esas camionetas sin capota en la parte de atrás, parecía un F150

modificado.

Aparqué el coche patrulla en medio de la calzada para desviar el tráfico hacia la izquierda.

—Se me ha echado encima —empezó a decir el conductor en cuanto abrí la puerta—. Primero la explosión de los cojones y luego la camioneta que se me ha echado encima. No he tenido tiempo de apartarme.

—¿Qué lleva en el remolque? —pregunté, mientras comprobaba el conducto del combustible para asegurarme de que seguía intacto.

—Fruta. Fresas de California. —Se detuvo frente al lugar del choque y dejó que me metiera solo bajo la barriga del camión.

—¿Hola? Soy el sheriff Goodman. ¿Me oye?

No obtuve respuesta.

Vi que un par de botas rodeaban el camión por la parte opuesta.

—¡Del! —gritó Bud.

Me agaché entre las ruedas y vi que había salido del coche y estaba en el otro lado.

—Es la camioneta de Tommy —dijo Bud—. De Tommy Kinakis.

—Ayúdame a abrir la puerta del conductor.

Tiramos de ella hasta que quedó el espacio suficiente para meter el cuerpo y pude echar un vistazo.

Parecía como si la columna de dirección de la camioneta se hubiera tragado a Tommy. El tablero de mandos estaba aplastado contra los asientos y Tommy había quedado atrapado en medio. La sangre que goteaba desde el volante empapaba la tapicería hecha jirones, y sobre el asiento había unas cuantas botellas de licor vacías. Le tomé el pulso sin la más mínima esperanza. El chico tenía los ojos abiertos como platos y la mirada vacía.

Salí de aquel montón de chatarra negando con la cabeza en dirección a Bud y luego avisé a la ambulancia de que teníamos un cadáver.

—Dios, ¿está muerto? —preguntó el camionero, que se apartó hacia la cuneta en la que había quedado la cabina del camión, agarrándose la cabeza con las manos, como si fuera a caerle al suelo. Dejé a Bud solo y fui a hablar con él.

—Vuelva a contarme lo que ha ocurrido. Esta vez, más despacio.

—Tenía que dejar la mitad de la carga en Rochester y la otra mitad en Red Wing. Acababa de salir de Rochester y estaba pensando que debería haber llenado el depósito, cuando de repente he oído esa explosión impresionante.

—Un equipo de demoliciones ha volado un almacén detrás de esa colina. A poco más de un kilómetro de aquí.

—Ah. Ah, de acuerdo —dijo, secándose la frente.

—O sea que después del estallido...

—Después, justo después de ese estruendo, esa camioneta se me ha echado encima. Venía en sentido contrario, derrapando y todo, al menos iba a ciento diez por hora. Se le ha ido de la parte de atrás y yo he intentado frenar y apartarme hacia la cuneta. Antes de que pudiera darme cuenta ya lo tenía debajo del camión. He oído el estrépito y el camión ha frenado en seco. He saltado enseguida para ver si se había hecho daño. Sólo le veía la cabeza, pero no se movía ni me respondía cuando le gritaba, así que he vuelto a la cabina y he avisado del accidente.

—¿No venían más coches, en ese momento? ¿Alguien más lo ha visto?

—No, nadie. Esto es bastante tranquilo. Puede que haya pasado alguien después, pero no me acuerdo.

—¡Del! —Bud me llamó de nuevo y me di cuenta de que había metido medio cuerpo dentro de la camioneta de Tommy.

—Esté atento por si llega la ambulancia —le dije al camionero antes de correr para reunirme con

Bud. ¿Realmente podía estar vivo, todavía? No le había notado el pulso—. ¿Qué pasa?

Bud se apartó, mirando hacia el interior de la camioneta como si hubiera recibido un golpe en la nuca. Levantó un dedo para señalar algo.

Busqué dentro de la camioneta, pero no había cambiado nada. Tommy seguía muerto. No olía a combustible.

—La puerta —balbuceó Bud, y entonces fue cuando lo vi.

El panel interior de la puerta del conductor había quedado resquebrajado y allí, manchado de sangre oscura y seca que se había hecho costra, estaba el cuchillo que Mary Beth Lund utilizaba para matar pollos. El cuchillo que tanto había buscado en sueños, el cuchillo que no habíamos conseguido encontrar en el fondo del lago. Me incliné un poco más y vi algo rectangular y lleno de botones bajo el cuchillo. Habría apostado mil dólares a que era la cámara de vídeo de Hattie, que tampoco había aparecido.

—Hijo de la gran puta —susurré.

Bud se acercó a mi lado y nos quedamos mirando el cuerpo mutilado de Tommy, los coágulos que empezaba a formar su sangre.

—Lund —murmuró Bud.

Entonces me di cuenta de que estaba pensando lo mismo que yo. Peter Lund había confesado un crimen que no había cometido. Quizá creía estar protegiendo a alguien, o quizá quería pagar por otros pecados cometidos, pero a todas luces iba a pudrirse en la cárcel durante los próximos veinte o treinta años y teníamos delante lo único que había en el mundo capaz de evitarlo.

Miré a Bud. A lo lejos llegó el aullido de la ambulancia y otra sirena de policía. No había tiempo para pensárselo. No había tiempo para preguntarse sobre la moralidad de los actos de un hombre, sobre si le debía más a un amigo o a la ley y al país que dependía de esa ley. No había tiempo para revisar a conciencia el sinfín de preguntas que me atormentarían en plena noche durante los años siguientes, cuando me sentara en la cama de un respingo en una habitación a oscuras, mirando al gato de los vecinos y sintiéndome como si no tuviera derecho a llevar placa, como si hubiera fallado a la institución a la que había dedicado mi vida, sin ni siquiera saber lo que eso significaba. Las sirenas se aproximaban cada vez más y me volví hacia Bud, mi mejor amigo, que estaba hecho polvo, y le devolví una migaja de lo que había perdido de sí mismo.

—Alguien ha escuchado tu petición.

Las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas.

—No lo sé, Del.

—Entonces, decide por Hattie. Elige por ella.

Contemplé cómo Bud alargaba el brazo poco a poco, sin saber si se proponía abrir todavía más el compartimento secreto o sellarlo a los ojos del mundo para siempre. Revelar quién había asesinado a su hija o sentenciar a su amante a pasar la vida entera entre rejas.

La mano le temblaba mientras se decidía.

DEL

Domingo, 11 de mayo de 2008

Jake y yo vimos la cinta desde el principio. La imagen de Hattie apareció en la sala de reuniones, ahora radiante y bulliciosa; al minuto siguiente, con los ojos saltones y el gesto sombrío, contándonos todo lo que había hecho durante el último año de su breve vida. Ése era el diario que esperaba encontrar cuando había registrado su habitación, unas semanas atrás.

Cuando el escenario desde el que hablaba cambió de repente y su dormitorio quedó sustituido por los tablones viejos del almacén, los dos dimos un respingo y enderezamos la espalda. Todo mi cuerpo se tensó y se enfrió de repente. Hattie hablaba ajena a cualquier peligro, describiendo con todo lujo de detalles sus encuentros con Lund y sus planes de huir con él. Se sentía feliz, llena de vida y esperanza. Luego un crujido la obligaba a apartar la mirada de la cámara y reaccionaba con alegría.

—¿Has olvidado...?

Y la sonrisa desaparecía. Retrocedía trastabillando, se alejaba de la cámara y de la persona que acababa de entrar en el almacén.

—Tommy.

—Puta mentirosa...

Hattie retrocedía hasta que sólo quedaba visible la parte superior de su cuerpo.

—¿Qué haces aquí?

—Te estaba buscando —respondía Tommy, entrando en el encuadre con el cuchillo de Mary Beth en la mano—. Me he marchado a casa, pero he decidido volver. Te he estado buscando por los caminos de los alrededores para recogerte. Me sentía mal por lo que te he dicho.

—Eres un encanto —señalaba ella, con voz temblorosa.

—Y se me ha ocurrido echar un vistazo en el almacén.

Siguió avanzando, paso a paso, hasta que quedó en un rincón del encuadre con Hattie, dando la espalda a la cámara.

—Y entonces te he visto sentada en el regazo del señor Lund, pegándote el lote con él como si acabarais de follar.

—Tommy, puedo explicártelo.

—¡No necesito explicaciones, Hattie! ¡Tengo la foto! No quieres sexo conmigo pero te abres de piernas con un profesor. ¿Te pone buenas notas? ¿Se la chupas cada vez que te pone un sobresaliente?

—Estoy enamorada de él, Tommy.

Los ojos de Hattie no perdían de vista el cuchillo.

—Entonces me estás poniendo los cuernos con un profesor. Y le dejas hacer todo lo que a mí me dices que no quieres hacer. Te reías de mí a mis espaldas, ¿verdad? ¿Te reías de mí mientras te lo follabas?

—No. Nunca me he reído de ti. Nunca... de hecho, nunca pensaba en ti. —Retrocedía un paso más y los tablones del suelo crujían. Debía de estar cerca del agua, ya—. Me has tratado muy bien, Tommy, de verdad. Lo siento mucho, no quería hacerte daño. No pensaba...

De repente, señalaba el arma que Tommy llevaba en la mano.

—¿Qué piensas hacer con eso?

—Voy a arrancarte algunas respuestas. He visto que se marchaba y he estado esperando a que salieras. Y luego he encontrado esto.

Levantaba el cuchillo por primera vez, apuntando al pecho de Hattie.

—¿No podrías soltarlo? Vayamos a algún sitio, a donde tú quieras. Y hablemos. Te contaré todo lo

que quieras saber, toda la verdad. Te lo prometo.

—¿Te lo has follado aquí?! —preguntaba, gritando cada vez más.

Ella dudaba antes de responder.

—Sí.

—Entonces quiero hablar aquí mismo.

A esas alturas no había más que un metro de distancia entre los dos.

—¿Cuánto tiempo llevas follándote al profesor de lengua?

—Desde enero.

Tommy retrocedía tambaleándose al oírlo, lo que abría algo de espacio entre los dos. Los ojos de Hattie se desviaban un instante hacia ese espacio y luego se centraban de nuevo en la cara del chico. Había un pánico firmemente controlado en la expresión de Hattie, pero también había concentración, como si estuviera maquinando algo.

—¿Enero? ¿Te acuestas con él casi desde que empezamos a salir?

—Tommy, empecé a salir contigo para poder acostarme con él. —Eso lo hacía retroceder un paso más, y la voz de ella ganaba en volumen y confianza—. No quería que nadie se enterara de que estábamos juntos, por eso decidí echarme novio. Un novio típicamente americano, un jugador de fútbol. Era la tapadera perfecta.

—Dios mío, Dios mío... —Tommy se llevaba las manos a la cabeza y empezaba a balancearse adelante y atrás.

—No pretendía hacerte daño, pero tampoco hice nada por evitarlo. En realidad no me importabas, Tommy. Nunca me has importado una mierda.

A mi lado, Jake se revolvió sobre la silla.

—¿Qué hace? —preguntó Jake.

La respuesta llegó enseguida.

—Intenta hacerlo retroceder. Cada vez que le dice algo terrible, retrocede. ¿Lo ves? —Señalé el espacio que había entre los dos en la pantalla, la brecha que ella estaba abriendo como podía para escapar.

—Tú... —continuaba Tommy, que había recuperado el control y volvía a señalarla con el cuchillo—. Creía que eras buena chica, que yo te gustaba. Me he pasado muchas noches pensando que el malo era yo porque quería... pero en realidad eres así, ¿no? Igual que cuando estás sobre el escenario.

—¿Qué? —Hattie había perdido la concentración por completo, se le notaba en la cara, en la que había aparecido una expresión de conmoción. Sus ojos se habían convertido en dos círculos blancos en la pantalla.

—Eres esa reina. La cerda asquerosa que obliga a los hombres a cometer actos terribles. Eres tú, ¿verdad? Lo que haces es... manipular a la gente... —Balbuceaba mientras buscaba las palabras, pero luego las escupía como si fueran bilis—. Utilizarla para lo que te interesa.

De reojo vi que Jake se tapaba la cara con una mano y luego todo sucedió rápidamente.

Tommy daba un paso adelante y Hattie intentaba pasar por el hueco que había estado abriendo. Cuando desaparecía del encuadre, Tommy se abalanzaba sobre ella y le lanzaba un gancho letal con el brazo, un golpe demoledor, instantáneo. Un movimiento fugaz, un grito, un gemido y adiós: Hattie caía de espaldas y volvía a aparecer durante el más breve de los instantes, con la boca abierta y los ojos como platos, justo antes de golpear el suelo con un ruido sordo y contundente.

Tommy se quedaba paralizado un instante, todavía medio agazapado, y luego desaparecía del encuadre.

—¿Hattie? ¿Hattie? ¡Hattie! —suplicaba.

Luego se ponía de pie y empezaba a balancearse violentamente.

—No, no, no, no, no, no. —El balanceo cada vez era más acentuado. Su cabeza seguía el ritmo de

las palabras—. No es Hattie. No es Hattie...

Entonaba la misma frase durante una eternidad, meciéndose de esa forma infantil, trastornada, tapándose la cara. Luego se arrodillaba en el suelo, todavía negando lo que acababa de ocurrir con una voz peculiar, estrangulada y entrecortada.

Estaba haciendo desaparecer el rostro de Hattie.

Cuando volvía a quedar encuadrado, tenía el bolso de Hattie en la mano y el cuchillo se había esfumado.

—El baile de graduación. La cabaña. Quiere ir. Claro que quiere ir, iremos todos —decía, pasando frente a la cámara. Tenía el rostro encendido y sus ojos vidriosos no veían nada. Pasó un minuto antes de que volviera a aparecer, llorando y murmurando palabras ininteligibles.

Encorvándose, recogía el cuchillo y retrocedía hasta el centro del encuadre. Se quedaba inmóvil un momento, sollozando abiertamente, y se volvía como si se dispusiera a huir. Entonces, de repente, reparaba en la presencia de la cámara.

Paraba de llorar y su rostro aparecía en la pantalla mirando hacia delante, como si pudiera ver dónde estábamos sentados, observándolo: los vivos cautivados por los muertos.

Bajaba la mirada hacia el cuchillo que llevaba en la mano y luego avanzaba con un objetivo recién descubierto. El encuadre y los ruidos se volvían caóticos y la imagen, por completo negra.

Pasó un buen rato antes de que Jake y yo nos moviéramos. Tenía la mirada desenfocada y no hice nada por evitarlo, dejé que la pena que había estado conteniendo durante el último mes por fin emergiera y se apoderara de mí. Cuando Jake se levantó para apagar el televisor, tuvo la delicadeza de mirar hacia otro lado.

PETER

9 de junio de 2008

El coche patrulla del sheriff me esperaba al ralentí frente a las puertas de la cárcel. Nadie me había avisado de que estaría allí, del mismo modo que nadie me había comunicado que me liberarían en plena noche, despertándome de un sueño profundo mientras mi compañero de celda pestañeaba aturdido frente a la linterna del guarda.

De algún modo, no me sorprendió. Después de que el fiscal del distrito hubiera llamado para comunicar la noticia, dudaba que nada pudiera volver a sorprenderme.

Habían encontrado una cinta, una grabación de vídeo del asesinato de Hattie. La había matado Tommy Kinakis. Y Tommy también había muerto. Tras unas cuantas semanas de papeleo, me habían revocado la condena.

Pasé bajo las luces de seguridad de la entrada y ante la ventanilla de la puerta me esperaba un guarda armado con actitud despectiva. El traje que me había puesto para ir del juzgado a la cárcel me quedaba holgado, y aparte de la cartera que llevaba en el bolsillo trasero de los pantalones, no tenía nada de nada.

Me senté en el asiento trasero del coche patrulla sin decir nada. El sheriff no se dio la vuelta ni hizo el más mínimo gesto que reconociera mi presencia más allá de poner la marcha y salir del aparcamiento. Las colinas de los alrededores eran negras y sólo había unas cuantas farolas iluminando la autopista mientras nos dirigíamos hacia el sur, hacia Minneapolis. Según el reloj del tablero de mandos, era la 1.07.

—¿Adónde vamos? —pregunté, cuando ya habíamos recorrido unos quince kilómetros.

Tuve la sensación de que recorríamos quince más antes de recibir una respuesta.

—Ya lo verá.

Seguramente pensaba hacerme bajar del coche en alguna esquina de mala muerte de la zona norte, quizá en un territorio de bandas. No me importaba.

No tenía ni idea de lo que me esperaba a partir de entonces. Durante las últimas semanas, esa cuestión había estado flotando a la deriva en mi cabeza y yo me limitaba a ignorarla, seguía ingiriendo la comida con sabor a plástico, corriendo por la pista o durmiendo a pesar de los sonidos metálicos y las carcajadas que resonaban por el bloque. Era más sencillo existir de ese modo, en el futuro del olvido que había planeado para mí mismo. Pero de repente me encontraba con otro futuro, una realidad alternativa para la que no me había preparado en absoluto.

Ya no tenía profesión. Habían anulado mi licencia para impartir clases mientras todavía estaba en la celda de Pine Valley, y aunque no lo hubieran hecho, ya no podría superar ninguna verificación de antecedentes en ningún centro educativo del país.

Tampoco tenía esposa. Los papeles del divorcio fueron lo primero que recibí por correo en Saint Cloud, la cárcel a la que me transfirieron. Estampé mi firma junto a la de Mary, devolví los formularios dentro de un sobre con el franqueo pagado y di por sentado que ése sería el último contacto que tendríamos. Luego recibí la llamada del fiscal que lo cambió todo, y Mary apareció sin previo aviso durante la hora de visitas del domingo siguiente.

Gozaba de buen aspecto... había recuperado algo de redondez en las mejillas y tenía más color en los labios. No reconocí el vestido que llevaba: el estampado de delicadas hojas verdes se hinchó ligeramente cuando entró en la sala de visitas; no era lo que se dice un vestido premamá, pero tampoco uno de esos entallados en la cintura de estilo *vintage* como los que solía llevar. La tela se posó sobre un vientre apenas hinchado cuando se sentó. Intenté mirarlo con discreción, sin detenerme demasiado tiempo

en ello.

A ninguno de los dos nos apetecía ser el primero en hablar. Con los ojos fijos en el vacío de la mesa que quedaba entre nuestras manos, pasó un minuto entero antes de que Mary rompiera el silencio.

—¿Te has enterado?

—Sí.

Otro silencio antes de que ella fuera al grano.

—Creí que habías sido tú. Creí que ibas a mentir sobre ello como habías mentido con todo lo demás. Por eso fui a verte a la celda, para asegurarme de que confesabas.

Lo dijo con las manos agarradas, y me di cuenta de que ya no llevaba el anillo de bodas. Ni siquiera tenía la marca del sol en el dedo.

—Aunque tú creíste que había sido yo, ¿verdad? —prosiguió—. Después de saber lo de Tommy, volví a recordar la conversación que habíamos tenido y me di cuenta de cómo debió de sonar. Confesaste porque pensabas que había sido yo.

—Sí. Lo siento.

Ella asintió y respiró hondo, como si soltara algo que había estado reteniendo demasiado tiempo. Cambié de tema: le pregunté por Elsa y la granja, y mantuvimos una charla intrascendente y algo forzada antes de que se levantara para marcharse.

—¿Cuándo saldrás? —preguntó, mirando hacia arriba y a su alrededor.

—No lo sé. Pronto, supongo.

—¿Y qué vas a hacer?

La pregunta del millón de dólares. Me quedé mirando el pavimento lleno de grietas y baches que transcurría entre los faros del coche del sheriff y recordé la curva del mentón de Mary cuando se había negado a mirarme. Debía de oler a viento y a sol.

Le había dicho que encontraría la manera de pagar la manutención del bebé. Ella reaccionó algo cohibida, asintió y se marchó.

Todavía tenía unos cuantos amigos en la ciudad que tal vez me dejarían vivir en sus casas hasta que encontrara un empleo. Mientras empezaba a pensar en dónde podría trabajar, recorrimos con el coche las zonas residenciales hasta el centro. Al ver la silueta de la ciudad, con su fulgor dorado interrumpido por la delicada aguja de la torre Foshay, tuve la sensación de reencontrar a una vieja amiga tras una larga ausencia. Me resultaba familiar, y al mismo tiempo esa misma familiaridad me incomodó. Los ojos me escocieron al ver las farolas después de tanta oscuridad. No fue hasta que cruzamos el Misisipi en dirección a Saint Paul cuando advertí que habíamos dejado atrás casi todos los barrios problemáticos y todavía no me había hecho bajar del coche. Unos kilómetros más adelante, cuando el coche patrulla viró hacia el sur por una autopista que llevaba hasta Rochester, se presentó ante mí otro futurible.

Quizá me estaba llevando de vuelta a Pine Valley. En plena noche. Sin testigos.

Se me aceleró el pulso, hasta el punto de que empecé a notarlo en la garganta cuando la situación me pareció evidente. El sheriff era amigo de la familia Hoffman. Amigo íntimo.

—Por favor, ¿podría decirme adónde me lleva? —pregunté una vez más, inclinándome entre los dos asientos delanteros.

El sheriff soltó una carcajada, pero fue un sonido sin el más mínimo tinte de humor.

—Me parece que hay nervios por ahí atrás. ¿Le preocupa la vuelta a casa?

—Mary y yo ya no estamos casados. No quiere verme por allí —aseguré, intentando mantener un tono de voz calmado.

—¡No me diga!

Su mirada se desvió hacia mí a través del retrovisor y luego regresó a la carretera. Las ciudades desaparecieron detrás de nosotros como un espejismo en la noche. ¿Se estaba burlando de mí? Me sorprendió que ese hombre se hubiera enterado de los detalles más íntimos de mi vida sin que yo supiera

ni una sola cosa sobre él. Tal vez era un hombre casado, gay, judío, ateo o todas las anteriores, pero en realidad nada tenía la más mínima importancia. Eso tampoco me serviría para saber la clase de persona que era.

No llevaba puesto el sombrero y por primera vez fui consciente de su edad. Tenía el pelo gris, lo llevaba meticulosamente recortado y había arrugas en la parte del cuello donde el sol no alcanzaba a tostarle la piel. Aunque llevaba las manos colocadas sobre el volante como es debido, a las diez y diez, y conducía con la espalda erguida, no mantenía una actitud excesivamente formal. Parecía que estuviera siguiendo un procedimiento en el que acumulaba décadas de experiencia.

—¿Cambiaría algo las cosas si le dijera lo mucho que lo lamenté?

El reflejo de sus ojos en el retrovisor se volvió funesto.

—Creo que no.

Negué con la cabeza, incapaz de discrepar. Lamentarlo no cambiaba nada.

Con cada kilómetro que pasaba, mi resignación iba en aumento y no conseguía que sustituyera al pánico. Mi cuerpo no quería morir. El corazón me latía con una potencia dolorosa y me costaba bombear aire, pero me obligué a recostarme contra el respaldo y extendí las palmas sobre el asiento, a ambos lados del cuerpo. Si ése tenía que ser mi último trayecto en coche, no estaba dispuesto a pasarlo regodeándome en mi miedo. Subimos por otra colina, pasamos junto a una arboleda oscura y descendimos por un valle repleto de campos en los que las cosechas reflejaban pálidas franjas de luz de luna que llegaban en zigzag desde el cielo. A pesar de la oscuridad, era capaz incluso de distinguir los cultivos de soja de los de trigo y, un poco más allá, un campo salpicado con lo que identifiqué como ganado lechero. Es extraño saberlo sin tener conciencia de haberlo aprendido. Entonces me pasó algo por la cabeza.

—¿Hattie estaba asustada?

El sheriff tenía que haber visto la cinta. Había sido testigo de los últimos momentos de Hattie, los que yo había imaginado un millón de veces con un horror incontenible por el hecho de no saber hasta qué punto sufrió.

Suspiró, y al oírlo se me tensaron los músculos, como si se prepararan para el impacto. Contuve el aliento.

—Sí —dijo, al fin.

—¿Qué ocurrió? —conseguí preguntar.

Pasó una eternidad antes de que respondiera, y de repente me entraron ganas de abalanzarme entre los asientos y arrancarle la información como fuese. Las manos se me habían convertido en puños y estaba temblando.

—Por favor —añadí, cerrando los ojos con fuerza—. Por favor, cuéntemelo.

Cuando por fin habló, lo hizo en voz baja.

—La sorprendió con el cuchillo. La acorraló. Estaba asustada, pero respondió a todas las preguntas que él le hizo. Le contó la verdad. Luego intentó salir corriendo, pero cayó muerta antes incluso de dar contra el suelo.

El sheriff suspiró una vez más y yo no me sentí capaz de decir nada. Me apoyé en la ventanilla, apartándome de su ángulo de visión, y me sequé las lágrimas de los ojos mientras la escena del crimen se desplegaba en mi mente. Vi caer a Hattie. Vi cómo caía y caía, sin llegar a dar con el suelo jamás, atrapada en ese último instante durante toda la eternidad. Mi cabeza no podía devolverle la vida, pero al mismo tiempo se negaba a dejarla morir.

—No me terminaba de encajar —señaló el sheriff, cuando hubimos recorrido unos cuantos kilómetros más. Rompió el silencio de un modo tan abrupto que estuve a punto de no comprender lo que había dicho—. Teníamos casi todas las piezas: el ADN, la confesión, el contenido de la consigna...

Su tono había cambiado. Ya no sonaba como si estuviera hablando conmigo, pero respondí de todos

modos.

—Pensé que estaba haciendo lo correcto. Por una vez.

El sheriff asintió poco a poco, sin apartar los ojos de la carretera.

—Supongo que sí. Pero por poco nos quedamos sin saber la verdad.

—¿Así que es culpa mía que Tommy la matara?

—Tommy Kinakis no era un asesino. Hattie y usted destrozaron a ese chico. Llevaba cero veinticinco de alcohol en sangre cuando se la pegó contra aquel camión. Ahora su familia ha puesto la casa en venta y no se dejan ver por la ciudad. Y creo que...

Elevó el tono de voz en el último momento, antes de callarse de forma súbita. Aunque sólo veía fracciones de su rostro, parecía estar refrenando un arrebató emocional, y cuando volvió a hablar lo hizo con la voz ahogada.

—... yo creo que fue Hattie quien tuvo la culpa.

Respiró hondo y se serenó.

—Me encantaba esa chica: me encantaba que fuera tan descarada y arrogante, pero del mismo modo que él la mató, lo cierto es que ella lo mató a él. Y ninguno de los dos pretendía hacerlo. Sólo eran un par de chiquillos estúpidos.

El destello de los faros de un coche que circulaba en sentido contrario eclipsó su perfil cuando negó con la cabeza.

—Chiquillos estúpidos que no llegaron a crecer y a descubrir que eran mejores de lo que creían. Que jamás llegarán a ver mundo ni a saber lo que significa volver a casa, o que la vida vale la pena por los amigos que consigues conocer.

Durante varios kilómetros no se oyó más que el sonido rítmico de los neumáticos sobre el asfalto. No había nada que ver salvo los oscuros campos de cultivo, no había nada que pudiera distraerme de las decisiones que habíamos tomado Hattie, Mary, Tommy y yo mismo, y que nos habían llevado hasta ese lugar y ese momento. Yo había confesado algo que no había hecho pensando que de ese modo podría compensar los errores que había cometido, pero en esos instantes no había manera de evitar el pasado. Me dirigía directo hacia él, notando los fuertes latidos de mi corazón que anticipaban el ajuste de cuentas que sabía que merecía.

Después de las tres de la madrugada, las luces de Rochester empezaron a brillar en el horizonte. Las calles permanecían desiertas cuando entramos en el distrito comercial.

En cuanto pasamos frente a la salida de Pine Valley sin desviarnos, me incorporé en mi asiento. Confundido, me di la vuelta para asegurarme de que no me había equivocado al leer el rótulo, y luego volví a mirar al sheriff, que seguía conduciendo con calma, dentro del límite de velocidad establecido por la ley. Cuando la Clínica Mayo apareció en el horizonte, se desvió para adentrarse por las calles residenciales y se detuvo en una estación de servicio. Aparcó lejos de los surtidores y dejó el motor al ralentí.

Esperé durante un minuto, hasta que el sheriff suspiró y abrió la mampara que separaba los asientos de atrás de los delanteros.

—Supongo que no recuerda qué día es hoy.

No me acordaba. Ya no creía que los días pudieran significar gran cosa.

Abrió la guantera y sacó unas hojas de papel que me pasó a través de la ventanilla. Las desplegué inclinado hacia la luz que me llegaba desde la estación de servicio, las leí y me quedé boquiabierto.

Eran los billetes de autobús que Hattie había comprado para nosotros. Un viaje sólo de ida a Nueva York que salía a las 3.38 de la madrugada del 9 de junio de 2008. No había vuelto a pensar en aquellos billetes desde mi confesión de asesinato. En aquellos instantes, el breve rapto de atolondramiento que Hattie y yo habíamos compartido en aquel granero me parecía una especie de ensueño, una alucinación que no podía haber sucedido en realidad. Y, sin embargo, ahí estaban los billetes, en mis manos, con el

papel que parecía recién doblado y nuestros nombres impresos con letras negras. Antes de poder siquiera procesar lo que estaba ocurriendo, me tendió también un sobre. Llevaba el nombre de Hattie escrito con mi letra, y contenía una nota y trescientos dólares.

—Ya no es una prueba judicial —dijo el sheriff, apartando la mirada de mí.

—No lo entiendo, pensaba que...

Mientras intentaba describir con balbuceos lo que me había pasado por la cabeza, un autobús de la compañía Greyhound llegó a la estación de servicio y aparcó con un potente suspiro hidráulico. Unos cuantos viajeros somnolientos y adormilados bajaron del vehículo y entraron en el edificio.

—Será mejor que se ponga en marcha.

Eché otro vistazo a los billetes y al dinero y, a continuación, dirigí la mirada hacia el sheriff.

—¿Por qué lo hace?

Suspiró, y por unos segundos creí que aquélla sería la única respuesta que estaría dispuesto a darme. Luego cerró la guantera y se aclaró la garganta.

—Bud Hoffman es amigo mío más o menos desde la época en la que llegó usted al mundo. No pienso dejarle hacer nada que luego tenga que lamentar. Será mejor que se marche.

Entonces se volvió y me contempló como si fuera la primera vez que me veía esa noche. No me miró como un agente de policía miraría a un delincuente o como un hombre recto miraría a un pecador, sino con una extraña complicidad procedente de la pérdida, igual que la que podrían compartir dos hombres que se cruzan por el cementerio. Había algo callado e incontenible en la mirada del sheriff, y pasó un buen rato antes de que yo tragara saliva, asintiera y doblara los billetes para guardármelos en la palma de la mano.

Cuando salí del coche, me di cuenta de que acababa de enterarme de todo cuanto necesitaba saber sobre el sheriff del condado de Wabash.

Atravesé el aparcamiento, respiré hondo y disfruté del aire de Minnesota por última vez. Entregué mi billete al conductor y subí al autobús, luego me quedé observando el coche que estaba al otro lado del aparcamiento hasta que el autobús empezó a moverse. Sin ninguna emoción visible, el sheriff recogió su sombrero y se lo puso, alisó la parte del ala que le quedaba sobre las cejas y volvió a incorporarse a la autovía. Cuando pasó junto a mi ventanilla, levantó los dedos del volante, apenas unos centímetros. Para cuando le devolví el gesto, ya se había ido.

El autobús salió de la ciudad con un rugido. La tapicería mohosa y el leve olor a sudor de los viajeros que dormían me confirmaron que estaba realmente allí, que aquello estaba sucediendo de verdad. Me incliné sobre el frío cristal de la ventanilla y me dediqué a contemplar el país. Con el paso de las horas, el cielo quedó iluminado. Las colinas se elevaban y volvían a caer como una banda sonora silenciosa, y fue sólo entonces, una vez desterrado de ellas, cuando pude apreciar su belleza. Allí crecía un océano de plantas, de raíces firmes y hojas bañadas por el amanecer de un nuevo día. Veía a Mary en esa tierra, y a Hattie, también, a pesar de todo lo que había afirmado. Veía su espíritu y su determinación.

Cuando el sol asomó por un horizonte de feroces tonos anaranjados y rojizos, abrí el sobre que el sheriff me había dado y leí la nota.

«Márchate a Nueva York.»


Pese a estar escritas con mi letra, las palabras eran de ella, las susurraba el aire que me rodeaba, surgían de la tierra que estaba dejando atrás, y me llenaron el pecho con un dolor que de algún modo era plácido, porque lo provocaba el recuerdo de un amor que seguiría conmigo toda la vida, guiándome hacia una redención imposible.

«Que sepas que te he amado.»

Todos creían conocer a Hattie Hoffman.
Cuando fue asesinada, descubrieron
lo equivocados que estaban

TODOS MIENTEN MINDY MEJIA



 Planeta

D.J.57

AGRADECIMIENTOS

Primero y por encima de todo, tengo que dar las gracias a Emily Bestler, no sólo por su fabuloso ojo editorial, sino también por su dedicación y entusiasmo a lo largo de todo el proceso de publicación. Es un honor ser una autora de Emily Bestler Books. Muchas gracias a Claire Miller por ser la primera en leer el libro cuando no era más que un esbozo lleno de imágenes, y a Brandon Holscher por la información de primera mano sobre el teatro. Gracias al investigador criminal Renee Brandt y al agente Brandon Howard por darme acceso al mundo de los cuerpos policiales y corregir muchas de mis suposiciones erróneas. (¡Hasta un año para obtener los resultados de un análisis de ADN!) Gracias a Sharon Amundson por sus comentarios en tanto que lectora experta de misterio. Estoy en deuda con Josh Wodarz por todos los consejos y el apoyo prestado, y sobre todo por su capacidad para ver el libro como podía llegar a ser en lugar de fijarse en cómo era. Gracias a Ellen Goodson por dedicarme esa tranquila tarde de viernes y por invitarme a una taza de café. La palabra *gratitud* se queda corta cuando pienso en lo que Stephanie Cabot ha hecho para convertir este manuscrito en un título internacional. Superagentes del mundo no tenéis nada que hacer con esta mujer. (Incluso está casada con un hombre al que se le ocurren títulos brillantes.) Gracias siempre a Tom y a Linda Montgomery, por no haberme contado jamás que no se podía meter un litro de agua en una jarra de litro. Y, por supuesto, gracias a Sean Montgomery por conseguir que me concentrara en lo realmente importante: su autocaravana.

NOTAS

[1] La edición elegida para las citas es la bilingüe del Instituto Shakespeare dirigida por Manuel Ángel Conejero, publicada por Cátedra dentro de la colección Letras Universales en 1987. (*N. del t.*)

[2] Cita de Romeo y Julieta de William Shakespeare, traducción de Alberto Manent, Galaxia Gutenberg. (*N. del t.*)

Todos mienten
Mindy Mejia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Everything you want to be*

© del diseño e imagen de la portada, CoverKitchen
© Mindy Mejia , 2016

© por la traducción, Albert Vitó i Godina, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2017

ISBN: 978-84-08-17799-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S.L.
www.eltalldellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!



Table of Contents

[SINOPSIS](#)

[DEDICATORIA](#)

[HATTIE](#)

[DEL](#)

[PETER](#)

[HATTIE](#)

[DEL](#)

[PETER](#)

[DEL](#)

[HATTIE](#)

[PETER](#)

[DEL](#)

[HATTIE](#)

[PETER](#)

[HATTIE](#)

[DEL](#)

[PETER](#)

[HATTIE](#)

[DEL](#)

[PETER](#)

[DEL](#)

[PETER](#)

[HATTIE](#)

[DEL](#)

[HATTIE](#)

[DEL](#)

[DEL](#)

[PETER](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[NOTAS](#)

[CRÉDITOS](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)